

MONTARACES

LAS RUINAS DE GORLAN

JOHN FLANAGAN

Lectulandia

Will quiere ser guerrero y convertirse en un héroe del reino; pero no es admitido en la Escuela de Combate del castillo Redmont. No obstante, le eligen como aprendiz de montaraz, ya que puede moverse tan silenciosamente como una sombra. Sabe trepar. Y es valiente.

Todas estas cualidades y muchas más serán necesarias, pues Morgarath, señor de las Montañas de la Lluvia y de la Noche, está reuniendo su ejército. El inicio de la batalla por el reino está escrito en el destino. Una batalla como ni siquiera Will es capaz de imaginar.

Lectulandia

John Flanagan

Las ruinas de Gorlan

Montaraces - 01

ePub r1.0

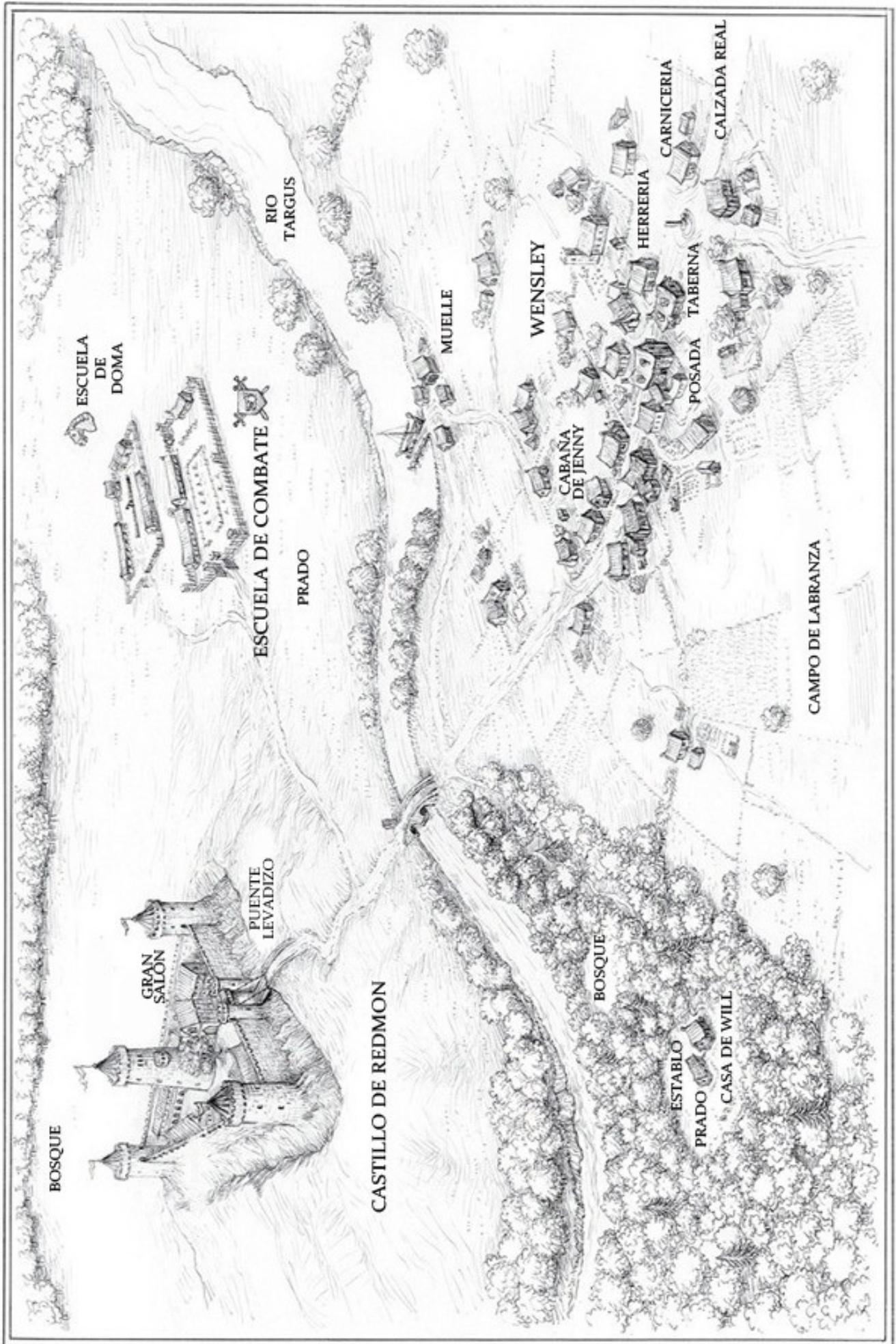
Titivillus 25.02.15

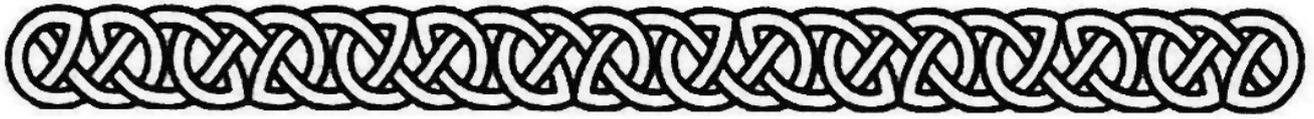
Título original: *The Ruins of Gorlan*
John Flanagan, 2004
Traducción: Julio Hermoso
Imagen de cubierta: John Blackford

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Michael.





Prólogo

Morgarath, señor de las Montañas de la Lluvia y la Noche, antiguo barón de Gorlan en el reino de Araluen, contemplaba el paisaje de su inhóspito dominio barrido por el viento y la lluvia y, quizás por milésima vez, maldijo.

Esto era todo cuanto le quedaba ahora: un cúmulo de abruptos acantilados de granito, pedregales y montañas heladas; de escarpados desfiladeros y angostos pasos pronunciados; de grava y roca, sin un árbol o signo de verdor que rompiera la monotonía.

Aunque habían transcurrido quince años desde que le obligaron a retirarse a este imponente reino que se había convertido en su prisión, aún podía recordar los agradables claros verdes y las colinas densamente arboladas de su antiguo feudo. Los arroyos repletos de peces y los campos ricos en cosechas y caza. Gorlan había sido un lugar bello y vivo. Las Montañas de la Lluvia y la Noche estaban muertas y yermas.

Bajo él, una sección de wargals hacía la instrucción en el patio del castillo. Morgarath los observó durante unos segundos, escuchando los cantos guturales rítmicos que acompañaban todos sus movimientos. Eran seres bajos y fornidos, deformes, con características medio humanas, pero con un largo hocico y colmillos de bestia como un oso o un perro grande.

Los wargals habían vivido y medrado en estas montañas remotas desde tiempos ancestrales, evitando cualquier contacto con los humanos. Ya no vivía nadie que hubiera visto alguno, pero persistían rumores y leyendas de una tribu salvaje de bestias semiinteligentes en las montañas. Morgarath, que planeaba una revuelta contra el reino de Araluen, envió a las gentes de Gorlan en su busca. Si existían tales criaturas, le proporcionarían una ventaja en la guerra que se avecinaba.

Le llevó meses pero al final las encontró. Aparte de su canto mudo, los wargals no disponían de un lenguaje hablado, se basaban en una forma primitiva de transmisión del pensamiento para comunicarse, aunque sus mentes eran simples y su intelecto, básico. Debido a esto habían sido susceptibles al dominio por parte de una inteligencia y voluntad superiores. Morgarath les hizo ceder a su voluntad y se

convirtieron en un ejército perfecto para él: feos a más no poder, absolutamente despiadados y limitados por completo a sus órdenes mentales.

Ahora, al verlos, recordaba el esplendor de los caballeros ataviados con brillantes armaduras que solían competir en los torneos del castillo de Gorlan, alentados por sus damas con trajes de seda que aplaudían sus habilidades. Al compararlos mentalmente con estas criaturas deformes de pelaje negro, volvió a maldecir.

Los wargals, en sintonía con sus pensamientos, notaron su alteración y se agitaron inquietos mientras hacían una pausa en su actividad. Enojado, les ordenó volver a su instrucción y se reanudó el canto.

Morgarath se apartó de la ventana sin cristales en dirección al fuego, que parecía totalmente incapaz de disipar la humedad y el frío del lúgubre castillo. «Quince años», pensó para sí de nuevo. Quince años desde que se rebeló contra el recién coronado rey Duncan, un joven veinteañero. Había planeado todo con sumo cuidado según avanzaba la enfermedad del viejo rey, contando con la indecisión y la confusión que seguirían a su muerte, que separarían a los otros barones y le darían a Morgarath la oportunidad de hacerse con el trono.

Había entrenado en secreto a su ejército de wargals, concentrándolos aquí arriba, en las montañas, listos para el momento del ataque. Después, en los días de confusión y luto que siguieron a la muerte del rey, cuando los barones viajaron al castillo de Araluen para los funerales dejando sus ejércitos sin líderes, él atacó, invadiendo la parte sureste del reino en cuestión de días y aplastando las confusas fuerzas sin mando que intentaron hacerle frente.

Duncan, joven e inexperto, nunca habría sido capaz de oponerle resistencia. El reino estaba a su merced. El trono estaba a su disposición.

Entonces lord Northolt, comandante supremo de los ejércitos del viejo rey, reunió a algunos de los barones más jóvenes en una confederación leal que dio fortaleza a la determinación de Duncan y endureció el coraje titubeante del resto. Los ejércitos se encontraron en el monte Hackham, cerca del río Slipsunder, y el resultado de la batalla se mantuvo en el aire durante cinco horas, con ataques y contraataques y una enorme cantidad de bajas. El Slipsunder era un río poco profundo, pero sus peligrosas cuencas de arenas movedizas y lodo formaban una barrera infranqueable que protegía el flanco derecho de Morgarath.

Pero entonces uno de esos entrometidos de capa gris, conocidos como montaraces, dirigió un grupo de caballería pesada a través de un vado secreto diez kilómetros corriente arriba. Los jinetes armados aparecieron en el momento crucial de la batalla y cayeron sobre la retaguardia del ejército de Morgarath.

Los wargals, entrenados en los pedregales de las montañas, tenían un punto débil. Temían a los caballos y no pudieron hacer frente a un ataque como aquél, por sorpresa, de la caballería. Se vinieron abajo y se retiraron a los estrechos confines del Paso de los Tres Escalones y de vuelta a las Montañas de la Lluvia y la Noche. Morgarath, frustrada su rebelión, se marchó con ellos. Y allí ha estado exiliado

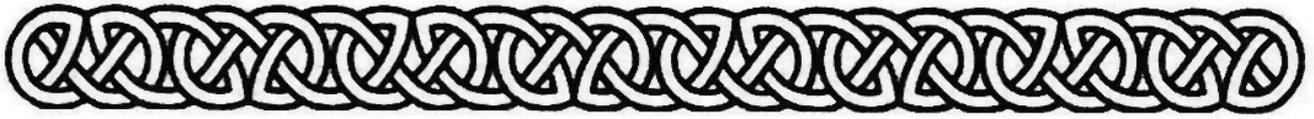
durante estos quince años. Esperando, conspirando, odiando a los que le hicieron esto.

Ahora, pensó, era el momento de su venganza. Sus espías le contaron que el reino se había vuelto complaciente y descuidado y que su presencia allí casi se había olvidado. En esos días el nombre de Morgarath era una leyenda, un nombre que las madres usaban para hacer callar a los niños protestones, con la amenaza de que si no se comportaban, el señor oscuro Morgarath vendría a por ellos.

Había llegado el momento. De nuevo, dirigiría a sus wargals al ataque. Pero esta vez tendría aliados. Esta vez sembraría la incertidumbre y la confusión de antemano. Y esta vez, ninguno de los que antes conspiraron contra él quedaría vivo para ayudar al rey Duncan.

Pues los wargals no eran las únicas criaturas ancestrales, terroríficas, que había hallado en estas montañas sombrías. Contaba con otros dos aliados, más aterradores incluso: las horribles bestias conocidas como los kalkara.

Había llegado el momento de soltarlos.



Uno

Intenta comer algo, Will. Mañana es un gran día, a pesar de todo —dijo Jenny.

Rubia, guapa y alegre, Jenny gesticuló hacia el plato casi intacto de Will y le sonrió dándole ánimos. Will hizo un intento por devolverle la sonrisa pero fue un rotundo fracaso. Picoteó del plato ante sí, amontonando sus alimentos favoritos. Esa noche, la tensión y las expectativas le provocaban un nudo en el estómago, y difícilmente podría obligarse a probar bocado.

Mañana iba a ser un gran día, lo sabía. Lo sabía demasiado bien, de hecho. Mañana iba a ser el día más grande de su vida, porque mañana sería el día de la Elección y determinaría a qué se iba a dedicar el resto de su vida.

—Nervios, imagino —dijo George, al tiempo que dejaba su tenedor cargado y se cogía las solapas de la chaqueta en un gesto reflexivo. Era un muchacho estudioso, delgado y larguirucho, fascinado por las normas y los reglamentos y aficionado a examinar y debatir ambos lados de cualquier tema, a veces de manera muy extensa—. Cosa horrible, los nervios. Pueden paralizarte hasta el punto de que no puedes pensar, no puedes comer, no puedes hablar.

—No estoy nervioso —dijo Will rápidamente al darse cuenta de que Horace había levantado la mirada, listo para hacer un comentario sarcástico.

George asintió varias veces, considerando la afirmación de Will.

—Por otro lado —añadió—, en realidad un poco de nerviosismo puede mejorar el rendimiento. Puede elevar tu percepción y agudizar tus reacciones. Así que el hecho de que estés preocupado, si en realidad lo estás, no es necesariamente, de por sí, algo por lo que preocuparse, por así decirlo.

A pesar de la falta de ganas, Will esbozó una sonrisa irónica. Sabía que George poseía un talento innato para el mundo de las leyes. Sería, casi con certeza, la elección del maestro escribano a la mañana siguiente. Quizás, pensó Will, aquél era el meollo de su propio problema. Él era el único de los cinco compañeros que sentía algún temor sobre la Elección, que tendría lugar en doce horas.

—¡Debería estar nervioso! —se burló Horace—. Después de todo, ¿qué maestro

le va a querer como aprendiz?

—Estoy segura de que todos estamos nerviosos —dijo Alyss. Dirigió una de sus extrañas sonrisas a Will—. Seríamos estúpidos si no lo estuviéramos.

—¡Bueno, yo no lo estoy! —dijo Horace, poniéndose rojo al tiempo que Alyss levantaba una ceja y Jenny soltaba una risita.

Era típico de Alyss, pensó Will. Sabía que a la esbelta y elegante muchacha ya le habían prometido una plaza de aprendiz con *lady* Pauline, responsable del Servicio Diplomático del castillo de Redmont. Su forma de fingir que estaba nerviosa por el día siguiente y su tacto al no mencionar la pifia de Horace mostraban que ya era una diplomática de cierta habilidad.

Jenny, por supuesto, se dirigiría de inmediato a las cocinas del castillo, dominio del maestro Chubb, primer chef de Redmont. Era un hombre reconocido en todo el reino por los banquetes que se servían en el enorme comedor del castillo. A Jenny le encantaban la comida y cocinar, y su naturaleza de trato fácil y su infalible buen humor harían de ella un miembro inestimable del personal en la agitación de las cocinas del castillo.

La elección de Horace sería la Escuela de Combate. Will observó entonces a su compañero, que atacaba hambriento el pavo asado con jamón y patatas con el que había colmado su plato. Horace era grande para su edad y atleta de nacimiento. Las probabilidades de que le rechazaran eran prácticamente inexistentes. Era justo el tipo de recluta que *sir* Rodney buscaba en sus guerreros aprendices: fuerte, atlético, en forma. Y, pensó Will con una pizca de amargura, no muy brillante. La Escuela de Combate era la senda hacia la condición de caballero para chicos como Horace, nacidos plebeyos pero con la capacidad física necesaria para servir como caballeros del reino.

Y quedaba Will. ¿Cuál sería su elección? Más importante aún, como apuntó Horace, ¿qué maestro de oficios le aceptaría como aprendiz?

El día de la Elección era el momento fundamental en la vida de los pupilos del castillo. Se trataba de niños huérfanos educados gracias a la generosidad del barón Arald, señor del feudo de Redmont. En la mayoría de los casos, sus padres habían muerto al servicio del feudo y el barón tomó como su responsabilidad el cuidado y la educación de los hijos de sus antiguos súbditos y el darles la oportunidad de mejorar su situación en la vida siempre que fuera posible.

El día de la Elección daba esa oportunidad.

Cada año, los pupilos del castillo que rondaban los quince podían solicitar ser aprendices de los maestros de los diversos oficios que atendían el castillo y a su gente. Normalmente se seleccionaba a los aprendices en función de la ocupación o la influencia de sus padres sobre los maestros. Los pupilos no solían tener tal influencia y ésta era su oportunidad de labrarse su propio futuro.

Aquellos que no fueran elegidos o para quienes no fuera posible encontrar una vacante serían asignados a familias granjeras del pueblo cercano como mano de obra

para cultivar las cosechas y criar los animales con que se alimentaban los habitantes del castillo. Will sabía que algo así era poco frecuente. El barón y sus maestros se esforzaban mucho en encajar a los pupilos en uno u otro oficio. Pero podía ocurrir y era un destino que temía más que a cualquier otra cosa.

Horace llamó su atención y le brindó una sonrisa de suficiencia.

—¿Todavía piensas en solicitar la Escuela de Combate, Will? —preguntó con la boca llena de pavo y patatas—. Entonces mejor come algo. Te va a hacer falta coger unas pocas fuerzas.

Soltó una risotada y Will lo fulminó con la mirada. Algunas semanas atrás, Horace oyó cómo Will le confiaba a Alyss que tenía unas ganas desesperadas de ser elegido para la Escuela de Combate, y desde ese momento le hizo la vida imposible, asegurando cada vez que se le presentaba la ocasión que la complexión delgada de Will era por completo inapropiada para los rigores del entrenamiento de la Escuela de Combate.

El hecho de que con toda probabilidad Horace tuviera razón no hacía sino empeorar las cosas. Mientras que éste era alto y musculoso, Will era bajo y flaco. Era ágil, rápido y sorprendía su fuerza, pero simplemente no tenía el tamaño que sabía que se requería a los aprendices de la Escuela de Combate. Durante los últimos años había confiado contra todo pronóstico en poder dar lo que la gente llamaba el «estirón» antes de que llegase el día de la Elección. Pero aquello nunca sucedió y ahora ese día ya estaba a la vuelta de la esquina.

Como Will no dijo nada, Horace sintió que sus palabras habían hecho blanco. Esto era una rareza en su turbulenta relación. Durante los últimos años Will y él habían chocado en repetidas ocasiones. Al ser el más fuerte de los dos, Horace solía vencer a Will, aunque muy ocasionalmente la agilidad y velocidad de éste le permitían dar una patada por sorpresa o un puñetazo y escapar antes de que Horace pudiese atraparle.

Pero aunque Horace por lo general se llevaba la mejor parte en sus enfrentamientos físicos, para él era raro ganar uno de sus encuentros verbales. El ingenio de Will era tan ágil como todo él y casi siempre se las apañaba para tener la última palabra. De hecho, esta tendencia era la que solía generar los problemas entre ambos: Will aún debía aprender que tener la última palabra no siempre era una buena idea. Horace había decidido ahora hacer más grande su ventaja.

—Necesitas músculos para entrar en la Escuela de Combate, Will. Músculos de verdad —dijo al tiempo que miraba a los demás alrededor de la mesa para ver si alguien estaba en desacuerdo.

El resto de los pupilos, incómodos ante la creciente tensión entre los dos muchachos, se concentró en sus platos.

—Entre las orejas, especialmente —replicó Will, y, por desgracia, Jenny no pudo evitar una risita.

La cara de Horace enrojeció y comenzó a levantarse de su asiento. Pero Will era

más rápido y ya estaba en la puerta antes de que Horace se librara de su silla. Se contentó con lanzar un insulto final ante su compañero en retirada.

—¡Eso es! ¡Huye, Will No-sé-qué! ¡Eres un desconocido y nadie te va a querer como aprendiz!

Fuera, desde la antesala, Will escuchó la pulla de despedida y sintió cómo la sangre le sonrojaba las mejillas. Era la burla que más odiaba, aunque había intentado evitar que Horace lo supiera pues sentía que en tal caso le estaría dando un arma al grandullón.

Lo cierto es que nadie conocía el apellido de Will. Nadie sabía quiénes habían sido sus padres. Al contrario que sus compañeros, que ya vivían en el feudo antes de la muerte de sus padres y de cuyas familias se conocía la historia, Will surgió prácticamente de la nada, como un bebé recién nacido. Le habían encontrado envuelto en una pequeña manta dentro de un canasto en las escaleras del edificio de los pupilos, la Sala, quince años atrás. Una nota acompañaba la manta; tan sólo decía:

SU MADRE MURIÓ EN EL PARTO.

SU PADRE MURIÓ COMO UN HÉROE.

POR FAVOR, CUIDEN DE ÉL. SU NOMBRE ES WILL.

Aquel año sólo hubo otro pupilo. El padre de Alyss fue un teniente de caballería que murió en la batalla del monte Hackham, cuando el ejército de wargals de Morgarath fue derrotado y conducido de vuelta a las montañas. La madre de Alyss, destrozada por su pérdida, sucumbió a la fiebre unas semanas después de dar a luz. Así que había sitio de sobra en la Sala para el niño desconocido y el barón Arald era, en el fondo, un hombre bondadoso. Aunque las circunstancias no eran las habituales, dio permiso para que Will fuera aceptado como pupilo en el castillo de Redmont. Parecía lógico suponer que, si la nota era cierta, el padre de Will habría muerto en la guerra contra Morgarath, y como el barón Arald tuvo una destacada participación en aquella guerra, se sintió en la obligación de honrar el sacrificio del padre desconocido.

Así que Will se convirtió en un pupilo de Redmont, que creció y se educó por la generosidad del barón. Según pasó el tiempo, los otros se unieron gradualmente a Alyss y a él hasta que fueron cinco en el grupo de su edad. Pero mientras que los otros tenían recuerdos de sus padres o, en el caso de Alyss, gente que los había conocido y le podía hablar de ellos, Will no sabía nada acerca de su pasado.

Aquél era el motivo de haber inventado la historia que le sostuvo durante su infancia en la Sala. Y, conforme pasaron los años y añadió detalles y color al relato, él mismo acabó por creérselo.

Sabía que su padre había muerto como un héroe, así que tenía sentido crearse una imagen de él como tal: un caballero, un guerrero, con su armadura completa, en plena lucha contra las hordas de wargals, acabando con ellos a diestro y siniestro hasta que finalmente se vio superado por pura cuestión de número. Will había dibujado muy a menudo en su mente a tan alto personaje, viendo cada detalle de su armadura y los complementos de ésta, pero sin ser capaz nunca de ver su rostro.

Como guerrero, su padre esperaba de él que siguiera sus pasos. Por eso era tan importante para Will que le seleccionaran para la Escuela de Combate. Y por eso, cuanto menores eran las posibilidades de que le seleccionaran, más desesperadamente se asía a la esperanza de que ocurriese.

Salió del edificio de la Sala al patio ensombrecido del castillo. El sol se había puesto hacía rato y las antorchas situadas cada veinte metros sobre las murallas del castillo emitían una parpadeante luz irregular. Vaciló un momento. No regresaría a la Sala para enfrentarse a las continuas burlas de Horace. Hacerlo sólo conduciría a otra pelea entre ambos, una pelea que Will sabía probablemente perdida. George intentaría

analizar la situación por él, mirando ambos lados de la cuestión y convirtiendo el tema en algo totalmente confuso. Sabía que Alyss y Jenny intentarían reconfortarle —en particular Alyss, ya que habían crecido juntos—, pero en aquel momento ni quería su compasión ni podía enfrentarse a las pullas de Horace, así que se dirigió al único lugar donde sabía que podía encontrarse a solas.

La enorme higuera que crecía cerca de la torre central del castillo le había proporcionado con frecuencia un refugio. A Will no le daban miedo las alturas y trepó al árbol sin problemas, siguiendo mucho más allá de donde otro podía haberse parado, hasta llegar a las ramas más delgadas, en la misma copa —ramas que oscilaban y cedían bajo su peso—. En el pasado había escapado de Horace allí arriba muchas veces. El grandullón no podía igualar la velocidad de Will en el árbol y era incapaz de seguirle tan alto. Will encontró una horqueta apropiada y se encajó en ella, abandonando ligeramente su cuerpo al movimiento del árbol según las ramas oscilaban en la brisa del anochecer. Abajo, las figuras escorzadas de la guardia hacían sus rondas por el patio del castillo.

Oyó abrirse la puerta del edificio de la Sala y, mirando hacia abajo, vio aparecer a Alyss, que le buscaba en vano por el patio. La esbelta muchacha dudó unos instantes, pareció encogerse de hombros y regresó dentro. El alargado rectángulo de luz que la puerta abierta arrojaba sobre el patio se cortó cuando ella la cerró con suavidad tras de sí. «Es extraño», pensó, «lo poco que la gente tiende a mirar hacia arriba».

Se produjo un susurro de plumas ligeras y una lechuza se posó en la rama contigua a la vez que giraba la cabeza, capturando con sus enormes ojos cada uno de los últimos rayos de la tenue luz; le estudió despreocupada, con la aparente convicción de que nada debía temer de él. El ave era una cazadora. Una voladora secreta. La dueña de la noche.

—Tú por lo menos sabes quién eres —le susurró a la rapaz. Ésta giró la cabeza de nuevo y partió hacia la oscuridad dejándole a solas con sus pensamientos.

Gradualmente, durante el tiempo que pasó allí sentado, las luces de las ventanas del castillo se fueron apagando, una por una. Las antorchas quedaron reducidas a cáscaras humeantes y el cambio de la guardia las sustituyó a medianoche. Por último, sólo quedó prendida una luz que él sabía era del estudio del barón, donde el señor de Redmont presumiblemente aún se encontraba trabajando, enfrascado en papeles e informes. El estudio estaba casi al nivel de la posición de Will en el árbol y pudo ver la corpulenta figura del barón sentada a su mesa. Por fin el barón Arald se levantó, se estiró y se inclinó hacia delante para extinguir la lámpara y salir de la habitación, dirigiéndose a sus aposentos en la planta superior. Ahora el castillo dormía, excepto los guardias en las murallas, que mantenían una vigilancia constante.

Will se dio cuenta de que en menos de nueve horas se enfrentaría a la Elección. En silencio, abatido, temiendo lo peor, descendió del árbol y tomó el camino de su cama en el dormitorio de los chicos, a oscuras, en la Sala.



Dos

—¡Muy bien, candidatos! ¡Por aquí! ¡Y que se os vea alegres!

El que hablaba, o mejor dicho gritaba, era Martin, secretario del barón Arald. Su voz resonó por la antesala y los cinco pupilos se levantaron dubitativos de los largos bancos de madera donde habían permanecido sentados. Con nervios repentinos ahora que el día había llegado, comenzaron a andar hacia delante arrastrando los pies, cada uno reacio a ser el primero en atravesar la gran puerta de herrajes que Martin mantenía abierta para ellos.

—¡Vamos, vamos! —gritó Martin con impaciencia, y finalmente Alyss escogió encabezar la marcha, como Will imaginó que haría. Los demás siguieron a la esbelta muchacha rubia. Ahora que alguien había decidido ir a la cabeza, el resto era feliz yendo detrás.

Will miró con curiosidad a su alrededor al entrar en el estudio del barón. No había estado nunca en esta parte del castillo. La torre, que albergaba la sección administrativa y los aposentos privados del barón, rara vez recibía la visita de los de clase baja, como los pupilos del castillo. La estancia era enorme. El techo le pareció altísimo y los muros estaban hechos de bloques de piedra maciza, unidos entre sí sólo por mínimas capas de argamasa. En el muro del este había un enorme ventanal, abierto a los elementos pero con unas contraventanas de madera maciza que se podían cerrar en caso de mal tiempo. Advirtió que era la misma ventana a través de la cual había mirado él la noche anterior. Hoy, la luz del sol entraba y se posaba sobre la enorme mesa de roble que el barón utilizaba como escritorio.

—¡Vamos ya! ¡Id en fila, id en fila! —Martin parecía estar disfrutando de su momento de autoridad.

El grupo se puso en fila lentamente y los estudió, al tiempo que hacía una mueca de desaprobación.

—¡Por estatura! ¡El más alto aquí! —E indicó el extremo en que quería que se pusiera el más alto de los cinco.

Poco a poco el grupo se recompuso. Horace, por supuesto, era el más alto. Alyss ocupó su sitio tras él. Después George, media cabeza más bajo que ella y tan delgado

que daba pena. Se colocó en su habitual postura encorvada. Will y Jenny dudaron. Jenny sonrió a Will y le hizo un gesto para que se situara antes que ella, aunque probablemente era un pelín más alta que él. Típico de Jenny. Sabía cuántas vueltas le daba él al hecho de ser el más bajo de todos los pupilos del castillo. Cuando Will se puso en la fila, la voz de Martin le detuvo.

—¡Tú no! La siguiente es la chica.

Jenny se encogió de hombros disculpándose y se colocó en el lugar que Martin había indicado. Will ocupó el último lugar en la fila deseando que Martin no hubiera hecho tan llamativa su falta de estatura.

—¡Venga! ¡Arreglaos, arreglaos! Veamos cómo os ponéis firmes —continuó Martin, para detenerse cuando una voz profunda le interrumpió.

—No creo que eso sea absolutamente necesario, Martin.

Era el barón Arald, que había entrado inadvertidamente por una puerta más pequeña tras su escritorio macizo. Ahora era Martin quien se había puesto en lo que él consideraría una posición de firmes, con los huesudos codos separados de los costados, los talones juntos a la fuerza de manera que sus piernas inequívocamente arqueadas quedaban muy separadas por las rodillas, y la cabeza echada hacia atrás.

El barón Arald miró al cielo. A veces, el fervor de su secretario en estas ocasiones podía ser abrumador. El barón era un hombre grande, ancho de hombros y cintura y muy musculoso, como correspondía a un caballero del reino. Era bien sabido, sin embargo, el aprecio del barón Arald por la comida y la bebida, así que su considerable mole no era totalmente atribuible al músculo.

Tenía una corta barba negra, arreglada con esmero, que, como su cabello, comenzaba a mostrar las trazas grisáceas acordes con sus cuarenta y dos años. Poseía una mandíbula prominente, una nariz larga y unos penetrantes ojos oscuros bajo las pobladas cejas. Era una cara poderosa pero no desagradable, pensó Will. Había un sorprendente atisbo de humor en esos ojos oscuros. Ya lo había notado antes, en las infrecuentes ocasiones en que Arald visitaba las dependencias de los pupilos para ver cómo avanzaban sus clases y la evolución de cada uno.

—¡Señor! —dijo Martin a todo volumen, propiciando que el barón se estremeciera ligeramente—. ¡Hemos reunido a los candidatos!

—Ya lo veo —replicó el barón con paciencia—. ¿Tendría usted quizás la bondad de pedir también a los maestros que participen?

—¡Señor! —respondió Martin intentando hacer sonar sus talones al chocar.

Como llevaba un calzado de cuero blando flexible, el intento estaba condenado al fracaso. Todo codos y rodillas, marchó en dirección a la puerta principal del estudio. A Will le recordó a un gallo. Cuando Martin posó su mano en el pomo de la puerta, el barón le detuvo una vez más.

—¿Martin? —dijo en voz baja. Continuó en el mismo tono, a la vez que el secretario se giraba y le dirigía una mirada inquisitiva—: Pídaselo. No les grite. A los maestros no les gusta.

—Sí, señor —dijo Martin con apariencia algo desinflada. Abrió la puerta y, haciendo un esfuerzo evidente por hablar en un tono más bajo, añadió—: Maestros, el barón ya está listo.

Los responsables de la Escuela de Oficios entraron en la estancia sin ningún orden de prioridad. Como grupo, se admiraban y respetaban unos a otros y rara vez procedían de forma estrictamente ceremonial. *Sir* Rodney, responsable de la Escuela de Combate, entró el primero. Alto y ancho de hombros como el barón, llevaba el traje de campaña normal de camisa de cota de malla bajo una sobrevesta blanca blasonada con su propio escudo, una cabeza de lobo escarlata. Se había ganado aquel escudo en su juventud, combatiendo a los navíos de los saqueadores del mar de Skandia, que constantemente hostigaban la costa este del reino. Portaba un cinto y una espada, por supuesto. Ningún caballero se mostraría en público sin una. Era más o menos de la edad del barón, con ojos azules y una cara muy bien parecida de no haber sido por la nariz destrozada. Lucía un inmenso bigote pero, al contrario que el barón, no llevaba barba.

Detrás entró Ulf, el maestro de doma, responsable del cuidado y entrenamiento de los poderosos caballos de combate del castillo. Tenía unos vivos ojos marrones, fuertes antebrazos musculosos y muñecas sólidas. Vestía un sencillo chaleco de cuero sobre una camisa de lana y calzas. Las botas altas de montar de cuero flexible le llegaban por encima de las rodillas.

Lady Pauline siguió a Ulf. Delgada, de pelo cano y elegante, había sido una gran belleza en su juventud y aún conservaba la gracia y el estilo para hacer que los hombres se volvieran. *Lady* Pauline, a quien se le había concedido el título por derecho propio debido a su trabajo en la política exterior del reino, dirigía el Servicio Diplomático de Redmont. El barón Arald tenía sus habilidades en alta estima y ella era uno de sus confidentes y consejeros cercanos. Arald solía decir que las chicas eran los mejores reclutas para el Servicio Diplomático. Tendían a ser más sutiles que los chicos, atraídos de forma natural hacia la Escuela de Combate. Y mientras que los chicos veían los medios físicos como el modo de solucionar los problemas, se podía confiar en que las chicas utilizarían su ingenio.

Quizás se tratase sólo de algo natural el que Nigel, maestro escribano, siguiera muy de cerca a *lady* Pauline. Habían estado discutiendo algunos temas de interés mutuo mientras esperaban a que Martin los convocara. Nigel y *lady* Pauline eran amigos íntimos y compañeros de trabajo. Eran los escribanos entrenados por Nigel quienes preparaban los documentos oficiales y comunicados que tan a menudo enviaban los diplomáticos de *lady* Pauline. Él también asesoraba sobre la formulación precisa de aquellos documentos ya que contaba con una extensa experiencia en asuntos legales. Nigel era un hombre bajo y enjuto con un rostro vivo, curioso, que a Will le recordaba a un hurón. Su pelo era de un negro brillante; sus facciones, delgadas; y sus ojos oscuros nunca dejaban de recorrer la estancia.

El maestro Chubb, primer chef, entró en último lugar. Como era inevitable, se

trataba de un hombre gordo, barrigón, ataviado con una blanca chaqueta de cocinero y un gorro alto. Era célebre su terrible carácter, capaz de inflamarse tan rápido como el aceite derramado en el fuego, y la mayoría de los pupilos le trataba con una precaución considerable. De cara rubicunda y pelo rojizo en rápido retroceso, el maestro Chubb llevaba un cucharón de madera dondequiera que fuese. Era un bastón de mando no oficial. También lo empleaba a menudo como arma ofensiva, que aterrizaba con un crujido sonoro sobre las cabezas de los aprendices de cocina descuidados, olvidadizos o lentos. Única entre los pupilos, Jennifer veía a Chubb como algo parecido a un héroe.

Había confesado su intención de trabajar para él y aprender sus habilidades, con o sin cucharón de madera.

Había otros maestros, por supuesto. El maestro armero y el herrero eran dos de ellos. Pero hoy sólo se presentarían aquellos que tuvieran plazas vacantes para nuevos aprendices en ese momento.

—¡Los maestros están reunidos, señor! —dijo Martin subiendo el volumen de su voz.

Martin parecía relacionar de forma directamente proporcional el volumen con la importancia de la ocasión. El barón elevó de nuevo la mirada al cielo.

—Ya lo veo —dijo con calma, añadiendo después en un tono más formal—: Buenos días, *lady* Pauline; buenos días, caballeros.

Le respondieron y el barón se giró hacia Martin una vez más.

—¿Podríamos proceder, quizás?

Martin asintió varias veces, consultó un fajo de notas que sostenía en una mano y marchó a encarar la fila de candidatos.

—Bien, ¡el barón está esperando! ¡El barón está esperando! ¿Quién es el primero?

Will, con la mirada baja, cambiando nervioso el peso de su cuerpo de un pie a otro, tuvo de repente la sensación de que alguien le observaba. Levantó la vista y dio un respingo de sorpresa cuando se encontró con la oscura e insondable mirada de Halt, el montaraz.

No le había visto entrar en la habitación. Se dio cuenta de que el misterioso personaje debía de haberse deslizado hacia el interior por la puerta lateral mientras todo el mundo centraba su atención en los maestros según hacían su entrada. Ahora se encontraba de pie, tras la silla del barón y ligeramente a un lado, vestido con sus habituales ropas de color marrón y gris y envuelto en su larga capa de montaraz, moteada de gris y verde. Halt era una persona desconcertante. Tenía el hábito de acercarse a ti cuando menos te lo esperabas, y nunca le oías llegar. Los supersticiosos aldeanos creían que los montaraces practicaban una forma de magia que los hacía invisibles ante la gente común. Will no estaba seguro de creer aquello, pero tampoco lo estaba de no creerlo. Se preguntó por qué Halt estaba hoy allí. No se le reconocía como uno de los maestros y, hasta donde Will sabía, no había asistido a ninguna Elección anterior a ésta.

Súbitamente, la mirada de Halt se apartó de él y fue como si se hubiera apagado un foco. Will advirtió que Martin estaba hablando de nuevo. Se percató de que el secretario tenía la costumbre de repetir las frases, como si le persiguiera su propio eco.

—Vamos a ver, ¿quién es el primero? ¿Quién es el primero?

El barón suspiró de forma audible.

—¿Por qué no empezamos por el primero de la fila? —sugirió en tono razonable, y Martin asintió varias veces.

—Por supuesto, mi señor. Por supuesto. El primero de la fila, un paso al frente y preséntese al barón.

Tras un instante de duda, Horace dio un paso al frente saliendo de la fila y permaneció firme. El barón le examinó unos segundos.

—¿Nombre? —dijo, y Horace respondió atrancándose ligeramente con la forma correcta de dirigirse al barón.

—Horace Altman, señor... mi señor.

—¿Y tienes alguna preferencia, Horace? —preguntó el barón con el aire de alguien que conoce cuál será la respuesta antes de oírla.

—¡Escuela de Combate, señor! —dijo Horace con firmeza.

El barón asintió. No esperaba menos. Miró a Rodney, que estaba analizando al chico pensativamente, evaluando su validez.

—¿Maestro de combate? —dijo el barón. Por lo general se habría dirigido a Rodney por su nombre de pila, no por su título. No obstante, ésta era una ocasión formal. De igual modo, lo habitual era que Rodney se dirigiese al barón como «señor», pero en un día como hoy «mi señor» era la manera apropiada.

El corpulento caballero avanzó, con la cota de malla y las espuelas tintineando levemente según se aproximaba a Horace. Miró al chico de arriba abajo y se situó detrás de él. La cabeza de Horace comenzó a girar con él.

—Quieto —dijo *sir* Rodney, y el muchacho dejó de moverse, fijando la mirada al frente—. Parece lo suficientemente fuerte, mi señor, y siempre me vienen bien nuevos reclutas —se rascó el mentón—. ¿Montas, Horace Altman?

Una mirada de inseguridad cruzó el rostro de Horace cuando se percató de que podía ser un obstáculo para que le seleccionaran.

—No, señor. Yo...

Estaba a punto de añadir que los pupilos del castillo tenían muy pocas oportunidades de aprender a montar, pero *sir* Rodney le interrumpió.

—No importa. Eso se puede enseñar —el corpulento caballero miró al barón y asintió—. Muy bien, mi señor. Lo tomo para la Escuela de Combate, sujeto al habitual período de prueba de tres meses.

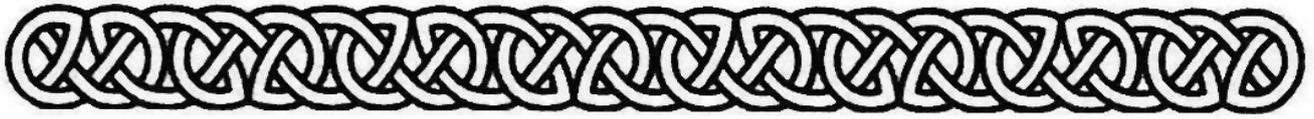
El barón tomó nota en una hoja de papel que tenía delante y sonrió brevemente al encantado, y muy aliviado, joven ante sí.

—Enhorabuena, Horace. Preséntate en la Escuela de Combate mañana por la

mañana. Ocho en punto.

—¡Sí, señor! —replicó Horace con una amplia sonrisa. Se volvió a *sir* Rodney e hizo una leve reverencia—. ¡Gracias, señor!

—No me lo agradezcas aún —replicó crípticamente el caballero—, no sabes la que te espera.



Tres

—¿Quién es el siguiente? —llamó Martin mientras Horace volvía a la fila con una gran sonrisa.

Alyss se adelantó con elegancia, fastidiando a Martin, a quien le hubiera gustado designarla como el siguiente candidato.

—Alyss Mainwaring, mi señor —dijo con su tono suave y equilibrado. Acto seguido, antes de que pudieran preguntarle, continuó—: Solicito, por favor, el ingreso en el Servicio Diplomático, mi señor.

Arald sonrió a la muchacha de solemne apariencia. Tenía un aire de confianza en sí misma y desenvoltura que le vendría muy bien en el Servicio. El barón miró a *lady* Pauline.

—¿Mi señora? —dijo.

Ella asintió varias veces con la cabeza.

—Ya he hablado con Alyss, mi señor. Creo que será una candidata excelente. Aprobada y aceptada.

Alyss inclinó ligeramente la cabeza en dirección a la dama que iba a ser su mentora. Will pensó en cuánto se parecían: ambas altas y de movimientos elegantes, ambas de actitud seria. Sintió una pequeña oleada de alegría por su más antigua compañera, consciente de lo mucho que había deseado ella esta selección. Alyss regresó a la fila y Martin, para que no se le anticiparan esta vez, ya estaba señalando a George.

—¡Sí! ¡Eres el siguiente! ¡Eres el siguiente! Dirígete al barón.

George se adelantó un paso. Su boca se abrió y se cerró varias veces pero de ella no salió nada. Los otros pupilos miraron sorprendidos. A George, considerado de largo por todos ellos como el abogado oficial de prácticamente todo, le estaba superando el miedo escénico. Al final consiguió decir en voz baja algo que nadie en la estancia pudo oír. El barón Arald se inclinó hacia delante llevándose una mano detrás de la oreja.

—Perdona, no he entendido nada —dijo.

George levantó la mirada hacia el barón y, con un esfuerzo tremendo, habló en un

tono apenas audible.

—G-George Carter, señor. Escuela de Escribanos, señor.

Martin, siempre un purista de las normas de conducta, tomó aire para reprenderle por lo truncado de su discurso. Antes de que pudiera hacerlo, y para el evidente alivio de todos, el barón intervino.

—Muy bien, Martin. Déjalo —Martin se mostró un poco ofendido aunque se sosegó. El barón miró a Nigel, su primer escribano y oficial en temas legales, con una ceja levantada a modo de interrogante.

—Aceptable, mi señor —dijo Nigel, y añadió—: He visto alguno de los trabajos de George y lo cierto es que tiene un don para la caligrafía.

El barón pareció dudar.

—Si bien no es el más contundente de los oradores, ¿no, maestro escribano? Eso podría ser un problema si alguna vez tiene que ofrecer consejo legal en el futuro.

Nigel minimizó la objeción.

—Le prometo, mi señor, que con el entrenamiento apropiado ese tipo de cosas no representa ningún problema. Ningún problema en absoluto, mi señor.

El maestro escribano juntó las manos en el interior de las anchas mangas de la túnica que vestía, similar al hábito de un monje, mientras se metía entusiasmado en su terreno.

—Recuerdo a un chico que se unió a nosotros hará unos siete años, bastante parecido al muchacho que tenemos aquí, de hecho. Tenía esa misma costumbre de hablarle al cuello de su camisa, pero enseguida le enseñamos a superarlo. Algunos de nuestros más renuentes oradores han llegado a desarrollar una elocuencia absoluta, mi señor, elocuencia absoluta.

El barón inspiró para hacer un comentario, pero Nigel continuó con su discurso.

—Le puede llegar a sorprender incluso oír que, cuando era un muchacho, yo mismo sufrí el tartamudeo nervioso más terrible. Absolutamente terrible, mi señor. Apenas si podía decir dos palabras seguidas.

—Lo cual veo que ya no es un problema —consiguió terciar con sequedad el barón, y Nigel sonrió aceptándolo.

Le hizo una reverencia.

—Exactamente, mi señor. Pronto ayudaremos al joven George a superar su timidez. Nada como la agitación y el jaleo de la Escuela de Escribanos para eso. Absolutamente.

El barón sonrió a su pesar. La Escuela de Escribanos era un lugar de estudio donde rara vez, si acaso, se levantaba la voz y donde imperaba el debate lógico y razonado. Personalmente, en sus visitas a aquel sitio, lo había encontrado aburrido en extremo. No era capaz de imaginarse nada con una atmósfera de menos agitación y jaleo.

—Le tomaré la palabra al respecto —replicó, y después le dijo a George—: Muy bien, George, petición concedida. Preséntate mañana en la Escuela de Escribanos.

George arrastró los pies con torpeza.

—Sshhs-guiss-shsuis —dijo, y el barón se volvió a inclinar hacia delante, frunciendo el ceño mientras intentaba descifrar las palabras en tono grave.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

George por fin miró hacia arriba y consiguió susurrar:

—Gracias, mi señor.

Arrastró apresuradamente los pies de vuelta al relativo anonimato de la fila.

—Ah —dijo el barón recuperando un poco su posición—, no es nada. Y el siguiente ahora es...

Jenny ya estaba dando un paso al frente. Rubia y guapa, era también, había que admitirlo, un poco gordita. Pero ese aspecto le iba bien, y en cualquiera de los actos sociales del castillo era una de las parejas de baile más solicitadas por los muchachos, tanto los compañeros de su edad como los hijos del personal del castillo.

—¡Maestro Chubb, señor! —dijo ella al tiempo que avanzaba hasta el borde del escritorio del barón. Éste observó la cara redonda, vio la emoción brillar en los ojos azules y no pudo evitar sonreírle.

—¿Qué pasa con él? —preguntó con amabilidad, y ella dudó al percatarse de que, en su entusiasmo, había violado el protocolo de la Elección.

—¡Oh! Disculpe, señor... mi... barón... su señoría —improvisó precipitadamente, dejándose llevar por su lengua, mientras destrozaba la forma correcta del discurso.

—¡Mi señor! —le apuntó Martin.

El barón le miró con las cejas arqueadas.

—¿Sí, Martin? —dijo—. ¿Qué pasa?

Martin tuvo la gentileza de parecer avergonzado. Sabía que su señor estaba malinterpretando intencionadamente su interrupción. Respiró hondo y dijo en tono de disculpa:

—Yo... tan sólo deseaba informarle de que el nombre de la candidata es Jennifer Dalby, señor.

El barón asintió y Martin, leal sirviente del fornido barbudo, vio una mirada de aprobación en los ojos de su señor.

—Gracias, Martin. Bien, Jennifer Dalby...

—Jenny, señor —dijo la irrefrenable muchacha, y él se encogió de hombros con resignación.

—Jenny, pues. Supongo que estás solicitando ser aprendiz del maestro Chubb, ¿no?

—¡Oh, sí, señor, por favor! —replicó Jenny sin aliento, a la vez que dedicaba una mirada de adoración al corpulento cocinero pelirrojo.

Chubb frunció el ceño pensativo y la contempló.

—Mmm... Podría ser, podría ser —masculló mientras caminaba hacia delante y hacia atrás frente a ella, que le sonrió de manera encantadora. Pero Chubb se

encontraba fuera del alcance de tales tretas femeninas.

—Trabajaré duro, señor —le dijo de todo corazón.

—¡Sé que lo harás! —le contestó con cierto temple—. Me aseguraré de ello. Déjame decirte que en mi cocina no se holgazanea ni se hace el vago.

Con el temor de que su oportunidad pudiera estar escapándose, Jenny jugó su baza.

—Tengo el tipo adecuado para ello —dijo.

Chubb debió admitir que estaba bien rellenita. Arald tuvo que ocultar una sonrisa, no por primera vez esa mañana.

—En eso tiene razón, Chubb —indicó, y el cocinero se giró en su dirección aceptándolo.

—El tipo es importante, señor. Todos los grandes cocineros tienden a estar... rellenitos —se volvió hacia la chica, aún considerándolo. A todos los demás les había ido muy bien aceptando a sus aprendices en un abrir y cerrar de ojos, pensaba. Pero cocinar era algo especial—. Cuéntame —dijo a la ansiosa muchacha—, ¿qué harías con un pastel de pavo?

Jenny le dedicó una sonrisa deslumbrante.

—Comérmelo —respondió de inmediato.

Chubb la golpeó en la cabeza con el cucharón que llevaba.

—Quiero decir que cómo lo cocinarías —preguntó.

Jenny dudó, ordenó sus pensamientos y a continuación se zambulló en una extensa descripción técnica sobre cómo elaboraría ella tal obra maestra. Los otros cuatro pupilos, el barón, sus maestros y Martin escuchaban algo intimidados, sin la menor comprensión de lo que ella decía. Chubb, sin embargo, asintió varias veces conforme ella hablaba, e interrumpió en el instante en que detallaba cómo estirar la masa.

—¿Nueve veces, dices? —preguntó con curiosidad, y Jenny asintió, segura de dónde pisaba.

—Mi madre siempre decía: «Ocho veces para conseguir el hojaldre y una más por amor» —le respondió. Chubb asintió pensativo.

—Interesante, interesante —dijo él, y después, levantando la vista hacia el barón, asintió—. La tomaré, mi señor.

—Qué sorpresa —dijo gentilmente el barón, y después añadió—: Muy bien, preséntate en las cocinas por la mañana, Jennifer.

—Jenny, señor —le corrigió de nuevo la muchacha con una sonrisa que iluminaba la estancia.

El barón Arald sonrió. Miró al pequeño grupo ante sí.

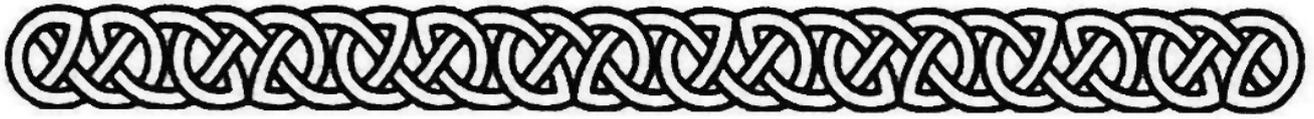
—Y esto nos deja con un candidato más.

Echó un vistazo a su lista y levantó la mirada en busca de los angustiados ojos de Will, con un gesto de ánimo.

Will dio un paso al frente, tan nervioso que la garganta se le secó de repente de

forma que su voz surgió casi en un susurro.

—Will, señor. Me llamo Will.



Cuatro

—¿Will? ¿Will qué? —preguntó Martin, exasperado, al tiempo que leía por encima las hojas de papel con los detalles escritos de los candidatos.

Era el secretario del barón desde hacía sólo cinco años y no sabía nada de la historia de Will. Se dio cuenta de que no figuraba ningún apellido en los papeles del chico y, asumiendo que se le había pasado por alto el error, se enfadó consigo mismo.

—¿Cuál es tu apellido, muchacho? —preguntó con severidad.

Will le miró, dubitativo, odiando la situación.

—Yo... no tengo... —comenzó, pero el barón intercedió compasivo.

—Will es un caso especial, Martin —dijo con calma y una mirada que le decía al secretario que dejara el tema. Se volvió hacia Will, a la vez que sonreía para alentarle—. ¿Qué escuela te gustaría solicitar, Will? —preguntó.

—Escuela de Combate, por favor, mi señor —contestó intentando parecer seguro en su elección.

El barón frunció el ceño y Will sintió que sus esperanzas se desvanecían.

—¿La Escuela de Combate, Will? ¿No crees que eres... un poquito bajo? —preguntó el barón con amabilidad.

Will se mordió el labio. Casi se había convencido de que si lo deseaba con la suficiente fuerza, si creía lo bastante en sí mismo, le aceptarían; a pesar de sus obvios inconvenientes.

—Aún no he dado el estirón, señor —dijo desesperado—. Todo el mundo lo dice.

El barón se pellizcó el barbudo mentón con el pulgar y el índice mientras contemplaba al chico que tenía delante. Miró a su maestro de combate.

—¿Rodney? —dijo.

El alto caballero avanzó, estudió a Will por un instante o dos y sacudió lentamente la cabeza.

—Me temo que es demasiado bajo, mi señor —dijo.

Will sintió que una mano fría le aferraba el corazón.

—Soy más fuerte de lo que parece, señor —dijo, pero al maestro de combate no

le afectó la súplica. Miró al barón, descontento a las claras por las circunstancias, y meneó la cabeza.

—¿Alguna otra elección, Will? —preguntó el barón. Su voz era amable, incluso preocupada.

Will dudó un largo rato. Nunca había considerado ninguna otra posibilidad.

—¿La Escuela de Doma, señor? —preguntó por fin.

La Escuela de Doma cuidaba y entrenaba los poderosos caballos de combate que montaban los caballeros del castillo.

Al menos era un nexo con la Escuela de Combate, pensó Will. Pero Ulf, el maestro de doma, ya estaba negándolo con la cabeza antes incluso de que Arald solicitara su opinión.

—Necesito aprendices, mi señor —dijo—, pero éste es demasiado pequeño. Jamás controlaría a uno de mis caballos de combate. Le tirarían al suelo nada más verle.

Will contemplaba ahora al barón a través de un velo acuoso. Luchó desesperadamente por evitar que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas. Aquella sería la peor humillación: ser rechazado por la Escuela de Combate y desmoronarse después llorando como un crío delante del barón, los maestros y sus compañeros.

—¿Qué habilidades tienes, Will? —le preguntó el barón.

Se estrujó el cerebro. No se le daban bien las clases y los idiomas, como a Alyss. No era capaz de dar forma a letras claras, perfectas, como hacía George. Ni tampoco tenía el interés de Jenny por la cocina.

Y estaba claro que no tenía los músculos y la fuerza de Horace.

—Soy un buen escalador, señor —dijo por fin, viendo que el barón aguardaba a que dijera algo. Se percató al instante de que había sido un error. Chubb, el cocinero, le miró enfadado.

—Muy bien, sabe escalar. Recuerdo cuando trepó por un desagüe hasta mi cocina y robó una bandeja de dulces que se estaba enfriando en el alféizar de la ventana.

Will se quedó con la boca abierta ante aquella injusticia. ¡Había ocurrido dos años atrás! Quiso decir que era un crío entonces y que fue una simple travesura. Pero el maestro escribano tomó también la palabra.

—Y justo la pasada primavera escaló hasta nuestro estudio del tercer piso y soltó dos conejos durante uno de nuestros debates legales. De lo más perturbador. ¡Desde luego!

—¿Conejos, dice, maestro escribano? —dijo el barón, y Nigel asintió enfáticamente.

—Un macho y una hembra, mi señor, si usted me entiende —contestó—. ¡De lo más perturbador, sin duda!

Sin que Will lo viera, la muy seria *lady* Pauline ocultó su boca con una de sus elegantes manos. Pudo haber estado disimulando un bostezo, pero cuando retiró la mano las comisuras de sus labios apuntaban aún hacia arriba.

—Bueno, sí —dijo el barón—, todos sabemos cómo son los conejos.

—Y, como ya he dicho, mi señor, era primavera —prosiguió Nigel, por si acaso el barón no lo había cogido.

Lady Pauline soltó una tos impropia de una dama. El barón miró en su dirección, con cierta sorpresa.

—Creo que nos hacemos a la idea, maestro escribano —dijo, y volvió la vista a la figura desesperada que permanecía en pie frente a él.

Will mantuvo la barbilla alta y miró al frente. En ese momento el barón sintió lástima por el joven chaval. Pudo ver las lágrimas que brotaban de sus inquietos ojos marrones, contenidas sólo por una determinación infinita. «Fuerza de voluntad», pensó abstraído, reconociendo el mérito del muchacho. No disfrutaba obligando al chico a pasar por todo aquello, pero había que hacerlo. Suspiró para sus adentros.

—¿Podría alguno de ustedes sacar partido a este muchacho? —preguntó.

Contra su deseo, Will dejó que su cabeza girara y mirara suplicante a la fila de maestros, rezando porque alguno de ellos transigiera y le aceptase. Uno por uno y en silencio, todos menearon la cabeza.

Sorprendentemente, fue el montaraz quien rompió el horroroso silencio de la estancia.

—Hay algo que debería saber sobre este muchacho, mi señor —dijo.

Will jamás había oído hablar a Halt. Su voz era grave y baja, con el ligero deje del acento de Hibernia aún perceptible al pronunciar las erres.

Avanzó y entregó en mano al barón un papel dos veces doblado. Arald lo desdobló, estudió las palabras allí escritas y frunció el ceño.

—¿Estás seguro de esto, Halt? —dijo.

—Totalmente, mi señor.

El barón dobló de nuevo el papel y lo colocó sobre su mesa. Tamborileó pensativo con los dedos en el escritorio y dijo:

—Tendré que pensar en ello esta noche.

Halt asintió y retrocedió, dando al hacerlo la sensación de que se desvanecía contra el fondo. Will le miró inquieto, preguntándose qué información le habría pasado al barón el misterioso personaje. Como la mayoría de la gente, Will había crecido pensando que era mejor evitar a los montaraces. Se trataba de un grupo reservado, arcano, rodeado de un velo de misterio e incertidumbre, y esa incertidumbre conducía al temor.

A Will no le gustaba la idea de que Halt supiese algo sobre él, algo que sintió que era lo bastante importante como para traerlo hoy, de entre todos los días, a la presencia del barón. La hoja de papel descansaba ahí, tentadoramente cerca pero increíblemente lejos.

Advirtió el movimiento que se estaba produciendo a su alrededor y que el barón hablaba al resto de la gente en la estancia.

—Enhorabuena a todos aquellos que habéis sido seleccionados hoy aquí. Es un

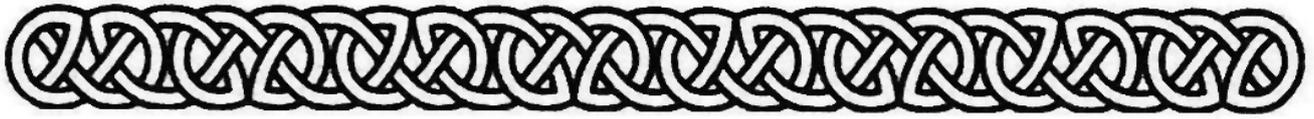
gran día para todos vosotros, así que podéis disfrutar del resto de la jornada libre y pasarlo bien. Las cocinas os servirán un banquete en vuestras habitaciones y tenéis libertad durante todo el día para salir por el castillo y el pueblo.

»Lo primero que haréis mañana por la mañana será presentaros a vuestros nuevos maestros y, si me aceptáis un consejo, os aseguraréis de ser puntuales —sonrió a los otros cuatro y se dirigió a Will con un tono de comprensión en su voz—: Will, mañana te haré saber lo que he decidido para ti —se volvió hacia Martin y le hizo un gesto para que acompañara a los nuevos aprendices a la salida—. Gracias a todos —dijo, y abandonó la estancia por la puerta tras su escritorio.

Los maestros le siguieron y Martin acompañó a los antiguos pupilos a la puerta. Charlaban emocionados, aliviados y encantados de haber sido admitidos por los maestros que habían escogido.

Will se quedó rezagado del resto, vacilando mientras pasaba por delante de la mesa sobre la que aún descansaba la hoja de papel. La miró por un momento, como si de alguna forma fuera capaz de entender las palabras escritas en el anverso. Tuvo entonces la misma sensación que había percibido antes, que alguien le estaba vigilando. Levantó la vista y se encontró contemplando los oscuros ojos del montaraz, que permanecía detrás del alto respaldo del sillón del barón, casi invisible en su extraña capa.

Will se estremeció en un repentino escalofrío de temor y se apresuró a salir de la estancia.



Cinco

Era bien pasada la medianoche. Las parpadeantes antorchas del patio del castillo, ya reemplazadas una vez, comenzaban a apagarse de nuevo. Will había vigilado pacientemente durante horas, en espera de este momento, cuando la luz era baja y los guardias bostezaban en la última hora de su turno.

Había sido uno de los peores días que era capaz de recordar. Mientras que sus compañeros lo celebraban, disfrutando de su festín y empleando el tiempo en jugueteos desenfadados por el castillo y el pueblo, Will se escabulló al silencio del bosque, más o menos a un kilómetro de las murallas del castillo. Allí, en el frescor del verde oscuro entre los árboles, pasó la tarde reflexionando amargamente sobre los sucesos de la Elección, cuidándose el profundo dolor por la decepción y preguntándose por lo que decía el papel del montaraz.

Conforme transcurrió el día y las sombras comenzaron a alargarse en los campos abiertos junto al bosque, llegó a una conclusión.

Tenía que saber qué había en el papel. Y tenía que saberlo esa noche.

Regresó cuando empezaba a oscurecer, evitando tanto a los aldeanos como a la gente del castillo, y se ocultó otra vez en las ramas de la higuera. Antes, se había deslizado en las cocinas sin que le vieran y se había hecho con pan, queso y manzanas. Las había mordisqueado de forma malhumorada, sin apenas saborearlas, según pasaba la tarde y el castillo comenzaba a acomodarse para la noche.

Observó los movimientos de los guardias, mientras se hacía una idea de lo que tardaban al hacer sus rondas habituales. Además de la vigilancia de la tropa, había un sargento de guardia en el camino a la puerta de la torre que conducía a los aposentos del barón Arald. Pero estaba demasiado gordo y somnoliento y era poco probable que supusiera un riesgo para Will. Al fin y al cabo, no tenía intención de utilizar la puerta o la escalera.

A lo largo de los años, su curiosidad insaciable y su afición por ir a sitios donde no se le suponía habían desarrollado en él la habilidad de moverse por espacios aparentemente abiertos sin ser visto.

Cuando el viento agitaba las ramas superiores de los árboles, éstas creaban formas

en movimiento a la luz de la luna, formas que Will utilizaba ahora con un gran resultado. De manera instintiva ajustó sus movimientos al ritmo de los árboles, fundiéndose con facilidad con las sombras del patio, convirtiéndose en parte de él, y quedó así encubierto por éste. En cierto modo, la ausencia de una protección evidente facilitó su tarea. El sargento gordo no esperaba que nadie cruzase el espacio abierto del patio. Así que, como no esperaba ver a nadie, no consiguió hacerlo.

Sin aliento, Will se pegó a la áspera piedra de la pared de la torre. El sargento estaba apenas a cinco metros de distancia y Will podía oír su profunda respiración, pero un pequeño contrafuerte del muro le ocultaba de su vista. Estudió la pared que tenía delante, echando la cabeza hacia atrás para mirar arriba. La ventana del despacho del barón se hallaba a bastante altura, y más lejos, dando la vuelta a la torre. Para alcanzarla tendría que escalar, desplazarse después por la cara del muro hasta un punto más allá de la vertical de donde hacía guardia el sargento y ascender otra vez hasta la ventana. Nervioso, se humedeció los labios. Al contrario que las lisas paredes interiores de la torre, los enormes bloques de piedra que componían el muro exterior tenían grandes huecos entre sí. Escalar no sería ningún problema. Contaría con todo tipo de apoyos para manos y pies hasta arriba. Era consciente de que en algunos lugares la piedra se habría ido alisando por el clima al pasar los años y debería ir con cuidado. Pero ya había escalado las otras tres torres en alguna ocasión anterior y no esperaba encontrar ninguna verdadera dificultad con ésta.

No obstante, esta vez, si le veían no podría hacerlo pasar por una travesura. Estaría trepando en medio de la noche a una parte del castillo en la que no tenía ningún derecho a estar. Después de todo, el barón no había apostado guardias en la torre por diversión. Se suponía que la gente no debía acercarse a menos que tuviera algo que hacer allí.

Se frotó nervioso las manos. ¿Qué podrían hacerle? Ya le habían pasado por alto en la Elección. Nadie le había querido. Estaba condenado a una vida en el campo. ¿Qué podía haber peor que eso?

Pero una duda persistía en el fondo de su cabeza: no tenía la absoluta seguridad de estar condenado a esa vida. Aún le quedaba una débil llama de esperanza. Quizás el barón transigiera. Quizás, si Will se lo suplicara por la mañana y le hablara de su padre y de lo importante que era para él que le aceptasen en la Escuela de Combate, habría una muy ligera posibilidad de que se le concediera su deseo. Y entonces, una vez fuese aceptado, podría mostrar cómo su entusiasmo y dedicación le convertirían en un estudiante de mérito, hasta que diera el estirón.

Por otro lado, si le pillaran en los minutos siguientes, ni siquiera le quedaría esa pequeña oportunidad. No tenía ni idea de lo que le harían si le atrapaban, pero podía estar razonablemente seguro de que no incluiría el ser aceptado en la Escuela de Combate.

Vaciló, necesitado de un empujoncito extra que le pusiera en marcha. Fue el sargento gordo quien se lo dio. Oyó la profunda inspiración de aire, el arrastre de las

botas tachonadas contra las losas mientras reunía el equipo, y se percató de que el sargento estaba a punto de comenzar uno de los recorridos irregulares de su ronda. Por lo general esto suponía desplazarse unos pocos metros alrededor de la torre, a ambos lados de la puerta, para volver después a su posición original. Tenía más el propósito de mantenerse despierto que cualquier otra cosa, pero Will se dio cuenta de que aquello les llevaría a encontrarse cara a cara en los próximos segundos si no hacía algo.

Rápido, con facilidad, comenzó a trepar el muro. Recorrió los primeros cinco metros en cuestión de segundos, desplegándose por la piedra rugosa como una araña gigante de cuatro patas. Oyó entonces las fuertes pisadas a sus pies y se quedó quieto, pegándose al muro por si algún leve ruido alertaba al centinela.

De hecho, le dio la impresión de que el sargento había oído algo. Se detuvo justo bajo el punto del que Will colgaba, al tiempo que escudriñaba en la noche, intentando ver más allá de las sombras veteadas proyectadas por la luna y los árboles en su balanceo. Pero, tal y como Will pensó la noche anterior, la gente rara vez mira hacia arriba. Satisfecho con que no había oído nada significativo, continuó su marcha alrededor de la torre.

Aquella era la oportunidad que Will necesitaba. También le dio la posibilidad de moverse por la cara de la torre. Así que se encontraba justo bajo la ventana que quería. Encontrando con facilidad donde agarrarse con las manos y los pies, se movió casi tan rápido como un hombre al andar, siempre más y más arriba en el muro de la torre.

En cierto punto miró hacia abajo y aquello fue un error. A pesar de su buena cabeza para las alturas, se le fue ligeramente la vista y vio lo lejos que había llegado y lo lejos que estaban las duras losas del patio del castillo bajo él. El sargento apareció de nuevo: una pequeña silueta vista desde esa distancia. Will se sacudió de los ojos el momento de vértigo y continuó escalando, algo más despacio, quizás, y con algo más de cuidado que antes.

Se produjo un momento de infarto cuando, a la vez que estiraba su pie derecho hasta otro apoyo, el izquierdo resbaló sobre el borde redondeado por la erosión de los bloques macizos y se quedó colgando solo por las manos, mientras escarbaba otro apoyo desesperadamente. Se recuperó y continuó moviéndose.

Sintió una oleada de alivio cuando sus manos se aferraron por fin al antepecho de piedra de la ventana y con esfuerzo se elevó y se introdujo en la estancia, balanceando las piernas por encima del alféizar y cayendo dentro con ligereza.

Por supuesto, el despacho del barón estaba desierto. La luz de la luna en cuarto creciente penetraba a raudales por la gran ventana.

Y allí, sobre la mesa, donde el barón la había dejado, descansaba la hoja de papel que contenía la respuesta sobre el futuro de Will. Nervioso, echó un vistazo a la habitación. La enorme silla del barón, de respaldo alto, permanecía como un centinela tras la mesa. Los demás muebles se erguían oscuros e inmóviles. En una pared, un

retrato de uno de los antecesores del barón le miraba acusador.

Se sacudió estas imaginaciones y avanzó rápidamente hacia el escritorio, sin hacer ruido con las suaves botas sobre los tablones desnudos del suelo. La hoja de papel, que brillaba blanca con el reflejo de la luz de la luna, estaba a su alcance. Sólo mirarla, leerla y salir, se dijo. Eso era todo cuanto tenía que hacer. Alargó una mano para cogerla.

Sus dedos la tocaron.

¡Y una mano salida de la nada le agarró por la muñeca!

Del susto, Will lanzó un fuerte alarido. Se le puso el corazón en la boca y se encontró mirando a los fríos ojos de Halt, el montaraz.

¿De dónde había salido? Will se había asegurado de que no había nadie más en la estancia. Y no había oído abrirse ninguna puerta. Recordó entonces cómo Halt era capaz de envolverse en esa extraña capa suya, moteada, gris y verde y desaparecer en el entorno, fundiéndose con las sombras hasta volverse invisible.

Daba igual cómo lo había hecho Halt. El verdadero problema es que le había cogido allí, en el despacho del barón, Y aquello significaba el final de todas las esperanzas de Will.

—Pensé que podrías intentar algo así —dijo el montaraz en tono grave.

Will, con el corazón bombeando por la impresión de los últimos instantes, no dijo nada. Bajó el rostro, avergonzado y desesperado.

—¿Tienes algo que decir? —le preguntó Halt, y él negó con la cabeza, sin querer levantar la vista y toparse con esa mirada oscura, penetrante.

Las siguientes palabras de Halt confirmaron lo que Will más temía.

—Bien, veamos qué piensa el barón de esto.

—¡Halt, por favor! No... —Will se detuvo. No había excusa para lo que había llevado a cabo y lo menos que podía hacer era enfrentarse a su castigo como un hombre. Como un guerrero. Como su padre, pensó.

—¿Qué? —dijo Halt de manera cortante.

Will meneó la cabeza.

—Nada.

El montaraz agarraba a Will férreamente de su muñeca mientras le conducía por la puerta hasta la ancha escalera en curva que ascendía a los aposentos del barón. Los centinelas, en lo alto de la escalera, levantaron la mirada sorprendidos ante la visión del rostro adusto del montaraz y el chico a su lado. A un leve gesto de éste, se apartaron y le abrieron las puertas de la habitación del barón.

La estancia estaba muy iluminada y, por un instante, Will miró confuso a su alrededor. Estaba seguro de haber visto cómo se apagaban las luces en esta planta mientras esperaba y vigilaba desde el árbol. Observó entonces las pesadas cortinas echadas en la ventana y lo entendió. Al contrario que las dependencias de trabajo en la planta inferior, con escasos muebles, esta habitación era un comfortable revoltillo de sofás, banquetas, alfombras, tapices y butacas. El barón se hallaba sentado en una

de ellas, leyendo una pila de informes.

Levantó la mirada de la hoja que sostenía cuando Halt entró con su prisionero.

—Así que tenías razón —dijo el barón, y Halt asintió.

—Tal y como dije, mi señor. Atravesó el patio del castillo como una sombra. Esquivó a los centinelas pasando inadvertido y subió por la torre como una araña.

El barón dejó el informe en una mesilla auxiliar y se inclinó hacia delante.

—¿Escaló la torre, dices? —preguntó un pelín incrédulo.

—Sin cuerda. Sin escalera, mi señor. La escaló con la facilidad con la que usted se sube al caballo por la mañana. Más fácilmente, de hecho —dijo Halt con la leve sombra de una sonrisa.

El barón frunció el ceño. Tenía cierto sobrepeso y a veces necesitaba ayuda para subirse al caballo tras una noche larga. No pareció sorprendido en absoluto de que Halt se lo recordara.

—Bien —dijo mientras miraba a Will con dureza—, esto es algo muy serio.

Will no dijo nada. No tenía la seguridad de si debía estar de acuerdo o no. Cada camino tiene sus peligros. Pero hubiera preferido que Halt no pusiera al barón de mal humor recordándole su peso. Ciertamente con aquello no conseguiría que a él le fueran mejor las cosas.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer contigo, joven Will? —prosiguió el barón. Se levantó de su silla y comenzó a caminar. Will le observó al tiempo que trataba de calibrar su humor. El fuerte rostro barbudo no le dijo nada. El barón se detuvo y se mesó la barba, pensativo—. Cuéntame, joven Will —dijo, poniéndose de espaldas al pobre chico—, ¿qué harías tú en mi lugar? ¿Qué harías con un chico que irrumpe en mi despacho en mitad de la noche e intenta robar un importante documento?

—¡No estaba robando, mi señor! —Will explotó en el desmentido antes de ser capaz de contenerlo. El barón se giró hacia él con una ceja levantada en aparente descrédito. Will prosiguió débilmente—: Sólo... quería verlo, eso es todo.

—Quizás sea así —dijo el barón con la ceja aún levantada—, pero no has respondido a mi pregunta. ¿Qué harías en mi lugar?

Will bajó de nuevo la cabeza. Podía rogar misericordia. Podía disculparse. Podía intentar explicarlo. Pero cuadró los hombros y tomó una decisión. Conocía las consecuencias de que le cogieran. Y había decidido aceptar el riesgo. No tenía derecho ahora a suplicar el perdón.

—Mi señor... —dijo vacilante, consciente de que ése era un momento decisivo en su vida.

El barón le prestó atención, vuelto aún a medias hacia la ventana.

—¿Sí? —dijo, y Will halló de algún modo la resolución para continuar.

—Mi señor, yo no sé lo que haría en su lugar. Sí sé que no hay excusa para mis actos y aceptaré cualquier castigo que decida.

Según hablaba levantó la vista para mirar al barón a los ojos. Y al hacerlo cazó un fugaz vistazo de éste a Halt. Pudo ver que había algo en aquella mirada. Por muy raro

que pareciese, era casi una mirada de aprobación o acuerdo. Vista y no vista.

—¿Alguna sugerencia, Halt? —preguntó el barón en un cuidadoso tono neutro.

Will miró entonces al montaraz. Su rostro estaba serio, como siempre. La barba entrecana y el pelo corto le hacían parecer aún más disgustado, más amenazador.

—Quizá deberíamos mostrarle el papel que tantas ganas tenía de ver, mi señor —dijo al tiempo que extraía la hoja del interior de su manga.

El barón dejó que se le escapara una sonrisa.

—No es mala idea —dijo—. Supongo que, en cierto modo, el papel deja bien claro cuál es su castigo, ¿no?

Will alternó la mirada de uno a otro hombre. Allí estaba pasando algo que no entendía. El barón parecía pensar que lo que acababa de decir era bastante gracioso. Halt, por el contrario, no le seguía la broma.

—Si usted lo dice, mi señor —le contestó sin alterarse.

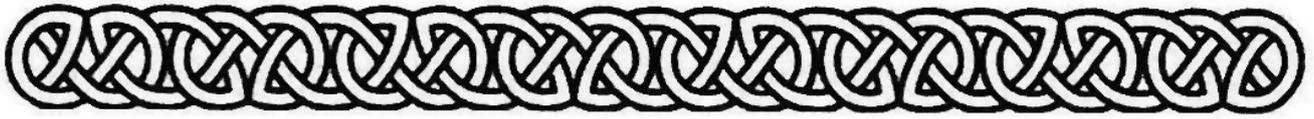
El barón le hizo un gesto agitando la mano con impaciencia.

—¡Acepta una broma, Halt! ¡Acepta una broma! Bien, anda, muéstrale el papel.

El montaraz cruzó la habitación y le entregó a Will la hoja que tanto había arriesgado por leer. Al tomarla, le tembló la mano. ¿Su castigo? Pero ¿cómo sabía el barón que merecería un castigo antes de lo que acababa de pasar?

Advirtió que el barón le miraba expectante. Halt, como siempre, era una estatua impasible. Will desdobló la hoja y leyó las palabras que Halt había escrito allí.

EL MUCHACHO WILL TIENE POTENCIAL PARA SER
ENTRENADO COMO MONTARAZ.
LE ACEPTARÉ COMO MI APRENDIZ.



Seis

Will contempló las palabras del papel totalmente confuso. Su primera reacción fue de alivio. No iba a recibir la condena de una vida de trabajo en el campo. Y no iba a ser castigado por sus actos en el despacho del barón. Luego, aquella inicial sensación de alivio dio paso a una súbita y persistente duda. No sabía nada de los montaraces más allá del mito y la superstición. No sabía nada de Halt, aparte de que el adusto personaje de la capa gris le ponía nervioso cada vez que se acercaba.

Ahora, al parecer, le estaban enviando a pasar todo su tiempo con él. Y no tenía nada claro que le gustara la idea en absoluto.

Observó a los dos hombres. Pudo ver que el barón sonreía expectante. En apariencia, sentía que Will debía recibir su decisión como si fueran buenas noticias. No lograba ver la cara de Halt con claridad. La profunda capucha de su capa proyectaba una sombra sobre su rostro.

La sonrisa del barón se borró ligeramente. Parecía algo perplejo por la reacción de Will —o mejor dicho, la ausencia de reacción visible alguna— ante las noticias.

—Bueno, ¿qué dices, Will? —preguntó con un tono de ánimo.

Will respiró profundamente.

—Gracias, señor... mi señor —dijo con inseguridad.

¿Y si la broma anterior del barón acerca de que la nota contenía su castigo iba más en serio de lo que él pensaba? Quizás su asignación como aprendiz de Halt fuera el peor castigo que podía haber elegido. Pero no parecía que el barón pensase así. Daba la impresión de estar muy complacido con la idea. Dejó escapar un suspiro de gusto al sentarse en una butaca. Miró al montaraz e hizo un gesto hacia la puerta.

—Quizás podrías dejarnos unos momentos a solas, Halt. Me gustaría tener unas palabras con Will en privado —dijo.

El montaraz hizo una reverencia solemne.

—Por supuesto, mi señor —dijo con esa voz que salía de las profundidades de la capucha.

Se desplazó con su habitual silencio, pasó por delante de Will y salió por la puerta

que conducía al pasillo. Ésta se cerró tras él sin apenas ruido. ¡Aquel hombre era increíble!

—Siéntate, Will —el barón señaló una de las butacas bajas frente a la suya. Will, nervioso, se sentó en el borde, como en disposición de echar a volar. El barón percibió su lenguaje corporal y suspiró—. No pareces muy complacido con mi decisión —dijo, decepcionado.

La reacción confundió a Will. Jamás se habría imaginado que un personaje tan poderoso como el barón se hubiera preocupado de una u otra forma por lo que un insignificante pupilo pudiera pensar de sus decisiones. No sabía cómo responder, así que permaneció sentado en silencio hasta que el barón, por fin, continuó.

—¿Preferirías trabajar de mozo en el campo? —preguntó.

Le costaba creer que un muchacho tan animado y activo como éste prefiriese una vida tan aburrida y apacible, pero quizás se equivocaba. Will se apresuró a tranquilizarle en ese sentido.

—¡No, señor! —dijo precipitadamente.

El barón hizo un leve ademán interrogativo con ambas manos.

—Bien, entonces, ¿preferirías que te castigase de algún modo por lo que has hecho?

Will comenzó a hablar pero entonces se percató de que su respuesta podría ser insultante y se detuvo. El barón gesticuló para que prosiguiese.

—Es sólo que... no estoy seguro de que no lo haya hecho, señor —al ver la arruga que había crispado la frente del barón mientras él hablaba, continuó con rapidez—: Yo... yo no sé mucho sobre los montaraces, señor. Y la gente dice...

Dejó que sus palabras se apagaran. Era evidente que el barón tenía a Halt en cierta estima y no creyó que fuera diplomático por su parte exponer que la gente común y corriente temía a los montaraces y pensaba que eran brujos. Vio que el barón asentía y que una mirada de comprensión reemplazaba la expresión de perplejidad que había mantenido.

—Por supuesto. La gente dice que hacen magia negra, ¿no? —Reconoció, y Will asintió, sin darse cuenta incluso de que lo estaba haciendo—. Dime, Will, ¿encuentras que Halt es una persona que dé miedo?

—¡No, señor! —dijo Will con precipitación, pero, como el barón seguía mirándole, añadió de mala gana—: Bueno... puede que un poco.

El barón se echó hacia atrás, cruzando los dedos. Ahora que entendía las razones de la renuencia del chico, se reprochó mentalmente el no haberlas previsto. Al fin y al cabo, tenía un mejor conocimiento del Cuerpo de Montaraces de lo que cabía esperar de un joven muchacho que acababa de cumplir los quince, susceptible a los cuchicheos supersticiosos del personal del castillo.

—Los montaraces son un grupo misterioso —dijo—, pero no hay nada que temer de ellos, a menos que seas un enemigo del reino.

Pudo apreciar que el chico se estaba quedando con todas y cada una de sus

palabras, y añadió, en tono de broma:

—Tú no eres un enemigo del reino, ¿verdad, Will?

—¡No, señor! —dijo éste con un temor súbito, y el barón suspiró de nuevo.

Odiaba que la gente no se diera cuenta de que bromeaba. Por desgracia, como cacique del castillo, la mayoría se tomaba sus palabras muy en serio.

—Está bien, está bien —dijo para tranquilizarle—, sé que no lo eres. Pero, créeme, pensé que te agradecería esta asignación: un chaval aventurero como tú debería hacerse a la vida de montaraz como un pato al agua. Es una gran oportunidad para ti, Will —hizo una pausa, estudiando minuciosamente al muchacho al ver que no terminaba de sentirse seguro con todo el asunto—. Muy pocos chicos son elegidos para ser aprendices de montaraz, ya lo sabes. La oportunidad sólo se presenta en ocasiones extraordinarias.

Will asintió, pero aún no estaba totalmente convencido. Pensó que debía darlo todo por su sueño y hacer un último intento por entrar en la Escuela de Combate. Al fin y al cabo, el barón parecía estar de un buen humor poco común esta noche, a pesar del hecho de que Will irrumpiese en su despacho.

—Quería ser guerrero, señor —dijo con cautela, pero el barón meneó la cabeza de forma inmediata.

—Me temo que tus cualidades van en otra dirección. Halt lo supo la primera vez que te vio. Por eso te reclamó.

—Ah —dijo Will. No había mucho más que pudiera decir. Sintió que debería estar tranquilo con todo lo que el barón había dicho y, hasta cierto punto, con lo que él era. Pero pensó que aún había mucha incertidumbre en todo aquello—. Es sólo que Halt parece tan huraño siempre... —dijo.

—Cierto es que no tiene mi brillante sentido del humor —reconoció el barón, y después, mientras Will le miraba sin comprender, murmuró algo entre dientes.

Will no estaba seguro de qué había hecho para contrariarle, así que pensó que sería mejor cambiar de tema.

—Pero... ¿en realidad qué hace un montaraz, mi señor? —preguntó.

De nuevo, el barón meneó la cabeza.

—Eso te lo contará el propio Halt. Son un grupo extraño y no les gusta demasiado que los demás hablen de ellos. Bueno, quizás deberías regresar a tu cuarto e intentar dormir un poco. Tendrás que presentarte en la cabaña de Halt a las seis en punto de la mañana.

—Sí, mi señor —dijo Will levantándose de su incómoda posición elevada en el borde de la silla.

No tenía claro que fuera a disfrutar la vida de un aprendiz de montaraz, pero no tenía otra elección. Hizo una reverencia al barón y éste le asintió ligeramente en respuesta, después se volvió en dirección a la puerta. La voz del barón le detuvo.

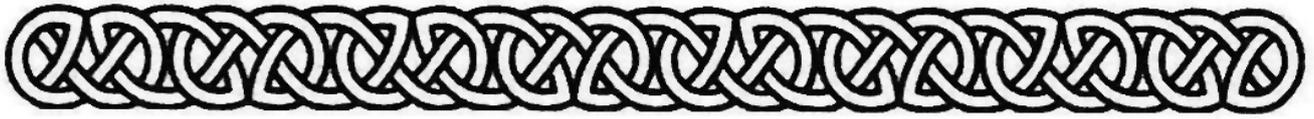
—¿Will? Esta vez, usa las escaleras.

—Sí, mi señor —contestó con seriedad, y se sintió un poco confuso por la forma

en que el barón levantó los ojos al cielo y de nuevo masculló algo para sí. Esta vez Will pudo entender algunas palabras. Era algo sobre «bromas», pensó.

Atravesó la puerta. Los centinelas aún estaban de servicio en el descansillo de la escalera, pero Halt se había marchado.

O, por lo menos, eso parecía. Con el montaraz, nunca se podía estar seguro.



Siete

Fue raro abandonar el castillo tras todos esos años. Will se giró al llegar al final de la colina, con el hatillo de sus pertenencias al hombro, y contempló los muros macizos.

El castillo de Redmont dominaba el paisaje. Levantado en lo alto de una pequeña colina, se trataba de una estructura maciza de tres lados, más o menos orientada al oeste, y con una torre en cada uno de sus tres vértices. En el centro, protegidos por el telón de los tres muros, se encontraban el patio y la torre del homenaje, la cuarta torre, que se elevaba por encima de las otras y que acogía las dependencias oficiales del barón y sus aposentos privados, junto con los de sus oficiales de alto rango. El castillo estaba construido con pedernal rico en hierro; una roca casi indestructible que en los momentos de sol bajo como el amanecer o el atardecer parecía brillar con una luz roja interior. Fue esta característica la que le dio al castillo su nombre: Redmont, o Montaña Roja.

Al pie de la colina y al otro lado del río Tarbus se extendía la villa de Wensley, un alegre conjunto irregular de casas, con una posada y los comercios de los artesanos necesarios para satisfacer la demanda del día a día de la vida campestre: un tonelero, un carretero, un herrero y un fabricante de arneses. Las tierras de alrededor se habían despejado hasta una cierta distancia, tanto para proporcionar campos de labranza y pastos a los aldeanos como para evitar que los enemigos se pudieran ocultar al aproximarse. En las épocas de peligro, los habitantes de la villa conducían sus rebaños por el puente que cruzaba el Tarbus, retiraban la parte central de éste tras de sí y buscaban refugio dentro de los muros macizos de pedernal del castillo, protegidos por los soldados del barón y los caballeros entrenados en la Escuela de Combate de Redmont.

La cabaña de Halt se hallaba a una cierta distancia, lejos del castillo y el pueblo, situada al refugio de los árboles en el límite del bosque. El sol salía justo por encima de los árboles cuando Will llegó a la choza de troncos. Un hilo de humo en espiral se elevaba desde la chimenea, por lo que pensó que Halt ya estaba en pie. Subió a la veranda que corría a lo largo de uno de los lados de la casa, dudó un instante y luego,

tras una respiración profunda, llamó con firmeza a la puerta.

—Pasa —dijo una voz desde dentro. Will abrió la puerta y entró en la cabaña.

Era pequeña pero sorprendentemente bien organizada y cómoda en su interior. Se encontró en la estancia principal, un área a medias salón y comedor, con una cocina pequeña en un extremo, separada de la zona central por un banco de pino. Había confortables sillas distribuidas alrededor de un fuego, una mesa de madera bien fregada y cazuelas y sartenes que relucían de tan frotadas como estaban. Había incluso un jarrón con flores silvestres de brillantes colores sobre la repisa de la chimenea y el primer sol de la mañana penetraba con alegría por una ventana grande. Desde la estancia principal se accedía a otras dos habitaciones.

Halt se sentó en una de las sillas, a la vez que apoyaba en la mesa los pies calzados con botas.

—Al menos llegas a tiempo —dijo bruscamente—. ¿Has desayunado ya?

—Sí, señor —dijo Will, contemplando fascinado al montaraz.

Aquella era la primera vez que veía a Halt sin su capa verde y gris y la capucha. El montaraz llevaba puesta una sencilla ropa de lana gris y marrón y botas que parecían de cuero blando. Era más mayor de lo que Will había pensado. Su barba y su pelo eran cortos y oscuros, pero salpicados con mechones grises como el acero. Los llevaba recortados de forma irregular y Will pensó que daba la impresión de habérselos cortado él mismo con su cuchillo de caza.

El montaraz se puso en pie. Era de complexión sorprendentemente pequeña. Otra cosa más de la que Will nunca se había percatado. La capa gris había ocultado mucho de Halt. Era delgado y en absoluto alto. De hecho, era más bajo que la media. Pero daba tal sensación de fuerza y carácter fustigador que su falta de altura y corpulencia no hacían de él un personaje menos intimidador.

—¿Has acabado de mirar? —preguntó de repente el montaraz.

Will dio un respingo nervioso.

—¡Sí, señor! ¡Perdón, señor! —dijo.

Halt gruñó. Señaló hacia una de las pequeñas habitaciones que Will había visto al entrar.

—Ésa será tu habitación. Puedes dejar tus cosas ahí dentro.

Se desplazó hacia el hornillo de leña que había en la zona de la cocina y Will entró vacilante en el cuarto que le había indicado. Era pequeño pero, como el resto de la cabaña, también estaba limpio y parecía cómodo. Una cama pequeña se extendía a lo largo de una de las paredes. Había un armario para la ropa y una mesa tosca con una palangana y una jarra encima. Will se fijó en que asimismo había otro jarrón de flores silvestres recién cogidas que daba una viva nota de color a la habitación. Dejó su hatillo y sus cosas sobre la cama y regresó a la sala principal.

Halt aún estaba ocupado junto al hornillo, de espaldas a Will, que carraspeó para llamar su atención. Continuó removiendo el café en una cacerola sobre el hornillo.

Will carraspeó de nuevo.

—¿Estás constipado, chico? —preguntó el montaraz sin darse la vuelta.

—Eh... no, señor.

—¿Por qué toses, entonces? —dijo Halt girándose para quedar frente a él.

Will vaciló.

—Bueno, señor —comenzó inseguro—, sólo quería preguntarle... ¿En realidad a qué se dedica un montaraz?

—¡No hace preguntas sin sentido, chico! —dijo Halt—. ¡Mantiene los ojos y los oídos abiertos y observa y escucha, y, al final, si no tiene demasiado serrín entre las orejas, aprende algo!

—Ah —dijo Will—, ya veo —no quiso y no pudo controlarse y, aunque se dio cuenta de que no era momento de hacer más preguntas, repitió en tono un poco rebelde—: Yo sólo me preguntaba qué hacen los montaraces, nada más.

Halt captó el tono de su voz y le miró con un brillo extraño en los ojos.

—Vale, entonces supongo que será mejor que lo sepas —dijo—. Lo que hacen los montaraces, o mejor dicho, lo que hacen los aprendices de montaraz, son las tareas de la casa.

Will se sintió hundido mientras le golpeaba la sospecha de que había cometido un error táctico.

—¿Las tareas de la casa? —repitió.

Halt asintió mostrándose abiertamente complacido consigo mismo.

—Eso es. Mira a tu alrededor —realizó una pausa al tiempo que señalaba el interior de la cabaña para que Will hiciera lo que le había sugerido, y después prosiguió—: ¿Ves algún criado?

—No, señor —dijo Will lentamente.

—¡Desde luego que no, señor! —dijo Halt—. Porque esto no es un gran castillo con personal de servicio. Esto es una cabaña humilde. Y hay agua que traer y leña que cortar y suelos que barrer y alfombras que sacudir. ¿Y quién crees que se supone que debería hacer todas esas cosas, chico?

Will intentó pensar en alguna respuesta diferente de la que parecía ahora inevitable. No le vino nada a la cabeza, así que dijo por fin, en tono de derrota:

—¿Debería ser yo, señor?

—Creo que sí —le dijo el montaraz, y de un tirón le soltó una lista de instrucciones—: El cubo, allí. El tonel, al otro lado de la puerta. El agua, en el río. El hacha, en el cobertizo, y la leña, detrás de la cabaña. La escoba, junto a la puerta, y creo que probablemente ves dónde podría estar el suelo, ¿no?

—Sí, señor —dijo Will mientras comenzaba a remangarse.

Al llegar ya había visto el tonel que, obviamente, guardaba el suministro diario de agua de la cabaña. Había estimado que le cabrían veinte o treinta cubos llenos. Con un suspiro, se percató de que iba a tener una mañana muy atareada.

Conforme salía al exterior con el cubo vacío en una mano, oyó al montaraz decir con satisfacción mientras se servía una taza de café:

—Había olvidado lo divertido que puede ser tener un aprendiz.

Will no podía creer que una cabaña tan pequeña y en apariencia cuidada fuera capaz de precisar tanta limpieza y mantenimiento general. Después de haber llenado el tonel con agua fresca del río (treinta y un cubos repletos), cortó leña del montón de troncos tras la choza, colocándola en una pila ordenada, barrió la cabaña y, cuando Halt decidió que hacía falta sacudir la alfombra del salón, la enrolló, la sacó fuera y la tendió sobre una cuerda colgada entre dos árboles, golpeándola con tanta fuerza que salían nubes de polvo. De vez en cuando, Halt se asomaba a la ventana para darle ánimos, que solían consistir en comentarios cortantes como «Te has dejado un poco en la parte de la izquierda» o «Pon un poco de energía, chico».

Una vez la alfombra recuperó su lugar en el suelo, Halt decidió que varias de sus cacerolas no brillaban con la suficiente intensidad.

—Vamos a tener que frotar un poco —dijo, más o menos para sí.

Will ya sabía que aquello quería decir «Tú vas a tener que frotar un poco». Así que, sin decir una palabra, se llevó las cacerolas a la orilla del río y las llenó por la mitad de agua y arena fina, las frotó y pulió el metal hasta que brilló.

Halt, mientras tanto, se había trasladado a una silla de lona en la veranda, donde se sentó a leer una buena pila de lo que parecían ser comunicados oficiales. Will pasó por delante una o dos veces y pudo ver que varios de los papeles llevaban blasones y escudos de armas, mientras que la gran mayoría estaba encabezada por el dibujo de una hoja de roble.

Cuando volvió de la orilla del río, Will sostuvo en alto las cacerolas para la inspección de Halt. El montaraz hizo una mueca a su reflejo distorsionado en la brillante superficie de cobre.

—Mmm. No está mal. Puedo ver mi propia cara —dijo, y añadió sin rastro de una sonrisa—: Puede que eso no sea tan bueno.

Will no dijo nada. Si se tratase de otra persona, podía haber sospechado que era una broma, pero con Halt, simplemente, no se sabía. Éste le estudió durante un segundo o dos, se encogió ligeramente de hombros y le hizo un gesto para que devolviera las cacerolas a la cocina. El muchacho se encontraba a medio camino de la puerta cuando escuchó a Halt decir, a su espalda:

—Mmm. Qué extraño.

Pensando que el montaraz se dirigía a él, Will se detuvo en la puerta.

—¿Disculpe? —le dijo con suspicacia.

Cada vez que Halt encontraba una tarea nueva a la que dedicarle, parecía iniciar la orden con un enunciado como «Qué raro. La alfombra del salón está llena de polvo», o «Creo que el hornillo tiene la extrema necesidad de una provisión de leña».

Era una afectación que Will había encontrado algo más que un poco molesta a lo largo del día, aunque a Halt parecía encantarle. Esta vez, sin embargo, parecía que

estaba en realidad reflexionando para sí mientras leía otro informe, uno con el emblema de la hoja de roble, notó Will. El montaraz levantó la vista, un poco sorprendido de que Will se hubiera dirigido a él.

—¿Qué pasa? —dijo.

Will se encogió de hombros.

—Perdone. Cuando dijo «qué extraño», pensé que me estaba hablando a mí.

Halt movió la cabeza varias veces, con el ceño aún fruncido y observando el informe en sus manos.

—No, no —dijo un pelín distraído—. Sólo estaba leyendo esto... —su voz se fue apagando y, pensativo, frunció de nuevo el ceño. Había despertado la curiosidad de Will, que aguardaba expectante.

—¿Qué es? —se aventuró finalmente a preguntar.

Cuando el montaraz volvió sus ojos oscuros hacia él, deseó al instante no haberlo hecho. Halt le contempló por un segundo o dos.

—Eres curioso, ¿verdad? —dijo por fin, y cuando Will asintió incómodo, prosiguió en un tono inesperadamente más suave—. Bien, supongo que es una cualidad en un aprendiz de montaraz. Al fin y al cabo, por eso te pusimos a prueba con ese papel en el despacho del barón.

—¿Me pusieron a prueba? —Will dejó la cacerola de cobre junto a la puerta—. ¿Esperaban que intentara ver lo que decía?

Halt asintió.

—Me habría decepcionado que no lo hubieras hecho. También quise ver cómo te apañarías para conseguirlo —levantó una mano para detener el torrente de preguntas que estaba a punto de salir en avalancha de la boca de Will—. Discutiremos eso más tarde —dijo, mirando de forma significativa la tetera y el resto de cacerolas.

Will se agachó para recogerlas y se volvió hacia a la casa una vez más. Pero la curiosidad aún le quemaba y se giró de nuevo hacia el montaraz.

—Entonces, ¿qué dice? —preguntó inclinándose hacia el informe.

Se produjo otro silencio mientras Halt le contemplaba, quizás evaluándolo. Después dijo:

—Lord Northolt ha muerto. Al parecer le mató un oso la semana pasada mientras se encontraba de caza.

—¿Lord Northolt? —preguntó Will. El nombre le resultaba vagamente familiar pero no era capaz de situarlo.

—Antiguo comandante supremo de los ejércitos del rey —le informó Halt, y Will asintió, como si ya lo supiera. Y, como parecía que Halt respondía a sus preguntas, se animó a continuar.

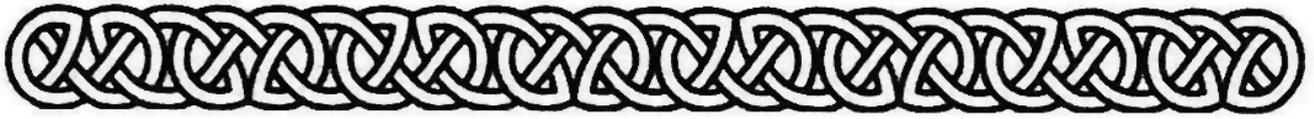
—¿Qué hay de raro en ello? Al fin y al cabo, los osos matan gente de vez en cuando.

Halt asintió.

—Cierto. No obstante, habría dicho que el feudo de Cordom estaba demasiado al

oeste para los osos. Y también que Northolt era un cazador con demasiada experiencia como para ir detrás de uno él solo —se encogió de hombros, como desechando el pensamiento—. Pero la vida también está llena de sorpresas y la gente comete errores —hizo otro gesto hacia la cocina, indicando que la conversación se había terminado—. Cuando hayas recogido eso, a lo mejor te apetece limpiar la chimenea —dijo.

Will se dirigió a hacerlo al instante. Y unos minutos más tarde, según pasaba por una de las ventanas hacia la gran chimenea que ocupaba la mayor parte de una de las paredes del salón, miró al exterior para ver cómo el montaraz golpeaba pensativo su barbilla con el informe, con sus pensamientos claramente muy lejos.



Ocho

Poco después, por la tarde, a Halt por fin se le acabaron las tareas para Will. Echó un vistazo alrededor de la cabaña, advirtiendo los brillantes utensilios de cocina, la inmaculada chimenea, el suelo minuciosamente barrido y la alfombra sin una mota de polvo. Una pila de leña descansaba junto a la chimenea y otra, cortada en trozos más cortos, llenaba el cesto de mimbre junto al hornillo de la cocina.

—Mmm. No está mal —dijo—. No está nada mal.

Will sintió una oleada de satisfacción ante los parcos elogios, pero antes de que pudiera sentirse complacido consigo mismo, Halt añadió:

—¿Sabes cocinar, chico?

—¿Cocinar, señor? —preguntó Will, inseguro. Halt elevó la mirada hacia algún ser superior invisible.

—¿Por qué los jóvenes siempre responden a una pregunta con otra pregunta? —se cuestionó. Acto seguido, al no recibir réplica, continuó—: Sí, cocinar, preparar alimentos de forma que se puedan comer. Hacer la comida. Supongo que sabes lo que son los alimentos, lo que es la comida, ¿no?

—Ss-sí —respondió Will, cuidándose de eliminar de la palabra cualquier entonación de pregunta.

—Bien, como te conté esta mañana, esto no es un gran castillo. Aquí, si queremos comer, tenemos que cocinar nosotros —le dijo Halt.

Ahí estaba ese «nosotros» de nuevo, pensó Will. Todas y cada una de las veces que Halt había dicho «nosotros debemos» parecía haberse traducido como «tú debes».

—No sé cocinar —admitió Will, y Halt aplaudió y se frotó las manos.

—¡Pues claro que no sabes! La mayoría de los chicos no sabe. Así que tendré que enseñarte cómo se hace. Vamos.

Le precedió en el camino a la cocina e introdujo a Will en los misterios culinarios: pelar y cortar cebollas, escoger una pieza de ternera de la despensa de la carne, trocearla en cubos perfectos, cortar verduras, dorar la ternera en una sartén

muy caliente y, por último, añadir un generoso chorreón de vino tinto y un poco de lo que Halt llamó sus «ingredientes secretos». La resulta fue un estofado de olor sabroso que hervía a fuego lento en lo alto del hornillo.

Después, mientras esperaban a que la cena estuviese lista, se sentaron en la veranda al atardecer y charlaron tranquilamente.

—El Cuerpo de Montaraces se fundó hace más de ciento cincuenta años, con el rey Herbert en el trono. ¿Sabes algo de él? —Halt miró de reojo al muchacho, que se sentaba a su lado, lanzando la pregunta con rapidez para ver su respuesta.

Will dudó. Recordaba vagamente el nombre por las clases de Historia en la Sala, pero no era capaz de evocar ningún detalle. De todas formas, decidió intentar salir de aquello con un engaño. No quería parecer demasiado ignorante en su primer día con su nuevo maestro.

—Ah... sí —dijo—, el rey Herbert. Nos hablaron de él en clase.

—¿En serio? —dijo el montaraz explayándose—. ¿Me podrías, quizás, contar algo sobre él? —Se recostó y cruzó las piernas, acomodándose.

Will buscó desesperadamente en su memoria, en un intento por recordar aunque sólo fuera un nimio detalle sobre el rey Herbert. Ese rey había hecho algo... pero ¿qué?

—Era... —vaciló, al tiempo que simulaba poner en orden sus pensamientos— el rey. —Eso era todo de cuanto estaba seguro y observó al montaraz para ver si podía dejarlo ya. Halt, simplemente, le miró e hizo un gesto con la mano para que continuara—. Era el rey... hace ciento cincuenta años —dijo Will en un intento por parecer seguro de lo que hacía.

Halt le sonrió y le hizo más gestos para que siguiese.

—Mmm... bueno, creo recordar que fue quien fundó el Cuerpo de Montaraces —dijo expectante, y Halt levantó las cejas en un gesto de sorpresa burlona.

—¿En serio? Lo recuerdas, ¿verdad? —dijo, y Will pasó un momento terrible cuando se percató de que Halt simplemente había dicho que se fundó durante su reinado, no necesariamente que él lo fundase.

—Ahhh, bueno, cuando he dicho que fundó el Cuerpo de Montaraces, quería decir que él era el rey cuando se fundó —dijo.

—¿Hace ciento cincuenta años? —inquirió Halt.

Will asintió con énfasis.

—Exacto.

—Bueno, resulta llamativo teniendo en cuenta que eso te lo he contado yo hace apenas un minuto —dijo el montaraz bajando las cejas sobre los ojos como nubes de tormenta. Will pensó que habría sido mejor no haber dicho nada. Finalmente, el montaraz prosiguió en un tono más suave—: Chico, si no sabes algo, no intentes colarme una mentira. Dime simplemente «no lo sé», ¿está claro?

—Sí, Halt —dijo Will con la mirada baja. Se produjo un silencio y entonces dijo —: ¿Halt?

—¿Sí?

—Sobre el rey Herbert... en realidad, no lo sé —admitió Will.

El montaraz soltó un pequeño gruñido.

—Vaya, jamás lo habría imaginado —dijo—, pero estoy seguro de que lo recordarás cuando te diga que fue el que expulsó a los clanes del norte de vuelta hasta las Highlands a través de la frontera, ¿no?

Y, por supuesto, en cuanto lo mencionó, Will se acordó. Pero pensó que sería inapropiado decirlo. El rey Herbert era conocido como el «Padre del reino moderno de Araluen». Había agrupado los cincuenta feudos en una poderosa unión para derrotar a los clanes del norte. Will vio entonces el modo de recuperar algo de crédito ante los ojos de Halt. Si mencionaba el título de «Padre del reino moderno de Araluen», quizás el montaraz...

—A veces se le conoce como el Padre del reino moderno de Araluen —estaba diciendo Halt, y Will se dio cuenta de que había tardado mucho—. Creó la unión entre los cincuenta feudos, que es la estructura que aún hoy tenemos.

—Me parece que ya recuerdo —terció Will. Pensó que añadir «me parece» contribuía a que no sonase a comentario a toro pasado.

Halt le miró con una ceja enarcada y prosiguió.

—En aquel momento, el rey Herbert sintió que, para permanecer seguro, el reino necesitaba una fuerza de inteligencia eficaz.

—¿Una fuerza inteligente? —dijo Will.

—Inteligente no. De inteligencia. Aunque es una ayuda si tu fuerza de inteligencia es también inteligente. La inteligencia consiste en saber lo que tus enemigos, o tus potenciales enemigos, van a hacer. Qué están planeando. Qué están pensando. Si conoces de antemano ese tipo de cosas, lo normal es que seas capaz de urdir un plan para detenerlos. Por eso fundó el Cuerpo de Montaraces: para mantener informado al reino. Para actuar como los ojos y los oídos del reino.

—¿Cómo hacéis eso? —preguntó Will con un creciente interés.

Halt percibió el cambio de tono y un momentáneo brillo de aprobación iluminó sus ojos.

—Mantenemos los ojos y los oídos abiertos. Patrullamos el reino, y más allá. Escuchamos. Observamos. Informamos.

Will asintió para sí, pensando. Después, preguntó:

—¿Es ésa la razón por la que os podéis hacer invisibles?

De nuevo, el montaraz sintió ese instante de aprobación y satisfacción. Pero se aseguró de que el muchacho no lo percibiese.

—No podemos hacernos invisibles. La gente cree que sí. Lo que nosotros hacemos es que sea difícil vernos. Hacerlo de forma apropiada requiere años de aprendizaje y práctica, pero tú ya tienes algunas de las habilidades necesarias.

Will levantó la vista, sorprendido.

—¿Las tengo?

—Cuando cruzaste anoche el patio del castillo utilizaste las sombras y el balanceo de las ramas para ocultarte, ¿no?

Will asintió. Nunca había conocido a nadie que entendiera de verdad su habilidad para moverse desapercibido. Halt continuó.

—Empleamos los mismos principios: fundirse con el paisaje. Utilizarlo para ocultarnos, convertirnos en parte de él.

—Entiendo —dijo Will despacio.

—El truco está en asegurarse de que nadie más lo hace —le contó Halt.

Por un instante, Will pensó que el montaraz había hecho una broma, pero cuando le miró, Halt tenía el mismo rostro serio de siempre.

—¿Cuántos montaraces hay? —preguntó. Halt y el barón se habían referido más de una vez al Cuerpo de Montaraces, pero Will sólo había visto a uno, y ése era Halt.

—El rey Herbert instauró el Cuerpo con cincuenta, uno por cada feudo. Yo estoy asignado a éste y mis colegas lo están a los otros cuarenta y nueve castillos a lo largo del reino. Además de proporcionar información sobre enemigos potenciales, los montaraces son los guardianes de la ley —dijo Halt—. Patrullamos nuestro feudo asignado y nos aseguramos de que se obedece la ley.

—Pensé que eso lo hacía el barón Arald —terció Will.

Halt sacudió la cabeza.

—El barón es un juez —dijo—. La gente le hace llegar sus quejas para que él pueda resolverlas. Los montaraces imponen la ley. Llevamos la ley al pueblo. Si se ha cometido un crimen, buscamos las pruebas. Estamos especialmente capacitados para ello ya que a menudo la gente no se da cuenta de que andamos por allí. Investigamos para ver quién es el responsable.

—¿Qué pasa después? —preguntó Will.

Halt se encogió ligeramente de hombros.

—A veces informamos al barón del feudo y éste arresta y enjuicia al individuo. Otras veces, si la cosa es urgente, sólo... nos encargamos de ello.

—¿Qué hacemos? —preguntó Will, antes de poder contenerse.

Halt le dedicó una larga mirada de consideración.

—No mucho si llevamos unas pocas horas como aprendiz —respondió—. Los que llevamos veinte años o más como montaraces solemos saber qué hacer sin preguntar.

—Ah —dijo Will, con el correspondiente escarmiento.

Halt continuó.

—También, en época de guerra, actuamos como tropas especiales: guiamos a los ejércitos, exploramos por delante de ellos, vamos tras las líneas enemigas para causar daño, etcétera —observó al muchacho—. Es mucho más interesante que trabajar en el campo —Will asintió. Quizás la vida de aprendiz de montaraz iba a tener su atractivo después de todo.

—¿Qué clase de enemigos? —preguntó. Al fin y al cabo, el castillo de Redmont

no había entrado en guerra desde hacía tanto como él era capaz de recordar.

—Enemigos de dentro y de fuera —le contó Halt—. Gente como los saqueadores del mar de Skandia o Morgarath y sus wargals.

Will se estremeció al tiempo que recordaba algunos de los relatos más escabrosos sobre Morgarath, señor de las Montañas de la Lluvia y la Noche. Halt asintió sombrío al ver la reacción de Will.

—Sí —dijo—, Morgarath y sus wargals son sin duda gente de la que preocuparse. Por eso el Cuerpo de Montaraces los mantienen vigilados. Queremos saber si se están organizando, si se están preparando para la guerra.

—De todos modos —dijo Will, más para quedarse tranquilo que por cualquier otra razón—, la última vez que atacaron, los ejércitos de los barones les hicieron papilla.

—Es cierto —reconoció Halt—. Pero sólo porque les habían avisado del ataque... —hizo una pausa y miró a Will significativamente.

—¿Fue un montaraz? —preguntó el muchacho.

—Correcto. Fue un montaraz quien trajo la noticia de que los wargals de Morgarath se encontraban en camino... Después guió a la caballería a través de un vado secreto para que pudieran rodear al enemigo.

—Fue una gran victoria —dijo Will.

—Sin duda lo fue. Y todo gracias a la vigilancia y la habilidad del montaraz, y su conocimiento de los senderos secretos y las trochas.

—Mi padre murió en esa batalla —añadió Will en voz más baja, y Halt le dedicó una curiosa mirada.

—¿Es eso cierto? —dijo.

—Fue un héroe. Un caballero poderoso —continuó Will.

El montaraz hizo una pausa, casi como si estuviera decidiendo si decir algo o no decirlo. Luego, simplemente respondió:

—No estaba al corriente de eso.

Will fue consciente de un sentimiento de decepción. Por un momento, tuvo la sensación de que Halt sabía algo sobre su padre, que podía contarle la historia de su heroica muerte. Se encogió de hombros.

—Por eso tenía tantas ganas de ir a la Escuela de Combate —dijo por fin—, para seguir sus pasos.

—Tú tienes otras cualidades —le dijo Halt, y Will recordó cómo el barón le había dicho exactamente lo mismo la noche anterior.

—Halt... —dijo. El montaraz asintió para animarle a continuar—. Me estaba preguntando... el barón dijo que me elegiste, ¿no?

Halt asintió de nuevo, sin decir nada.

—Y ambos decís que yo tengo otras cualidades: cualidades que me hacen apropiado para ser un aprendiz de montaraz...

—Es cierto —dijo Halt.

—Bueno... ¿cuáles son?

El montaraz se recostó hacia atrás y juntó las manos tras su cabeza.

—Eres ágil, eso es bueno en un montaraz —comenzó—. Y, como hemos dicho, sabes moverte en silencio. Eso es muy importante. Eres de pies rápidos e inquisitivo...

—¿Inquisitivo? ¿En qué sentido? —preguntó Will. Halt le miró con dureza.

—Siempre haciendo preguntas. Queriendo saber siempre las respuestas —le explicó—. Por eso hice que el barón te pusiera a prueba con ese trozo de papel.

—Pero ¿cuándo te fijaste en mí por primera vez? Quiero decir, ¿cuándo fue la primera vez que pensaste en seleccionarme? —Quiso saber Will.

—Ah —dijo Halt—, supongo que fue cuando te vi robar esos dulces de la cocina del maestro Chubb.

La boca de Will se abrió del asombro.

—¿Me viste? ¡Pero si eso fue hace siglos! —Un pensamiento le vino súbito a la mente—. ¿Dónde estabas?

—En la cocina —dijo Halt—, cuando entraste estabas demasiado ocupado como para verme.

Will sacudió la cabeza con gesto de asombro. Se había asegurado de que no había nadie en la cocina. Entonces recordó de nuevo cómo Halt, enfundado en su capa, era capaz de volverse prácticamente invisible. Se percató de que para ser un montaraz necesitaba algo más que aprender a cocinar y limpiar.

—Me impresionó tu habilidad —dijo Halt—. Pero hay algo que me impresionó mucho más.

—¿Qué fue? —preguntó Will.

—Más tarde, cuando el maestro Chubb te interrogó, vi que dudaste. Ibas a negar haber robado los dulces. Entonces te vi admitirlo. ¿Recuerdas? Te dio un golpe en la cabeza con su cuchara de madera.

Will sonrió abiertamente y se rascó pensativo la zona donde fue golpeado. Aún podía oír el *¡crack!* de la cuchara al alcanzarle.

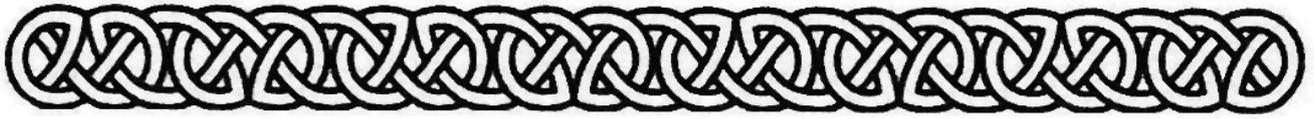
—Me pregunto si debería haber mentido —admitió.

Halt movió la cabeza con mucha lentitud.

—Oh no, Will. Si hubieras mentido, nunca te habrías convertido en mi aprendiz.

Se puso en pie y se estiró al tiempo que se volvía para entrar y dirigirse hacia el estofado, que hervía a fuego lento sobre el hornillo.

—Vamos a comer ya —dijo.



Nueve

Horace dejó su petate en el suelo del dormitorio y cayó en la cama con un gruñido de alivio.

Le dolía cada músculo de su cuerpo. No tenía ni idea de que fuera capaz de sentirse tan dolorido, tan agotado. No tenía ni idea de que hubiera tantos músculos en el cuerpo humano que pudiera sentir de ese modo. Se preguntó, no por primera vez, si saldría airoso de los tres años de entrenamiento en la Escuela de Combate. Llevaba menos de una semana como cadete y ya era una ruina física.

Cuando solicitó la Escuela de Combate, Horace tenía una vaga idea de brillantes caballeros ataviados con armaduras, guerreando mientras el pueblo llano asistía y miraba con sobrecogida admiración. Una buena cantidad de miembros de ese pueblo llano, en su imagen mental, eran chicas atractivas; Jenny, su compañera en la Sala, sobresalía entre todas. Para él, la Escuela de Combate era un lugar de *glamour* y aventura y los cadetes eran gente a quienes los demás respetaban y envidiaban.

La realidad era otra. Hasta el momento, los cadetes de la Escuela de Combate eran personas que se levantaban antes del amanecer y dedicaban la hora previa al desayuno a un severo recorrido de entrenamiento físico: correr, levantar pesos, formar en filas de diez o más para alzar y sostener pesados troncos sobre sus cabezas. Agotados por todo esto, se les devolvía a sus estancias para que tuvieran la oportunidad de darse una ducha —con agua fría— antes de asegurarse de que el dormitorio y el pabellón de aseo se encontraban absolutamente immaculados. Tras esto venía la inspección de cuartos, que era meticulosa. *Sir* Karel, el viejo y astuto caballero que llevaba a cabo la inspección, se las sabía todas cuando se trataba de tomar atajos en la limpieza del dormitorio, al hacer la cama y recoger tus cosas. La más ligera infracción por parte de alguno de los veinte muchachos implicaba que les esparcieran sus petates por el suelo, voltearan sus camas y les vaciaran los cubos de basura en el suelo; tendrían que hacerlo de nuevo, desde cero, en el rato en que deberían estar desayunando.

Como consecuencia, los nuevos cadetes sólo intentaban engañar a *sir* Karel una vez. El desayuno no tenía nada de especial. De hecho, en opinión de Horace, era de lo

más básico. Pero si te lo perdías, quedaba una larga y dura mañana hasta la hora del almuerzo, que, en consonancia con la vida espartana en la Escuela de Combate, sólo duraba veinte minutos.

Tras el desayuno, dos horas de clases de Historia Militar, Teoría de Tácticas y demás, y después solían llevar a los cadetes a hacer el recorrido de obstáculos: una serie de obstáculos diseñados para poner a prueba la velocidad, la agilidad, el equilibrio y la fuerza. Contaban con un tiempo máximo establecido para el recorrido. Había que terminar en menos de cinco minutos, y todo cadete que no lo lograba era enviado inmediatamente de vuelta al principio para intentarlo otra vez. Resultaba extraño que alguien completara el recorrido sin caerse al menos una vez, pues estaba plagado de charcas de barro, obstáculos con agua y fosas llenas de una desconocida aunque desagradable materia sobre cuyo origen Horace ni siquiera quería pensar.

El almuerzo seguía al recorrido de obstáculos, pero, si uno se caía durante la carrera, tenía que asearse antes de entrar en el comedor —otra de las famosas duchas frías— y con frecuencia aquello se llevaba la mitad del tiempo destinado al descanso de la comida. En consecuencia, las abrumadoras impresiones de Horace sobre la primera semana en la Escuela de Combate eran una combinación de músculos doloridos y hambre persistente.

Había más clases tras el almuerzo, después, ejercicios físicos en el patio del castillo ante la vigilancia de uno de los cadetes mayores. Tras esto, la clase se alineaba y realizaba la instrucción en formación cerrada hasta el final de la jornada escolar, momento en el cual tendrían dos horas para sí, para limpiar, reparar el equipo y preparar las lecciones de las clases del día siguiente.

A menos, claro, que alguien hubiera desobedecido a lo largo del día, o hubiera molestado de alguna forma a alguno de sus instructores u observadores, en cuyo caso se invitaba a todos a cargar sus petates con piedras y salir a dar una carrera de doce kilómetros a lo largo de un recorrido planeado a través de los campos de alrededor. Cómo no, el recorrido no pasaba por ningún camino o pista llana de la zona. Implicaba correr por suelos desnivelados, cortados, subir colinas y cruzar riachuelos, por matorrales muy crecidos, donde las lianas y la gruesa maleza los arañaban y los intentaban tumbar.

Horace acababa de terminar una de esas carreras en ese momento. Antes, durante el día, habían pillado a uno de sus compañeros de clase pasándole una nota a un amigo en Tácticas I. Desafortunadamente, no se trataba de una nota escrita, sino de una caricatura poco favorecedora del narigudo instructor que impartía la clase. Con igual infortunio, el muchacho poseía una considerable habilidad como caricaturista y el dibujo era reconocible de inmediato.

En consecuencia, a Horace y a su clase los invitaron a llenar los petates y empezar a correr.

Poco a poco vio cómo el resto de los chicos iban quedando atrás, según subían penosamente la primera colina. Aunque sólo habían transcurrido unos pocos días, el

estricto régimen de la Escuela de Combate estaba empezado a dar sus frutos con Horace. Se sentía más en forma de lo que jamás había estado en su vida, a lo que se añadía el hecho de que tenía una habilidad natural como atleta. Aunque no era consciente de ello, corría con estilo y equilibrio allí donde los demás mostraban el esfuerzo. Conforme avanzaba la carrera, se encontró muy por delante del resto. Siguió su ritmo, con la cabeza alta y respirando regularmente por la nariz. Hasta entonces no había tenido muchas oportunidades de llegar a conocer a sus compañeros de clase. Había visto a la mayoría de ellos por el castillo o el pueblo a lo largo de los años, por supuesto, pero crecer en la Sala había tendido a aislarle de la vida normal, del día a día del castillo y el pueblo. Los pupilos no podían evitar sentirse diferentes del resto. Y era una sensación correspondida por los chicos y chicas cuyos padres aún vivían.

La ceremonia de la Elección era propia sólo de los miembros de la Sala. Horace era uno de los veinte nuevos reclutas de aquel año y los otros diecinueve llegaban a través del proceso que se consideraba normal: influencia familiar, mecenazgo o recomendación de sus profesores. Por ese motivo se le consideraba algo así como una curiosidad, y los demás muchachos no habían llevado a cabo ningún acercamiento amistoso o siquiera un verdadero intento de conocerle. De todas formas, pensó él mientras sonreía con macabra satisfacción, les había ganado a todos en la carrera. Ninguno de los demás había regresado aún. Les había dado una lección a todos, muy bien.

La puerta del final del dormitorio chirrió con estruendo sobre sus goznes y unas pesadas botas sonaron contra las tablas del suelo. Horace se incorporó sobre un hombro y gruñó para sí.

Bryn, Alda y Jerome marchaban hacia él entre las ordenadas hileras de camas hechas a la perfección. Eran cadetes de segundo año y parecían haber decidido que su tarea en la vida consistiría en hacerle a Horace la suya imposible. Balanceó con rapidez las piernas por un lado de la cama y se puso en pie, pero no lo suficientemente rápido.

—¿Qué haces tumbado en la cama? —le gritó Alda—. ¿Quién te ha dicho que es la hora de dormir?

Bryn y Jerome sonreían. Disfrutaban con las agudezas verbales de Alda, que estaban muy lejos de ser originales, pero compensaban su carencia de inventiva verbal con una fuerte confianza en el lado físico de las cosas.

—¡Veinte flexiones! —ordenó Bryn—. ¡Ya!

Horace dudó un instante. En realidad él era más grande que cualquiera de ellos. Si se llegaba a un enfrentamiento, estaba seguro de que podía vencer a cada uno. Pero eran tres. Y además, les respaldaba la autoridad de la tradición. Hasta donde él sabía, tratar así a los cadetes de primer año era una práctica normal de los cadetes de segundo año, y se podía imaginar el desprecio de sus compañeros de clase si fuera a quejarse de aquello a la autoridad. A nadie le gustan los lloricas, se dijo mientras

comenzaba a agacharse en el suelo. Pero Bryn había visto la duda y quizás incluso la luz fugaz de la rebeldía en sus ojos.

—¡Treinta flexiones! —dijo bruscamente—. ¡Hazlas ya!

Mientras sus músculos protestaban, Horace se extendió por completo en el suelo y comenzó las flexiones. Inmediatamente sintió un pie en la parte baja de la espalda, haciendo presión sobre él cuando intentaba elevarse del suelo.

—¡Vamos, nene! —Ahora era Jerome—. ¡Esfuézate un poco!

Horace consiguió hacer una flexión con gran dificultad. Jerome había desarrollado la habilidad de mantener justo la presión exacta. Un poco más y Horace nunca hubiera sido capaz de completar la flexión. Pero el cadete de segundo año siguió presionando cuando Horace empezó a bajar. Aquello endureció el ejercicio al máximo. Debía mantener la misma presión hacia arriba mientras bajaba, de otro modo se vería lanzado con fuerza contra el suelo. Completó la primera entre gruñidos, acto seguido comenzó la segunda.

—¡Deja de llorar, nene! —le gritó Alda. Después se situó en la cama de Horace—. ¿No hiciste tu cama esta mañana? —gritó.

Horace, mientras hacía el esfuerzo hacia arriba contra la presión del pie de Jerome, sólo era capaz de devolver gruñidos.

—¿Qué? ¿Qué? —Alda se inclinó de forma que su cara quedó solo a unos centímetros—. ¿Qué dices, nene? ¡Habla alto!

—Sí... señor —consiguió susurrar Horace.

Alda sacudió la cabeza en un movimiento exagerado.

—¡No señor, creo yo! —dijo poniéndose en pie de nuevo—. Mira esta cama, ¡es una pocilga!

Naturalmente, las mantas estaban un poco arrugadas donde Horace se había tumbado, pero le habría llevado sólo un segundo o dos estirarlas. Con una amplia sonrisa, Bryn se dio cuenta del plan de Alda. Se adelantó y le dio una patada a la cama por uno de los lados, esparciendo el colchón, las mantas y la almohada por el suelo. Alda se unió, dando patadas a las mantas por la estancia.

—¡Hazlas todas de nuevo! —gritó, complacido con su idea.

Bryn le acompañó con una gran sonrisa mientras revolvían las veinte camas, repartiendo las mantas, almohadas y colchones por la habitación. Horace, aún en el esfuerzo de las treinta flexiones, apretó los dientes. El sudor se le metió en los ojos, le produjo escozor y le nubló la vista.

—Estás llorando, ¿no, nene? —Oyó gritar a Jerome—. ¡Vete a casa y llórale a mamaíta!

Empujó brutalmente el pie sobre la espalda de Horace y le mandó al suelo sin control.

—El nene no tiene mamaíta —dijo Alda—. El nene es un mocoso de la Sala. Mamaíta se marchó con un marinero de agua dulce.

Jerome se inclinó hacia él de nuevo.

—¿Es eso cierto, nene? —siseo—. ¿Se fue mamaíta y te dejó?

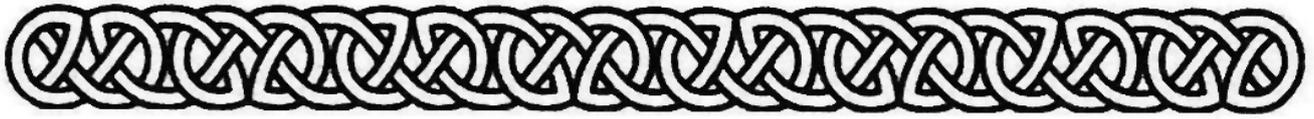
—Mi madre está muerta —rechinó Horace.

Enfadado, comenzó a levantarse, pero el pie de Jerome se mantenía en su nuca y le empujaba la cara contra los duros tablones. Horace abandonó el intento.

—Qué triste —dijo Alda, y los otros dos se rieron—. Ahora, limpia este desastre o te obligaremos a hacer el recorrido otra vez.

Horace permaneció tendido, exhausto, mientras los tres chicos mayores salían fanfarroneando de la estancia, volcando las taquillas al irse, esparciendo las pertenencias de sus compañeros de cuarto por el suelo. Cerró los ojos cuando el sudor salado se le volvió a meter en ellos.

—Odio este sitio —dijo con la voz amortiguada por los tablones irregulares del suelo.



Diez

—Ya es hora de que conozcas las armas que vas a utilizar —dijo Halt.
Habían desayunado un buen rato antes del amanecer y Will siguió a Halt al interior del bosque. Llevaban caminando media hora más o menos y el montaraz le iba mostrando a Will cómo deslizarse de una zona de sombra a otra, con el mayor silencio posible. Will era un buen estudiante en el arte de moverse sin ser visto, como Halt ya había subrayado, pero tenía mucho que aprender antes de alcanzar el nivel de los montaraces. De todos modos, Halt estaba complacido con sus progresos. El muchacho tenía ganas de aprender, en especial cuando la materia implicaba tareas de campo como ésta.

La cuestión era ligeramente distinta cuando se trataba de deberes menos emocionantes como la lectura de mapas o el dibujo de diagramas. Will tenía tendencia a saltarse detalles que él creía sin importancia hasta que Halt le indicó, con cierta mordacidad:

—Verás que estas habilidades cobrarían importancia si estuvieras planificando una ruta para una compañía de caballería pesada y olvidaras mencionar que hay un río en el camino.

Se detuvieron en un claro y Halt dejó en el suelo un pequeño fardo que había estado oculto bajo su capa.

Will contempló el fardo, dubitativo. Cuando pensó en armas, se imaginó espadas, hachas de combate y mazas de guerra, las armas que llevaban los caballeros. Era obvio que ese pequeño fardo no contenía ninguna de ellas.

—¿Qué clase de armas? ¿Tenemos espadas? —preguntó Will con los ojos pegados al fardo.

—Las principales armas de un montaraz son el sigilo y el silencio, y su habilidad para evitar que le vean —dijo Halt—. Pero si no lo consigue, quizás tenga que luchar.

—Entonces sí que usamos una espada, ¿no? —dijo esperanzado.

Halt se arrodilló y desenvolvió el fardo.

—No. Entonces usamos un arco —dijo al tiempo que lo dejaba a los pies de Will. La primera reacción de Will fue de decepción. Un arco era algo que la gente

utilizaba para cazar, pensó. Todo el mundo tiene un arco. Es más una herramienta que un arma. De niño ya le tocó hacerse más de uno, flexionando una rama elástica de árbol para darle forma. Luego, como Halt no dijo nada, observó el arco más de cerca. Éste, se percató, no era una rama forzada.

No se parecía a ningún arco que Will hubiera visto antes. La mayor parte de éste seguía una larga curva, como un arco largo normal, pero después las puntas se volvían a curvar en el sentido contrario. Will, como la mayoría de las gentes del reino, estaba acostumbrado a los arcos habituales, que consistían en una pieza larga de madera flexionada en una curvatura continua. Éste era mucho más corto.

—Se llama arco recurvado —dijo Halt, advirtiendo su confusión—. No eres lo suficientemente fuerte aún para manejar un arco largo, así que la doble curvatura le dará a tus flechas más velocidad y fuerza, con una menor carga de tensión. Aprendí de los temujai a hacer uno.

—¿Quiénes son los temujai? —preguntó Will mientras levantaba la vista del extraño arco.

—Ferozes guerreros del este —dijo Halt—. Y, probablemente, los mejores arqueros del mundo.

—¿Luchaste contra ellos?

—Contra ellos... y con ellos por un tiempo —dijo Halt—. Deja de hacer tantas preguntas.

Will contempló de nuevo el arco en sus manos. Ahora que se estaba acostumbrando a su inusual forma, podía ver que se trataba de un arma maravillosamente bien elaborada. Habían pegado láminas de madera de diversas formas, con las vetas en diferentes direcciones. Tenían grosores dispares y era eso lo que conseguía la doble curvatura del arco, según las distintas fuerzas presionaban unas contra otras, flexionando las palas del arco hasta un punto cuidadosamente planificado. Puede ser, pensó, que aquello en realidad fuera un arma, al fin y al cabo.

—¿Puedo tirar? —preguntó.

Halt asintió.

—Si tú crees que es una buena idea, adelante —dijo.

Con rapidez, Will escogió una flecha del carcaj que había estado junto al arco, en el fardo, y la situó en la cuerda. Tiró hacia atrás de la flecha con el pulgar y el índice, apuntó al tronco de un árbol a unos veinte metros y disparó.

¡Plas!

La potente cuerda del arco le golpeó en la piel desnuda del interior del brazo, con el picor de un látigo. Will gritó de dolor y dejó caer el arco como si estuviera al rojo vivo.

Ya le estaba saliendo en el brazo un grueso verdugón de color rojo. No tenía ni idea de adonde había ido la flecha. Ni tampoco le importaba.

—¡Qué daño! —dijo mientras miraba al montaraz de modo acusador.

Halt se encogió de hombros.

—Siempre tienes prisa, jovencito —dijo—. Esto te puede enseñar a esperar un poco la próxima vez.

Se agachó ante el fardo y extrajo un largo brazaletes de cuero endurecido. Lo deslizó en el brazo de Will para que pudiera protegerlo de la cuerda del arco. Arrepentido, se fijó en que Halt llevaba un brazaletes similar. Más arrepentido aún, se dio cuenta de que se había fijado antes, pero en ningún caso se preguntó por la razón para llevarlo.

—Vuelve a probar ahora —dijo Halt.

Will escogió otra flecha y la colocó en la cuerda. Cuando fue a tensarla de nuevo, Halt le retuvo.

—No con el pulgar y el índice —le mostró—. Deja que la flecha se apoye en la cuerda entre los dedos índice y corazón... Así.

Le enseñó a Will cómo el culatín —la muesca en el extremo trasero de la flecha — se enganchaba a la cuerda y mantenía la flecha en su sitio. Después le demostró cómo la cuerda debía apoyarse en la primera falange de los dedos índice, corazón y anular, con el índice por encima del punto de colocación de la flecha y el resto por debajo. Finalmente, le enseñó a permitir que la cuerda se deslizara para soltar la flecha.

—Eso está mejor —dijo, y según Will llevaba la flecha hacia atrás, continuó—: Intenta usar los músculos de la espalda, no sólo tus brazos. Haz como si estuvieras tratando de unir los omóplatos...

Will lo intentó y el arco pareció tensarse con un poco más de facilidad. Se vio capaz de sujetarlo de manera más estable.

Lanzó de nuevo. Esta vez erró por poco el tronco del árbol al que había estado apuntando.

—Necesitas practicar —dijo Halt—. Déjalo por el momento.

Con cuidado, Will depositó el arco en el suelo. Estaba deseando ver qué iba a sacar Halt del fardo ahora.

—Éstos son los puñales de un montaraz —dijo Halt.

Le entregó a Will una vaina doble, como la que él llevaba en el lado izquierdo de su propio cinto.

Will tomó la vaina doble y la examinó. Los puñales estaban colocados uno encima del otro. El de encima era el más corto de los dos. Tenía una empuñadura sólida y gruesa elaborada de discos de cuero dispuestos uno sobre otro. Había una guarda horizontal de latón entre la hoja y el puño y tenía un pomo también de latón a juego.

—Sácalo —dijo Halt—. Hazlo con cuidado.

Will deslizó el puñal corto fuera de la vaina. Tenía una forma poco habitual. Estrecho en el puño, considerablemente afilado, se hacía más grueso y ancho hasta los tres cuartos de su longitud, para formar una hoja amplia con el peso concentrado hacia la punta; luego, una marcada terminación en sentido inverso creaba una punta

afilada. Miró a Halt con curiosidad.

—Es para lanzarlo —dijo el montaraz—. La anchura de más en la punta equilibra el peso del puño. Y el peso combinado de ambos ayuda a dirigir el puñal a su destino cuando lo lanzas. Mira.

Su mano se movió suave y veloz al puñal de hoja ancha en su cintura. Lo liberó de la vaina con un leve tirón y, en un movimiento fluido, lo envió dando vueltas hacia un árbol cercano.

El puñal se clavó en la madera con un satisfactorio ¡zac! Will miró a Halt, impresionado con la habilidad y velocidad del montaraz.

—¿Cómo has aprendido a hacer eso? —preguntó.

Halt le miró.

—Práctica.

Dirigió un gesto a Will para que inspeccionara el segundo puñal.

Era más largo. La empuñadura mostraba la misma construcción de discos de cuero y llevaba una corta guarda robusta. La hoja era pesada y recta, afilada en un lado, gruesa y tosca en el otro.

—Éste es para cuando el enemigo se acerque demasiado —dijo Halt—. Aunque si tienes algo de arquero, nunca lo hará. Está equilibrado para lanzarlo, pero también puedes bloquear el ataque de una espada con esa hoja. Es obra de los acereros más refinados del reino. Cuídalo y mantenlo afilado.

—Lo haré —dijo el aprendiz en voz baja, mientras admiraba el puñal en sus manos.

—Es similar a lo que los skandians llaman un cuchillo saxe —le dijo Halt. Will torció el gesto ante un nombre que no conocía y Halt continuó su explicación—: Es tanto un arma como una herramienta, originalmente un *sea axe*, un hacha de mar, pero con los años las palabras se han ido fundiendo para convertirse en *saxe*. Claro está —añadió—, la calidad de nuestro acero es muy superior a la del suyo.

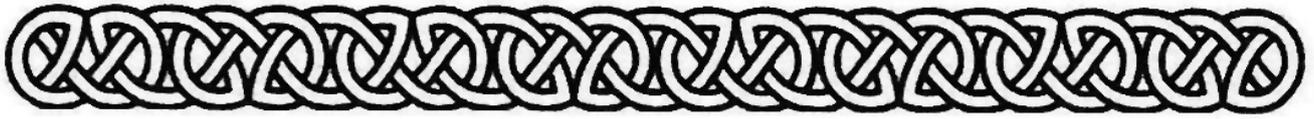
Will estudió el cuchillo más de cerca, contempló el débil tinte azul en la hoja, sintió el perfecto equilibrio. Con su guarda de cuero y latón, el puñal podía ser sencillo y funcional en apariencia, pero se trataba de un arma excelente y, notó Will, muy superior a las torpes espadas, en comparación, que portaban los guerreros del castillo de Redmont.

Halt le mostró cómo atarse la vaina doble al cinto de forma que su mano cayese de modo natural sobre las empuñaduras de los cuchillos.

—Ahora —dijo—, todo cuanto has de hacer es aprender a usarlas. Y ya sabes lo que eso significa, ¿no?

Will asintió con la cabeza, sonriendo.

—Mucha práctica —dijo.



Once

Sir Rodney se apoyó en la valla de madera que rodeaba la zona de prácticas mientras observaba a los nuevos cadetes de la Escuela de Combate en su instrucción de armas. Se rascó la barbilla pensativo mientras escrutaba a los veinte nuevos reclutas, pero siempre volvía la vista a uno en particular, el muchacho alto de anchos hombros de la Sala, a quien Rodney había seleccionado en la Elección. Pensó un instante, mientras buscaba el nombre del chico.

Horace. Eso era.

La instrucción tenía un formato estándar. Cada muchacho, que vestía una cota de malla y un casco y llevaba un escudo, permanecía frente a un poste de madera acolchado de la altura de un hombre. Rodney creía que no tenía sentido practicar el uso de la espada si no se iba cargado con escudo, casco y armadura, como sería el caso en una batalla. Pensaba que era mejor que los chicos se habituaran a las restricciones de la armadura y el peso del equipo desde el principio.

Además del escudo, el casco y la malla, cada muchacho sostenía asimismo una espada de prácticas suministrada por el armero. Estaban hechas de madera y se parecían poco a una espada de verdad, aparte de la empuñadura de cuero y la cruceta. De hecho, eran bastones largos, elaborados de nogal seco, curtido. Pero tenían un peso muy similar al de una hoja de acero fino, y las empuñaduras estaban lastradas para aproximarse al peso y el equilibrio de una espada de verdad.

Con el tiempo, los reclutas avanzarían hasta practicar con auténticas espadas, aunque con puntas y bordes romos. Pero para eso aún faltaban unos meses y, llegado ese momento, los reclutas menos aptos habrían sido descartados. Era bastante normal que al menos un tercio de los solicitantes de la Escuela de Combate abandonara el duro entrenamiento en los primeros tres meses. En ocasiones era por decisión del muchacho, pero en otras se debía al criterio de sus instructores o, en casos extremos, del propio *sir* Rodney. La Escuela de Combate era severa y el nivel, estricto.

El patio de prácticas repicaba con el ruido de la madera contra el grueso cuero curtido por el sol del acolchado de los postes de entrenamiento. Al mando del patio, el maestro de instrucción, *sir* Karel, ordenaba a voces los golpes habituales que se

iban practicando.

Cinco cadetes de tercer año bajo la dirección de *sir* Morrón, un instructor ayudante, se desplazaban entre los muchachos, mientras atendían al detalle los golpes básicos de la espada: corrigiendo un mal movimiento aquí, cambiando el ángulo de un golpe allá, asegurándose de que el escudo de otro muchacho no bajase demasiado cuando golpeaba.

Se trataba de un trabajo aburrido y repetitivo bajo el ardiente sol de la tarde. Pero necesario. Aquéllos eran los movimientos fundamentales por los que estos chicos bien podrían vivir o morir en un futuro y era vital que estuvieran totalmente arraigados para ser instintivos.

Era ese pensamiento lo que mantenía a Rodney observando a Horace, Mientras Karel gritaba la cadencia básica, Rodney se había fijado en que Horace añadía un golpe ocasional a la secuencia, y lo conseguía sin retrasarse en la sincronización.

Karel acababa de comenzar otra secuencia y *sir* Rodney se inclinó atento hacia delante, con la mirada fija en Horace.

—¡Estocada! ¡Golpe lateral! ¡Revés lateral! ¡Descendente! —ordenaba el maestro de instrucción—. ¡Revés descendente!

¡Y allí estaba otra vez! Según Karel ordenaba el golpe de revés descendente, Horace lo soltaba pero después, casi al momento, cambiaba a un golpe de revés lateral, permitiendo que el primer golpe rebotara contra el poste para prepararle de forma instantánea para el segundo. Liberaba el golpe con una fuerza y velocidad tan sensacionales que, en el combate real, el resultado habría sido devastador. El escudo de su oponente, levantado para detener el golpe descendente, nunca podría haber respondido con la suficiente rapidez para proteger las costillas descubiertas del veloz golpe lateral que venía a continuación. Durante los últimos minutos, Rodney había advertido que el aprendiz estaba añadiendo esos golpes de más a su rutina. Lo vio al principio por el rabillo del ojo: una leve variación en el patrón estricto de la instrucción, un veloz latigazo de movimiento extra que iba y venía casi demasiado rápido para percibirlo.

—¡Descanso! —ordenó entonces Karel, y Rodney se fijó en que, mientras que la mayoría de los chicos dejaba caer sus armas y se quedaba al descubierto, Horace mantenía su posición de guardia, con la punta de la espada ligeramente por encima del nivel de su cintura y los dedos de los pies en movimiento continuo como para no perder su propio ritmo natural.

Al parecer, alguien más se había percatado del golpe extra de Horace. *Sir* Morton hizo acercarse con señas a uno de los cadetes mayores y habló con él mientras realizaba rápidos gestos en dirección a Horace. El recluta de primer año, con la atención concentrada aún en el poste de entrenamiento que era su enemigo, no percibió el cambio. Levantó la vista asustado cuando el cadete veterano se le acercó y le gritó.

—¡Eh, tú! El del poste catorce. ¿Qué crees que estás haciendo?

La mirada en el rostro de Horace denotaba perplejidad —y preocupación—. Ningún recluta de primer año disfrutaba ganándose la atención de los instructores o sus ayudantes. Todos eran demasiado conscientes de esa tasa de bajas del treinta por ciento.

—¿Señor? —dijo con inquietud, sin entender la pregunta.

El cadete veterano continuó.

—No estás siguiendo la pauta. Sigue la orden de *sir* Karel, ¿entendido?

Rodney, que vigilaba con detenimiento, estaba convencido de que la perplejidad de Horace era auténtica. El alto muchacho hizo un leve movimiento de hombros, casi encogiéndolos pero sin llegar a hacerlo. Se encontraba ahora en posición de firmes, con la espada descansando sobre su hombro derecho y el escudo elevado, en postura de formación.

—¿Señor? —dijo de nuevo, inseguro.

El cadete mayor se estaba enfadando. No había visto por sí mismo los movimientos extra de Horace y resultaba obvio que había supuesto que el muchacho más joven simplemente seguía una secuencia aleatoria de su invención. Se inclinó hacia delante, con la cara sólo a unos centímetros de la de Horace y dijo, en una voz exageradamente alta para tan pequeña separación:

—¡*Sir* Karel ordena la secuencia que desea que se ejecute! ¡Tú la ejecutas! ¿Entendido?

—Señor, yo... lo he hecho —respondió Horace con la cara muy roja. Sabía que era una equivocación discutir con un instructor, pero también sabía que había ejecutado cada uno de los golpes que Karel había ordenado.

Rodney vio que el cadete veterano se encontraba en desventaja. En realidad, él no había visto lo que Horace había hecho. Cubrió su inseguridad con una bravuconada.

—Ah, lo has hecho, ¿sí? Bueno, podrás repetirme quizás la última secuencia. ¿Qué secuencia ha ordenado *sir* Karel?

Sin dudar, Horace respondió:

—Secuencia cinco, señor. Estocada. Golpe lateral. Revés lateral. Descendente. Revés descendente.

El cadete mayor vaciló. Había dado por hecho que Horace estaba simplemente soñando, dándole tajos al poste según le parecía. Pero, hasta donde él recordaba, Horace acababa de repetir a la perfección la secuencia anterior. Al menos, creyó que lo había hecho. Ni él mismo estaba seguro ahora de la secuencia, pero el aprendiz había respondido sin dudar lo más mínimo. Era consciente de que todos los demás aprendices miraban con un considerable interés. Los aprendices siempre disfrutaban al ver que a otro se le reprende por un error. Solía distraer la atención de sus propias deficiencias.

—¿Qué está pasando aquí, Paul?

Sir Morton, el instructor ayudante, no sonaba muy complacido con toda aquella discusión. En un principio había ordenado al cadete veterano que reprendiera al

novato por su falta de atención. A estas alturas, la reprimenda ya debería haberse echado y tema zanjado. En cambio, se estaba interrumpiendo la clase. El cadete veterano Paul se puso firme.

—Señor, el aprendiz dice que ha ejecutado la secuencia —respondió.

Horace fue a contestar a la obvia implicación en el énfasis que el cadete mayor había puesto en el «dice», pero lo pensó mejor y permaneció con la boca firmemente cerrada.

—Un momento.

Paul y *sir* Morton no habían visto aproximarse a *sir* Rodney. Alrededor de ellos, los demás aprendices también prestaban una tensa atención. Todos los miembros de la Escuela de Combate sentían un respeto reverencial por *sir* Rodney, en particular los más nuevos. Morton no se puso firme pero sí se irguió un poco, se puso derecho.

Horace se mordió el labio en plena angustia por la preocupación. Podía apreciar cómo ante sí surgía la posibilidad de la expulsión de la Escuela de Combate. En primer lugar, se había distanciado de los tres cadetes de segundo año que le estaban haciendo la vida imposible. Después atrajo la atención no deseada del cadete veterano Paul y *sir* Morton. Ahora esto: el mismísimo maestro de combate. Y para empeorar las cosas, no tenía la menor idea de lo que había hecho mal. Buscó en su memoria y pudo recordar con nitidez que había ejecutado la secuencia tal y como se ordenó.

—¿Recuerdas la secuencia, cadete Horace? —preguntó el maestro.

El cadete asintió categóricamente y, cuando se dio cuenta de que aquello no se consideraba una respuesta aceptable a una pregunta de un oficial superior, dijo:

—Sí, señor. Secuencia cinco, señor.

Rodney advirtió que aquélla era la segunda vez que había identificado la secuencia. Habría estado dispuesto a apostar a que ninguno de los demás cadetes hubiera sido capaz de decir qué secuencia del manual acababan de completar. Dudó que los cadetes veteranos estuvieran mejor informados. *Sir* Morton fue a decir algo, pero Rodney levantó una mano para detenerle.

—Quizás podrías repetirla para nosotros ahora —dijo, ocultando en su voz adusta cualquier rastro del creciente interés que sentía por el recluta. Hizo un gesto hacia el poste de entrenamiento—. Ponte en posición. Marca el ritmo... ¡Comienza!

Horace ejecutó la secuencia de manera intachable, nombrando los golpes según los daba.

—¡Estocada! ¡Golpe lateral! ¡Revés lateral! ¡Descendente! ¡Revés descendente!

La espada de instrucción daba tajos en el acolchado de cuero en estricta sincronización. El ritmo era perfecto. La ejecución de los golpes, impecable. Pero esta vez, se fijó Rodney, no hubo ningún golpe adicional. No hizo acto de presencia el velocísimo revés lateral. Pensó que conocía el porqué. Horace se concentraba esta vez en desarrollar la secuencia correcta. Anteriormente había estado actuando de forma instintiva.

Sir Karel, atraído por la intervención de *sir* Rodney en una sesión normal de

instrucción, fue paseando a través de las filas de aprendices, en pie junto a sus postes de entrenamiento. Sus cejas se arquearon interrogando a *sir* Rodney. Como caballero de alta graduación, estaba autorizado para tal informalidad. El maestro de combate levantó la mano de nuevo. En ese momento no quería que nada distrajera la atención de Horace. Pero se alegraba de que Karel se encontrara allí para ser testigo de lo que él estaba seguro que estaba a punto de pasar.

—¡Otra vez! —dijo con la misma voz severa, y una vez más Horace realizó la secuencia. Según terminó, la voz de Rodney restalló como un látigo—: ¡Otra vez!

Y Horace ejecutó de nuevo la quinta secuencia. En esta ocasión, según acabó, Rodney dijo con brusquedad:

—¡Secuencia tres!

—¡Estocada! ¡Estocada! ¡Paso atrás! ¡Parada cruzada! ¡Escudo! ¡Lateral! —gritaba Horace al ejecutar los movimientos.

Rodney podía ver que el muchacho se movía ligero sobre los dedos de los pies, la espada como una lengua ondulante que bailaba dentro, fuera y de un lado a otro. Y sin darse cuenta, Horace iba cantando la cadencia de los movimientos casi el doble de rápido que el maestro instructor.

Karel llamó la atención de Rodney. Asintió de forma apreciable. Pero Rodney no había terminado aún. Antes de que Horace tuviera tiempo para pensar, le ordenó la quinta secuencia otra vez y el muchacho respondió:

—¡Estocada! ¡Golpe lateral! ¡Revés lateral! ¡Descendente! ¡Revés descendente!

—¡Revés lateral! —Soltó *sir* Rodney al instante, y en respuesta, casi con voluntad propia, la espada de Horace osciló en aquel movimiento mortal.

Sir Rodney oyó los murmullos de sorpresa de Morton y Karel. Se percataron de la importancia de lo que habían visto. El cadete veterano Paul, quizás de forma comprensible, no fue ni mucho menos tan rápido en captarlo. En lo que a él se refería, el aprendiz había respondido a una orden adicional del maestro. Lo había hecho bien, tenía que admitirlo, y con certeza sabía distinguir un extremo de la espada del otro. Pero eso era todo cuanto había apreciado el cadete.

—¡Descanso! —ordenó *sir* Rodney, y Horace dejó caer la punta de la espada a la arena, la mano en el pomo, de pie con las piernas un poco abiertas, con la empuñadura centrada sobre la hebilla de su cinto, en la postura de descanso en formación.

—Entonces, Horace —dijo el maestro en voz más baja—, ¿recuerdas haber añadido ese golpe de revés lateral a la secuencia la primera vez?

Horace torció el gesto y después el entendimiento apareció en sus ojos. No estaba seguro, pero ahora que el maestro de combate le había refrescado la memoria, pensó que era posible que lo hubiera hecho.

—Uh... sí, señor. Creo que sí. Lo siento, señor. No quería hacerlo. Fue sólo que... pasó.

Rodney miró rápidamente a sus instructores. Pudo ver que entendían la

importancia de lo que había pasado allí. Les hizo un gesto de asentimiento que encerraba un mensaje silencioso: no quería que hicieran nada al respecto... todavía.

—Bueno, no ha sido nada. Pero presta atención en lo que queda y ejecuta sólo los golpes que *sir* Karel ordene, ¿de acuerdo?

Horace se puso firme.

—Sí, señor —dirigió bruscamente la mirada al maestro instructor—. ¡Lo siento, señor! —añadió, y Karel zanjó el tema con una sacudida de la mano.

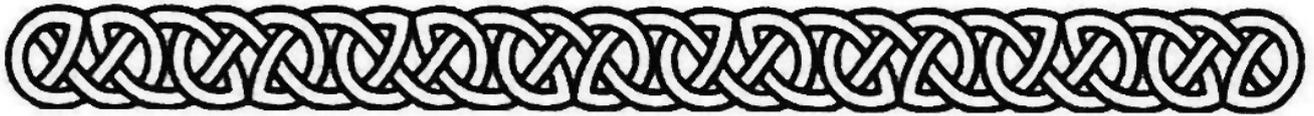
—Presta más atención en el futuro —Karel asintió a *sir* Rodney con la sensación de que el maestro quería marcharse—. Gracias, señor. ¿Permiso para continuar?

Sir Rodney dio su aprobación.

—Continúe, maestro instructor —comenzó a marcharse cuando, como si hubiera recordado algo más, se giró y añadió de manera informal—: Ah, por cierto, ¿podría verle en mis habitaciones cuando concluyan esta tarde las clases?

—Por supuesto, señor —dijo Karel, igualmente informal, conector de que *sir* Rodney quería discutir el fenomenal suceso, pero no deseaba que Horace fuese consciente de su interés.

Sir Rodney se alejó paseando lentamente de vuelta al edificio principal de la Escuela de Combate. Detrás de él, oyó las órdenes preparatorias de Karel y, después, el repetitivo zac, zac, zac-zac-zac de la madera contra el acolchado de cuero, que comenzó una vez más.



Doce

Halt examinó la diana a la que Will había estado tirando.

—No está nada mal —dijo—. Tu tiro va mejorando, sin duda.

Will no pudo evitar una sonrisa. Aquello sí que era un gran elogio por parte de Halt. Éste vio la expresión e inmediatamente añadió:

—Con más práctica, mucha más práctica, podrías incluso llegar a ser mediocre.

Will no estaba absolutamente seguro de lo que significaba ser mediocre, pero tuvo la sensación de que no era bueno. La sonrisa se desvaneció y Halt dejó el tema con un movimiento de la mano.

—Ya es bastante tiro por el momento. Vámonos —dijo, y empezó descender a grandes zancadas por un angosto sendero a través del bosque.

—¿Adónde vamos? —preguntó Will a medio correr para mantener el paso de las zancadas más largas del montaraz.

Halt levantó la mirada hacia los árboles.

—¿Por qué hace tantas preguntas este chico? —interrogó a los árboles.

Naturalmente, no le respondieron.

Anduvieron durante una hora antes de llegar a un conjunto de construcciones escondido en la profundidad del bosque.

Will se moría por hacer más preguntas, pero a aquellas alturas ya había aprendido que Halt no iba a responderlas, así que contuvo la lengua y aguardó su momento. Sabía que más tarde o más temprano se enteraría de por qué habían ido allí.

Halt le precedió en el camino de ascenso hacia la más grande de las destartaladas chozas, luego se detuvo al tiempo que indicaba a Will que hiciera lo mismo.

—¡Hola, Viejo Bob! —voceó.

Will oyó a alguien moverse dentro de la cabaña y acto seguido un personaje encorvado, lleno de arrugas, apareció en la puerta. Su barba enmarañada era larga y de un sucio color blanco. Estaba casi completamente calvo. Cuando se desplazó hacia ellos, sonriendo, mientras saludaba a Halt con la cabeza, Will contuvo la respiración.

El Viejo Bob olía como un establo. Y no como uno muy limpio que digamos.

—¡A los buenos días, montaraz! —dijo el Viejo Bob—. ¿Quién es este que te has traído para verme?

Miró con entusiasmo a Will. Sus ojos eran brillantes y muy despiertos, a pesar de su apariencia descuidada y sucia.

—Éste es Will, mi nuevo aprendiz —dijo Halt—. Will, éste es el Viejo Bob.

—Buenos días, señor —dijo Will con educación.

El viejo se rió.

—¡Me llama señor! ¿Has oído eso, montaraz? ¡Me llama señor! ¡Un excelente montaraz, éste lo será!

Will le sonrió. Por sucio que estuviese, había algo agradable en el Viejo Bob, quizás fuera el hecho de que no parecía intimidado ante Halt. Will no podía recordar haber visto antes a nadie hablar al montaraz de rostro adusto en un tono tan familiar. Halt gruñó con impaciencia.

—¿Están listos? —preguntó.

El viejo volvió a reír y asintió varias veces.

—¡Listos están, ya lo creo! —dijo—. Ven por aquí y los verás.

Los guió a la parte trasera de la cabaña, donde un pequeño prado estaba separado con una cerca. En la zona más distante se hallaba un cobertizo. Tan sólo un tejado y unos postes que lo soportaban. Sin paredes. El Viejo Bob soltó un silbido muy agudo que hizo saltar a Will.

—Ahí están, ¿ves? —dijo mientras señalaba el cobertizo.

Will miró y vio dos caballos pequeños que cruzaban el patio al trote para saludar al viejo. Según se acercaron logró distinguir que uno era un caballo; el otro, un poni. Pero ambos eran animales pequeños, lanudos, nada parecidos a los fieros y elegantes caballos de combate sobre los que el barón y sus caballeros cabalgaban hacia la batalla.

El más grande de los dos trotó de inmediato hasta llegar al lado de Halt. Le dio al caballo unas palmaditas en el cuello y le ofreció una manzana de un cubo cercano a la valla. El caballo la ronzó agradecido. Halt se inclinó y le dijo unas pocas palabras en la oreja. El caballo movió bruscamente la cabeza y relinchó, como si estuviera compartiendo algún chiste con el montaraz.

El poni esperó junto al Viejo Bob hasta que le dio también una manzana. Después le dedicó una larga e inteligente mirada a Will.

—Éste se llama *Tirón* —dijo el viejo—. Parece de tu talla, ¿no?

Le pasó la brida a Will, que la cogió y miró a los ojos al caballo. Se trataba de una pequeña bestia lanuda. Sus patas eran cortas, pero robustas. Su cuerpo tenía forma de tonel. Su crin y su cola estaban desgredadas y sin cepillar. En general, para tratarse de un caballo, no parecía una visión demasiado impresionante, pensó Will.

Siempre había soñado con el caballo que algún día cabalgaría hacia la batalla: en esos sueños el animal era alto y majestuoso. Era fiero y de color negro azabache,

peinado y cepillado hasta brillar como una armadura negra.

Este caballo casi parecía sentir lo que estaba pensando y le dio un simpático topetazo en el hombro.

«Puede que no sea muy grande», parecían decir sus ojos, «pero te puedo sorprender».

—Bien —dijo Halt—. ¿Qué piensas de él? —Estaba acariciando el suave morro del otro caballo. Obviamente eran viejos amigos.

Will vaciló. No quería ofender a nadie.

—Es un poco... pequeño —dijo por fin.

—Tú también —señaló Halt.

A Will no se le ocurrió ninguna respuesta para aquello. El Viejo Bob resollaba de la risa.

—No es un caballo de combate, ¿eh, chico? —preguntó.

—Bueno... no, no lo es —dijo Will, incómodo.

Le gustaba Bob y sintió que podría tomarse cualquier crítica hacia el poni a título personal. Pero el Viejo Bob simplemente volvió a reír.

—¡Pero tumbará a cualquiera de esos preciosos y elegantes caballos de combate! —dijo con orgullo—. ¿Éste? Éste es fuerte. Seguirá todo el día, mucho después de que esos caballos tan monos estén por los suelos y hayan muerto.

Will miró dubitativo al pequeño animal lanudo.

—Estoy seguro de que lo hará —dijo educadamente.

Halt se inclinó sobre la valla.

—¿Por qué no miras a ver? —sugirió—. Eres de pies rápidos. Déjalo suelto y mira si logras capturarlo de nuevo.

Will notó el desafío en la voz del montaraz. Dejó caer la brida. El caballo, como si se diera cuenta de que consistía en algún tipo de prueba, dio unos ligeros saltitos hacia el centro del pequeño recinto. Will pasó agachado bajo los listones de la valla y caminó con suavidad hacia el poni. Le extendió la mano a modo de invitación.

—Vamos, chico —le dijo—. Quédate ahí quieto.

Extendió la mano hasta la brida y el pequeño caballo se giró, alejándose. Respingó hacia un lado, luego hacia el otro, pasó alrededor de Will esquivándolo con cuidado y se fue hacia atrás lejos de su alcance.

Lo intentó de nuevo.

Otra vez, el caballo le esquivó con facilidad. Will empezó a sentirse como un idiota. Avanzó hacia el caballo y éste retrocedió, acercándose más y más a una de las esquinas. Entonces, justo cuando Will creyó que ya lo tenía, dio un ágil salto a un lado y se marchó de nuevo.

Will perdió los nervios y corrió tras él. El caballo, divertido, relinchó y se alejó de su alcance con facilidad. Estaba disfrutando del juego.

Y así continuaron. Will se aproximaba, el caballo le esquivaba, se apartaba y escapaba. No podía atraparlo, ni siquiera en los estrechos límites del pequeño prado.

Se detuvo. Era consciente de que Halt le vigilaba sin perder detalle. Pensó por uno o dos instantes. Debía haber una forma de hacerlo. Nunca atraparía a un caballo tan ligero y de movimientos tan rápidos como éste. Debía haber otra forma...

Su mirada se detuvo en el cubo de manzanas en el exterior de la valla. Rápidamente, se agachó bajo el listón y se hizo con una manzana. Después, volvió al prado y permaneció inmóvil mientras sujetaba la manzana a la vista.

—Vamos, chico —dijo.

Las orejas de *Tirón* se dispararon. Le gustaban las manzanas. También pensó que le gustaba el muchacho, jugaba bien a esto. Con unos movimientos de la cabeza en señal de aprobación, trotó hacia delante y tomó la manzana con delicadeza. Will cogió la brida y el caballo ronzó la manzana. Si de algún caballo se pudiera decir que parecía feliz y contento, era de éste.

Will levantó la mirada y vio cómo Halt daba su aprobación con la cabeza.

—Bien pensado —dijo el montaraz.

El Viejo Bob golpeó con el codo en las costillas al hombre de la capa gris.

—¡Chico listo, éste! —Rió socarronamente—. ¡Listo y educado! Éste va a hacer un buen equipo con *Tirón*, ¿que no?

Will acarició el cuello lanudo y las orejas levantadas. Miró entonces al viejo.

—¿Por qué le llamas *Tirón*? —preguntó.

Al instante, el brazo de Will casi se desencaja de su hombro cuando el caballo sacudió la cabeza hacia atrás. Will se tambaleó, luego recobró el equilibrio. Las enormes risotadas del Viejo Bob resonaron por todo el claro.

—¡A ver si te lo imaginas! —dijo encantado.

Su risa era contagiosa y el propio Will no pudo evitar sonreír. Halt miró arriba, hacia el sol, que desaparecía rápidamente tras los árboles que bordeaban el claro del Viejo Bob y las praderas de más allá.

—Llévalo al cobertizo y Bob te enseñará cómo cepillarlo y cuidar sus arreos —dijo, y después añadió al viejo—: Nos quedaremos contigo esta noche, Bob, si no es un inconveniente.

El viejo cuidador de caballos movió la cabeza, complacido.

—Estaré encantado con la compañía, montaraz. A veces paso tanto tiempo con los caballos que empiezo a pensar que yo mismo soy uno de ellos —inconscientemente, hundió una mano en el tonel de las manzanas y eligió una, ronzándola distraído, igual que había hecho *Tirón* unos minutos antes. Halt le miraba con una ceja levantada.

—Debemos llegar a tiempo —observó con sequedad—. Mañana, entonces, veremos si Will es capaz de montar a *Tirón* tan bien como cogerlo —dijo al tiempo que imaginaba que su aprendiz conseguiría dormir muy poco esa noche.

Tenía razón. La diminuta cabaña del Viejo Bob sólo tenía dos habitaciones, así que, tras la cena ligera, Halt se tumbó en el suelo junto a la chimenea y Will se acostó en la cálida y limpia paja del granero, al tiempo que escuchaba los agradables sonidos

de los dos caballos al resoplar. La luna ascendió y descendió mientras él, tumbado y bien despierto, se preguntaba y se preocupaba por lo que podría traer el día siguiente. ¿Sería capaz de montar a *Tirón*? Él nunca había montado a caballo, ¿se caería nada más intentarlo?

¿Se haría daño? Peor aún, ¿se avergonzaría de él mismo? Le gustaba el Viejo Bob y no quería parecer un idiota delante de él. Ni delante de Halt, se percató, con cierta sorpresa. Aún se preguntaba en qué momento la buena opinión de Halt había llegado a significar tanto para él cuando por fin se durmió.



Trece

Bueno, tú lo viste. ¿Qué pensaste? —preguntó *sir* Rodney.
Karel se estiró y se sirvió otra jarra de cerveza de la vasija que había en la mesa, entre ambos. Las habitaciones de Rodney eran bastante sencillas, incluso espartanas si se recordaba que era el responsable de la Escuela de Combate. Los maestros de combate de otros feudos aprovechaban su posición para rodearse de todo lujo, pero ése no era el estilo de Rodney. Su cuarto estaba amueblado con sencillez, con una mesa de pino como escritorio y seis sillas de respaldo recto, también de pino, alrededor.

Por supuesto, había una chimenea en la esquina. Rodney podía haber optado por vivir de forma sencilla, pero eso no significaba que le gustaran las incomodidades, y los inviernos en el castillo de Redmont eran fríos. En ese momento se encontraban en el final del verano y las gruesas paredes de piedra de los edificios del castillo mantenían los interiores frescos. Cuando llegara el tiempo frío, esos mismos muros retendrían el calor del fuego. En una de las paredes, una gran ventana en saliente miraba sobre el campo de instrucción de la Escuela de Combate. Enfrente de la ventana, en la pared opuesta, había una entrada, protegida con una cortina gruesa, que conducía al dormitorio de Rodney, una simple cama de soldado y más muebles de madera. Estuvo un poco más adornada cuando su esposa Antoinette aún vivía, pero había muerto unos años atrás y las habitaciones eran ahora de un carácter inequívocamente masculino, sin un solo elemento en ellas que no fuera funcional y con un mínimo absoluto de decoración.

—Lo vi —reconoció Karel—. No estoy seguro de creérmelo, pero lo vi.

—Tú solo lo viste una vez —dijo Rodney—. Lo estuvo haciendo todo el rato durante la sesión, y estoy seguro de que lo hacía de forma inconsciente.

—¿Tan rápido como el que yo vi? —preguntó Karel.

Rodney asintió con mucho énfasis.

—Si acaso, más rápido. Estuvo añadiendo un golpe de más a las rutinas, pero manteniendo la sincronización con las órdenes —vaciló y finalmente dijo lo que ambos estaban pensando—. El muchacho tiene un talento innato.

Karel inclinó la cabeza pensativo. Sobre la base de lo que había observado, no estaba en disposición de discutir el hecho, y sabía que el maestro de combate había permanecido un rato siguiendo al chico durante la sesión. Pero los innatos eran contadísimos. Eran aquellas personas únicas para quienes la destreza en el manejo de la espada se encontraba en una dimensión diferente por completo. Se convertía para ellos no tanto en destreza como en instinto.

Eran los que se convertían en campeones. Los maestros de la espada. Guerreros experimentados como *sir* Rodney y *sir* Karel eran espadas expertos, pero los innatos llevaban la destreza a un plano superior. Era como si, para ellos, la espada en su mano se transformara en una verdadera extensión, no sólo de su cuerpo, sino también de su personalidad. La espada parecía actuar en armonía y comunión instantánea con la mente del espada innato, actuando más rápido incluso que el pensamiento consciente. Poseían una habilidad única en sincronización, equilibrio y ritmo.

Por ser tales, representaban una gran responsabilidad para quienes se hallaban al cargo de su entrenamiento, ya que esas destrezas y habilidades naturales debían ser nutridas y desarrolladas en un programa de entrenamiento a largo plazo para permitir al caballero, ya de por sí en alto grado competente, desarrollar su verdadero potencial de genio.

—¿Estás seguro? —dijo Karel al fin, y Rodney asintió de nuevo, mientras miraba por la ventana.

En su mente, estaba viendo al muchacho entrenar, veía los parpadeos en los movimientos adicionales a la velocidad del rayo.

—Estoy seguro —dijo sencillamente—. Debemos hacer saber a Wallace que tendrá otro alumno el semestre que viene.

Wallace era el maestro de espada en la Escuela de Combate de Redmont. Él era quien tenía la responsabilidad de añadir el lustre final a las habilidades básicas que enseñaban Karel y los demás. En el caso de un aprendiz sobresaliente —como era, obviamente, Horace—, le impartía clases particulares de técnicas avanzadas. Karel torció el labio inferior, pensativo, mientras meditaba el calendario que había sugerido Rodney.

—¿No hasta entonces? —preguntó. Faltaban tres meses para el siguiente semestre—. ¿Por qué no comenzamos con él ya? Por lo que he visto, ya ha aprendido las cosas básicas.

Pero Rodney negó con la cabeza.

—No hemos evaluado su personalidad aún —dijo—. Parece un chaval bastante agradable, pero nunca se sabe. Si resulta ser un inadaptado de cualquier clase, no quiero darle el tipo de instrucción avanzada que Wallace puede proporcionar.

Una vez lo pensó, Karel estuvo de acuerdo con el maestro. Al fin y al cabo, si resultara que Horace tuviese que ser expulsado de la Escuela de Combate por cualquier otro defecto, sería bastante embarazoso, por no decir peligroso, que se encontrase ya camino de ser un espada muy bien entrenado. Los aprendices

expulsados reaccionaban a menudo con resentimiento.

—Y otra cosa —añadió Rodney—. Dejemos esto entre nosotros, y dile a Morton lo mismo. No quiero que el muchacho oiga ni una palabra de esto aún. Podría convertirlo en un gallito y eso resultaría peligroso para él.

—Eso es bastante cierto —reconoció Karel. Se terminó su cerveza de uno o dos tragos rápidos, dejó su jarra en la mesa y se puso en pie—. Bien, me debería ir yendo. Tengo informes que terminar.

—¿Quién no? —dijo el maestro con cierto pesar, y los dos viejos amigos intercambiaron unas compungidas sonrisas—. Nunca me imaginé que llevar una Escuela de Combate implicase tanto papeleo —dijo Rodney, y Karel gruñó en tono de burla.

—A veces pienso que deberíamos olvidarnos del entrenamiento con armas y lanzarle todos estos papeles al enemigo, enterrarlos con ellos.

Le dedicó un saludo informal, apenas tocando con uno de sus dedos en la frente, en conformidad con su graduación. Después se giró y se encaminó a la puerta. Se detuvo cuando Rodney añadió una cuestión más a su conversación.

—Mantén vigilado al muchacho, por supuesto —dijo—. Pero no dejes que se dé cuenta.

—Por supuesto —respondió Karel—. No queremos que empiece a pensar que tiene algo de especial.

En aquel momento, no había ninguna posibilidad de que Horace pudiera pensar que había algo de especial en él, al menos, no en sentido positivo. La sensación que tenía era que había algo en él que atraía los problemas.

Se corrió la voz sobre el extraño suceso del campo de entrenamiento. Sus compañeros de clase, que no entendían lo que había ocurrido, supusieron todos que Horace había molestado de alguna forma al maestro de combate y aguardaban la inevitable represalia. La norma durante el primer semestre era que cuando un miembro de la clase cometía un error, toda la clase pagaba por ello. En consecuencia, el ambiente en su dormitorio había estado tenso, por no decir más. Horace había conseguido por fin salir de la habitación, con la pretensión de dirigirse hacia el río para escapar de la culpa y la condena que podía sentir en los demás. Por desgracia, cuando lo hizo se dio de bruces con Alda, Bryn y Jerome.

Los tres chicos mayores habían oído una versión embrollada del suceso en el patio de prácticas, asumieron que Horace había sido reprendido por su manejo de la espada y decidieron hacerle sufrir por ello.

No obstante, sabían que sus atenciones no contarían necesariamente con la aprobación del personal de la Escuela de Combate. Horace, como recién llegado, no tenía forma de saber que este tipo de acoso sistemático gozaba de la total desaprobación por parte de *sir* Rodney y los demás instructores. Horace,

simplemente, dio por sentado que se suponía que las cosas eran así y, a falta de un conocimiento mayor, lo aceptó, permitiendo que le intimidaran y le insultaran.

Aquél fue el motivo por el cual los tres cadetes de segundo año se llevaron a Horace a la orilla del río, donde de todos modos él se dirigía, lejos de la vista de los instructores. Allí, le hicieron meterse en el río con el agua hasta los muslos y permanecer firme.

—El nene no sabe usar la espada —dijo Alda.

Bryn prosiguió la cantinela.

—El nene ha hecho que el maestro se enfade. El nene no es de la Escuela de Combate. No deberían darles espadas a los nenes para jugar.

—En vez de eso, el nene debería tirar piedras —concluyó Jerome la sarcástica letanía—. Coge una piedra, nene.

Horace vaciló, después miró en derredor. El lecho del río estaba lleno de piedras y se agachó a coger una. Al hacerlo, se mojó la manga y la parte superior de la chaqueta.

—Una pequeña no, nene —dijo Alda dedicándole una sonrisa malvada—. Eres un nene grande, así que necesitas una piedra grande.

—Una piedra muy grande —añadió Bryn mientras le indicaba con las manos que quería que cogiese una roca grande.

Horace miró a su alrededor y vio varios pedazos de roca más grandes en el agua cristalina. Se agachó y recogió uno de ellos. Al hacerlo cometió un error. La que eligió se levantaba con facilidad bajo el agua, pero en cuanto la sacó, soltó un gruñido por su peso.

—Que la veamos, nene —dijo Jerome—. Levántala.

Horace afirmó su posición —la rápida corriente del río hacía difícil mantener el equilibrio y sostener la pesada roca al tiempo— y después la izó hasta la altura del pecho para que sus torturadores pudieran verla.

—Más alto, nene —ordenó Alda—. Por encima de la cabeza.

Con mucho esfuerzo, Horace obedeció. La roca parecía más pesada a cada segundo pero la mantuvo bien alta por encima de la cabeza y los tres muchachos quedaron satisfechos.

—Eso está bien, nene —dijo Jerome, y Horace, con un suspiro de alivio, comenzó a bajar la roca—. ¿Qué haces? —le reclamó Jerome enfadado—. He dicho que eso está bien. Así que ahí es donde quiero que se quede la roca.

Horace empujó y levantó la roca de nuevo sobre su cabeza, con los brazos estirados. Alda, Bryn y Jerome dieron su aprobación.

—Ahora te vas a quedar ahí —le dijo Alda— mientras cuentas hasta quinientos. Después te puedes volver al dormitorio.

—Empieza a contar —le ordenó Bryn sonriendo ante la idea.

—Uno... dos... tres... —Horace contaba y ellos dieron su aprobación.

—Eso está mejor. Ahora, cuenta despacio hasta quinientos y te puedes ir —le dijo

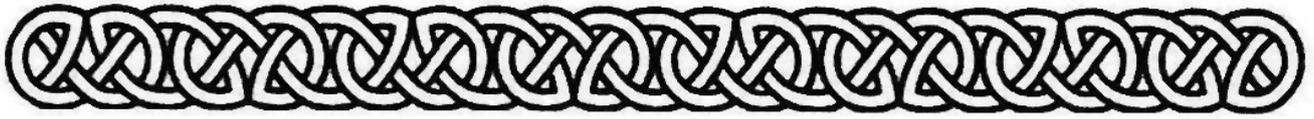
Alda.

—No intentes hacer trampas, porque lo sabremos —le amenazó Jerome—. Y volverás aquí a contar hasta mil.

Riéndose entre ellos, los tres estudiantes se fueron hacia sus cuartos. Horace se quedó en medio del río, los brazos temblorosos por el peso de la roca, lágrimas de frustración y humillación llenándole los ojos. Perdió el equilibrio y cayó al agua. Tras eso, su ropa pesada, empapada, le hizo más difícil sostener la piedra sobre la cabeza, pero perseveró en ello. No podía estar seguro de que no se hallaran ocultos en alguna parte, vigilándole, y si lo estaban, le harían pagar por desobedecer sus instrucciones.

Si así eran las cosas, que así fueran, pensó él. Pero se prometió a sí mismo que, en la primera oportunidad que se le presentase, haría que alguien pagase por la humillación a la que le estaban sometiendo.

Mucho más tarde, con la ropa mojada, los brazos doloridos y un sentimiento profundo de resquemor que ardía en su corazón, se arrastró de vuelta a su cuartel. Llegaba demasiado tarde para la cena, pero no le importaba. Llegaba demasiado abatido para comer.



Catorce

—**A**nda un poco con él —dijo Halt.
Will echó un vistazo al poni lanudo, que le vigilaba con una mirada inteligente.

—Vamos, chico —dijo, y tiró del ronzal.

Al instante, *Tirón* pisó firmemente con las patas delanteras y se negó a moverse. Will tiró con más fuerza de la cuerda, echándose hacia atrás en su esfuerzo por conseguir que el pequeño poni testarudo se moviese.

El Viejo Bob se carcajeó.

—¡Es más fuerte que tú! —dijo.

Will notó que las orejas se le ponían rojas de vergüenza. Tiró más fuerte. *Tirón* meneó las orejas y se resistió. Era como tratar de mover una casa.

—No le mires —dijo Halt en voz baja—. Sólo tira de la cuerda y sepárate de él. Te seguirá.

Will lo intentó de esa manera. Le dio la espalda a *Tirón*, asió la cuerda con firmeza y comenzó a andar. El poni trotó con facilidad detrás de él. Will miró a Halt y sonrió. El montaraz asintió con la cabeza y señaló hacia la valla lejana del prado. Will echó un vistazo y vio una pequeña silla dispuesta sobre el listón más alto de la valla.

—Ensíllalo —dijo el montaraz.

Tirón trotó dócilmente con un sonoro *clip-clop* hasta la valla. Will enrolló las riendas en el listón y levantó la silla por encima de la grupa del poni. Se agachó para atar las cinchas de la silla.

—¡Tira bien y ponlas tensas! —Le aconsejó el Viejo Bob.

La silla se encontraba por fin en posición y firme. Will miró con ansia a Halt.

—¿Puedo montarlo ya? —preguntó.

El montaraz se acarició pensativo la barba irregular antes de responder.

—Si tú crees que es una buena idea, adelante.

Will dudó un instante. La frase le despertó un vago recuerdo. Pero luego el ansia pudo con la precaución y puso un pie en el estribo y se balanceó con agilidad sobre la grupa del poni. *Tirón* permaneció quieto, inmóvil.

—¡Arre! —dijo Will al tiempo que daba un golpe con sus talones en el costado del poni.

No pasó nada por un momento. Después, Will sintió un pequeño temblor que recorría el cuerpo del animal.

De repente, *Tirón* arqueó su pequeña y musculosa grupa y salió disparado al aire, elevando del suelo las cuatro patas a la vez. Se giró violentamente hacia un lado, cayó sobre sus patas delanteras y coceó con las traseras al cielo. Will salió despedido de forma brusca por encima de las orejas del poni, dio una voltereta completa en el aire y cayó de espaldas en la tierra. Se levantó él solo, rascándose la espalda.

Tirón se quedó cerca, con las orejas erguidas, mirándole atentamente.

«Y bien, ¿por qué vas y haces una tontería como ésa?», parecían decir sus ojos.

El Viejo Bob se apoyó en la valla, partiéndose de risa. Will miró a Halt.

—¿Qué he hecho mal? —le preguntó.

Halt se agachó bajo los listones de la valla y caminó hacia donde se hallaba *Tirón*, expectante, mirando a ambos. Le ofreció de nuevo la brida a Will y le puso una mano sobre el hombro.

—Nada, si éste fuera un caballo normal —dijo—. Pero *Tirón* ha sido entrenado como el caballo de un montaraz...

—¿Cuál es la diferencia? —le interrumpió Will, enfadado, y Halt levantó una mano pidiéndole silencio.

—La diferencia es que al caballo de cada montaraz hay que pedírselo antes de que un jinete pueda montarlo por primera vez —dijo Halt—. Se les entrena así para que no los puedan robar nunca.

Will se rascó la cabeza.

—¡Nunca había oído algo semejante! —dijo.

El Viejo Bob sonreía mientras se acercaba.

—Casi nadie —dijo—. Por eso nunca roban los caballos de los montaraces.

—Vale —dijo Will—. ¿Qué se le dice al caballo de un montaraz antes de montarlo?

Halt se encogió de hombros.

—Varía de un caballo a otro. Cada uno responde a una petición diferente —hizo un gesto hacia el más grande de los dos—. El mío, por ejemplo, responde a las palabras «*permettez moi*».

—¿*Permettez moi*? —repitió Will—. ¿Qué tipo de palabras son?

—Es gálico. Significa «¿me permites?». Sus padres eran de Gálica, ¿entiendes? —le explicó Halt. Entonces se volvió hacia el Viejo Bob—. ¿Cuál es la frase de *Tirón*, Bob?

Bob apretó los ojos, fingiendo que no era capaz de recordarla. Después se le iluminó la cara.

—¡Ah, sí, ya me acuerdo! —dijo—. A este de aquí hay que preguntarle «¿te importa?» antes de subirte a su grupa.

—¿Te importa? —repitió Will y Bob negó con la cabeza.

—¡No me lo digas a mí, jovencito! ¡Díselo al oído al caballo!

Sintiéndose un poco tonto y sin tener la seguridad de que no estuvieran gastándole una broma, Will avanzó y dijo bajito en la oreja a *Tirón*:

—¿Te importa?

Tirón lanzó un leve relincho. Will miró a los dos hombres repleto de dudas y Bob le hizo un gesto de ánimo.

—¡Vamos! ¡Súbete ya! ¡El joven *Tirón* no te va a hacer daño ahora!

Con mucho cuidado, Will se balanceó de nuevo sobre la grupa lanuda del poni. Aún le dolía la espalda del intento anterior. Permaneció sentado un momento. No pasó nada. Entonces, acarició con suavidad las costillas de *Tirón* con los talones.

—Vamos, chico —le dijo en voz baja.

Las orejas de *Tirón* se levantaron de golpe y avanzó a un paso tranquilo.

Precavido aún, Will le dejó pasear una o dos veces por el prado, luego le acarició otra vez con los talones. *Tirón* emprendió un agradable trote. Will se movía con facilidad al ritmo del caballo y la mirada de Halt resultaba aprobadora. El muchacho era un jinete con instinto.

El montaraz liberó la pequeña longitud de cuerda que mantenía cerrada la puerta del prado y la abrió del todo.

—¡Sácalo fuera, Will —le ordenó—, y comprueba qué sabe hacer!

Obediente, Will dirigió el poni hacia la puerta y, según salían a campo abierto, lo acarició una vez más con los talones. Notó que el pequeño cuerpo musculoso se contraía por un momento debajo de él, acto seguido *Tirón* emprendió un galope rápido.

El viento le zumbaba en los oídos y se echó hacia delante sobre el cuello del poni, alentándole para que fuera a una velocidad incluso mayor. *Tirón* levantó las orejas en respuesta y fue aún más rápido que antes.

Era como el viento. Sus cortas patas eran un borrón de movimiento mientras transportaban al muchacho a toda velocidad hacia el límite de los árboles. Con suavidad, no muy seguro de cómo reaccionaría el poni, Will aplicó presión sobre la rienda de la mano izquierda.

Al instante. *Tirón* viró a la izquierda, alejándose rápido de los árboles en un ángulo. Will mantuvo la presión suave en la rienda hasta que el poni se situó en la dirección de regreso al prado. Will dejó escapar un ahogado grito de asombro al ver lo lejos que habían llegado. Halt y el Viejo Bob eran ahora unas figuritas en la distancia. Pero crecieron rápidamente conforme *Tirón* volaba hacia ellos sobre la hierba alta.

Un tronco caído apareció frente a ellos y, antes de que Will pudiera hacer ningún esfuerzo para evitarlo, *Tirón* se había preparado, estabilizado y saltado el obstáculo. Will soltó un grito de emoción y el poni dio un breve relincho en respuesta.

Ya casi habían regresado al prado y Will tiró con suavidad de ambas riendas. Al

instante. *Tirón* ralentizó la marcha a un medio galope, después a un trote y finalmente a un ritmo de paseo, según Will mantenía la presión en las riendas. Condujo el poni hasta detenerse junto a Halt. *Tirón* sacudió la cabeza lanuda y relinchó de nuevo. Will se inclinó hacia delante y acarició al poni en el cuello.

—¡Es impresionante! —dijo sin aliento—. ¡Es tan rápido como el viento!

Halt asintió con gravedad.

—Quizás no tan rápido como el viento —dijo—, pero es sin duda capaz de andar mucho —se volvió hacia el viejo—. Has hecho un buen trabajo con él, Bob.

El Viejo Bob, por su parte, agachó la cabeza en agradecimiento y se inclinó hacia delante para acariciar al pequeño poni lanudo. Había pasado su vida criando, domando y preparando los caballos del Cuerpo de Montaraces y éste se encontraba entre los mejores que había visto.

—Mantendrá ese ritmo todo el día —dijo con cariño—. Tumbará a esos gordos caballos de combate, éste lo hará. Además, el joven lo monta bien, ¿no te parece, montaraz?

El montaraz se acarició la barba.

—No demasiado mal —dijo.

Bob se escandalizó.

—¿No demasiado mal? ¡Eres un tío duro, montaraz! ¡El jovencito montó ligero como una pluma en ese salto! —El viejo miró a Will, que estaba montado a horcajadas en el poni, y le hizo un gesto de reconocimiento con la cabeza—. Tampoco pega tirones con las riendas como otros. Tiene un toque fino con la boca sensible de un caballo, sí que lo tiene.

Will sonrió ante el elogio del viejo domador de caballos. Lanzó una veloz mirada de reojo a Halt, pero el montaraz tenía el rostro tan serio como siempre.

«Nunca sonrío», pensó Will para sí. Fue a desmontar, pero se detuvo rápidamente.

—¿Hay algo que deba decir antes de bajarme?

Bob se carcajeó.

—No, jovencito. Una vez dicho aquí, el joven *Tirón* se acordará, mientras seas tú quien lo monte.

Aliviado, Will se bajó. Permaneció en pie junto al poni y *Tirón* le empujó afectuoso con la cabeza. Will miró el tonel de manzanas.

—¿Puedo darle otra? —preguntó.

Halt asintió.

—Sólo una más —dijo—. Pero no lo conviertas en una costumbre. Se pondrá demasiado gordo para correr si no paras de darle comida.

Tirón resopló ruidoso. En apariencia, Halt y él opinaban lo contrario en lo referente a la cantidad diaria de manzanas que debía comer un poni.

Will empleó el resto del día en recibir consejos del Viejo Bob sobre la técnica de montar y en aprender cómo mantener y reparar el arnés y la silla de *Tirón*, así como los aspectos más refinados del cuidado del pequeño caballo.

Cepilló y bruzó el pelaje lanudo hasta que brilló, y *Tirón* pareció reconocer sus esfuerzos. Finalmente, molido, los brazos doloridos por el trabajo, se sentó desplomado en una bala de heno. Y aquél, por supuesto, tuvo que ser el momento exacto en que Halt entró en el establo.

—Vamos —dijo—. No hay tiempo para andar holgazaneando sin hacer nada. Sería mejor que nos fuéramos moviendo si queremos estar en casa antes de que oscurezca.

Y, mientras lo decía, pasó una silla por la grupa de su caballo. Will no se molestó en protestar por no haber estado «holgazaneando sin hacer nada», como había dicho el montaraz. Para empezar, sabía que no iba a servir de nada, y en segundo lugar, le emocionaba el hecho de que irían cabalgando de regreso a la pequeña cabaña de Halt junto al límite del bosque. Parecía que los dos caballos iban a convertirse en elementos permanentes de su organización. Will se dio cuenta entonces de que el caballo de Halt, obviamente, ya era suyo antes y que el montaraz sólo había estado aguardando hasta que Will hubo mostrado su pericia para montar y hubo congeniado con *Tirón* para ir a buscarlo a su hogar temporal en el establo del Viejo Bob.

Los caballos se relinchaban el uno al otro de vez en cuando mientras trotaban de regreso a través del oscuro bosque verde, cualquiera hubiera dicho que mantenían su propia conversación. Will estaba que reventaba con la cantidad de preguntas que quería hacer. Pero, por ahora, tenía la cautela de no charlar demasiado en presencia del montaraz.

Finalmente, no fue capaz de contenerse más.

—¿Halt? —Probó a decir.

El montaraz gruñó. Will interpretó aquello como un signo de que podía continuar hablando.

—¿Cómo se llama tu caballo? —preguntó el muchacho.

Halt bajó la mirada hacia él. Su montura era ligeramente más alta que *Tirón*, aunque nada parecida al tamaño de los gigantescos caballos de combate que albergaba el establo del barón.

—Creo que *Abelard* —dijo.

—¿*Abelard*? —repitió Will—. ¿Qué tipo de nombre es ése?

—Es gálico —dijo el montaraz poniendo fin a la conversación de manera obvia.

Cabalaron unos pocos kilómetros más en silencio. El sol estaba descendiendo entonces sobre los árboles y sus sombras se alargaban y distorsionaban en el suelo delante de ellos. Will estudió la sombra de *Tirón*. El poni parecía tener unas patas enormemente largas y un cuerpo ridículamente pequeño. Quiso llamar la atención de Halt al respecto pero pensó que una observación tan frívola no impresionaría al montaraz. En su lugar, reunió el coraje necesario para hacer otra pregunta que había estado ocupando sus pensamientos durante días.

—¿Halt? —dijo de nuevo.

El montaraz suspiró levemente.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó. Su tono desde luego no animaba a continuar la conversación. Sin embargo, Will siguió adelante.

—¿Recuerdas que me contaste que un montaraz fue el responsable de la derrota de Morgarath?

—Mmm —gruñó.

—Bueno, sólo quería saber... ¿cuál era su nombre? —Preguntó el muchacho.

—Los nombres no importan —dijo Halt—. De verdad que no me acuerdo.

—¿Eras tú? —prosiguió Will, seguro de que era él.

Halt le dedicó esa plana y adusta mirada otra vez.

—He dicho que los nombres no importan —repitió. Durante algunos segundos se produjo un silencio entre ellos y entonces dijo el montaraz—: ¿Sabes lo que importa?

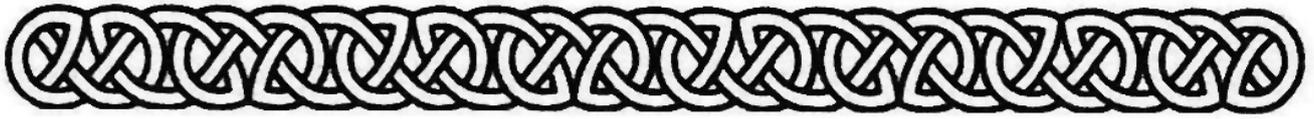
Will meneó la cabeza.

—¡La cena importa! —dijo el montaraz—. Y vamos a llegar tarde para cenar si no nos damos prisa.

Chasqueó los talones en los costados de *Abelard* y el caballo salió disparado como una flecha del arco del propio Halt, dejando muy atrás a Will y a *Tirón* en apenas segundos.

Will tocó los costados de *Tirón* con sus talones y el pequeño poni corrió en persecución de su amigo más grande.

—¡Vamos, *Tirón*! —le apremió Will—. Vamos a enseñarles cómo sabe correr el caballo de un verdadero montaraz.



Quince

Will condujo lentamente a *Tirón* a través de la multitudinaria feria que se había montado en el exterior de los muros del castillo. Parecía que todas las gentes del pueblo y los propios habitantes del castillo hubieran salido, y hubo de montar con cuidado para asegurarse de que *Tirón* no pisara a nadie.

Era el Día de la Cosecha, el día en que todos los cultivos recogidos se reunían y se almacenaban para los meses de invierno venideros. Tras un duro mes de cosecha, el barón permitía tradicionalmente un descanso a su gente. Cada año, por esta época, la feria itinerante venía al castillo y montaba sus tenderetes y casetas. Había tragafuegos y malabaristas, juglares y cuentacuentos. En las casetas se podía probar suerte tirando pelotas de cuero blando a unas pirámides levantadas con trozos de madera con forma de botella o lanzando aros a unos cubiletes. A veces Will pensaba que los cubiletes eran quizás un poco más grandes que los aros que te daban para lanzar ya que en realidad nunca había visto a nadie ganar un premio. Pero era todo diversión y el barón lo costeaba de su propio bolsillo.

Ahora mismo, sin embargo, a Will no le preocupaban la feria y sus atracciones. Habría tiempo más adelante para eso a lo largo del día. En ese momento, se hallaba en camino para encontrarse con sus antiguos compañeros.

Por tradición, los maestros daban libre el Día de la Cosecha a sus aprendices, aunque en realidad no hubieran tomado parte en la cosecha. Will se había estado preguntando durante semanas si Halt cumpliría con tal práctica. El montaraz parecía no saber nada de la tradición y tenía su propia forma de hacer las cosas. Pero, dos noches antes, su ansiedad se calmó. Halt le dijo con brusquedad que se podía tomar el día, añadiendo que con probabilidad olvidaría todo lo que había aprendido en los tres meses anteriores.

Aquellos tres meses habían sido una época de práctica constante con el arco y los cuchillos que Halt le había dado. Tres meses de acecho por los campos exteriores del castillo, de desplazamiento de una zona de escasa cobertura a la siguiente mientras trataba de avanzar sin que le alcanzara la vista de águila de Halt. Tres meses de montar y cuidar a *Tirón*, de formar unos lazos de amistad especiales con el pequeño

poni.

Aquella, pensó, había sido la parte más divertida de todas.

Ahora estaba listo para un pequeño descanso y para pasárselo bien. Ni siquiera la idea de que Horace estaría allí podría oscurecer el disfrute. Podía ser, pensó, que unos pocos meses de duro entrenamiento en la Escuela de Combate hubieran cambiado algo las agresivas formas de Horace.

Era Jenny quien había preparado el encuentro del día festivo, animando a los demás a reunirse con ella con la promesa de un lote de pasteles de carne que traería de la cocina. Ya era uno de los mejores alumnos del maestro Chubb y éste se vanagloriaba de su arte ante cualquiera que estuviese escuchando, mientras hacía el apropiado énfasis en el papel vital que su entrenamiento había jugado en el desarrollo de la destreza de la muchacha, por supuesto.

Las tripas de Will sonaban de placer ante la idea de aquellos pasteles. Estaba muerto de hambre ya que se había marchado intencionadamente sin desayunar, como para dejarles más espacio. Los pasteles de Jenny tenían ya renombre en el castillo de Redmont.

Había llegado pronto al punto de encuentro, así que desmontó y dejó a *Tirón* a la sombra de un manzano. El pequeño poni estiró la cabeza y miró con añoranza las manzanas en las ramas, bien lejos de su alcance. Will le sonrió y trepó rápido al árbol, cogió una manzana y se la ofreció.

—Esto es todo lo que te toca —dijo—. Ya sabes lo que dice Halt sobre comer demasiado.

Tirón sacudió la cabeza, impaciente. Aquello era aún un motivo de desacuerdo entre el montaraz y él. Will miró alrededor. No había ni rastro de los demás, así que se sentó a esperar a la sombra del árbol, recostando la espalda sobre el tronco nudoso.

—Vaya, pero si es el joven Will, ¿no es así? —dijo una voz profunda detrás de él.

Will se puso en pie bruscamente y se tocó la frente en un educado saludo. Era el mismísimo barón Arald montado en su gigantesco caballo de combate y acompañado por varios de sus caballeros de alto rango.

—Sí, señor —dijo nervioso Will. No estaba acostumbrado a que el barón se dirigiera a él—. Tenga usted un feliz Día de la Cosecha, señor.

El barón le hizo un gesto de reconocimiento y se inclinó hacia delante, encorvándose cómodamente en su silla. Will tuvo que estirar el cuello hacia arriba para mirarle.

—Debo decir, joven, que pareces todo un montaraz —dijo el barón—. Casi no te vi con esa capa gris y verde. ¿Ha estado ya Halt enseñándote todos sus trucos?

Will bajó la vista hacia la capa moteada gris y verde que llevaba puesta. Halt se la había dado varias semanas antes. Le enseñó cómo el moteado gris y verde rompía las formas del portador y le ayudaba a fundirse con el paisaje. Era una de las razones, le dijo, por las cuales los montaraces eran capaces de desplazarse sin ser vistos con tanta facilidad.

—Es la capa, señor —dijo Will—. Halt lo llama camuflaje.

El barón asintió, obviamente familiarizado con el término, que había resultado un concepto nuevo para Will.

—Asegúrate sólo de no usarla para robar más pasteles —dijo con una severidad burlona, y Will se apresuró a negar con la cabeza.

—¡Oh no, señor! —replicó de inmediato—. Halt me ha dicho que si hacía algo así me iba a curtir la piel del tras... —se detuvo incómodo. No estaba seguro de si «trasero» era la clase de palabras que se usan en la presencia de alguien de la categoría de un barón.

El barón asintió de nuevo en un intento por evitar que se le escapase una amplia sonrisa.

—Estoy seguro de ello —dijo—. ¿Y cómo te estás llevando con Halt, Will? ¿Te diviertes aprendiendo a ser un montaraz?

Will hizo una pausa. Para ser honesto, no había tenido tiempo de pensar si se divertía o no. Sus días estaban demasiado ocupados con el aprendizaje de nuevas habilidades, la práctica con el arco y los cuchillos y el trabajo con *Tirón*. Era la primera vez en tres meses que disponía de un momento para pensar de verdad en ello.

—Supongo que sí —dijo dubitativo—. Sólo... —su voz se apagó y el barón le miró más de cerca.

—Sólo ¿qué? —inquirió.

Will cambiaba su peso de un pie a otro, con el deseo de que su boca no le estuviera metiendo en situaciones como ésta de forma continua, por hablar demasiado. Las palabras encontraban un camino para emerger antes de que él tuviera tiempo de valorar si quería decirlas o no.

—Sólo... Halt nunca sonrío —continuó con torpeza—. Se toma las cosas siempre tan en serio.

Tenía la impresión de que el barón estaba reprimiendo otra sonrisa.

—Bueno —dijo el barón Arald—. Ser un montaraz es algo serio, ya lo sabes. Estoy seguro de que Halt te ha inculcado eso.

—Continuamente —dijo Will con arrepentimiento, y esta vez el barón no pudo evitar sonreír.

—Tú solo presta atención a lo que él te cuenta, jovencito —le dijo—. Estás aprendiendo una tarea muy importante.

—Sí, señor —a Will le sorprendió darse cuenta de que estaba de acuerdo con el barón.

Éste se echó hacia delante para juntar las riendas. En un impulso, antes de que el noble se alejara cabalgando, Will dio un paso al frente.

—Disculpe, señor —dijo vacilando, y el barón se giró de nuevo hacia él.

—¿Sí, Will? —preguntó.

Will arrastró otra vez los pies, después continuó.

—Señor, ¿recuerda cuando nuestros ejércitos lucharon contra Morgarath?

El alegre rostro del barón se nubló con un gesto serio.

—Muchacho, no me olvidaré tan rápido —dijo—. ¿Qué pasa con eso?

—Señor, Halt me contó que un montaraz mostró a la caballería un paso secreto a través del Slipsunder, de modo que pudieron atacar la retaguardia del enemigo...

—Es cierto —dijo Arald.

—Me he estado preguntando, señor, ¿cómo se llamaba el montaraz? —concluyó Will sonrojándose por su atrevimiento.

—¿No te lo dijo Halt? —le preguntó el barón.

Will se encogió de hombros.

—Dijo que los nombres no importaban. Dijo que la cena sí importaba, pero que los nombres no.

—Pero tú crees que los nombres sí importan, a pesar de lo que te ha dicho tu maestro, ¿no? —dijo el barón, frunciendo de nuevo el ceño en apariencia.

Will tragó saliva y prosiguió.

—Yo creo que fue el propio Halt, señor —dijo—. Y me pregunto por qué no se le honró o se le condecoró por su destreza.

El barón pensó un instante, después habló de nuevo.

—Bien, tienes razón, Will —dijo—. Fue Halt. Y yo quise honrarle por ello pero no me lo permitió. Dijo que aquéllas no eran las formas de un montaraz.

—Pero... —comenzó Will en un tono de perplejidad, sin embargo la mano levantada del barón le impidió hablar más.

—Vosotros los montaraces tenéis vuestras propias maneras, Will, como estarás aprendiendo, estoy seguro. Los demás a veces no las entienden. Tú solo escucha a Halt y haz lo que él hace y estoy seguro de que tendrás una vida honorable por delante.

—Sí, señor —Will le saludó de nuevo mientras el barón sacudía las riendas con suavidad sobre el cuello del caballo y se giraba en dirección a la feria.

—Bueno, ya es suficiente —dijo el barón—. No podemos charlar todo el día. Me marcho a la feria. ¡Quizás este año pueda pasar un aro por uno de esos malditos cubiletos!

El barón comenzó a marcharse. Pareció entonces que le asaltaba un pensamiento y tiró de las riendas.

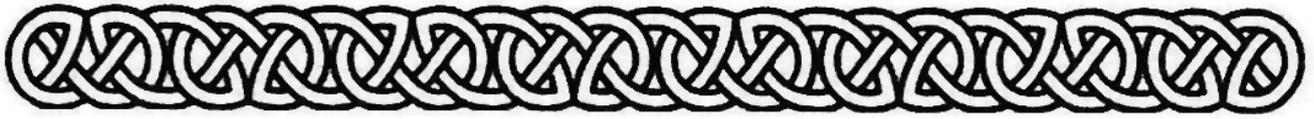
—Will —le llamó.

—¿Sí, señor?

—No le digas a Halt que te he contado que él guió a la caballería. No quiero que se enfade conmigo.

—Sí, señor —dijo Will con una sonrisa.

Mientras el barón se alejaba, se sentó de nuevo a esperar a sus amigos.



Dieciséis

Jenny, Alyss y George llegaron poco después. Tal y como había prometido, Jenny traía consigo una hornada de pasteles recién hechos envueltos en un paño rojo. Los dejó con cuidado en el suelo bajo el manzano según los demás se arremolinaban a su alrededor. Incluso Alyss, con tanto aplomo y tan digna de forma habitual, parecía ansiosa por ponerle la mano encima a una de las obras maestras de Jenny.

—¡Vamos! —dijo George—. ¡Me muero de hambre!

Jenny negó con la cabeza.

—Deberíamos esperar a Horace —dijo, mientras echaba un vistazo a su alrededor en su busca, pero sin verle entre las multitudes de gente que pasaban.

—¡Venga, vamos! —suplicó George—. ¡He estado toda la mañana trabajando como un esclavo en una petición de última hora del barón!

Alyss elevó los ojos al cielo.

—Quizás deberíamos empezar —dijo—. Si no, comenzará una discusión legal y nos vamos a quedar aquí todo el día. Siempre podemos apartar dos para Horace.

Will sonrió. Ahora George no tenía nada que ver con el muchacho tímido que tartamudeaba durante la Elección. Era obvio que la Escuela de Escribanos le había hecho despuntar. Jenny sirvió dos pasteles a cada uno, dejando dos aparte para Horace.

—Empecemos, entonces —dijo.

Los demás atacaron con entusiasmo y enseguida entonaron sus alabanzas a los pasteles. La reputación de Jenny estaba bien fundada.

—Esto —dijo George de pie ante el resto al tiempo que abría los brazos como si se dirigiera a una corte imaginaria— no puede ser descrito como un simple pastel, su señoría. ¡Describir esto como un pastel sería una burda injusticia, cosa igual jamás vista por esta corte!

Will se volvió a Alyss.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —le preguntó.

Ella sonrió.

—Todos se ponen así con unos pocos meses de entrenamiento legal. Estos días, el principal problema con George es conseguir que se calle.

—Venga, George, siéntate —dijo Jenny poniéndose colorada pero no menos encantada—. Eres un completo idiota.

—Quizás, mi querida señorita. Pero ha sido la pura magia de estas obras de arte lo que ha trastocado mi mente. ¡Esto no son pasteles, son sinfonías! —Elevó el medio pastel que le quedaba en un brindis burlesco—. Brindo por... ¡la sinfonía de pasteles de *miss Jenny*!

Alyss y Will se rieron con George, elevaron sus pasteles en respuesta y repitieron el brindis. Después, los cuatro aprendices rompieron a reír a carcajadas.

Fue una pena que Horace escogiera aquel preciso momento para llegar. Sólo él de entre ellos se encontraba abatido en su nueva situación. El trabajo era duro y sin tregua y la disciplina, férrea. Se esperaba aquello, por supuesto, y en circunstancias normales habría sido capaz de manejarlo. Pero ser el objetivo de los rencores de Bryn, Alda y Jerome estaba haciendo de su vida una pesadilla, literalmente. Los tres cadetes de segundo año le despertaban por la noche a todas horas y le arrastraban al exterior a realizar las tareas más humillantes y agotadoras.

La falta de sueño y la preocupación por no saber nunca cuándo podrían aparecer para atormentarle aún más estaban consiguiendo que se retrasase en sus trabajos escolares. Sus compañeros de cuarto, con la sensación de que si mostraban alguna comprensión hacia él pasarían a ser objetivos también ellos, le habían dejado de lado, así que se sentía sólo por completo en su abatimiento. La única cosa a la que siempre había aspirado se estaba diluyendo tan rápidamente como un azucarillo en un vaso de agua. Odiaba la Escuela de Combate pero no era capaz de encontrar ninguna forma de salir de su aprieto sin avergonzarse ni humillarse aún más.

Hoy, el único día en que podía escaparse de las restricciones y las tensiones de la Escuela de Combate, llegaba para encontrarse con que sus antiguos compañeros se ocupaban ya de su festín y se sentía enfadado y herido porque no se hubieran preocupado por esperarle. No tenía ni idea de que Jenny había apartado algunos de los pasteles para él. Supuso que ya los había repartido y eso le hacía más daño que cualquier otra cosa. De todos sus antiguos compañeros, ella era de quien más cercano se sentía. Jenny siempre estaba alegre, siempre amistosa, siempre deseosa de escuchar los problemas de los demás. Se percató de que había estado deseando verla hoy de nuevo y ahora sentía que ella le había fallado.

Estaba predispuesto para pensar mal de los otros. Alyss siempre había parecido mantener las distancias con él, como si no fuese lo suficientemente bueno para ella, y Will se había pasado el rato jugándosela y huyendo después a ese árbol inmenso donde Horace no podía seguirle. Al menos, así era como Horace veía las cosas desde su estado vulnerable actual. Había olvidado, de forma conveniente, las veces que le había dado capones a Will o que le había inmovilizado haciéndole una llave en el cuello hasta que el muchacho, más pequeño, se veía obligado a gritar «¡me rindo!».

En lo que a George se refería, Horace nunca le había prestado mucha atención. El chico delgado era estudioso y se dedicaba a sus libros, y Horace siempre le había considerado una persona gris y sin interés. Allí estaba ahora actuando para ellos mientras todos se reían y comían pasteles y a él no le habían dejado nada, y, de pronto, los odiaba a todos.

—Bueno, esto está muy bien, ¿no? —dijo con amargura, y los demás se volvieron hacia él, a la vez que la risa se desvaneció de sus rostros.

Como era inevitable, Jenny fue la primera en recuperarse.

—¡Horace! ¡Aquí estás por fin! —dijo. Comenzó a moverse hacia él, pero la mirada fría de su rostro la detuvo.

—¿Por fin? —dijo él—. ¿Vengo unos minutos tarde y resulta que llego por fin? Y demasiado tarde porque ya os habéis zampado todos los pasteles.

No estaba siendo en absoluto justo con la pobre Jenny. Como la mayoría de los cocineros, una vez preparado un alimento, ella sentía poco interés por comérselo. Su verdadero placer era ver cómo los demás disfrutaban con los resultados de su obra y escuchar sus elogios. En consecuencia, ella no había comido ningún pastel. Se volvió entonces hacia los dos que había cubierto con una servilleta para guardárselos a él.

—No, no —dijo rápidamente—. ¡Todavía quedan! ¡Mira!

Pero la ira acumulada de Horace le impidió hablar o actuar racionalmente.

—Bueno —dijo con una voz cargada de sarcasmo—, quizás debería volver más tarde y daros tiempo para acabaros también éstos.

—¡Horace! —Las lágrimas brotaron de los ojos de Jenny.

No tenía ni idea de lo que le pasaba a Horace. Todo lo que ella sabía era que su plan de una reunión agradable con sus viejos compañeros se estaba derrumbando.

George se adelantó entonces, observando a Horace con curiosidad. El chico alto y delgado ladeó la cabeza para estudiar más de cerca al aprendiz de guerrero, como si fue una exposición o una prueba en un juicio.

—No es obligatorio ser tan grosero —dijo en tono razonable.

Pero la razón no era lo que Horace quería oír. Enojado, echó al otro muchacho a un lado de un empujón.

—Apártate de mí —dijo—. Y cuida tu forma de hablarle a un guerrero.

—Tú no eres un guerrero aún —le dijo Will con desdén—. Aún eres sólo un aprendiz como el resto de nosotros.

Jenny hizo un leve gesto con las manos instando a Will a que dejase el tema. Horace, que se encontraba en pleno acto de servirse los pasteles restantes, miró lentamente hacia arriba. Evaluó a Will de arriba abajo durante un segundo o dos.

—¡Jo, jo! —dijo—. ¡Veo que el aprendiz de espía se encuentra hoy entre nosotros! —Miró para ver si los demás se reían con su ingenio. No lo hicieron y aquello sólo sirvió para hacerle más grosero—. Supongo que Halt te está enseñando a ir a hurtadillas, espionando a todo el mundo, ¿no? —Horace dio un paso al frente sin esperar una respuesta y señaló con el dedo la capa moteada de Will sarcásticamente

—. ¿Qué es esto? ¿No tenías suficiente tinte para hacerla toda de un color?

—Es una capa de montaraz —dijo Will con calma, conteniendo el enojo que crecía en su interior.

Horace resopló con desdén mientras se metía en la boca la mitad de uno de los pasteles, proyectando migas al hacerlo.

—No seas tan grosero —dijo George.

Horace, con el rostro enrojecido, rodeó al aprendiz de escribano.

—¡Vigila tu lengua, chico! —dijo con brusquedad—. ¡Sabes que le estás hablando a un guerrero!

—Un aprendiz de guerrero —repitió Will con firmeza, haciendo hincapié en la palabra «aprendiz».

Horace se sonrojó aún más y observó a ambos con enfado. Will se puso en tensión al notar que el grandullón estaba a unto de lanzar un ataque. Pero había algo en la mirada de Will y en su posición de guardia que hizo que Horace se lo pensara dos veces. No había visto nunca esa mirada de desafío. En el pasado, si amenazaba a Will, siempre veía temor. Esta confianza recién descubierta le había confundido un poco.

En su lugar, se volvió de nuevo a George y le propinó un fuerte empujón en el pecho.

—¿Te parece esto grosero? —dijo mientras el muchacho alto y delgado se tambaleaba hacia atrás.

George movió los brazos como las aspas de un molino en un intento por evitar la caída. De forma accidental, le dio un golpe de soslayo en un costado a *Tirón*. El pequeño poni, que pastaba pacíficamente, se encabritó de pronto tirando de las bridas.

—Quieto, *Tirón* —dijo Will, y *Tirón* se calmó de inmediato.

Pero entonces Horace se fijó en él por primera vez. Avanzó y miró más de cerca al poni lanudo.

—¿Qué es esto? —preguntó con una incredulidad de mofa—. ¿Se ha traído alguien un perro grande y feo a la fiesta?

Will apretó los puños.

—Es mi caballo —dijo tranquilo.

Podía aguantar los ataques despectivos de Horace hacia él, pero no se iba a quedar ahí viendo cómo insultaba a su caballo.

Horace soltó una carcajada.

—¿Un caballo? —dijo—. ¡Eso no es un caballo! ¡En la Escuela de Combate montamos caballos de verdad! ¡No perros peludos! ¡Creo que además parece necesitar un buen baño! —Arrugó la nariz y fingió que olisqueaba a *Tirón* de cerca.

El poni miró de reojo a Will. Sus ojos parecían decir «¿quién es este zoquete grosero?». Entonces Will, escondiendo la sonrisa perversa que se intentaba dibujar en su rostro, dijo con indiferencia:

—Es un caballo de montaraz. Sólo un montaraz puede montarlo.

Horace se rió de nuevo.

—¡Mi abuela podría montar ese perro peludo!

—Es posible que ella pudiera —dijo Will—, pero apostaría a que tú no.

Antes incluso de que hubiera terminado el desafío, Horace estaba ya desatando las bridas. *Tirón* miró a Will y el muchacho habría jurado que el caballo le asentía ligeramente.

Horace se subió en un fácil balanceo a la grupa de *Tirón*. El poni permaneció quieto, inmóvil.

—¡Así de fácil! —Alardeó Horace. Entonces clavó los talones en los costados de *Tirón*—. ¡Vamos, perrito! Vamos a dar una carrera.

Will vio la conocida contracción preparatoria de los músculos de las patas y el cuerpo de *Tirón*. Acto seguido el poni saltó con las cuatro patas en el aire, se retorció de forma violenta, cayó sobre las patas delanteras y lanzó los cuartos traseros al cielo.

Horace voló como un pájaro durante varios segundos. Golpeó de plano en la tierra sobre su espalda. George y Alyss miraban con placentera incredulidad mientras el bravucón permanecía tendido en el suelo durante un segundo o dos, aturdido y sin aliento. Jenny fue a acercarse para ver si estaba bien. Entonces su boca adoptó un gesto de determinación y se detuvo. Horace lo había pedido a gritos, pensó.

Hubo una posibilidad, sólo una, de que todo el incidente se hubiera acabado ahí. Pero Will no pudo resistir la tentación de decir la última palabra.

—Tal vez sería mejor que le pidieras a tu abuela que te enseñase a montar —dijo muy serio.

George y Alyss consiguieron ocultar sus sonrisas pero, desafortunadamente, fue Jenny quien no logró detener la risita que se le escapó.

En un instante, Horace se puso en pie, el rostro oscuro por la ira. Miró a su alrededor, vio una rama caída del manzano y la agarró, blandiéndola por encima de la cabeza mientras corría hacia *Tirón*.

—¡Yo os enseñaré a ti y a tu maldito caballo! —gritó furioso, amenazando a *Tirón* con el palo como un loco.

El poni dio un saltito quitándose de en medio y, antes de que Horace pudiera atacar de nuevo, Will se le tiró encima.

Aterrizó sobre la espalda de Horace y su peso y la fuerza de su salto acabaron con ambos en el suelo. Rodaron envueltos en un forcejeo, tratando de ganar ventaja el uno sobre el otro. *Tirón*, alarmado al ver a su dueño en peligro, relinchó nervioso y se encabritó.

Una de las sacudidas desordenadas de los brazos de Horace golpeó con sonoridad en la oreja de Will. Consiguió entonces liberar su brazo derecho y le dio un fuerte puñetazo en la nariz a Horace.

La sangre descendía por la cara del muchachote. Will tenía los brazos fuertes y bien musculados después de sus tres meses de entrenamiento con Halt. Pero Horace también asistía a una dura escuela. Dirigió un puñetazo al estómago de Will, que

lanzó un grito entrecortado mientras expulsaba el aire de su interior.

Horace se levantó pero Will, en un movimiento que le había mostrado Halt, dibujó con las piernas un arco amplio, barriéndole los pies a Horace y haciéndole caer de nuevo.

«Siempre ataca primero», le había inculcado Halt a base de repetírselo durante las horas que habían estado practicando el combate sin armas. Entonces, mientras el otro muchacho se golpeaba otra vez contra el suelo, Will se abalanzó sobre él, en un intento de sujetarle los brazos entre sus rodillas.

En ese momento, Will sintió un férreo agarrón de la parte de atrás del cuello y notó que le levantaban en el aire, como a un pez en un anzuelo, retorciéndose y protestando.

—¿Qué está pasando aquí entre vosotros dos, gamberros? —dijo una voz fuerte y enojada en su oído.

Will se giró y se dio cuenta de que le sostenía *sir* Rodney, el maestro de combate. Y el corpulento guerrero parecía enfadado en extremo. Horace se levantó y se puso firme. *Sir* Rodney soltó el cuello de Will y el aprendiz de montaraz cayó al suelo como un saco de patatas. Después, se puso también firme.

—¡Dos aprendices —dijo enfadado *sir* Rodney—, en plena gresca como dos gamberros y estropeando el día de fiesta! ¡Y, para empeorar las cosas, uno de ellos es mi propio aprendiz!

Will y Horace movieron los pies, la cabeza gacha, incapaces de sostener la furiosa mirada del maestro de combate.

—Muy bien, Horace, ¿qué pasa aquí?

Horace movió de nuevo los pies y se puso rojo. No contestó. *Sir* Rodney miró a Will.

—Muy bien, ¡tú, el chico del montaraz! ¿De qué va te esto?

Will vaciló.

—Sólo una pelea, señor —masculló.

—¡Eso ya lo veo! —gritó el maestro de combate—. ¡No soy un idiota, ¿sabes?! —Se detuvo un momento, por si alguno de los dos muchachos tenía algo que añadir.

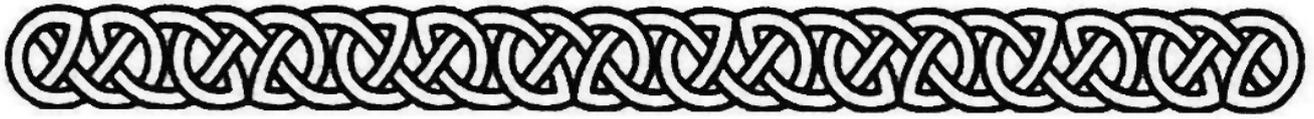
Ambos permanecían en silencio. *Sir* Rodney suspiró de la exasperación. «¡Chicos! Cuando no te están dando la lata se están peleando, y cuando no se están peleando, están robando o rompiendo algo».

—Muy bien —dijo finalmente—. Se terminó la pelead. Estrechaos la mano y se acabó —hizo una pausa y, como ninguno de los muchachos se movió para darse la mano, rugió en su tono del patio de armas—: ¡Hacedlo de una vez!

Impulsados a ello, Will y Horace se estrecharon la mano reticentes. Pero cuando Will miró a Horace a los ojos, vio que la cuestión distaba mucho de haberse acabado.

«Ya terminaremos en otra ocasión», decía la mirada de enfado en los ojos de Horace.

«Cuando tú quieras», respondieron los ojos del aprendiz de montaraz.



Diecisiete

La primera nevada del invierno se extendía profunda sobre la tierra mientras Will y Halt cabalgaban despacio a casa desde el bosque.

Habían pasado seis semanas desde la confrontación del Día de la Cosecha y la situación con Horace permanecía irresoluta. Los dos muchachos habían tenido muy pocas oportunidades de continuar con su discusión, dado que sus maestros les mantenían ocupados y sus caminos rara vez se cruzaban.

Will había visto en alguna ocasión al aprendiz de guerrero, pero siempre a cierta distancia. Nunca habían hablado o incluso tenido la posibilidad de apercibirse de la presencia del otro. Pero el resentimiento aún estaba ahí, Will lo sabía, y algún día llegaría a su punto más crítico.

De modo extraño, encontró que la perspectiva no le molestaba ni mucho menos como unos meses atrás. No se trataba de que estuviera deseando reanudar la pelea con Horace, sino que ahora era capaz de afrontar la idea con una cierta ecuanimidad. Sentía una profunda satisfacción cuando recordaba aquel buen puñetazo que le había asestado a Horace en la nariz. También se había percatado, con una ligera sensación de sorpresa, que la memoria del incidente se había hecho más agradable por el hecho de que ocurriese en presencia de Jenny y, aquí es donde residía la sorpresa, Alyss. Tan infructífero como el suceso había sido, aún existían muchos aspectos del mismo que ocupaban los pensamientos y la memoria de Will.

Pero no en aquel preciso momento, se percató, cuando el tono enojado de Halt le arrastró de vuelta al presente.

—¿Sería posible que continuáramos con nuestro rastreo, o tienes algo más importante que hacer? —inquirió.

Al instante, Will recorrió los alrededores con la mirada, tratando de ver lo que había indicado Halt. Según cabalgaban a través de la nieve reciente, intentando hacer el menor ruido, Halt había ido señalándole perturbaciones en el niveo manto liso. Se trataba de huellas de animales, y la tarea de Will consistía en identificarlas. Tenía un buen ojo y ganas para ello. Normalmente disfrutaba estas clases de rastreo, pero en aquel momento se le había ido el santo al cielo y no tenía ni idea de adonde se

suponía que debía mirar.

—Allí —dijo Halt mientras señalaba hacia la izquierda, en un tono que no dejaba dudas de que no esperaba tener que repetir esas cosas.

Will se incorporó sobre los estribos para ver la nieve revuelta con mayor claridad.

—Conejo —dijo enseguida.

Halt se giró para mirar de refilón.

—¿Conejo? —le preguntó, y Will miró de nuevo, corrigiéndose casi de inmediato.

—Conejos —dijo haciendo hincapié en la ese final.

Halt insistió en la exactitud.

—Eso me parece a mí —masculló—. Al fin y al cabo, si eso de ahí fueran huellas de skandians, te haría falta estar seguro de cuántos son.

—Supongo que sí —dijo Will, sumiso.

—¡Supones que sí! —repitió Halt en tono sarcástico—. Créeme, Will, existe una gran diferencia entre saber que hay un skandian merodeando y saber que hay media docena.

Will asintió a modo de disculpa. Uno de los cambios por los que había atravesado últimamente su relación era el hecho de que Halt casi nunca se refería ya a él como «chico». A esas alturas siempre era «Will». A Will le gustaba aquello. Le hacía sentir que, de algún modo, el montaraz de rostro adusto le había aceptado. De la misma forma, deseaba que Halt sonriese una o dos veces cuando lo decía.

O sólo una.

La voz grave de Halt le sacó de su ensimismamiento.

—Así que... conejos. ¿Eso es todo?

Will miró de nuevo. En la nieve revuelta resultaba difícil de apreciar, pero ahora que Halt se lo había indicado, allí había otro conjunto de huellas.

—¡Un armiño! —dijo triunfal, y Halt asintió de nuevo.

—Un armiño —reconoció—. Pero deberías haber sabido que había algo más, Will. Mira cuán profundas son esas huellas de conejo. Resulta obvio que algo los había asustado. Cuando ves una señal como ésa, es una pista para buscar algo más.

—Ya veo —dijo Will. Pero Halt negó con la cabeza.

—No. Demasiado a menudo no lo ves, porque no mantienes la concentración. Tienes que trabajarlo.

Will no dijo nada. Simplemente aceptó la crítica. Por aquel entonces ya había aprendido que Halt no criticaba sin razón. Y cuando había razones, no le iba a salvar un montón de excusas.

Prosiguieron en silencio. Will inspeccionó atentamente el suelo que les rodeaba, en busca de más huellas, más rastros de animales. Anduvieron otro kilómetro, más o menos, y comenzaron a ver algunos de los puntos de referencia conocidos, que le dijeron que se encontraban cerca de la cabaña, cuando vio algo.

—¡Mira! —Dirigió, al tiempo que señalaba una porción de nieve revuelta justo

tras el límite del sendero.

Halt se giró para mirar. Las huellas, si es que lo eran, no se parecían en nada a otras que Will hubiera visto. El montaraz dirigió a su caballo hasta acercarse al límite del sendero para observar más de cerca.

—Mmm —dijo pensativo—. Ésta es una que no te había mostrado aún. No se ven muchas así en estos tiempos, así que mírala bien, Will.

Se bajó con facilidad de la silla y caminó con la nieve hasta la rodilla en dirección a la nieve revuelta. Will le siguió.

—¿De qué es? —preguntó el muchacho.

—Jabalí —dijo Halt con brevedad—. Y uno grande.

Will miró nervioso en derredor. Podía no saber cómo eran las huellas de un jabalí en la nieve, pero conocía lo suficiente de aquellos animales para saber que eran muy, muy peligrosos.

Halt notó su mirada e hizo un movimiento tranquilizador con la mano.

—Relájate —dijo—. No está cerca de nosotros.

—¿Eres capaz de decirlo por las huellas? —preguntó Will.

Observaba la nieve fascinado. Los surcos profundos los había hecho, obviamente, un animal muy grande. Y tenían pinta de ser de un animal muy grande y muy enfadado.

—No —dijo Halt sin alterarse—. Puedo decirlo por nuestros caballos. Si un jabalí de ese tamaño estuviera en alguna parte dentro de esta zona, esos dos estarían bufando, piafando y relinchando tan fuerte que no seríamos capaces de oír nuestros propios pensamientos.

—Ah —dijo Will, sintiéndose un poco idiota.

Relajó la fuerza con que había agarrado su arco. Sin embargo a pesar de las aseveraciones del montaraz, no pudo evitar echar un vistazo más a su alrededor. Y cuando lo hizo, su corazón comenzó a latir más y más rápido.

La espesa maleza del otro lado del camino se estaba moviendo con la mayor ligereza. Normalmente, le habría quitado importancia al atribuirlo a la brisa, pero su entrenamiento con Halt había elevado su razonamiento y su observación. En ese momento no había brisa. Ni el más mínimo soplo.

Aun así, los arbustos seguían moviéndose.

La mano de Will se dirigió lentamente al carcaj. Tan lentamente como para evitar que el animal que se movía entre los arbustos se sobresaltase. Extrajo una flecha y la situó en la cuerda del arco.

—¿Halt? —Intentó mantener la voz baja pero no pudo evitar que le temblara un poco. Se preguntaba si su arco detendría un jabalí a la carga. Pensó que no lo haría.

Halt levantó la vista, se fijó en la flecha engarzada en la cuerda del arco de Will y notó la dirección en la que éste miraba.

—Espero que no estés pensando en dispararle al pobre viejo granjero que está escondido detrás de aquellos arbustos —dijo muy serio. Sin embargo, había

levantado la voz tanto que llegó de forma clara hasta el espeso macizo arbóreo del otro lado del camino.

Al instante, se produjo un movimiento rápido desde el arbusto y Will oyó una voz nerviosa que gritaba:

—¡No dispare, buen señor! ¡Por favor, no dispare! ¡Sólo soy yo!

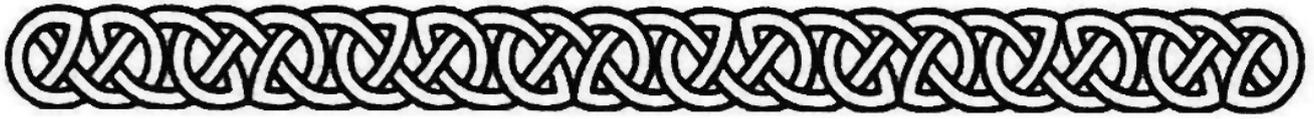
Los arbustos se abrieron conforme un viejo asustado y despeinado se ponía en pie de forma apresurada y avanzaba corriendo. Su apuro fue su perdición, sin embargo, pues metió uno de sus pies en un enredo de maleza y se despatarró por la nieve. Se incorporó con torpeza, con las manos en alto y mostrando las palmas para que vieran que no portaba armas. Según venía, prosiguió con un sinfín de balbuceos:

—¡Sólo yo, señor! ¡No hace falta que dispare, señor! ¡Sólo yo, lo juro, y no soy un peligro para los que son como ustedes!

Avanzó deprisa hasta el centro del camino, sus ojos fijos en el arco en manos de Will y en la reluciente y afilada punta de la flecha. Lentamente, Will aflojó la tensión de la cuerda y bajó el arco según vio más de cerca al intruso. Era delgado en extremo. Vestido con un andrajoso y sucio blusón de granjero, tenía unos brazos y piernas largos y poco elegantes, y codos y rodillas huesudos. Su barba era gris y se estaba quedando calvo por la parte superior de la cabeza.

El hombre se detuvo a unos pocos metros de ellos y sonrió nervioso a las dos figuras en capa.

—Sólo yo —repitió una última vez.



Dieciocho



Will no podía evitar sonreír. No podía imaginar nada menos parecido a un feroz jabalí a la carga.

—¿Cómo sabías que estaba ahí? —preguntó a Halt en voz baja.

El montaraz se encogió de hombros.

—Le vi hace unos minutos. Acabarás aprendiendo a sentir cuándo te vigila alguien. Después, sabes cómo buscarlos.

Will movió la cabeza, admirado. La capacidad de observación de Halt era increíble. Nadie del castillo, por milagroso que fuera, le había asombrado tanto.

—Entonces —dijo Halt con seriedad—, ¿por qué andas merodeando? ¿Quién te ha dicho que nos espías?

El viejo juntó las manos con nerviosismo, sus ojos en un vaivén entre la expresión imponente de Halt y la punta de la flecha, entonces abajo pero aún engarzada en la cuerda del arco de Will.

—¡Espionando no, señor! ¡No, no! ¡Espionando no! ¡Les oí llegar y pensé que era ese puerco monstruoso que volvía!

Las cejas de Halt se juntaron.

—¿Pensaste que yo era un jabalí? —preguntó.

Otra vez, el granjero negó con la cabeza.

—No. No. No —balbució—. ¡Por lo menos, no desde el momento en que les vi! Pero después no estuve muy seguro de quiénes podían ser. Podía tratarse de bandidos, o algo así.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Halt—. No eres de estos parajes, ¿verdad?

El granjero, ansioso por agradar, sacudió la cabeza una vez más.

—¡Vengo de Willowtree Creek, sí señor! —dijo—. Siguiéndole los pasos al puerco y con la esperanza de encontrar a alguien que lo transformase en panceta.

De pronto, Halt mostró un gran interés. Abandonó el burlesco tono severo en el que había estado hablando.

—¿Has visto al jabalí, entonces? —preguntó, y el granjero juntó las manos de

nuevo y, nervioso, miró alrededor, como si temiese que el puerco pudiera aparecer de entre los árboles en cualquier momento.

—Lo he visto. Lo he oído. No lo quiero ver más. Es malo, señor, ya lo verá.

Halt volvió a observar las huellas.

—Desde luego que es grande, al menos —se dijo.

—¡Y malvado, señor! —continuó el granjero—. Ése tiene un verdadero demonio por carácter. ¡Vaya, si es capaz de descuartizar a un hombre o un caballo como el que se toma el desayuno, sí señor!

—¿Y qué tenías pensado hacer con él? —preguntó Halt, y después añadió—: ¿Cómo te llamas, por cierto?

El granjero hizo una reverencia con la cabeza y se tocó con los nudillos en la frente a modo de saludo.

—Peter, señor. Peter Sal, me llaman, a cuenta de que me gusta echarle un poco de sal a la carne, sí señor.

Halt asintió.

—Estoy seguro de ello —dijo con paciencia—. Pero ¿qué esperabas hacer con ese jabalí?

Peter Sal se rascó la cabeza y pareció un poco perdido.

—No lo sé muy bien. Esperaba quizás encontrarme con un soldado o un guerrero o un caballero para librarme de él. O quizás un montaraz —añadió como una ocurrencia de último momento.

Will sonrió. Halt se levantó de donde había estado apoyado sobre una rodilla para examinar las huellas. Se sacudió un poco de nieve de la rodilla y caminó de vuelta hasta donde permanecía Peter Sal, cambiando nervioso su apoyo de un pie a otro.

—¿Ha estado creando muchos problemas? —preguntó el montaraz, y el viejo granjero asintió rápidamente varias veces.

—¡Sí que lo ha hecho, señor! ¡Sí que lo ha hecho! Ha matado a tres perros, destrozado campos y vallas, sí señor. Y casi mata a mi yerno cuando trató de detenerle. ¡Como dije, señor, es malo!

Halt se frotó la barbilla, pensativo.

—Mmm —dijo—. Bien, no cabe duda de que sería mejor que hiciéramos algo al respecto —levantó la mirada hacia el sol, que descendía sobre el horizonte en el cielo del oeste, después se volvió hacia el chico—. ¿Cuánto tiempo de luz dirías que nos queda, Will?

Will estudió la posición del sol. Aquellos días, Halt nunca dejaba pasar una oportunidad de enseñarle, o preguntarle, o poner a prueba sus conocimientos y habilidades en desarrollo. Sabía que era mejor valorar cuidadosamente la respuesta antes de darla. Halt prefería las respuestas exactas, no las rápidas.

—¿Un poco más de una hora? —dijo Will.

Vio cómo las cejas de Halt se unían al fruncir el ceño y recordó también que al montaraz le disgustaba que le respondieran con una pregunta.

—¿Me lo estás preguntando o me lo estás diciendo? —dijo Halt.

Will negó con la cabeza, molesto consigo mismo.

—Algo más de una hora —respondió con más confianza, y, esta vez, el montaraz hizo un gesto de acuerdo.

—Correcto —se volvió de nuevo al viejo granjero—. Muy bien, Peter Sal, quiero que lleves un mensaje al barón Arald.

—¿El barón Arald? —preguntó nervioso el granjero.

Halt frunció el ceño otra vez.

—¿Ves lo que has hecho? —le dijo a Will—. ¡Aquí le tienes ahora respondiendo con preguntas a las preguntas!

—Lo siento —farfulló Will, sonriendo sin querer.

Halt meneó la cabeza y continuó hablando a Peter Sal.

—Eso es, el barón Arald, encontrarás su castillo un par de kilómetros más adelante por este camino.

Peter Sal oteó con una mano a modo de visera, al tiempo que miraba por el camino como si pudiera ver ya el castillo.

—¿Un castillo, dice? —Articuló, asombrado—. ¡Nunca he visto un castillo!

Halt suspiró impaciente. Mantener la mente del viejo charlatán centrada en el asunto estaba empezando a irritarle.

—Eso es, un castillo. Luego, ve al guardia de la puerta...

—¿Es un castillo grande? —preguntó el viejo.

—¡Es un castillo enorme! —le gruñó Halt.

Peter Sal retrocedió asustado. Su rostro mostraba una mirada herida.

—No hace falta gritar, joven —le dijo malhumorado—. Sólo estaba preguntando, eso es todo.

—Bien, entonces, deja de interrumpirme —dijo el montaraz—. Aquí estamos perdiendo el tiempo. Ahora, ¿me estás escuchando?

Peter Sal asintió.

—Bien —prosiguió Halt—. Ve al guardia de la puerta y dile que tienes un mensaje de Halt para el barón Arald.

Una mirada de reconocimiento se extendió por el rostro del viejo.

—¿Halt? —preguntó—. Pero no el montaraz Halt, ¿no?

—Sí —respondió Halt, cansado—, el montaraz Halt.

—¿El que dirigió la emboscada sobre los wargals de Morgarath? —preguntó Peter Sal.

—El mismo —dijo Halt con una peligrosa voz grave.

Peter Sal miró a su alrededor.

—Bueno —dijo—. ¿Dónde está?

—¡Yo soy Halt! —tronó el montaraz mientras le plantaba la cara a unos pocos centímetros a Peter Sal.

Otra vez, el granjero reculó algunos pasos. Reunió entonces coraje y negó con la

cabeza en un gesto de incredulidad.

—No, no, no —dijo sin dudar—, usted no puede ser él. Vaya, el montaraz Halt es tan alto y corpulento como dos hombres. ¡Un gigantón, sí señor! Valiente, feroz en la batalla, sí señor. Usted no puede ser él.

Halt se volvió y se alejó en un intento por recuperar la calma. Will no podía evitar que la sonrisa brotase en su rostro de nuevo.

—Yo... soy... Halt —dijo el montaraz espaciando sus palabras para que Peter Sal no pudiera cometer ningún error—. Era más alto de joven, y mucho más ancho. Pero éste es el tamaño que tengo ahora —clavó sus ojos refulgentes en los del granjero y se le quedó mirando—. ¿Entiendes?

—Bueno, si usted lo dice... —concedió Peter Sal. No creía aún al montaraz, pero un brillo muy peligroso en sus ojos le avisó de que no sería inteligente seguir negándolo.

—Bien —dijo Halt con mucha frialdad—. Entonces, le dices al barón que Halt y Will...

Peter Sal abrió la boca para hacer otra pregunta. Halt se la tapó con la mano de inmediato y señaló al lugar donde permanecía Will junto a *Tirón*.

—Ése de ahí es Will —Peter Sal asintió, sus ojos de par en par sobre la mano que le sujetaba la boca con firmeza para detener ulteriores preguntas e interrupciones. El montaraz continuó—: Dile que Halt y Will están rastreando un jabalí. Cuando encontremos su madriguera, volveremos al castillo. Mientras tanto, el barón deberá organizar a sus hombres para una cacería mañana por la mañana —retiró despacio la mano de la boca del granjero—. ¿Lo has captado todo? —le preguntó el montaraz.

Peter Sal asintió con cuidado.

—Entonces repítemelo.

—Ir al castillo, decirle al guardia de la puerta que tengo un mensaje de usted... Halt... para el barón. Decirle al barón que usted... Halt... y él... Will... están rastreando un jabalí para encontrar su madriguera. Decirle que tenga a sus hombres listos para la cacería mañana.

—Bien —dijo Halt. Le hizo un gesto a Will y se subieron a sus sillas.

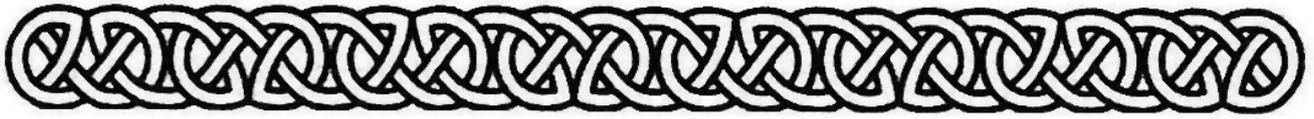
Peter Sal permaneció dubitativo en el camino, mirándolos.

—Márchate —le dijo Halt mientras señalaba en la dirección del castillo.

El viejo granjero dio entonces unos pocos pasos y después, cuando juzgó encontrarse a una distancia segura, se volvió y le voceó al montaraz de rostro adusto:

—¿Sabe? ¡No le creo! ¡Nadie mengua y se encoge!

Halt suspiró y giró su caballo hacia el interior del bosque.



Diecinueve

Cabalgaron despacio a la luz que se desvanecía, inclinándose a los lados en sus sillas para seguir el rastro del jabalí.

No tuvieron ningún problema para hacerlo. El enorme cuerpo había dibujado un profundo surco en la espesa capa de nieve. Incluso sin ella, pensó Will, habría sido fácil. Era obvio que el jabalí estaba de muy mal humor. Había arañado los troncos y los arbustos de alrededor con los colmillos al pasar, trazando un claro sendero de destrucción a través del bosque.

—¿Halt? —Probó a decir una vez se adentraron aproximadamente un kilómetro en la densa arboleda.

—¿Mmm? —dijo Halt, un poco distraído.

—¿Por qué molestar al barón? ¿No podríamos sencillamente matar nosotros al jabalí con nuestros arcos?

Halt negó con la cabeza.

—Es grande, Will. Puedes ver el tamaño del rastro que ha dejado. Podríamos necesitar media docena de flechas para matarlo, e incluso entonces, llevaría su tiempo que muriese. Con una bestia como ésta, es mejor asegurarse.

—¿Cómo lo hacemos?

Halt elevó la mirada un instante.

—Supongo que nunca has visto la cacería de un jabalí, ¿no?

Will negó con la cabeza. Halt se detuvo unos pocos segundos para explicárselo y Will condujo a *Tirón* hasta pararse a su lado.

—Bueno, en primer lugar —dijo el montaraz—, necesitamos perros. Ésa es otra razón por la que no podemos acabar con él con nuestros arcos. Cuando lo encontremos, muy probablemente se habrá escondido en un matorral o entre densos arbustos donde no lo podamos atrapar. Los perros le harán salir y tendremos un cerco de hombres alrededor de la madriguera con picas para matar jabalíes.

—¿Y se las lanzan? —preguntó Will. Halt negó con la cabeza.

—No, si tienen dos dedos de frente —dijo—. La pica de jabalí tiene más de dos metros de largo, una hoja de doble filo y una cruceta tras la hoja. La idea es que el

jabalí cargue contra el picador.

Will miró dubitativo.

—Eso suena peligroso.

El montaraz asintió.

—Lo es. Pero al barón y a *sir* Rodney y a los demás caballeros les encanta. Por nada del mundo se perderían la caza de un jabalí.

—¿Y tú? —preguntó Will—. ¿Llevarás una pica de jabalí?

Halt negó con la cabeza.

—Estaré aquí montado sobre *Abelard* —dijo—. Y tú sobre *Tirón*, por si acaso el jabalí rompe el cerco a su alrededor. O por si únicamente se alcanza a herirle y huye.

—¿Y qué haremos si pasa eso? —preguntó Will.

—Lo agotaremos antes de que pueda volver a esconderse —dijo Halt con seriedad— y, entonces, lo mataremos con nuestros arcos.

El día siguiente era sábado y, tras el desayuno, los estudiantes de la Escuela de Combate eran libres de emplear la jornada en lo que les pareciese. En el caso de Horace, esto solía significar perderse de vista siempre que Alda, Bryn y Jerome vinieran a buscarle. Pero últimamente habían advertido que los evitaba y se acostumbraron a esperarle fuera del comedor. Según salía al patio de armas esa mañana, los vio aguardándole, sonriéndole. Vaciló. Era demasiado tarde para darse la vuelta. Acongojado, continuó hacia ellos.

—¡Horace! —Le asustó una voz que venía justo de detrás de él.

Se giró y vio a *sir* Rodney observándole, con una curiosa mirada en sus ojos según se fijaba en los tres cadetes de segundo año que esperaban en el patio. Horace se preguntó si el maestro conocería el trato que estaba recibiendo. Supuso que así era. Horace se imaginó que era parte del proceso de fortalecimiento de la Escuela de Combate.

—¡Señor! —respondió mientras se preguntaba qué había hecho mal.

Las facciones de Rodney se suavizaron y sonrió al joven. Parecía extraordinariamente complacido con algo.

—Descansa, Horace. Es sábado, al fin y al cabo. ¿Has estado alguna vez en la caza de un jabalí?

—Mmm... no, señor —a pesar de la invitación de *sir* Rodney al descanso, permaneció erguido en posición de firmes.

—Ya es hora entonces. Recoge una pica y un cuchillo de caza en la armería, que Ulf te asigne un caballo y preséntate aquí de vuelta en veinte minutos.

—Sí, señor —respondió Horace.

Sir Rodney se frotó las manos con un placer evidente.

—Parece que Halt y su aprendiz nos han conseguido un jabalí. Ya era hora de que todos tuviéramos un rato de diversión —sonrió alentando al aprendiz, después se

marchó a grandes zancadas entusiasmado con la idea de preparar su propio equipamiento.

Cuando Horace regresó al patio, se dio cuenta de que Alda, Bryn y Jerome no se encontraban a la vista. Debería haber pensado más en por qué los tres bravucones desaparecieron mientras *sir* Rodney andaba por allí, pero tenía demasiadas cosas en la cabeza, cuestionándose qué se esperaba que hiciera él en la caza de un jabalí.

Era media mañana cuando Halt guió la partida de caza hasta la madriguera del jabalí.

El enorme animal se había agazapado en un denso macizo de arbustos en las profundidades del bosque. Halt y Will encontraron el escondite justo antes del anochecer, la tarde anterior.

En ese momento, según se acercaban, Halt hizo una señal y el barón y sus cazadores desmontaron, dejando los caballos al cuidado de un peón de los establos que los acompañaba. Cubrieron los últimos cientos de metros a pie. Halt y Will eran los únicos que permanecían a caballo.

Eran quince cazadores en total, cada uno armado con una pica del tipo de las que Halt había descrito. Se dispersaron en un amplio círculo conforme se acercaban a la madriguera del jabalí. Will se sorprendió un poco al reconocer que Horace era uno de los miembros del grupo de caza. Se trataba del único aprendiz de guerrero invitado. Todos los demás eran caballeros.

A falta de cien metros para llegar, Halt levantó la mano para que los cazadores se detuviesen. Espoleó a *Abelard* en un trote ligero y cruzó hasta donde Will aguardaba nervioso a lomos de *Tirón*. El pequeño caballo no dejaba de moverse al olfatear la presencia del jabalí.

—Recuerda —le dijo el montaraz en voz baja a Will—, si tienes que tirar, apunta a la zona justo detrás del hombro izquierdo. Un tiro limpio al corazón será tu única oportunidad de detenerle si viene a la carga.

Will asintió mientras se humedecía nervioso los labios resecaos. Se echó hacia delante y calmó a *Tirón* con una rápida caricia en el cuello. El pequeño caballo inclinó la cabeza en respuesta al contacto de su amo.

—Y quédate cerca del barón —le recordó Halt antes de desplazarse hacia su posición en el lado contrario del círculo de cazadores.

Halt se hallaba en el lugar de mayor peligro, acompañando a los cazadores de menor experiencia, y por tanto con mayor probabilidad de cometer un error. Si el jabalí atravesaba el círculo por aquel sitio, sería el responsable de perseguirlo y matarlo. Había asignado a Will el quedarse junto al barón y los cazadores más experimentados, donde la posibilidad de problemas era menor. Aquello le situó también cerca de Horace. *Sir* Rodney había colocado al aprendiz entre el barón y él mismo. Después de todo, era la primera cacería del muchacho y el maestro de combate no quería asumir ningún riesgo innecesario. Horace se encontraba allí para

mirar y aprender. Si el jabalí cargaba en aquella dirección, debía dejar que el barón y *sir* Rodney se ocuparan de él.

Horace elevó una vez la vista, estableciendo contacto visual con Will. No había ninguna animosidad en la mirada. De hecho, le dedicó al aprendiz de montaraz una media sonrisa forzada. Will notó, al ver cómo Horace se humedecía los labios una y otra vez, que el otro muchacho estaba tan nervioso como él mismo.

Halt hizo otra seña y el círculo comenzó a cerrarse sobre el matorral. Al hacerse más pequeño el círculo, Will perdió de vista a su profesor y a los hombres del lado más lejano de la madriguera. Sabía, por el continuo nerviosismo de *Tirón*, que el jabalí aún debía encontrarse en el interior de los arbustos. Pero *Tirón* estaba bien entrenado y continuó avanzando según su jinete le espoleaba con suavidad hacia delante.

Un rugido profundo salió del interior del matorral y a Will se le puso el vello de punta. Nunca había oído el grito de un jabalí enojado. El ruido estaba a medio camino entre un gruñido y un chillido y, por un momento, los cazadores vacilaron.

—¡Ahí dentro está, sí! —gritó el barón sonriendo a Will con emoción—. Esperemos que venga por nuestro lado, ¿eh, chicos?

Will no estaba del todo seguro de que quisiese que el jabalí saliera a la carga por su lado del matorral. Pensó que le iba a parecer muy bien si salía por el lado contrario.

Pero el barón y *sir* Rodney sonreían como colegiales mientras preparaban sus picas. Estaban disfrutando, justo como Halt había dicho que harían. Con rapidez, Will extrajo el arco cruzado sobre los hombros y colocó una flecha en la cuerda. Palpó la punta un instante para asegurarse de que aún estaba afilada. Tenía la garganta seca. No estaba seguro de que fuera capaz de hablar si alguien se dirigía a él.

Los perros tiraban de las correas que los retenían, despertando los ecos del bosque con la excitación de sus aullidos. Fue su ruido lo que hizo levantarse al jabalí. Acto seguido, mientras el ruido continuaba, Will pudo oír al enorme animal arañando los árboles y partiendo los arbustos en su madriguera con sus largos colmillos.

El barón se volvió hacia Bert, su cuidador de perros, y le dirigió una señal con la mano para que los soltase.

Los grandes y poderosos animales salieron casi al instante, cruzaron como un rayo la zona del claro hasta el matorral y desaparecieron en su interior. Eran bestias de complexión muy fuerte, salvajes, criadas especialmente para el propósito de la caza del jabalí.

El ruido del interior del matorral resultaba indescriptible. El aullido furioso de los perros se había unido a los chillidos del jabalí, que helaban la sangre. Los arbustos y árboles jóvenes recibían golpes y se quebraban. Todo el matorral parecía temblar.

Entonces, de pronto, el jabalí estaba en el claro.

Irrumpió en medio del círculo, entre los puntos en que Will y Halt se encontraban apostados. Con un chillido irritante se liberó de uno de los perros que aún colgaban

de él, se detuvo un momento y luego cargó hacia los cazadores a una velocidad deslumbrante.

El joven caballero que estaba justo frente a la carga del jabalí no vaciló. Echó una rodilla al suelo, apuntaló el extremo trasero de su pica en la tierra y presentó la brillante punta al animal a la carga.

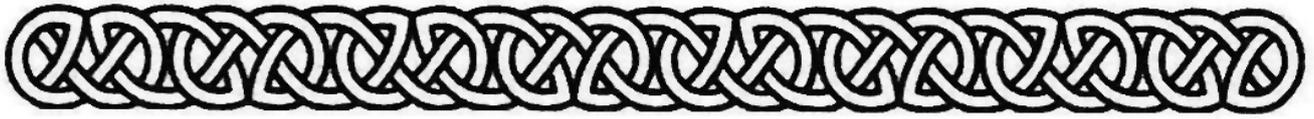
El jabalí no tuvo oportunidad de girar. Su propia velocidad le llevó hasta la cabeza de la pica. Corcoveó hacia arriba, chillando de dolor y furia, en un intento por sacarse la hiriente pieza de acero. Pero el joven caballero asió la pica con todas sus fuerzas, la sostenía con firmeza contra el suelo y sin dar al iracundo animal ninguna posibilidad de liberarse.

Will observó con inocente inquietud cómo el asta firme de fresno de la pica se flexionaba como un arco con la fuerza de la velocidad del jabalí, después la punta cuidadosamente afilada penetró hasta el corazón del animal y todo acabó.

Con un último rugido chillón, el enorme jabalí se inclinó hacia un lado y cayó muerto.

El cuerpo moteado era casi tan grande como el de un caballo y cada centímetro era de sólido músculo. Los colmillos inofensivos ahora que estaba muerto, se curvaban hacia atrás sobre su fiero hocico. Se encontraban manchados con la tierra que había levantado en su furia y con la sangre de al menos uno de los perros.

Will miró el tremendo cuerpo y se estremeció. Si aquello era un jabalí, pensó, no tenía ninguna prisa por ver otro.



Veinte

Los demás cazadores se arremolinaron alrededor del joven caballero que le había dado muerte, al tiempo que le felicitaban y le daban palmadas en la espalda. El barón Arald comenzó a cruzar en su dirección, pero se detuvo junto *Tirón*, levantando la vista mientras le hablaba.

—No verás otro de ese tamaño en mucho tiempo, Will —le dijo con aspereza—. Una lástima que no viniera hacia nosotros. Me hubiera gustado un trofeo como ése para mí —continuó su camino hacia *sir* Rodney, quien ya se encontraba con el grupo de guerreros alrededor del jabalí muerto.

Como resulta, Will se encontró, por primera vez en algunas semanas, cara a cara con Horace. Se produjo una pausa incómoda, ninguno de los dos muchachos quería dar el primer paso. Horace, emocionado por los sucesos de la mañana, su corazón latiendo aún con la excitación del temor que había sentido al ver aparecer el jabalí por vez primera, ansiaba compartir el momento con Will. A la luz de lo que acababan de ver, su riña de críos parecía insignificante, y ahora se sentía mal por su comportamiento en aquel día seis semanas atrás. Pero no podía encontrar las palabras para expresar sus sentimientos y no vio ningún aliento para hacerlo en los rasgos de Will, así que, con un leve movimiento de hombros, pasó junto a *Tirón* y se encaminó a felicitar al joven cazador. Cuando lo hizo, *Tirón* bufó y levantó las orejas con un relincho de aviso.

Will miró hacia atrás, al matorral, y le pareció que la sangre se le helaba en las venas.

Allí, en pie y fuera del refugio de los arbustos, se encontraba otro jabalí, más grande incluso que el que ahora yacía muerto en la nieve.

—¡Cuidado! —gritó mientras el enorme jabalí escarbaba la tierra con los colmillos.

Era una situación desfavorable. Se había deshecho la formación de los cazadores, la mayoría había ido a maravillarse del tamaño del jabalí muerto y a elogiar al que lo había matado. Sólo Will y Horace permanecían en el camino del segundo, principalmente, se percató Will, porque Horace había vacilado durante esos pocos

instantes vitales.

Horace se giró con el grito de Will. Le miró y se balanceó para ver el nuevo peligro. El jabalí bajó la cabeza, arañó otra vez el suelo y cargó. Todo ocurrió a una velocidad terrible. Si el enorme animal estaba rascando en el suelo con los colmillos, al momento siguiente iba hacia ellos a toda velocidad. Horace se giró sin dudar para hacerle frente al jabalí, colocándose entre éste y Will, al tiempo que preparaba su pica como el barón y *sir* Rodney le habían mostrado.

Pero, según lo hacía, el pie se le resbaló sobre una placa de hielo en la nieve y se quedó tendido de costado sin poder hacer nada, perdido el agarre de la pica.

No había un segundo que perder, Horace yacía indefenso ante aquellos colmillos asesinos. Will sacudió los pies de los estribos para liberarlos y desmontó al tiempo que apuntaba y tensaba la cuerda de su arco. Era consciente de que su pequeño arco no tenía ninguna posibilidad de detener la enloquecida carrera del jabalí. Todo cuanto podía tener la esperanza de conseguir era distraer al animal fuera de sí, para alejarlo del indefenso muchacho en el suelo.

Disparó y al instante corrió hacia un lado, lejos del aprendiz caído. Gritó con todas sus fuerzas y tiró de nuevo.

Las flechas sobresalían del grueso costado del jabalí como agujas en un alfiletero. No le produjeron ningún daño serio, pero el dolor que le causaban le quemaba por todo el cuerpo como un cuchillo al rojo vivo. Sus ojos enojados y enrojecidos se centraron en la figura pequeña, encapada, que se hacía a un lado y, furioso, se lanzó tras Will.

No había tiempo para disparar de nuevo. Horace estaba seguro por el momento. Ahora era el propio Will quien se hallaba en peligro. Aceleró hasta el refugio de un árbol y se escondió tras él, ¡justo a tiempo!

La carga enfurecida del jabalí le condujo directo al tronco del árbol. Su enorme cuerpo chocó contra él, sacudiéndolo hasta las raíces, mientras lanzaba cortinas de nieve en cascada hacia abajo desde las ramas más altas.

Increíblemente, al jabalí no parecía haberle afectado el choque. Retrocedió unos pocos pasos y cargó de nuevo contra Will. El muchacho rodeó veloz el tronco del árbol y consiguió evitar por los pelos los cortantes colmillos cuando el jabalí pasó bramando.

Con un chillido de furia, el enorme animal se giró sobre sus huellas, patinando en la nieve, y otra vez fue hacia él. En esta ocasión vino más despacio, sin dejarle a Will la oportunidad de echarse a un lado en el último momento. El jabalí se acercaba al trote, los ojos rojos de furia, los colmillos tajando de lado a lado, su aliento cálido humeando en el frío aire invernal.

Tras él, Will podía oír los gritos de los cazadores, pero sabía que llegarían demasiado tarde para ayudarle. Engarzó otra flecha, conocedor de que no tenía posibilidad de acertar en un punto vital según venía el jabalí de frente hacia él.

Se produjo un ruido sordo de cascos amortiguados sobre la nieve y una pequeña y

lanuda silueta se dirigió hacia el monstruo furioso.

—¡No, *Tirón*! —chilló Will, con un miedo desesperado por su caballo.

Pero el poni cargó contra el enorme jabalí, girándose sobre sus huellas y atacándolo con las patas traseras cuando estuvo a su alcance. Los cascos traseros de *Tirón* alcanzaron al jabalí en las costillas y, con toda la fuerza de las patas traseras levantadas del poni, lo enviaron rodando de costado por la nieve.

El jabalí se levantó en un instante, todavía más furioso que antes. El poni le había cogido desprevenido, pero la coza no le había causado ningún daño importante. Ahora se sacudía e intentaba alcanzar a *Tirón* mientras el pequeño poni relinchaba temeroso y saltaba de un lado a otro fuera del alcance de esos colmillos afilados.

—¡*Tirón*! ¡Apártate! —chilló Will otra vez.

Tenía el corazón en un puño. Si aquellos colmillos alcanzaban los vulnerables tendones de la parte baja de las patas del caballo, *Tirón* se quedaría lisiado de por vida. No podía permanecer inmóvil mientras su caballo se ponía en tal peligro por su amo. Tensó y disparó de nuevo y, extrayendo el cuchillo largo de montaraz de su cinto, cargó cruzando la nieve contra el enorme y furioso animal.

La tercera flecha alcanzó al cerdo en el costado. Otra vez, había errado el tiro sobre alguna parte vulnerable y sólo había herido al monstruo. Le gritó al tiempo que corría, chillándole a *Tirón* que se hiciese a un lado. El jabalí le vio venir y reconoció la pequeña figura que tan furioso le había puesto en primer lugar. Sus ojos rojos y llenos de odio se centraron en él y bajó la cabeza para la última y mortal carga.

Will vio la contracción de los músculos de sus macizos cuartos traseros. Se encontraba demasiado lejos de un refugio para correr. Tendría que afrontar la carga ahí, al descubierto. Echó una rodilla a tierra y, sin esperanzas, sostuvo el cuchillo afilado de montaraz frente a sí mientras el jabalí cargaba. Oyó débilmente el grito ronco de Horace según el aprendiz de guerrero cargaba al frente para ayudarle pica en ristre.

Entonces sobre el sonido de las pezuñas del jabalí se oyó un profundo y silbante zumbido seguido de un sólido y carnoso ¡*chas!* El jabalí se puso a dos patas a media zancada, retorciéndose en una agonía súbita, y cayó en la nieve, muerto como una piedra.

La flecha larga de astil grueso de Halt estaba casi hundida en su costado, dirigida hasta allí con toda la fuerza del poderoso arco recto del montaraz. Había alcanzado al monstruo justo detrás del hombro izquierdo, haciendo penetrar la cabeza de la flecha y atravesando el gigantesco corazón del cerdo.

Un tiro perfecto.

Halt detuvo a *Abelard* en un aluvión de nieve y se tiró al suelo, lanzando los brazos alrededor del tembloroso muchacho. Will, vencido por el alivio, enterró la cara en la áspera tela de la capa del montaraz. No quería que nadie viera las lágrimas que ahora rodaban por su rostro.

Halt tomó con suavidad el cuchillo de la mano de Will.

—¿Qué diantre esperabas hacer con esto? —preguntó.

Will simplemente sacudió la cabeza. No podía hablar. Sintió que el suave hocico de *Tirón* le daba golpecitos cariñosos y le miró a los ojos grandes e inteligentes.

Todo era entonces ruido y confusión cuando los cazadores se reunieron a su alrededor, maravillándose del tamaño del segundo jabalí y dando palmadas en la espalda a Will por su coraje. Permaneció en pie entre ellos: una pequeña figura, avergonzado aún por las lágrimas que habían surcado su rostro, por mucho que había intentado detenerlas.

—Son bestias astutas —dijo *sir* Rodney según empujaba el jabalí muerto con la bota—. Todos dimos por sentado que sólo había uno porque nunca salieron juntos de la madriguera.

Will sintió una mano en el hombro y se volvió para encontrarse con los ojos de Horace: el aprendiz de guerrero estaba moviendo la cabeza despacio, en un gesto de admiración e incredulidad.

—Me has salvado la vida —dijo—. Ha sido el acto más valeroso que jamás he visto.

Will intentó no darle importancia al agradecimiento del otro muchacho pero Horace insistió. Recordó todas las veces que se había burlado de Will en el pasado, que se había comportado con él como un matón. Ahora, actuando de forma instintiva, el pequeño le había salvado de aquellos cortantes colmillos asesinos. El hecho de que hubiera olvidado su propia acción instintiva cuando se interpuso entre el jabalí a la carrera y el aprendiz de montaraz decía mucho de la creciente madurez de Horace.

—Pero ¿por qué, Will? Al fin y al cabo, nosotros... —no pudo llegar a terminar su frase, aunque Will, en cierto modo, sabía lo que estaba pensando.

—Horace, puede que nos hayamos peleado en el pasado —dijo—. Pero no te odio. Jamás te he odiado.

Horace asintió una vez, con una mirada de entendimiento que le invadía la cara. Pareció entonces haber tomado una decisión.

—Te debo mi vida, Will —dijo con voz firme—. Nunca olvidaré esta deuda. Si alguna vez necesitas un amigo, si alguna vez necesitas ayuda, puedes venir a verme.

Los dos muchachos permanecieron frente a frente por un momento, luego Horace ofreció su mano y Will la tomó. El círculo de caballeros a su alrededor estaba en silencio, presenciando, pero sin querer interrumpir, ese momento tan importante para los dos chicos. Entonces el barón Arald avanzó y les rodeó a los dos con sus brazos, uno a cada lado.

—¡Bien dicho los dos! —dijo efusivamente, y los caballeros corearon su asentimiento.

El barón sonrió complacido. Había sido una mañana perfecta, en total. Un poco de emoción. Dos jabalíes enormes muertos. Y ahora dos de sus pupilos forjando ese tipo de lazo especial que sólo surge del peligro compartido.

—¡Tenemos aquí dos buenos jóvenes! —dijo al grupo en general, y de nuevo se

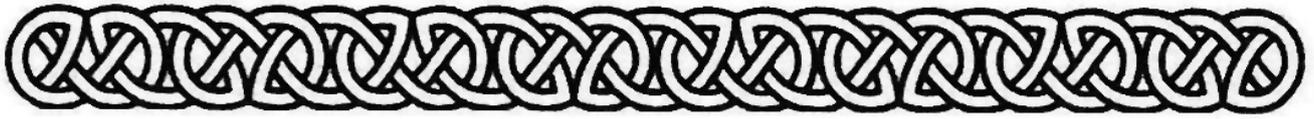
produjo ese coro efusivo de asentimiento—. ¡Halt, Rodney, ambos podéis estar orgullosos de vuestros aprendices!

—¡Ya lo creo que lo estamos, mi señor! —respondió *sir* Rodney.

Hizo un gesto de aprobación a Horace con la cabeza. Había visto la forma en que el muchacho se había vuelto sin vacilar para enfrentarse a la carga. Y daba su aprobación al abierto ofrecimiento de amistad a Will. Recordaba demasiado bien la pelea del Día de la Cosecha. Daba la impresión de que aquellas riñas de chiquillos quedaban ahora atrás y sentía una profunda satisfacción por haber elegido a Horace para la Escuela de Combate.

Halt, por su parte, no dijo nada. Pero cuando Will volvió la vista hacia su mentor, el montaraz entrecano le mantuvo la mirada y sencillamente asintió.

Y aquello, sabía Will, era el equivalente de tres calurosos huras de Halt.



Veintiuno

En los días siguientes a la caza del jabalí, Will percibió un cambio en la forma en que le trataban. Había una cierta deferencia, incluso respeto en el modo en que la gente le hablaba y le miraba al pasar. Resultaba más notorio entre los aldeanos. Se trataba de gente sencilla, con los restringidos límites de sus vidas cotidianas, con tendencia a exaltar y exagerar cualquier suceso que se saliese de alguna manera de lo corriente.

Hacia el final de la primera semana, los sucesos de la caza se habían exagerado de forma tan desmesurada que se decía que Will había matado con una mano a ambos jabalíes cuando éstos cargaron tras salir del matorral. Un par de días después de eso, al oír cómo contaban la historia, casi se podía creer que había conseguido la hazaña con una flecha, disparándola limpiamente a través del primer jabalí hasta el corazón del segundo.

—En realidad yo no hice mucho —le dijo a Halt una tarde, sentados junto al fuego en la pequeña y cálida cabaña que compartían en el límite del bosque—. Quiero decir que no es como si me lo hubiera pensado y lo hubiese decidido. Sólo ocurrió, o algo así. Y, después de todo, tú mataste al jabalí, no yo.

Halt tan sólo asintió, mirando fijamente las saltarinas llamas amarillas en la chimenea.

—La gente pensará lo que quiera —dijo con tranquilidad—. Nunca hagas mucho caso.

Sin embargo, a Will le preocupaba la adulación. Tenía la sensación de que la gente estaba haciendo de todo aquello algo demasiado grande. Habría disfrutado del respeto si éste hubiera estado fundado en lo que había ocurrido en realidad. En su interior sentía que había hecho algo meritorio, e incluso quizás honorable. Pero le estaban agasajando por una versión totalmente ficticia de los hechos y, al ser una persona esencialmente honesta, en realidad no podía sentir ningún orgullo por aquello.

También se sentía un poco avergonzado porque él era uno de los pocos que se habían fijado en el auténtico e instintivo acto de coraje de Horace al interponerse

entre el jabalí a la carga y *Tirón* y Will. Le había mencionado este último hecho a Halt. Sentía que quizás el montaraz pudiera tener la ocasión de hacer que *sir* Rodney valorase el generoso acto de Horace, pero su profesor simplemente había asentido y dicho con brevedad:

—*Sir* Rodney lo sabe. No hay mucho que se le escape. Tiene algo más de luces que la media de esos *pegaporracos*.

Y con aquello, Will tenía que estar contento.

En los alrededores del castillo, con los caballeros de la Escuela de Combate y los diversos maestros y aprendices, la actitud era diferente. Allí Will disfrutó de una aceptación sencilla y el reconocimiento del hecho de que había obrado bien. Se dio cuenta de que ahora la gente empezaba a conocer su nombre, de manera que le saludaban como a Halt cuando tenían asuntos que arreglar en las tierras del castillo. El barón mismo era más amistoso que nunca. Para él era un motivo de orgullo ver a uno de sus pupilos desenvolverse bien.

La única persona con la que a Will le hubiera gustado conversar sobre todo ello era el propio Horace. Pero como sus caminos rara vez se cruzaban, la oportunidad no había surgido. Quería estar seguro de que el aprendiz de guerrero sabía que Will no daba ningún valor a las ridículas historias que habían recorrido el pueblo, y esperaba que su antiguo compañero supiese que él no había hecho nada para extender los rumores.

Mientras tanto, las lecciones y el entrenamiento de Will continuaban a un ritmo acelerado. En un mes, le había contado Halt, estarían de camino a la Congregación, un evento anual en el calendario de los montaraces.

Ése era el momento en el que los cincuenta montaraces se reunían para intercambiar noticias, discutir cualquier problema que pudiera haber surgido a lo largo del reino y hacer planes. De mayor relevancia para Will, era asimismo el momento en el que se evaluaba a los aprendices, con el fin de ver si resultaban aptos para pasar al siguiente año de su entrenamiento. Will había tenido mala suerte al haber estado practicando solo durante siete meses. Si no pasaba la prueba en la Congregación de este año, tendría que esperar otro, hasta que surgiese la siguiente oportunidad. En consecuencia, había practicado y practicado de sol a sol cada día. La idea de un sábado de descanso era para él un lujo por largo tiempo olvidado. Disparó flecha tras flecha a blancos de diferentes tamaños, en diferentes condiciones, de pie, de rodillas y sentado. Incluso tiró desde escondites en los árboles.

Y practicó con sus cuchillos. Lanzando de pie, de rodillas, sentado, tirándose a la izquierda, tirándose a la derecha. Practicó lanzando el más largo de los dos cuchillos de forma que alcanzase el blanco con la empuñadura en primer lugar. Al fin y al cabo, como Halt había dicho, a veces solo se necesitaba dejar sin sentido a la persona contra la que se lanzaba, así que era una buena idea saber cómo hacerlo.

Practicó su destreza en el sigilo, aprendiendo a quedarse inmóvil incluso cuando estaba seguro de que le habían descubierto y comprobando que, con muchísima

frecuencia, simplemente no le veían hasta que se movía y abandonaba el juego. Aprendió el truco que usan los buscadores: pasan la mirada por encima de un punto y vuelven sobre él al instante para capturar cualquier leve movimiento. Aprendió acerca de los escobas: exploradores de retaguardia que van en silencio detrás de una partida en movimiento para capturar a cualquiera que hubiera permanecido oculto listo para salir al descubierto una vez la partida hubiese pasado.

Trabajó con *Tirón*, fortaleciendo los lazos y el afecto que tan rápido había arraigado entre los dos. Aprendió a utilizar los sentidos superiores del olfato y el oído del pequeño caballo para que le avisaran de cualquier peligro, y las señales que el caballo estaba entrenado para darle a su jinete.

Así que no resultaba extraño que, al final del día, Will no tuviera ningún deseo de ascender el revirado sendero que conducía hasta el castillo de Redmont, para encontrarse con Horace y poder hablar con él. Aceptó que, antes o después, la ocasión se presentaría. Mientras tanto, sólo le quedaba esperar que *sir* Rodney y los demás miembros de la Escuela de Combate estuvieran dando a Horace el reconocimiento por sus actos.

Desafortunadamente para Horace, parecía que no podía haber nada más lejos de la realidad.

Sir Rodney estaba desconcertado con el joven y musculoso aprendiz. Daba la sensación de poseer todas las cualidades que buscaba la Escuela de Combate. Era valiente. Obedecía las órdenes de manera inmediata y aún mostraba una destreza extraordinaria en su entrenamiento con armas. Pero su rendimiento en clase se hallaba por debajo del mínimo. Entregaba los deberes tarde o acabados de cualquier manera. Parecía que le costaba prestar atención a sus instructores, como si estuviera distraído todo el tiempo. Como guinda de todo esto, sospechaba que sentía predilección por las peleas. Ningún miembro del personal le había visto pelearse nunca, pero acostumbraba a lucir moratones y pequeñas contusiones y no parecía haber hecho amigos íntimos entre sus compañeros de clase. Por el contrario, se esforzaban mucho en mantenerse apartados de él. Todo aquello contribuía a crear el cuadro de un recluta perezoso, peleón e insociable que poseía una cierta destreza con las armas.

Teniendo todo en consideración, y con un alto grado de reticencia, el maestro de combate empezaba a tener la sensación de que se vería obligado a expulsar a Horace de la Escuela de Combate. Todos los indicios parecían apuntar en esa dirección. Aunque su instinto le decía que se equivocaba. Que había algún otro factor del que no se estaba percatando.

De hecho, había otros tres factores: Alda, Bryn y Jerome. Y justo cuando el barón estaba considerando el futuro de su recluta más novato, éstos habían rodeado a Horace una vez más.

Daba la impresión de que cada vez que Horace se las arreglaba para encontrar un sitio donde podía escapar de sus atenciones, los tres estudiantes más mayores conseguían encontrarle. Por supuesto, esto no les resultaba difícil pues disponían de una red de espías e informadores entre los otros estudiantes más jóvenes que les tenían miedo, tanto dentro como fuera de la Escuela de Combate. Esta vez le habían acorralado detrás de la armería, en un sitio tranquilo que había encontrado unos días antes. Estaba encerrado contra el muro de piedra del edificio de la armería, los tres matones de pie formando un semicírculo ante él. Cada uno de ellos portaba un mimbres grueso y Alda tenía un trozo grande de arpillera doblado en el brazo.

—Te hemos estado buscando, nene —dijo Alda.

Horace no dijo nada. Sus ojos saltaron de uno a otro mientras se preguntaba cuál de ellos haría el primer movimiento.

—El nene nos ha puesto en ridículo —dijo Bryn.

—Ha puesto en ridículo a la Escuela de Combate entera —añadió Jerome.

Horace frunció el ceño, desconcertado por sus palabras. No tenía ni la menor idea de qué estaban hablando. La siguiente afirmación de Alda lo dejó claro.

—Al nene le tuvieron que salvar del jabalí grande y malo —dijo.

—Un sigiloso aprendiz de soplón —añadió Bryn con un fuerte tono despectivo en su voz.

—Y eso nos deja a todos en muy mal lugar —dijo Jerome propinándole un empujón en el hombro y empujándole contra la piedra irregular del muro.

Estaba enfadado y tenía la cara roja, y Horace sabía que le iban a hacer algo. Cerró los puños a ambos lados. Jerome lo vio.

—¡No me amenes, nene! Ya es hora de que aprendas una lección —avanzó de manera intimidatoria.

Horace se giró para hacerle frente y en el mismo momento supo que había cometido un error. La maniobra de Jerome era un amago. El verdadero ataque vino de Alda, que rápidamente le pasó un saco pesado de arpillera por encima de la cabeza antes de que pudiera ofrecer resistencia, y tiró fuerte de un cordón de forma que se quedó sujeto de cintura para arriba, sin ver nada e indefenso.

Sintió varias vueltas del cordón por sus hombros para atarlo, luego empezaron los golpes.

Se tambaleó cegado, sin poder defenderse mientras le llovían los golpes de los tres muchachos con los gruesos mimbres que llevaban. Tropezó contra el muro y cayó, incapaz de detener la caída con los brazos inmovilizados a ambos costados. Los golpes continuaron, caían sobre su cabeza desprotegida, los brazos y las piernas, mientras los tres chicos continuaban con su letanía de odio sin sentido.

—Llama ahora al soplón para que te salve, nene.

—Esto es por ponernos a todos en ridículo.

—Aprende a respetar tu Escuela de Combate, nene.

Siguieron y siguieron mientras él se retorció en el suelo, intentando en vano

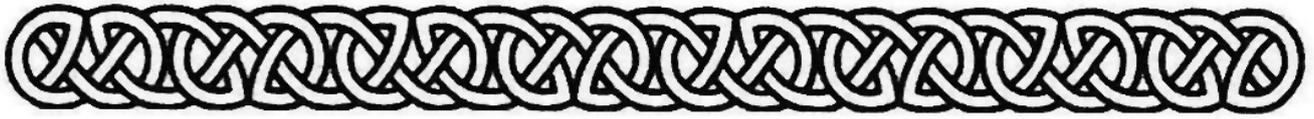
escapar de los golpes. Era la peor paliza que jamás le habían dado y continuaron hasta que de forma gradual, gracias a Dios, se quedó quieto, semiconsciente. Cada uno le golpeó unas pocas veces más, después Alda le quitó el saco. Horace tomó una gran bocanada temblorosa de aire fresco. Le dolía ferozmente cada parte de su cuerpo. Desde una distancia lejana oyó la voz de Bryn:

—Ahora vamos a darle la misma lección al soplón —los otros se rieron y los oyó alejarse.

Gruñó ligeramente con el deseo de que la inconsciencia le liberase, quería dejarse hundir en sus brazos abiertos y oscuros para que así desapareciese el dolor, al menos por un momento.

Entonces le golpeó toda la trascendencia de las palabras de Bryn. Le iban a aplicar el mismo tratamiento a Will, por la ridícula razón de que su acto al salvar a Horace los había empequeñecido de algún modo a ellos y a la Escuela de Combate. Con un esfuerzo titánico, rechazó el acogedor refugio de la oscuridad y consiguió ponerse en pie, gimiendo de dolor, el pecho oprimido, la cabeza dando vueltas según se apoyó en el muro. Recordó la promesa que le hizo a Will: «Si alguna vez necesitas un amigo, puedes venir a verme».

Era el momento de hacer valer la promesa.



Veintidós

Will estaba practicando en el prado abierto detrás de la cabaña de Halt. Había colocado cuatro blancos a diferentes distancias, alternaba los tiros de forma aleatoria entre los cuatro y nunca disparaba dos veces seguidas al mismo. Halt le había preparado el ejercicio antes de marcharse a las oficinas del barón para discutir un despacho real que había llegado.

—Si tiras dos veces al mismo blanco —le había dicho—, empezarás a confiar en el primer tiro para determinar tu dirección y elevación. De esa manera, nunca aprenderás a tirar por instinto. Siempre necesitarás hacer primero un tiro de prueba.

Will sabía que su profesor tenía razón. Pero aquello no hacía que el ejercicio fuera más fácil. Para hacerlo más difícil, Halt había estipulado que no debería dejar pasar más de cinco segundos entre cada tiro.

Con el gesto torcido por la concentración, soltó las últimas cinco flechas de una tanda. Una detrás de otra, en rápida sucesión, cruzaron el prado como rayos, alcanzando los blancos con un ruido sordo. Will, su carcaj vacío por décima vez aquella mañana, se detuvo para supervisar los resultados. Asintió satisfecho. Cada flecha había alcanzado un objetivo, y la mayoría de ellas se concentraba en el anillo interior de la diana. Era una tanda de una calidad excepcionalmente alta, y le demostraba el valor de la práctica constante. No debería saberlo, por supuesto, pero ya había pocos arqueros en el reino, aparte del Cuerpo de Montaraces, capaces de igualarle. Ni siquiera los arqueros del ejército del rey estaban entrenados para conseguir individualmente tal velocidad y precisión. Los habían entrenado para disparar en grupo, soltando una nube de flechas sobre una fuerza de ataque. En consecuencia, su entrenamiento se centraba más en las acciones coordinadas, de forma que todas las flechas se soltaran de forma simultánea.

Acababa justo de dejar el arco, antes de recuperar sus flechas, cuando el sonido de una pisada a su espalda le hizo volverse. Se sorprendió un poco de ver a tres aprendices de la Escuela de Combate mirándole, sus sobrevestas rojas les convertían en alumnos de segundo año. No reconoció a ninguno de ellos, pero asintió en un saludo amable.

—Buenos días —dijo—. ¿Qué os trae por aquí?

No era usual encontrar aprendices de la Escuela de Combate tan lejos del castillo. Se fijó en los gruesos mimbres que llevaban y decidió que debían de haber salido a dar un paseo. El más cercano de ellos, un muchacho rubio, guapo, sonrió y dijo:

—Estamos buscando al aprendiz del montaraz.

Will no pudo evitar devolverle la sonrisa. Al fin y al cabo, la capa de montaraz que vestía le identificaba inequívocamente como un aprendiz de montaraz. Pero quizás el aprendiz de la Escuela de Combate sólo estaba siendo educado.

—Bien, le habéis encontrado —dijo—. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

—Traemos un mensaje de la Escuela de Combate para ti —respondió el muchacho.

Como todos los alumnos de la Escuela de Combate, era alto y estaba bien musculado, como sus acompañantes. Se acercaron a él y Will retrocedió un paso de forma instintiva. Tuvo la sensación de que se encontraban demasiado cerca. Más cerca de lo necesario para darle un mensaje.

—Es sobre lo que pasó en la caza del jabalí —dijo uno de los otros.

Éste era pelirrojo, tenía la cara repleta de pecas y una nariz que mostraba distintos signos de haberse roto, probablemente en una de las luchas de entrenamiento que siempre estaban practicando los estudiantes de la Escuela de Combate. Will, incómodo, se encogió de hombros. Había algo en el ambiente que no le gustaba. El muchacho rubio aún sonreía, pero ni el pelirrojo ni su tercer compañero, el más alto de los tres, tenían el aspecto de estar pensando que hubiera algo por lo que sonreír.

—Ya sabéis —dijo Will—, la gente dice muchas cosas sin sentido sobre eso. Yo no hice mucho.

—Lo sabemos —dijo bruscamente el pelirrojo, enfadado, y Will de nuevo dio un paso atrás a la vez que todos se acercaban un poco más.

En ese momento, el entrenamiento de Halt estaba haciendo saltar las alarmas en su cabeza. «Nunca dejes que la gente se te acerque demasiado», le había dicho, «si lo intentan, ponte en guardia, sin importar quiénes sean o cuán amistosos creas que son».

—Pero cuando vas por ahí fanfarroneando y contándole a todo el mundo que has salvado a un aprendiz grande y torpe de la Escuela de Combate, nos pones a todos en ridículo —acusó el muchacho alto.

Will le miró con el gesto torcido.

—¡Jamás he dicho eso! —protestó—. Yo...

Y en ese momento, mientras Bryn le distraía, Alda hizo su jugada, en un avance rápido mientras aferraba el saco abierto para lanzarlo sobre la cabeza de Will. Era la misma táctica que habían empleado con Horace con tanto éxito, pero Will estaba ya en guardia y, según el otro muchacho se movió, él sintió el ataque y reaccionó.

De forma inesperada, se lanzó adelante hacia Alda, rodando en una voltereta que le llevó por debajo del saco y después trazó con sus piernas un círculo que barrió las

de Alda debajo de él, de modo que mandó al grandullón despatarrado a la hierba. Pero ellos eran tres y le resultaron demasiados enemigos de los que cuidarse. Había evitado a Alda y a Bryn, pero según terminó de rodar y se puso en pie, completando su movimiento, Jerome hizo zumbir su vara y le golpeó en la espalda a la altura de los hombros.

Con un grito de dolor y susto, Will se balanceó hacia delante al tiempo que Bryn movía su vara en círculo y le golpeaba en el costado. Para entonces, Alda ya se había puesto en pie, furioso por la forma en que Will le había evitado, y golpeó a éste en el hombro.

El dolor era insoportable y, con un sollozo de agonía, Will cayó de rodillas.

Al instante, los tres aprendices de la Escuela de Combate avanzaron y le rodearon, atrapándole entre ellos, las pesadas varas en alto para seguir la paliza.

—¡Ya basta!

La inesperada voz los detuvo. Will, agazapado en el suelo a la espera de que empezase la paliza, con los brazos sobre la cabeza, levantó la vista y vio a Horace, maullado y apaleado, de pie unos metros más allá. Sostenía en su mano derecha una de las espadas de madera de las prácticas de la Escuela de Combate. Tenía un ojo amoratado y un hilo de sangre brotaba de su labio. Pero en sus ojos había una mirada de odio y pura determinación que, por un momento, hizo vacilar a los tres muchachos. Entonces se dieron cuenta de que eran tres y la espada de Horace no era, después de todo, más arma que las varas que ellos llevaban. Se olvidaron de Will por un momento, se abrieron en abanico y fueron a rodear a Horace con sus gruesas varas en ristre para atacar.

—El nene nos ha seguido —dijo Alda.

—El nene quiere otra paliza —añadió Jerome.

—Y el nene la va a recibir —dijo Bryn sonriendo confiado, pero entonces un grito de miedo se desprendió de sus labios al tiempo que una fuerza seca y repentina golpeaba contra la vara, la sacudía de su mano y la mandaba rodando al suelo a varios metros de distancia.

Un grito similar a su derecha le dijo que lo mismo le había pasado a Jerome.

Confuso, Bryn miró en derredor, hacia donde yacían las dos varas, observando con un sentimiento de congoja que una flecha de astil negro atravesaba cada una de ellas.

—Yo creo que de uno en uno es más justo, ¿no os parece? —dijo Halt.

Bryn y Jerome sintieron una oleada de terror cuando levantaron la vista y vieron al montaraz de rostro adusto de pie en las sombras a diez metros de distancia, otra flecha ya engarzada en la cuerda de su enorme arco.

Sólo Alda mostró algún signo de rebeldía.

—Éste es un problema de la Escuela de Combate, montaraz —dijo en un intento por salir bravuconeando de la situación—. Será mejor para ti mantenerte al margen.

Will, incorporándose despacio, contempló la ira oscura que ardía profunda en los

ojos de Halt ante las arrogantes palabras. Por un segundo, se sintió mal por Alda, luego sintió el dolor punzante en su espalda y sus hombros y cualquier pensamiento compasivo se borró al momento.

—Así que un problema de la Escuela de Combate, ¿eh, hijito? —dijo Halt con una peligrosa voz grave.

Avanzó, cubriendo la distancia entre Alda y él mientras se deslizaba en unos pocos y engañosos pasos veloces. Antes de que Alda se diera cuenta, Halt se hallaba apenas a un metro de distancia. Quieto, el aprendiz permanecía desafiante. La mirada oscura del rostro de Halt era inquietante, pero, visto de cerca, Alda se percató de que él le sacaba más de una cabeza al montaraz y su confianza creció de nuevo. Todos estos años le había hecho aflorar los nervios el hombre misterioso que ahora estaba frente a él. Nunca se había dado cuenta del personaje enclenque que en realidad era.

Aquél fue el segundo error del día por parte de Alda. Halt era pequeño, pero enclenque era una palabra que no cuadraba con él. Además, Halt había dedicado toda una vida a luchar contra adversarios mucho más peligrosos que un aprendiz de segundo año de la Escuela de Combate.

—A mí me parece que estabais atacando a un aprendiz de montaraz —dijo Halt con calma—. Creo que eso también lo convierte en un problema del Cuerpo de Montaraces, ¿no?

Alda se encogió de hombros, confiando ahora en que él sería más que capaz de manejar cualquier cosa que el montaraz pudiese hacer.

—Lo puedes convertir en tu problema si quieres —dijo adoptando su voz un aire despectivo—. Me da igual de una u otra forma.

Halt asintió varias veces mientras digería aquel discurso. Entonces respondió.

—Bien, entonces creo que lo haré mi problema, pero esto no lo voy a necesitar.

Según lo dijo, devolvió la flecha a su carcaj y lanzó con suavidad el arco a un lado, dándose la vuelta al hacerlo. Inconscientemente, los ojos de Alda siguieron el movimiento y al instante sintió un dolor agudo cuando Halt lanzó una patada hacia atrás con el borde de la bota, alcanzó el pie del aprendiz entre el puente y el tobillo y se lo dobló. A la vez que Alda se inclinaba hacia delante para cogerse el pie lesionado, el montaraz pivotó sobre su talón izquierdo y su codo derecho golpeó ascendente contra la nariz de Alda, irguiéndole de nuevo y logrando que se tambalease hacia atrás, los ojos llenos de dolor. Por un segundo o dos las lágrimas nublaron su visión y percibió un ligero pinchazo bajo la barbilla. Cuando se aclaró la vista, se encontró con que los ojos del montaraz estaban sólo a unos pocos centímetros de los suyos. No había ira en ellos. En cambio, se topó con una mirada de absoluto desprecio y desdén que en cierto modo daba mucho más miedo.

La sensación del pinchazo se acentuó un poco más y, cuando trató de mirar hacia abajo, Alda soltó un jadeo de temor. El cuchillo largo de Halt, afilado y puntiagudo, se encontraba justo bajo su barbilla, presionando ligeramente en la carne blanda de su garganta.

—No vuelvas nunca a hablarme así, chico —dijo el montaraz en una voz tan baja que Alda tuvo que aguzar el oído para escuchar sus palabras—. Y nunca vuelvas a ponerle la mano encima a mi aprendiz. ¿Entendido?

Alda, toda su arrogancia perdida, su corazón latiendo de terror, no pudo decir nada. El cuchillo pinchó un poco más fuerte contra su garganta y sintió un cálido hilo de sangre deslizarse cuello abajo. Los ojos de Halt centellearon de pronto, como el carbón en una hoguera con un sople repentino.

—¿Entendido? —repitió, y Alda respondió ronco.

—Sí... señor.

Halt retrocedió al tiempo que envainaba de nuevo el cuchillo en un movimiento natural. Alda se dejó caer al suelo, masajeándose el tobillo herido. Estaba seguro de que tenía lesionados los tendones. Ignorándole, Halt se volvió para enfrentarse a los otros dos aprendices de segundo año. Se habían ido aproximando el uno al otro de modo instintivo y le vigilaban temerosos, inseguros de lo que iba a hacer a continuación. Halt señaló a Bryn.

—Tú —dijo, sus palabras cargadas de desprecio—, coge tu vara.

Temeroso, Bryn se desplazó hacia donde su vara yacía en el suelo, la flecha de Halt aún incrustada hacia la mitad de su longitud. Sin quitarle los ojos de encima al montaraz, temiendo algún truco, se puso de rodillas mientras su mano palpaba la hierba hasta que tocó la vara. Entonces se incorporó, inseguro, sujetándola con la mano izquierda.

—Ahora, devuélveme mi flecha —ordenó el montaraz, y el chico alto, de piel morena, se apresuró a retirar la flecha, avanzando lo suficientemente cerca para dársela, tenso en cada músculo mientras aguardaba algún movimiento sorpresivo del montaraz.

Halt, sin embargo, tan sólo tomó la flecha y la devolvió a su carcaj. Bryn retrocedió deprisa fuera de su alcance. Halt soltó una pequeña y despreciativa risa. Luego, se volvió a Horace.

—Entiendo que éstos son los tres que te han causado esas magulladuras, ¿no? —preguntó.

Por un momento, Horace no dijo nada, luego se dio cuenta de que su continuo silencio era ridículo. No había ninguna razón por la que debiera seguir protegiendo a los tres matones. Nunca hubo una razón.

—Sí, señor —dijo con decisión.

Halt asintió a la vez que se frotaba la barbilla.

—Ya me lo imaginaba —dijo—. Bien, he oído rumores de que eres bastante bueno con la espada. ¿Qué te parece una práctica de combate con este héroe que tengo aquí delante de mí?

Una lenta sonrisa se extendió por el rostro de Horace según entendió lo que le estaba sugiriendo el montaraz. Avanzó.

—Creo que me gustaría.

Bryn retrocedió un paso en un intento por alejarse.

—¡Un momento! —gritó—. No esperarás que yo...

No fue más lejos. Los ojos del montaraz refulgieron otra vez con esa luz peligrosa y dio medio paso adelante al tiempo que bajaba la mano, de nuevo, hasta la empuñadura del cuchillo saxe.

—Tienes una vara. Igual que él. Así que empieza de una vez —le ordenó con una voz grave y peligrosa.

Asumiendo que estaba atrapado, Bryn se giró para enfrentarse a Horace. Ahora que era cuestión de uno contra uno, se sintió mucho menos confiado en cuanto a vérselas con el muchacho más joven. Todo el mundo había oído hablar del manejo natural de la espada, casi asombroso, que tenía Horace.

En la decisión de que el ataque era la mejor defensa, Bryn avanzó y soltó un mandoble descendente a Horace. Éste lo detuvo fácilmente. Paró los siguientes dos golpes de Bryn con igual facilidad. Luego, según bloqueaba el cuarto golpe de Bryn, deslizó su hoja de madera hacia abajo por toda la longitud de la vara del otro muchacho justo antes de que las dos armas se separaran. No había guarda alguna que protegiera la mano de Bryn del movimiento y la espada de prácticas de madera noble le golpeó en los dedos de forma muy dolorosa. Dejó caer el palo pesado con un grito de agonía, mientras daba un salto hacia atrás y estrujaba la mano herida bajo el otro brazo. Horace se quedó quieto, preparado para continuar.

—No he oído que nadie ordenase parar —dijo Halt con gentileza.

—¡Pero... me ha desarmado! —Lloriqueó Bryn.

Halt le sonrió.

—Sí que lo ha hecho. Pero estoy seguro de que te permitirá coger tu vara y empezar de nuevo. Vamos.

Bryn miró de Halt a Horace y de vuelta otra vez. No vio pena en ninguno de los dos rostros.

—No quiero —dijo en voz muy baja.

A Horace le resultaba difícil cuadrar este personaje que se arrastraba con el matón despectivo que le había estado amargando la vida durante los últimos meses. Halt pareció evaluar la afirmación de Bryn.

—Su protesta será tenida en cuenta —dijo alegremente—. Ahora prosiga, por favor.

La mano de Bryn palpitaba de dolor. Pero incluso peor que el dolor era el miedo de lo que se avecinaba, la certeza de que Horace le castigaría sin piedad. Se agachó y alcanzó temeroso la vara, sus ojos fijos en Horace. El muchacho más joven esperó con paciencia a que Bryn estuviese listo, entonces amagó de pronto hacia delante.

Bryn dio un grito de miedo y tiró a un lado la vara. Horace meneó la cabeza disgustado.

—¿Quién es el nene ahora? —preguntó.

Bryn no le miró a la cara. Reculó con la mirada gacha.

—Si se va a comportar como un crío —sugirió Halt—, supongo que tendrás que darle una azotaina.

Una sonrisa se extendió por el rostro de Horace. Brincó hacia delante y agarró a Bryn por el pescuezo, dándole la vuelta. Se puso entonces a atizarle en el trasero con la parte plana de la espada de instrucción, una y otra vez, persiguiéndole alrededor del prado mientras Bryn intentaba zafarse del implacable castigo. Bryn aulló y saltó y sollozó, pero el agarrón de Horace en su cuello era firme y no había escape. Finalmente, cuando Horace sintió que había correspondido a todo el acoso, los insultos y el dolor que había sufrido, le dejó ir.

Bryn se tambaleó y cayó con las manos y las rodillas en tierra, sollozando de miedo y de dolor.

Jerome había visto las evoluciones con horror, sabedor de que llegaba su turno. Comenzó a alejarse poco a poco, con la esperanza de escapar mientras la atención del montaraz se encontraba distraída.

—Da un paso más y te atravieso con una flecha.

Will intentó modular su voz en el tono tranquilo y amenazador que había empleado Halt. Había retirado varias de sus flechas del blanco más cercano y ahora tenía una lista, colocada en la cuerda del arco. Halt miró hacia atrás dando su aprobación.

—Buena idea —dijo—. Apunta a la pantorrilla izquierda. Es una herida muy dolorosa —echó un vistazo hacia donde yacía Bryn, que sollozaba en el suelo a los pies de Horace—. Creo que ya ha tenido bastante —afirmó. Entonces señaló a Jerome—. Tu turno —le dijo con brevedad.

Horace recogió la vara que Bryn había tirado y se acercó a Jerome, ofreciéndosela. Jerome retrocedió.

—¡No! Él... —gritó con los ojos como platos—. ¡No es justo!

—Por supuesto, claro que no es justo —reconoció Halt en un tono razonable—. Ya veo que tú crees que lo justo es tres contra uno. Comienza de una vez.

Will había oído a menudo el dicho de que una rata acorralada llega a presentar batalla. Jerome se lo demostró entonces. Se lanzó al ataque y, para su sorpresa, Horace se fue al suelo ante la lluvia de golpes que le dirigió. La confianza del matón comenzó a aumentar conforme avanzaba. No consiguió percatarse de que Horace estaba bloqueando cada golpe con suma facilidad. Los mejores golpes de Jerome nunca tuvieron las más mínima apariencia de ir a romper la defensa de Horace. Como si el aprendiz de segundo año hubiera estado golpeando un muro de piedra.

Entonces, Horace dejó de retroceder. Se puso rápido en pie bloqueando el último golpe de Jerome con una muñeca de hierro. Permanecieron pecho contra pecho durante unos pocos segundos y luego Horace comenzó a empujar a Jerome hacia atrás. Su mano izquierda agarró la muñeca derecha de Jerome, manteniendo sus armas trabadas. Los pies de éste se deslizaron sobre la hierba blanda según Horace le empujaba hacia atrás, más y más. Acto seguido, pegó un empujón final y mandó a

Jerome al suelo.

Éste había visto lo que le había pasado a Bryn. Sabía que rendirse no era una opción. Se puso en pie y se defendió desesperadamente mientras Horace iniciaba su propio ataque.

Jerome se vio obligado a retroceder ante un torbellino de mandobles derechos, de revés, laterales y descendentes. Logró bloquear alguno de los golpes pero la velocidad vertiginosa del ataque de Horace le derrotó. Le llovieron los golpes en las espinillas, los codos y los hombros, casi a voluntad. Horace pareció concentrarse en las partes más huesudas, que le dolerían más. En alguna ocasión utilizó la punta redonda de la espada para darle estocadas a Jerome en las costillas, con la fuerza justa para magullarle sin romperle ningún hueso.

Por fin, Jerome había recibido lo suficiente. Se giró para huir de la arremetida, tiró la vara y cayó al suelo, las manos unidas por encima de la cabeza para protegerse. Su trasero se quedó elevado en el aire de forma incitante y Horace se detuvo y miró interrogador a Halt. El montaraz hizo un pequeño gesto hacia Jerome.

—¿Por qué no? —dijo—. Una oportunidad así no se presenta todos los días.

Pero incluso él se estremeció ante la tremenda patada en el trasero que soltó Horace. Jerome, con la nariz abajo, hundida en la tierra, se deslizó por lo menos un metro de la fuerza que llevaba.

Halt recogió la vara que había dejado caer Jerome. La estudió por un momento, probando su peso y equilibrio.

—La verdad es que, como arma, no vale mucho —dijo—. Tienes que echarle imaginación para saber por qué la escogieron —entonces le tiró la vara a Alda—. Manos a la obra —ordenó.

El muchacho rubio, agazapado aún en la hierba cuidándose el tobillo lesionado, observó la vara con incredulidad. La sangre le corría por la cara desde la nariz destrozada. Nunca volvería a ser tan bien parecido, pensó Will.

—¡Pero... pero... estoy herido! —protestó al tiempo que se levantaba renqueando con torpeza. No podía creer que Halt le obligara a pasar por el castigo que acababa de presenciar.

Halt hizo una pausa, estudiando al muchacho como si aquel hecho no se le hubiera ocurrido a él. Por un momento, un rayo de esperanza brilló en la mente de Alda.

—Sí que lo estás —dijo el montaraz—. Sí que lo estás.

Pareció un poco decepcionado y Alda comenzó a creer que el sentido del juego limpio de Halt le iba a ahorrar el tipo de castigo que se les había dispensado a sus amigos. Entonces el rostro del montaraz se despejó.

—Espera un momento —dijo—. Horace también lo está. ¿No es así, Will?

Will sonrió.

—Sin duda, Halt —dijo, y la mínima esperanza de Alda se desvaneció sin dejar rastro.

Halt se volvió entonces a Horace y le preguntó con seriedad burlona:

—¿Estás seguro de que no estás muy malherido para continuar, Horace?

Horace sonrió. Fue una sonrisa que nunca alcanzó sus ojos.

—Mmm, creo que me las puedo arreglar —dijo.

—¡Bien, arreglado entonces! —dijo Halt alegremente—. ¿Podemos continuar, por favor?

Y Alda supo que no habría escapatoria tampoco para él. Se irguió frente a Horace y comenzó el duelo final.

Alda era el mejor espada de los tres matones, y al menos le plantó cara a Horace durante algunos minutos, pero conforme se fueron tanteando el uno al otro con golpe y contragolpe, estoque y parada, enseguida se dio cuenta de que Horace le superaba. Su única oportunidad, tuvo la sensación, era intentar algo inesperado.

Se desenganchó, cambió el agarre de la vara, sujetándola con las dos manos como un bastón, y lanzó una serie de golpes de gancho rápidos de izquierda y derecha con ella.

Por un segundo cogió a Horace por sorpresa y éste cayó hacia atrás. Pero se recuperó con una velocidad felina y lanzó un golpe descendente sobre Alda. El aprendiz de segundo año intentó una parada normal de bastón, cogiendo la vara por ambos extremos, para bloquear el golpe de la espada con la parte del medio. En teoría era la táctica correcta. En la práctica, la espada de instrucción de nogal curtido rompió la vara y dejó a Alda sujetando dos cortos palos inútiles. Totalmente desconcertado, los dejó caer y se quedó indefenso ante Horace.

Horace miró al que había sido su torturador durante tanto tiempo y después a la espada en su mano.

—No necesito esto —dijo entre dientes, y dejó caer la espada.

El rechazazo que lanzó no hubo de atravesar más de veinte centímetros hasta la mandíbula de Alda. Pero llevaba la carga de su hombro y cuerpo, y de los meses de sufrimiento y soledad a su espalda, la soledad que sólo una víctima de intimidación puede conocer.

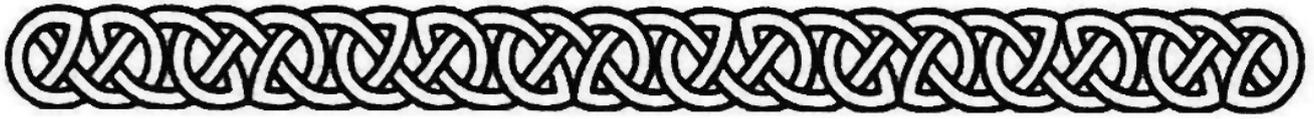
Los ojos de Will se abrieron un poco más al tiempo que Alda perdía los pies y volaba hacia atrás, para caer sobre la tierra junto a sus dos amigos. Pensó en las veces que se había peleado con Horace en el pasado. Si hubiera sabido que el otro muchacho era capaz de arrear un puñetazo como aquél, nunca lo habría hecho.

Alda no se movía. Lo más probable era que no se moviese en algún tiempo, pensó Will. Horace retrocedió sacudiendo sus nudillos magullados y soltó un suspiro de satisfacción.

—No tiene ni idea de lo bien que me he sentido —dijo—. Gracias, montaraz.

Halt hizo un gesto de reconocimiento con la cabeza.

—Gracias por echar una mano cuando atacaron a Will. Y, por cierto, mis amigos me llaman Halt.



Veintitrés

En las semanas que siguieron a su encuentro final con los tres matones, Horace notó un cambio definitivo en la vida dentro de la Escuela de Combate.

El factor más importante era que Alda, Bryn y Jerome fueron todos expulsados de la escuela —y del castillo y del pueblo vecino—. Durante cierto tiempo *sir* Rodney tenía la sospecha de que había algún tipo de problema entre las filas de sus estudiantes medianos. Una discreta visita de Halt le alertó sobre dónde residía éste y la investigación resultante pronto sacó a la luz la historia completa del modo en que Horace había sido injustamente tratado. El juicio de *sir* Rodney fue veloz e inflexible. A los tres estudiantes de segundo año se les dio medio día para liar el petate. Se les proporcionó una pequeña cantidad de dinero y provisiones para una semana y los transportaron hasta los límites del feudo, donde se les dijo, en términos bien claros, que no volvieran.

Una vez se hubieron marchado, la suerte de Horace mejoró de forma considerable. La rutina diaria de la Escuela de Combate era aún tan dura y desafiante como siempre. Pero sin el peso añadido que Alda, Bryn y Jerome habían cargado sobre él, Horace se encontró con que podía sobrellevar con facilidad la instrucción, la disciplina y los estudios. Comenzó rápidamente a alcanzar el potencial que *sir* Rodney había visto en él. Además, sus compañeros de cuarto, sin el temor de provocar la venganza de los matones, empezaron a ser más cordiales y amistosos.

En resumen, Horace sintió que las cosas, definitivamente, estaban mejorando.

Su único pesar era que no había podido darle a Halt las gracias de manera apropiada por la gran mejora en su vida. Tras los sucesos del prado, habían mandado a Horace a la enfermería durante varios días mientras le cuidaban las magulladuras y contusiones. Cuando llegó el momento de salir, se encontró con que Halt y Will se habían marchado ya hacia la Congregación de los Montaraces.

—¿Queda mucho? —preguntó Will quizás por décima vez esa mañana.

Halt dejó escapar un pequeño suspiro de exasperación. Aparte de eso, no respondió. Llevaban para aquel entonces tres días de camino y a Will le parecía que debían de estar cerca del sitio de la Congregación. En la última hora había notado varias veces un aroma en el aire que no le resultaba familiar. Se lo había mencionado a Halt, que le dijo con brevedad:

—Es la sal. Nos estamos acercando al mar —y no quiso entrar en más explicaciones.

Will miró de reojo a su profesor, con la esperanza de que quizás se dignase a compartir un poco más de información con él, pero la aguda vista del montaraz escrutaba el suelo frente a ellos. De vez en cuando, notó Will, elevaba la mirada hacia los árboles que flanqueaban el camino.

—¿Estás buscando algo? —le preguntó, y Halt se giró en su silla.

—Por fin una pregunta útil —dijo—. Sí, en realidad, sí que lo hago. El jefe de los montaraces tendrá centinelas en los alrededores del sitio de la Congregación. Siempre trato de engañarlos cuando me aproximo.

—¿Por qué? —preguntó Will, y Halt se permitió una pequeña y controlada sonrisa.

—Los mantiene alerta —explicó—. Intentarán deslizarse detrás de nosotros y seguirnos, sólo para poder decir que me han tendido una emboscada. Es un juego estúpido que les gusta.

—¿Por qué es estúpido? —preguntó Will.

Sonaba como el tipo de ejercicios de destreza que Halt y él practicaban con asiduidad. El entrecano montaraz se volvió en la silla y miró a Will sin parpadear.

—Porque nunca lo consiguen —dijo—. Y este año saben que traigo un aprendiz. Querrán ver lo bueno que eres.

—¿Es parte de la prueba? —preguntó Will, y Halt asintió.

—Es su comienzo. ¿Recuerdas lo que te conté anoche?

Will asintió. Durante las dos noches anteriores, junto a la hoguera, la voz baja de Halt le dio a Will consejos e instrucciones sobre cómo comportarse en la Congregación. Anoche le había aconsejado algunas tácticas de uso en caso de una emboscada, justo el tipo de situación que Halt acababa de mencionar ahora.

—¿Cuándo vamos nosotros a...? —Comenzó, pero Halt se puso súbitamente alerta.

Levantó un dedo reclamando silencio y Will dejó de hablar al instante. El montaraz tenía la cabeza ligeramente ladeada. Los dos caballos continuaron sin dudar.

—¿Lo oyes? —preguntó Halt.

Will estiró también la cabeza. Pensó que, sólo quizás, podía oír un sonido suave de cascos detrás de ellos. Pero no estaba seguro. El paso de sus propios caballos enmascaraba cualquier sonido proveniente del camino a su espalda. Si había alguien ahí, su caballo se movía llevando el paso de los suyos propios.

—Cambia el paso —susurró Halt—. A la de tres. Uno, dos, tres.

Simultáneamente, ambos dieron un toque con el pie izquierdo en las ijadas de los caballos. Sólo era una de las muchas señas ante las cuales *Tirón* y *Abelard* habían sido entrenados para responder.

Al instante, ambos caballos vacilaron en su zancada. Pareció que se saltaban un paso, después continuaron con su ritmo regular.

Pero la vacilación cambió el patrón del sonido de sus cascos por un segundo, Will pudo oír otro conjunto de cascos equinos detrás de ellos, como un eco ligeramente retrasado. Entonces el otro caballo también cambió el paso para igualar el suyo propio y el sonido desapareció.

—Caballo de montaraz —dijo Halt en voz baja—. Será Gilan, seguro.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Will.

—Sólo un caballo de montaraz puede cambiar el paso tan rápido. Y será Gilan porque siempre es Gilan. Le encanta intentar sorprenderme.

—¿Por qué? —preguntó Will, y Halt le miró con severidad.

—Porque fue mi último aprendiz —le explicó—. Y por alguna razón, a los antiguos aprendices les encanta pillar a sus antiguos maestros con los pantalones bajados —miró a su actual aprendiz de forma acusadora.

Will estaba a punto de protestar porque él nunca se comportaría de tal modo después de graduarse y entonces se dio cuenta de que probablemente lo haría, y en la primera oportunidad. La protesta murió sin ser formulada.

Halt hizo un gesto pidiendo silencio y oteó el camino delante de ellos. Entonces señaló.

—Aquél de ahí es el punto —dijo—. ¿Listo?

Había un árbol alto cerca del borde del camino con ramas que colgaban justo por encima de la altura de la cabeza. Will lo estudió un momento, después asintió. *Tirón* y *Abelard* continuaron con su paso regular hacia el árbol. Según se acercaron, Will sacó los pies de los estribos y se subió, agachado, sobre la grupa de *Tirón*. El caballo no varió el ritmo mientras su amo cambiaba de posición.

Cuando pasaron bajo las ramas, Will se irguió, asió la más baja y se subió a ella. En el momento en que su peso abandonó la grupa de *Tirón*, el pequeño caballo comenzó a pisar con mayor vigor, forzando los cascos contra el suelo a cada paso para no dar al perseguidor que venía por detrás ningún signo de que su carga se había aligerado de manera repentina.

En silencio, Will trepó más alto por el árbol hasta que encontró un punto donde tenía una buena sujeción y una vista clara. Podía ver a Halt y a los dos caballos desplazándose despacio por el camino.

Cuando alcanzaron el siguiente recodo, Halt espoleó a *Tirón* para que continuase, luego detuvo a *Abelard* y desmontó de la silla. Se arrodilló como si estudiara la tierra en busca de señales de huellas.

Ahora Will podía oír el otro caballo detrás de ellos. Miró hacia atrás por el

camino por el que había venido pero otro recodo ocultaba a su perseguidor de la vista.

Entonces cesó el sonido de cascos.

Will tenía la boca seca y su corazón latía más y más rápido en su tórax. Estaba convencido de que le resultaría audible a cualquiera en un radio de cincuenta metros por lo menos. Pero su entrenamiento se impuso sobre él y permaneció inmóvil sobre la rama del árbol, entre las hojas y las sombras veteadas, vigilando el camino tras ellos.

¡Un movimiento!

Lo vio con el rabillo del ojo y ya no estaba. Observó minuciosamente el punto durante uno o dos segundos y entonces recordó las lecciones de Halt. «No concentres tu atención en un punto. Mantén un enfoque amplio todo el rato y sigue escrutando. Lo que verás de él será un movimiento, no una figura. Recuerda, él también es un montaraz y ha sido entrenado en el arte de no ser visto».

Will amplió su enfoque y escudriñó el bosque a su espalda. En el transcurso de unos segundos, se vio premiado con otro signo de movimiento. Una rama se balanceó de vuelta a su sitio, mientras una figura oculta pasaba silenciosa.

Después, diez metros más allá, un arbusto se sacudió ligeramente. Entonces vio un manojo de hierba alta que se erguía despacio de vuelta a su posición en el lugar donde un pie que pasaba lo había aplastado por un momento.

Will permaneció inmóvil. Se maravilló del hecho de que su perseguidor fuera capaz de moverse a través del bosque sin que él pudiera verlo. Obviamente, el otro montaraz había dejado atrás su caballo y acechaba a Halt a pie. Los ojos de Will se giraron para echar un rápido vistazo a Halt. Su profesor aún parecía estar preocupado con alguna señal en el suelo.

Se produjo otro movimiento en el bosque. El montaraz oculto acababa de pasar de largo el escondite de Will y se desplazaba de vuelta al camino, en un intento de sorprender a Halt por detrás.

De pronto, una silueta alta envuelta en una capa gris y verde pareció emerger del suelo en mitad del camino, unos veinte metros por detrás de la figura arrodillada de Halt. Will parpadeó. La silueta no estaba ahí, y al momento siguiente pareció haberse materializado por arte de magia. La mano de Will comenzó a moverse hacia el carcaj de flechas que colgaba a su espalda y entonces la detuvo. Halt le había dicho la noche anterior: «Espera hasta que estemos hablando. Si él no está hablando, oírás el movimiento más leve que hagas».

Will tragó saliva con la esperanza de que el personaje alto no hubiera oído el movimiento de su mano hacia el carcaj. Pero parecía que lo había detenido a tiempo. Oyó una voz alegre gritar a sus pies.

—¡Halt, Halt!

Halt se giró y se puso lentamente en pie, al tiempo que sacudía el polvo de sus rodillas al hacerlo. Incluyó la cabeza a un lado y examinó al personaje en medio del

camino, que se apoyaba con facilidad en un arco largo idéntico al de Halt.

—Vaya, Gilan —le gritó—. Veo que sigues gastando esa vieja broma.

El alto montaraz se encogió de hombros y le respondió con alegría.

—Parece que este año la broma te la he gastado yo a ti, Halt.

Mientras Gilan hablaba, la mano de Will se movió con rapidez, pero en silencio, hasta el carcaj y escogió una flecha, dejándola preparada en la cuerda. Halt estaba hablando de nuevo.

—¿En serio, Gilan? ¿Y qué broma es ésa, me pregunto yo?

El asombro era evidente en la voz de Gilan al responder a su viejo maestro.

—Vamos, Halt. Admítelo. Por una vez te he vencido, y ya sabes cuántos años lo he estado intentando.

Halt se pasó una mano por la barba canosa, pensativo.

—La verdad, Gilan, me supera el porqué sigues intentándolo.

Gilan se rió.

—Deberías saber cuánto placer le proporciona a un antiguo aprendiz vencer a su maestro, Halt. Venga, vamos. Admítelo. Este año gano yo.

Mientras el personaje alto hablaba, Will tiró hacia atrás de la flecha y apuntó al tronco de un árbol a unos dos metros a la izquierda de Gilan. Las instrucciones de Halt resonaban en sus oídos: «Escoge un blanco lo suficientemente cerca como para asustarle cuando tires. Pero, por lo que más quieras, no demasiado cerca. ¡Si se mueve, no quiero que le atraveses con una flecha!».

Halt no se había movido de su posición en el centro del camino. Gilan cambiaba ahora incómodo el apoyo del peso de su cuerpo de un pie al otro. El comportamiento imperturbable de Halt empezaba a molestarle. Tenía la apariencia, de repente, de no estar del todo seguro de que Halt estuviese intentando simplemente salir de la trampa con un cuento.

Las siguientes palabras de Halt incrementaron sus sospechas.

—Ah sí... aprendices y maestros. Son una combinación extraña, sí. Pero dime, Gilan, mi viejo aprendiz, ¿no se te está olvidando algo este año?

Quizás fue la forma en que Halt hizo hincapié en la palabra «aprendiz», pero de pronto Gilan se dio cuenta de que había cometido un error. Comenzó a volver la cabeza, buscando al aprendiz de quien se había olvidado.

Según empezó a moverse, Will liberó su flecha.

El astil siseó por el aire, pasó de largo al montaraz alto y golpeó con un ruido seco, temblando, el árbol que Will había seleccionado. Gilan saltó hacia atrás del susto y acto seguido sus ojos se dirigieron hacia las ramas del árbol en el que Will se había estado ocultando. El muchacho se maravilló de que, aun cogido por sorpresa como así había sido, Gilan era todavía capaz de reaccionar con tanta rapidez e identificar la dirección desde la cual había disparado su atacante.

Gilan sacudió la cabeza, arrepentido. Sus ávidos ojos lograron distinguir la pequeña figura vestida de gris y verde oculta en las sombras del follaje del árbol.

—Baja, Will —le llamó Halt—. Y conoce a Gilan, uno de los montaraces más descuidados —le hizo un gesto a Gilan con la cabeza—. Te lo dije cuando eras un muchacho, ¿no? Nunca vayas tan rápido. No te precipites.

Gilan asintió, un poco alicaído. Y aún lo pareció más cuando Will bajó al suelo desde la rama más baja y el montaraz alto vio lo pequeño y joven que era el aprendiz.

—Por lo visto —dijo—, tenía tantas ganas de capturar un viejo zorro gris que se me pasó por alto el pequeño mono escondido en los árboles —se sonrió ante su propio error.

—¿Mono? ¿Sí? —dijo Halt con brusquedad—. Yo diría que hoy te ha hecho hacer el mono a ti. Will, éste es Gilan, mi antiguo aprendiz y ahora el montaraz del feudo de Meric, aunque se me escapa lo que hayan hecho allí para merecérselo.

La sonrisa de Gilan se hizo más amplia y le tendió la mano a Will.

—Y justo cuando estaba pensando que te había vencido, Halt —dijo alegremente—. Así que tú eres Will —prosiguió mientras se estrechaban la mano con firmeza—. Encantado de conocerte. Ha sido un trabajo muy hábil, joven colega.

Will sonrió a Halt y el veterano montaraz hizo un leve e intencionado movimiento con la cabeza. Will recordó las instrucciones finales que Halt le había dado la noche antes: «Una vez que venzas a un hombre, nunca te regodees. Sé generoso y encuentra algo en sus actos digno de alabanza. No disfrutará por haber sido vencido, pero lo aceptará con buena cara. Muéstrale que aprecias aquello. El elogio puede hacerte ganar un amigo. El regodeo siempre creará enemigos».

—Sí, yo soy Will —dijo, y después añadió—: ¿Podrías quizás enseñarme cómo te mueves así? Fue impresionante.

Gilan rió con arrepentimiento.

—No tan impresionante, creo yo. Está claro que me viste venir desde muy lejos.

Will sacudió la cabeza al recordar el esfuerzo que había hecho intentando localizar a Gilan. Ahora que lo pensaba, su elogio y su solicitud eran más sinceros de lo que había creído.

—Te vi cuando llegaste —dijo—, y vi dónde habías estado. Pero no te vi ni una sola vez desde el momento en que doblaste ese recodo. Ojalá yo pudiera moverme así.

El rostro de Gilan mostró su complacencia ante la obvia sinceridad de Will.

—Bueno, Halt —dijo—, veo que este joven no sólo tiene talento. Tiene un comportamiento excelente también.

Halt contempló a ambos: su actual aprendiz y su antiguo alumno. Asintió a Will, en aprobación de sus palabras llenas de tacto.

—El movimiento desapercibido siempre fue la mayor habilidad de Gilan —dijo—. Te vendría bien si aceptara enseñarte —se movió hacia su antiguo aprendiz y pasó el brazo alrededor de los hombros del montaraz más alto—. Me alegra verte de nuevo.

Se dieron un caluroso abrazo. Luego Halt se separó de él y le examinó con

detenimiento.

—Cada año estás más seco —le dijo por fin—. ¿Cuándo le vas a poner algo de chicha a esos huesos?

Gilan sonrió. Resultaba obvio que era una vieja broma entre ellos.

—Tú parece tener suficiente para los dos —dijo. Le dio un toque a Halt en las costillas, no muy cortés—. Esto que se ve aquí, ¿no será una barrigota incipiente? —Sonrió a Will—. Apostaría a que se ha pasado estos días sentado en la cabaña dejando que tú hicieras todo lo de la casa, ¿no?

Antes de que Halt o Will pudieran contestar, se giró y dio un silbido. Unos segundos después, su caballo dobló trotando el recodo del camino. Cuando el alto y joven montaraz se dirigió hacia su caballo y montó, Will se fijó en una espada que colgaba de la silla en una vaina. Se volvió hacia Halt, confuso.

—Creía que no se nos permitía tener espadas —dijo con discreción.

Halt frunció el ceño por un momento, sin entenderlo. Entonces siguió la mirada de Will y se dio cuenta de lo que había provocado la pregunta.

—No es que no se nos permita —le explicó mientras los dos montaban—. Es una cuestión de prioridades. Hacen falta años para convertirse en un buen espada y nosotros no disponemos de ese tiempo. Nosotros desarrollamos otras habilidades —vio la siguiente pregunta formándose en los labios de Will y continuó—: El padre de Gilan es un caballero, así que él ya había estado practicando con la espada durante algunos años antes de unirse al Cuerpo de Montaraces. A él se le consideró un caso especial y se le permitió continuar con ese entrenamiento cuando era mi aprendiz.

—Pero yo pensé... —comenzó Will, y entonces vaciló.

Gilan trotaba sobre su caballo en dirección a ellos y no estaba seguro de si sería educado hacer su siguiente pregunta delante de él.

—Nunca digas eso delante de Halt —dijo Gilan, entreoyendo las últimas palabras de Will—. Él sencillamente responderá: «Eres un aprendiz. No estás preparado para pensar» o «Si hubieras pensado en ello, no lo preguntarías».

Will tuvo que sonreír. Halt había utilizado con él esas palabras exactas en más de una ocasión y la imitación de Gilan del montaraz más mayor fue asombrosa. En ese momento, sin embargo, ambos hombres le miraban a él con expectación, esperando para oír la pregunta que estaba a punto de realizar, así que se metió de lleno en ella.

—Si el padre de Gilan era un caballero, ¿no era él entonces automáticamente seleccionable para la Escuela de Combate? ¿O también pensaron de él que era demasiado pequeño?

Halt y Gilan intercambiaron una mirada. Halt enarcó una ceja e hizo después un gesto a Gilan para que respondiese.

—Podía haber ido a la Escuela de Combate —dijo—, pero elegí unirme al Cuerpo de Montaraces.

—Ya ves, algunos lo hacemos —terció Halt con gentileza.

Will reflexionó sobre ello. Siempre había supuesto que los montaraces no

provenían de entre las filas de los nobles del reino. Al parecer se equivocaba.

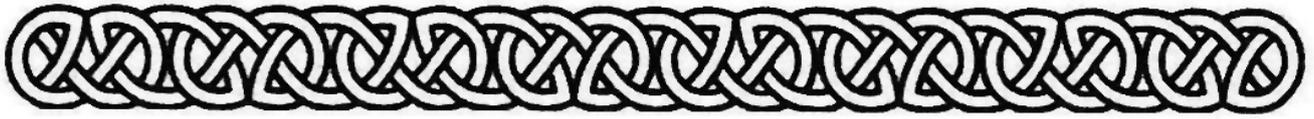
—Pero yo pensé... —comenzó, y al instante se percató de que había errado.

Halt y Gilan le miraron, después se miraron el uno al otro y dijeron a coro:

—Eres un aprendiz. No estás preparado para pensar.

Dieron entonces media vuelta a sus caballos y se alejaron al trote. Will se apresuró a enderezar a *Tirón* y salió tras ellos a medio galope. Cuando los alcanzó, los dos montaraces hicieron sus caballos a cada lado, dejándole espacio para cabalgar entre ellos. Gilan le dedicó una sonrisa. Halt estaba tan adusto como siempre. Pero según continuaron en un cordial silencio, Will fue consciente de lo reconfortante que resultaba entender que ahora formaba parte un grupo exclusivo, estrechamente unido.

Era una cálida sensación de pertenencia, como si, en cierto modo, hubiera llegado a casa por primera vez en su vida.



Veinticuatro

—**H**a pasado algo —dijo Halt con discreción, haciendo una señal a sus dos compañeros para que detuvieran los caballos.

Los tres jinetes habían cabalgado a galope moderado el último medio kilómetro hasta el sitio de la Congregación. Ahora, según culminaron una ligera cuesta arriba, el espacio abierto entre los árboles se extendía a sus pies, a cien metros de distancia. Pequeñas tiendas individuales se desplegaban en filas ordenadas y el humo de los fuegos para cocinar perfumaba el aire. A un lado del espacio abierto se hallaba un campo de tiro con arco, y docenas de caballos —todos pequeños y lanudos caballos de montaraz— observaban cerca de los árboles.

Incluso desde donde se encontraban sentados en sus caballos, podían distinguir un cierto aire de urgencia y actividad por todo el campamento. En el centro de la línea de tiendas se asentaba un pabellón más grande, de unos cuatro metros por otros cuatro y con la suficiente altura para albergar a un hombre alto en pie. Los laterales estaban abiertos en ese momento y Will pudo ver a un grupo de hombres ataviados de verde y gris, de pie en torno a una mesa, sumidos aparentemente en una conversación. Mientras observaban, uno se separó del grupo y fue corriendo hasta un caballo que aguardaba justo a la puerta. Montó, hizo girar al caballo sobre las patas traseras y partió al galope atravesando el campamento en dirección a la estrecha vereda entre los árboles del lado opuesto.

Apenas había desaparecido en las profundas sombras bajo los árboles cuando otro jinete surgió por la dirección opuesta, galopando entre las líneas y deteniéndose fuera de la tienda grande. Su caballo casi no se había parado antes de que desmontase y se dirigiese adentro para unirse al grupo.

—¿Qué pasa? —preguntó Will.

Con el gesto torcido, se percató de que muchos de los propietarios de las pequeñas tiendas las estaban desmontando y enrollando.

—No estoy seguro —respondió Halt. Hizo un gesto hacia las filas de tiendas—. Mira a ver si nos puedes encontrar un sitio decente para acampar. Yo trataré de averiguar qué está pasando —espoleó a *Abelard* hacia delante, después se volvió y

gritó—: No montes las tiendas aún. Por el aspecto de la situación, es posible que no las vayamos a necesitar —acto seguido, los cascos de *Abelard* golpearon el césped mientras galopaba hacia el centro del campamento.

Will y Gilan encontraron un sitio para acampar bajo un árbol grande, razonablemente cerca de la zona central de reunión. Luego, sin la certeza de lo que deberían hacer a continuación, se sentaron en un tronco, en espera del regreso de Halt. Como montaraz veterano en el Cuerpo, Halt tenía acceso al pabellón grande: Gilan le había explicado que se trataba de la tienda de mando. El comandante del Cuerpo, un montaraz llamado Crowley, se reunía allí con su personal a diario para organizar las actividades y recopilar y evaluar la información que cada uno de los montaraces traía a la Congregación.

La mayoría de las tiendas próximas a los dos jóvenes montaraces estaban desocupadas, pero había un montaraz flaco y desgarrado en el exterior de una de ellas, paseando impaciente de un lado a otro con el mismo aspecto confuso que tenían Gilan y Will. Al verlos en el tronco, se acercó para unirse a ellos.

—¿Alguna novedad? —dijo de inmediato, y su rostro se hundió con la respuesta de Gilan.

—Estábamos a punto de hacerte la misma pregunta —le tendió su mano para saludarle—. Eres Merron, ¿verdad? —dijo, y estrecharon sus manos.

—Así es. Y tú eres Gilan si no recuerdo mal.

Gilan le presentó a Will y el recién llegado, que aparentaba estar en los treinta y pocos, le miró al tiempo que hacía sus conjeturas.

—Entonces tú eres el nuevo aprendiz de Halt —dijo—. Nos preguntábamos cómo serías. Yo iba a ser uno de tus examinadores, ya sabes.

—¿Ibas a ser? —preguntó Gilan con rapidez, y Merron le miró.

—Sí, dudo que continuemos con la Congregación ahora —vaciló y después añadió—: ¿Quieres decir que no habéis oído nada?

Los dos recién llegados negaron con la cabeza.

—Morgarath está tramando algo de nuevo —dijo con discreción, y Will sintió cómo un escalofrío de miedo le ascendía por la espina dorsal ante la mención del malvado nombre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Gilan mientras entrecerraba los ojos.

Merron meneó la cabeza a la vez que con la punta de la bota removía la tierra delante de él en un gesto de frustración.

—No hay noticias muy claras que digamos. Sólo informes confusos. Pero según parece un grupo de wargals ha escapado del Paso de los Tres Escalones hace unos días. Superaron a los centinelas y se dirigieron al norte.

—¿Estaba Morgarath con ellos? —preguntó Gilan.

Will permanecía con los ojos como platos y en silencio. No era capaz de volver en sí para plantear ninguna pregunta, en realidad no podía volver en sí para mencionar el nombre de Morgarath.

Merron se encogió de hombros en respuesta.

—No lo sabemos. No lo creemos a estas alturas, pero Crowley ha estado enviando exploradores durante los dos últimos días. Tal vez solo sea pillaje. Pero si es algo más que eso, podría significar el inicio de otra guerra. Y si es así, es un mal momento para perder a lord Lorriac.

Gilan levantó la vista, con la preocupación en su voz.

—¿Lorriac está muerto? —preguntó, y Merron asintió.

—Un derrame cerebral, en apariencia. O el corazón. Le encontraron muerto hace unos días. Sin un arañazo. Mirando al frente. Bien muerto.

—¡Pero si estaba en su mejor forma! —dijo Gilan—. Le vi hace sólo un mes y estaba sano como un toro.

Merron se encogió de hombros. No podía darle una explicación. Él únicamente conocía los hechos.

—Supongo que le puede pasar a cualquiera —dijo—. Nunca se sabe.

—¿Quién es lord Lorriac? —preguntó Will discretamente a Gilan.

El joven montaraz hizo un gesto con la cabeza, pensativo, mientras contestaba.

—Lorriac de Steden. Era el líder de la caballería pesada. Probablemente, nuestro mejor comandante de caballería. Como ha dicho Merron, si entramos en guerra, le echaremos muchísimo de menos.

La fría garra del miedo se aferró al corazón de Will. Durante toda su vida, la gente había hablado de Morgarath en susurros, si es que se llegaba a hablar de él. El Gran Enemigo casi había alcanzado las proporciones de un mito —una leyenda de los días antiguos, oscuros—. Ahora el mito se había hecho realidad una vez más, una realidad desafiante, aterradora. Miró a Gilan en busca de sosiego, pero el bello rostro del joven montaraz no mostraba sino dudas y preocupación por el futuro.

Pasó más de una hora antes de que Halt se les uniera de nuevo. Como ya era pasado el mediodía, Will y Gilan habían preparado una comida a base de pan, carne fría y frutos secos. El montaraz de pelo gris se deslizó de la silla de *Abelard* y, tras aceptar un plato de Will, empezó a comer a rápidos mordiscos.

—La Congregación ha finalizado —dijo, escueto, entre bocados.

Al ver la llegada del montaraz veterano, Merron se acercó otra vez para unirse a su grupo. Él y Halt se saludaron de forma rápida y acto seguido Merron planteó la cuestión que todos tenían en mente.

—¿Estamos en guerra? —preguntó inquieto, y Halt negó con la cabeza.

—No lo sabemos con certeza. Los últimos informes nos dicen que Morgarath se encuentra aún en las montañas.

—¿Por qué escaparon entonces los wargals? —preguntó Will.

Todos sabían que los wargals cumplían únicamente la voluntad de Morgarath. Nunca habrían llevado a cabo un acto tan radical sin su dirección. El rostro de Halt se

mostraba sombrío al responder.

—Son sólo una partida pequeña, quizás cincuenta de ellos. Debían de actuar a modo de distracción. Mientras nuestra guardia se ocupaba de perseguir a los wargals, Crowley piensa que los dos kalkara se escabulleron fuera de las montañas y están escondidos en alguna parte en la Llanura Solitaria.

Gilan soltó un silbido en tono grave. Merron dio incluso un paso atrás por la sorpresa. Los rostros de los dos jóvenes montaraces mostraron su total horror ante las noticias. Will no tenía ni idea de lo que podían ser los kalkara, pero, a juzgar por la expresión de Halt y las reacciones de Gilan y Merron, quedaba claro que no eran buenas noticias.

—¿Quieres decir que aún existen? —dijo Merron—. Pensaba que se extinguieron hace años.

—Oh, ya lo creo que aún existen —dijo Halt—. Sólo quedan dos, pero eso es suficiente para preocuparse.

Se hizo un largo silencio entre ellos. Finalmente, Will preguntó:

—¿Qué son?

Halt movió la cabeza en un gesto triste. No era un tema del que quisiese hablar con alguien tan joven como Will. Pero sabiendo lo que les aguardaba a todos ellos, no tenía elección. El muchacho debía saberlo.

—Cuando Morgarath estaba planeando su rebelión, deseaba algo más que un ejército corriente. Sabía que, si era capaz de aterrorizar a sus enemigos, su tarea sería mucho más fácil. Así que, a lo largo de los años, realizó varias expediciones a las Montañas de la Lluvia y la Noche, buscando.

—¿Buscando qué? —preguntó Will, aunque tenía la incómoda sensación de saber cuál sería la respuesta.

—Aliados que pudiera utilizar contra el reino. Las Montañas son una parte antigua, virgen, del mundo. Se han conservado sin cambios durante siglos y había rumores acerca de que extrañas bestias y monstruos ancestrales vivían aún allí. Los rumores resultaron ser demasiado ciertos.

—Como los wargals —añadió Will, y Halt asintió.

—Sí, como los wargals. Y él rápidamente los esclavizó y los sometió a su voluntad —dijo con un deje de amargura en su voz—. Pero después encontró a los kalkara. Y son peores que los wargals. Mucho, mucho peores.

Will no dijo nada. La idea de unas bestias peores que los wargals resultaba perturbadora, como mínimo.

—Había tres. Pero a uno lo mataron hace alrededor de ocho años, de modo que sabemos un poco más de ellos. Piensa en una criatura a medio camino entre un simio y un oso, que camina erguido, y te harás una idea de a qué se parece un kalkara.

—¿Morgarath los controla también con la mente como a los wargals? —preguntó Will, y Halt negó con la cabeza.

—No. Éstos son más inteligentes que los wargals. Pero están obsesionados con la

plata. La atesoran y le rinden culto y Morgarath en apariencia se la proporciona en grandes cantidades para que hagan lo que a él se le antoja. Y lo hacen bien. Pueden ser increíblemente astutos cuando acechan a su presa.

—¿Presa? —preguntó Will—. ¿Qué tipo de presa?

Halt y Gilan intercambiaron una mirada y Will pudo ver que su mentor era reacio a hablar sobre el tema. Por un momento pensó que Halt iba a comenzar otra de sus disertaciones sobre las interminables preguntas de Will. Pero se dio cuenta de que aquél era un tema mucho más serio que la curiosidad ociosa según el montaraz le respondió con discreción.

—Los kalkara son asesinos. Una vez que se les asigna una víctima concreta, harán todo cuanto esté en su mano para encontrar a esa persona y matarla.

—¿Los podemos detener? —preguntó Will, al tiempo que desplazaba brevemente su mirada del enorme arco de Halt al carcaj de cerdas repleto de flechas negras.

—Matarlos resulta muy complicado. Poseen una gruesa capa de pelos enmarañados y adheridos unos a otros que parecen casi como escamas. Una flecha apenas la atraviesa. Un hacha de combate o un espadón son mejores contra ellos. O un buen estoque con una pica gruesa podría servir al efecto.

Will sintió un instante de alivio. Esos kalkara habían empezado a sonar casi a invencibles. Pero había gran cantidad de caballeros consumados en el reino que sin duda serían capaces de dar cuenta de ellos.

—¿Fue entonces un caballero el que mató al de hace ocho años? —preguntó, y Halt negó con la cabeza.

—No fue un caballero. Tres. Fueron necesarios tres caballeros completamente armados para matarlo y sólo uno de ellos sobrevivió a la batalla. Es más, quedó lisiado de por vida —concluyó Halt, sombrío.

—¿Tres hombres? ¿Y todos caballeros? —dijo Will con incredulidad—. Pero ¿cómo...?

Gilan le interrumpió antes de que pudiese continuar.

—El problema es que, si te acercas lo suficiente para utilizar una espada o una pica, el kalkara suele ser capaz de detenerte antes de que tengas una oportunidad.

Mientras hablaba, sus dedos tamborileaban ligeramente sobre la empuñadura de la espada que portaba en su cintura.

—¿Cómo te detiene? —preguntó Will, con la sensación momentánea de alivio disipada por completo ante las palabras de Gilan.

Esta vez fue Merron quien respondió.

—Sus ojos —dijo el desgarbado montaraz—. Si le miras a los ojos, te quedas paralizado e indefenso, igual que una serpiente paraliza a un pájaro con su mirada antes de matarlo.

Will paseó la vista de uno a otro de los tres hombres sin comprenderlo. Lo que Merron estaba diciendo parecía demasiado exagerado para ser cierto. Aunque Halt no le estaba llevando la contraria.

—Te paraliza... ¿Cómo puede hacer eso? ¿Es magia de lo que estáis hablando?

Halt se encogió de hombros. Merron miró a lo lejos, incómodo. A ninguno de ellos le gustaba hablar del tema.

—Algunos lo llaman magia —dijo Halt finalmente—. Yo creo que es más probable que sea una forma de hipnotismo. De una u otra forma, Merron tiene razón. Si un kalkara consigue hacer que le mires a los ojos, te quedas paralizado por puro terror, incapaz de hacer nada para salvarte.

Will miró a su alrededor inquieto, como si esperase en cualquier instante ver aparecer una criatura mezcla de un simio y un oso saliendo a la carga de los árboles silenciosos. Podía sentir el pánico crecer en su pecho. En cierto modo, había llegado a creer que Halt era invencible. Aunque aquí estaba él, pareciendo admitir que no había defensa contra esos viles monstruos.

—¿No hay nada que se pueda hacer? —preguntó en tono esperanzado. Halt se encogió de hombros.

—La leyenda dice que son particularmente vulnerables al fuego. El problema es, como antes, acercarse lo suficiente para causarle algún daño. Llevar una llama descubierta hace un poco más difícil acechar a un kalkara. Suelen cazar por la noche y te pueden ver venir.

A Will le resultaba difícil creer lo que estaba oyendo. Halt parecía ser muy realista respecto de todo aquello y Gilan y Merron estaban obviamente trastornados por sus noticias.

Se produjo un incómodo silencio que Gilan rompió al preguntar:

—¿Qué le hace pensar a Crowley que Morgarath los esté utilizando?

Halt vaciló. Le habían hecho partícipe de lo que Crowley pensaba en un consejo privado. Luego se encogió de hombros. Todos tendrían que saberlo antes o después y todos ellos eran miembros del Cuerpo de Montaraces, incluso Will.

—Ya los ha utilizado dos veces en este último año, para asesinar a lord Northolt y lord Lorriac —los tres jóvenes intercambiaron miradas de confusión, así que continuó—. Se creía que a Northolt le había matado un oso, ¿recordáis? —Will asintió lentamente. Ahora se acordaba. En su primer día como aprendiz de Halt, el montaraz recibió la noticia de la muerte del comandante supremo—. En aquel momento pensé que Northolt era un cazador demasiado diestro para morir de esa manera. Como es evidente, Crowley está de acuerdo.

—Pero ¿y Lorriac? Todo el mundo dijo que fue un derrame —era Merron quien hacía esa pregunta.

Halt le miró brevemente, después respondió:

—Eso es lo que te han dicho, ¿verdad? Bueno, su médico estaba muy sorprendido. Dijo que nunca había visto a un hombre más sano. Por otro lado... —se detuvo, y Gilan completó su pensamiento:

—Pudo haber sido obra de los kalkara.

Halt asintió.

—Exacto. No conocemos todos los efectos de la parálisis causada por la vista que han desarrollado. Si esa mirada se mantiene durante un tiempo lo bastante largo, el terror bien podría ser suficiente para detenerle el corazón a un hombre. Y había informes poco concretos acerca de un gran animal oscuro avistado en la zona.

De nuevo se instaló el silencio entre los miembros del pequeño grupo bajo los árboles. A su alrededor, los montaraces iban de aquí para allá ajetreados, desmontando el campamento y ensillando los caballos. Finalmente, Halt les hizo volver a todos en sí de sus pensamientos.

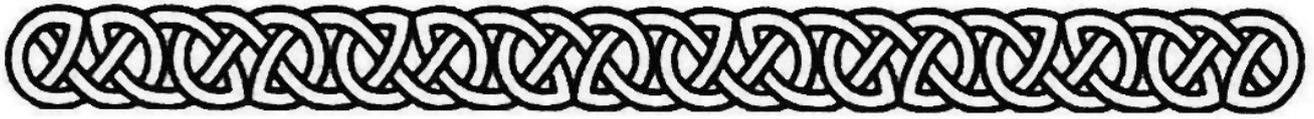
—Será mejor que nos preparemos. Merron, tú tendrás que regresar a tu feudo. Crowley quiere al ejército movilizado y alerta. Las órdenes se distribuirán en unos pocos minutos.

Merron asintió y se volvió para alejarse hacia su tienda, pero se detuvo y se giró de nuevo. Algo en la voz de Halt, el modo en que había dicho «tú tendrás que volver a tu feudo», le había hecho pensar.

—¿Y vosotros tres? —dijo—. ¿Adónde vais vosotros?

Incluso antes de que Halt respondiese, Will sabía lo que iba a decir. Pero eso no lo hizo menos aterrador o le heló menos la sangre cuando pronunció las palabras.

—Nosotros vamos tras los kalkara.



Veinticinco

El campamento bullía de actividad según las tiendas se desmontaban y los montaraces volvían a empaquetar sus equipos y ataban sus alforjas. Los primeros jinetes ya habían partido rumbo a sus respectivos feudos.

Will estaba atando los nudos de sus alforjas, una vez devueltas a su sitio las pocas cosas que había sacado. Halt se encontraba sentado unos pocos metros más allá, pensativo, con el gesto torcido, mientras examinaba un mapa del área que rodeaba la Llanura Solitaria. La llanura en sí era una zona vasta, inexplorada, sin caminos y de la que había pocos accidentes geográficos indicados. Una sombra se cernió sobre él y levantó la vista. Gilan estaba allí de pie, con aparente preocupación reflejada en el rostro.

—Halt —dijo con una voz grave y afectada—. ¿Estás seguro de esto?

Halt le miró fijamente a los ojos.

—Muy seguro, Gilan. Simplemente, hay que hacerlo.

—¡Pero es sólo un muchacho! —protestó Gilan, mirando hacia donde Will se hallaba atando un fardo detrás de la silla de *Tirón*. Halt dejó escapar una larga exhalación, apartando sus ojos de los de Gilan.

—Lo sé. Pero es un montaraz. Aprendiz o no, es un miembro del Cuerpo, como todos nosotros —vio que Gilan estaba a punto de seguir su protesta, preocupado por Will, y sintió una oleada de afecto por su antiguo aprendiz—. Gilan, en un mundo de color de rosa, yo no le enfrentaría a un riesgo como éste. Pero éste no es un mundo de color de rosa. Todos tendrán que participar en esta campaña, incluso los chicos como Will. Morgarath se está preparando para algo grande. Los agentes de Crowley se han enterado de que, además de todo esto, ha estado en contacto con los skandians.

—¿Los skandians? ¿Para qué?

Halt se encogió de hombros.

—No conocemos los detalles, pero mi apuesta es que tiene la esperanza de formar una alianza con ellos. Lucharán contra quien sea por dinero. Y en apariencia, lucharán por quien sea también —añadió, su desatado hacia los mercenarios era obvio en el tono de su voz—. La cuestión es que estamos cortos de efectivos mientras

Crowley intenta reunir el ejército. En una situación normal, no me iría tras los kalkara con un grupo de menos de cinco montaraces veteranos. Pero él, sencillamente, no los puede desplazar para mí. Así que me he tenido que conformar con los dos en quienes más confío, Will y tú.

Gilan sonrió con tristeza.

—Bueno, gracias, de todos modos —la confianza de Halt le había conmovido. Todavía admiraba a su viejo mentor. La mayor parte del Cuerpo de Montaraces lo hacía.

—Además, pensé que esa vieja espada oxidada tuya podría ser útil si nos echamos encima de esos bichos —dijo Halt. El Cuerpo de Montaraces había tomado una decisión inteligente al permitir que Gilan continuase su entrenamiento con el arma. Aunque muy poca gente lo sabía, Gilan era uno de los espadas más refinados de Araluen—. Y, en cuanto a Will —prosiguió Halt—, no le subestimes. Tiene muchos recursos. Es rápido y valiente y ya es un tirador condenadamente bueno. Y lo mejor de todo, piensa rápido. Lo que estoy pensando en realidad es que si encontramos la pista de los kalkara, le podemos enviar a por refuerzos. Eso nos ayudará a mantenerle lejos del peligro.

Gilan se rascó la barbilla, pensativo. Ahora que Halt se lo había explicado, aquella parecía la única opción lógica para ellos. Miró a los ojos del hombre más mayor e hizo un gesto con la cabeza mostrándole que entendía la situación. Se volvió entonces a organizar su equipo, para encontrarse con que Will ya lo había recogido y atado a su silla. Sonrió a Halt.

—Tienes razón —dijo—, piensa por sí mismo.

Los tres partieron a caballo un rato más tarde, mientras los demás montaraces aún estaban recibiendo sus órdenes. Movilizar el ejército de Araluen no resultaría una tarea sencilla, y coordinarlo sería responsabilidad de los montaraces, preparados para guiar las fuerzas individuales de cada uno de los cincuenta feudos hasta el punto de reunión en las llanuras de Uthal. Con Gilan y Halt ocupados en la búsqueda de los kalkara; otros montaraces tendrían que encargarse de coordinar también los ejércitos de sus feudos.

No se dijeron mucho los tres compañeros mientras Halt encabezaba la marcha hacia el sudoeste. Incluso la curiosidad natural de Will se hallaba contenida por la magnitud de la tarea que tenían ante sí. Al tiempo que cabalgaban en silencio, evocaba en su mente imágenes de criaturas salvajes con la apariencia de un oso y las facciones de un simio: criaturas que bien podrían demostrar ser invencibles, incluso para alguien de la destreza de Halt.

Con el tiempo, sin embargo, conforme la monotonía se fue asentando, las imágenes horribles remitieron y empezó a preguntarse por el plan que Halt tenía en mente, si es que tenía alguno.

—Halt —dijo un poco entrecortado—, ¿dónde esperas encontrar a los kalkara?

Halt miró el joven y serio rostro a su lado. Viajaban al paso de marcha forzada de los montaraces: cuarenta minutos en la silla, cabalgando a medio galope continuo, después veinte minutos a pie, guiando a los caballos y permitiéndoles viajar descargados mientras los hombres corrían a trote continuo.

Cada cuatro horas, hacían una pausa de una hora para descansar, en la que tomaban una comida rápida de cecina, pan duro y fruta, y después se envolvían en sus capas para dormir.

Llevaban cierto tiempo de marcha y Halt pensó que era el momento de descansar. Dejó a *Abelard* fuera del camino y al refugio de una arboleda. Will y Gilan le siguieron, dejando caer la riendas y permitiendo a sus caballos pastar.

—Lo mejor que se me ocurre —dijo Halt en respuesta a la pregunta de Will— es comenzar por su guarida y ver si están en los alrededores.

—¿Sabemos dónde está? —preguntó Gilan.

—La mejor información de que disponemos es que se encuentra en alguna parte de la Llanura Solitaria, más allá de las Flautas de Piedra. Exploraremos el área de alrededor y veremos qué somos capaces de hallar. Si están en la zona, deberíamos encontrarnos con que ha desaparecido el ganado suelto, ovejas o cabras, de los pueblos de alrededor. Aunque conseguir que los aldeanos hablen será otra cosa. Las gentes de la llanura son un grupo hermético en el mejor de los casos.

—¿Cuál es esa llanura de la que hablas? —preguntó Will con la boca llena de pan duro—. ¿Y qué diantre es una flauta de piedra?

—La Llanura Solitaria es un área vasta, plana, con muy pocos árboles, cubierta principalmente por afloramientos de roca y hierba alta —le contó Halt—. El viento parece estar siempre soplando, no importa la época del año en que vayas por allí. Es un lugar sombrío y deprimente, y las Flautas de Piedra son su elemento más sombrío.

—Pero ¿qué son...? —empezó Will, sin embargo Halt sólo había hecho una breve pausa.

—¿Las Flautas de Piedra? Nadie lo sabe en realidad. Son un círculo de piedras levantadas por los ancestros, justo en el medio de la parte más ventosa de la llanura. Nadie ha entendido nunca su propósito original, pero están dispuestas de forma que el viento se desvía alrededor del círculo y a través de una serie de agujeros en las propias piedras. Crean el sonido de un lamento constante, si bien a mí se me escapa el motivo por el que alguien pensó que sonaban como flautas. El sonido es turbador y discordante y se puede escuchar a kilómetros de distancia. Después de unos pocos minutos te produce dentera, y sigue y sigue durante horas.

Will guardaba silencio. La idea de una llanura sombría, barrida por el viento, y unas piedras que emitían un incesante gemido parecía llevarse los vestigios finales del calor del último sol vespertino. Tembló involuntariamente. Halt lo vio y se inclinó hacia delante para darle una palmada de aliento en el hombro.

—Anímate —le dijo—. Nada es nunca tan malo como parece. Ahora,

descansemos un poco.

Alcanzaron las inmediaciones de la Llanura Solitaria a media mañana del segundo día. Halt tenía razón, pensó Will, era un lugar vasto, deprimente. El monótono terreno se extendía ante ellos kilómetro tras kilómetro, cubierto por alta hierba gris, crecida y seca por el viento constante.

El propio viento casi parecía ser una presencia viva. Les crispaba los nervios, soplando de forma constante e invariable desde el oeste, inclinando la hierba alta a su paso según barría el terreno plano de la Llanura Solitaria.

—¿Veis ahora por qué la llaman la Llanura Solitaria? —dijo Halt a los otros dos, deteniendo a *Abelard* para que pudieran llegar a su altura—. Cuando cabalgas con este viento condenado, te sientes como si fueras la única persona que quedase viva sobre la Tierra.

Will pensó que era cierto. Se sintió pequeño e insignificante frente al vacío de la llanura. Y a la sensación de insignificancia se sumaba la sensación de impotencia. El páramo por el que cabalgaban parecía insinuar la presencia de fuerzas arcanas —fuerzas muy superiores a sus propias aptitudes—. Incluso Gilan, normalmente alegre y lleno de vida, parecía afectado por la atmósfera pesada y deprimente del lugar. Sólo Halt parecía inmutable. Adusto y taciturno como siempre.

Poco a poco, según cabalgaban, Will fue advirtiendo una sensación inquietante. Algo andaba merodeando, justo fuera del alcance de su percepción consciente. Algo que le hacía sentirse intranquilo. No pudo aislarlo, ni siquiera fue capaz de decir de dónde venía o la forma que tenía. Estaba ahí, siempre presente. Cambió de postura en la silla, erguido sobre los estribos para escrutar el monótono horizonte en la esperanza de poder divisar el origen de aquello. Halt se fijó en el movimiento.

—Lo has notado —dijo—. Son las Flautas de Piedra.

Y, ahora que Halt lo había dicho, Will se dio cuenta de que era un sonido —tan tenue y tan continuo que no había podido aislarlo como tal— lo que había estado generando la sensación de intranquilidad en su cabeza y el tenso encogimiento de miedo en el estómago. O quizás era sólo como Halt acababa de decir: habían entrado en el rango de alcance de las Flautas de Piedra. Porque ahora lo podía aislar. Se trataba de una serie de notas musicales sin melodía, todas tocadas al tiempo. Creaban un chillón sonido disonante que erizaba los nervios y alteraba la mente. Su mano izquierda trepó con discreción hasta la empuñadura de su cuchillo saxe mientras cabalgaban, y obtuvo consuelo en el tacto sólido y fiable del arma.

Continuaron durante la tarde, con la apariencia de no estar avanzando a través de la llanura vacía y monótona. Con cada paso, los horizontes detrás y delante de ellos no parecían ni acercarse ni alejarse. Era como si estuviesen marcando el paso en un mundo vacío. El sonido constante del lamento de las Flautas de Piedra les acompañaba todo el día, en aumento gradual según viajaban. Era el único signo de

que estuvieran avanzando. Las horas pasaron y el sonido continuó, y a Will no le resultó sencillo aguantarlo. Le mantenía en tensión, con los nervios constantemente de punta. Cuando el sol comenzó a esconderse por el límite oeste, Halt detuvo a *Abelard*.

—Descansaremos durante la noche —anunció—. Es casi imposible mantener un recorrido constante en la oscuridad. Sin ningún accidente significativo en el terreno para fijar un camino, podríamos acabar cabalgando en círculos fácilmente.

Agradecidos, los otros desmontaron. Por muy en forma que estuvieran, las horas transcurridas al paso de marcha forzada les habían dejado hechos polvo. Will comenzó a explorar los arbustos raquíticos que crecían en la llanura, en busca de leña. Halt, que se dio cuenta de lo que tenía en mente, meneó la cabeza.

—Sin fuego —dijo—. Seríamos visibles desde kilómetros de distancia y no tenemos ni idea de quién puede estar vigilando.

Will se detuvo al tiempo que dejaba caer al suelo el pequeño fardo que había reunido.

—¿Te refieres a los kalkara? —dijo.

Halt se encogió de hombros.

—Ellos, o gente de la llanura. No podemos estar seguros de que algunos no se hayan aliado con los kalkara. Después de todo, si vives codo con codo con criaturas como éstas, bien puedes acabar cooperando con ellas solo para proteger tu propia seguridad. Y no queremos que les cuenten que hay extraños en la llanura.

Gilan estaba desensillando a *Blaze*, su yegua zaina. Dejó la silla en el suelo y cepilló al animal con un manajo de la omnipresente hierba seca.

—¿No crees que ya nos han visto? —preguntó.

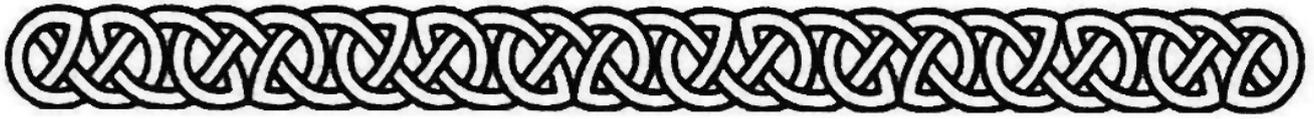
Halt tomó la pregunta en consideración durante unos pocos segundos antes de contestar.

—Podría ser. Hay muchas cosas que no sabemos: dónde tienen los kalkara en realidad su guarida, si las gentes de la llanura son sus aliados o no, si alguno de ellos nos ha visto y les ha informado o no de nuestra presencia. Pero hasta que yo sepa que nos han visto, supondremos que no lo han hecho. Así que, sin fuego.

Gilan asintió renuente.

—Por supuesto, tienes razón —dijo—. Es sólo que, tranquilamente, mataría a alguien por una taza de café.

—Enciende un fuego para prepararla —le dijo Halt— y podrías acabar teniendo que hacer justo eso.



Veintiséis

Era una acampada fría, desanimada. Cansados por el duro paso que habían estado manteniendo, los montaraces tomaron una comida fría —pan, frutos secos y carne fría, otra vez—, regada con agua fresca de sus cantimploras. Will estaba empezando a odiar la visión de las duras raciones que llevaban, prácticamente insípidas. Halt inició después el primer turno de guardia mientras Gilan y Will se envolvían en sus capas y se dormían.

No era la primera acampada a la intemperie que Will aguantaba desde que había comenzado su período de entrenamiento. Pero ésta era la primera vez que no contaba con el leve consuelo de un fuego chisporroteante o, al menos, un lecho de carbón caliente junto al que dormir. Durmió de forma irregular, con sueños desagradables que le perseguían por su subconsciente, sueños de criaturas aterradoras, cosas extrañas y terroríficas que permanecían fuera de su conciencia, pero tan cerca de la superficie que sentía su presencia, y le alteraban.

Se sintió casi agradecido cuando Halt le sacudió el hombro con suavidad para despertarle y que hiciera su guardia.

El viento hacía cruzar raudas las nubes ante la luna. El quejumbroso canto de las Flautas de Piedra se oía más que nunca. Will se sintió cansado de espíritu y se preguntó si las piedras no habrían sido diseñadas para abatir de esa manera a la gente. La hierba alta a su alrededor siseaba en contrapunto del lejano lamento. Halt señaló hacia un punto en el cielo, indicando un ángulo de elevación que Will debía recordar.

—Cuando la luna alcance ese ángulo —dijo al aprendiz—, pásale la guardia a Gilan.

Will asintió y se puso en pie para estirar sus músculos agarrotados. Cogió el arco y el carcaj y caminó hacia los arbustos que Halt había elegido como mirador estratégico. Los montaraces en guardia nunca permanecían en el espacio abierto junto a la zona del campamento, sino que siempre se desplazaban diez o veinte metros y encontraban un sitio para ocultarse. De esa forma, los extraños que se acercaran al campamento tendrían menos posibilidades de verlos. Era una de las habilidades que Will había aprendido durante los meses de su entrenamiento.

Tomó dos flechas de su carcaj y las sostuvo entre los dedos de la mano del arco. Las sostendría así durante las cuatro horas de su guardia. Si las necesitaba, no tendría que moverse tanto como para cogerlas del carcaj —movimiento que podría alertar a un atacante—. Se puso entonces la capucha de su capa para confundirse con la forma irregular del arbusto. Su cabeza y sus ojos escrutaban constantemente de un lado a otro como le había enseñado Halt, cambiando el enfoque de modo permanente, desde la zona cercana al campamento hasta el tenue horizonte que los rodeaba. De esa manera, su vista no se fijaría en una distancia y un área y tendría más posibilidades de ver movimiento. De vez en cuando se volvía despacio describiendo un círculo completo, escrutando todo el terreno a su alrededor, y lo hacía lentamente para mantener su propio movimiento tan imperceptible como fuera posible.

El lamento de las Flautas de Piedra y el siseo de la hierba creaban un sonido de fondo constante. Pero comenzó a oír también otros ruidos —el susurro de animales pequeños en la hierba y otros sonidos menos explicables—. Con cada uno su corazón se aceleraba un poco, al tiempo que se preguntaba si aquello podrían ser los kalkara, que se echaban sigilosamente sobre las siluetas durmientes de sus amigos. Una vez, estuvo convencido de poder oír la respiración de un animal grande. El temor creció en él, jarrándose a su garganta, hasta que se dio cuenta de que, con los sentidos aguzados en grado sumo, lo que en realidad podía oír era a sus compañeros respirando con suavidad en su sueño.

Sabía que, desde cualquier distancia superior a cinco metros, sería prácticamente invisible al ojo humano, gracias a la capa, las sombras y la forma del arbusto a su alrededor. Pero se preguntaba si los kalkara dependían sólo de su vista. Tal vez dispusieran de otros sentidos que les desvelaran que había un enemigo oculto en el arbusto. Quizás, incluso en ese momento, se estuvieran aproximando, ocultos por la hierba alta en movimiento, listos para atacar...

Sus nervios, activados más allá de su resistencia por la lúgubre canción de las Flautas de Piedra, le espoleaban para que se girara con el fin de identificar el origen de cada nuevo sonido según lo oía. Pero sabía que hacer eso significaría descubrirse. Se obligaba a moverse despacio, girándose con cuidado hasta que miraba en la dirección de la que pensaba que venía el sonido, mientras evaluaba cada nuevo riesgo antes de descartarlo.

En las largas horas de tensa guardia no vio nada salvo las veloces nubes, la luna efímera y el ondulante mar de hierba que los rodeaba. Para el momento en que la luna hubo alcanzado la elevación preestablecida, se encontraba física y mentalmente agotado. Despertó a Gilan para que tomase la guardia, después se envolvió de nuevo en su capa.

Esta vez no hubo sueños. Exhausto, durmió profundamente hasta la grisácea luz del amanecer.

Contemplaron las Flautas de Piedra a media mañana: un círculo gris y sorprendentemente pequeño de monolitos graníticos que se erguían en lo alto de una elevación de la llanura. El recorrido que eligieron llevó a los jinetes a un kilómetro, más o menos, de uno de los lados de las Flautas de Piedra y Will se alegró de no acercarse más. La deprimente canción se oía más fuerte que nunca, con el flujo y el reflujo de la marea del viento.

—Al próximo flautista que me encuentre —dijo Gilan con un humor negro— le voy a partir la boca.

Continuaron su camino, dejando atrás los kilómetros, hora tras hora, la una igual que la otra, sin nada nuevo a la vista y siempre con el débil aullido de aquellas piedras a su espalda, crispándoles los nervios.

El llanero se levantó súbitamente de la hierba a unos cincuenta metros de distancia de ellos. Pequeño, ataviado con harapos grises y con el pelo descuidado que le caía suelto sobre los hombros, los observó durante varios segundos con una mirada demente. El corazón de Will apenas se había recuperado del susto de su aparición, cuando ya se había marchado, se retorció y corría a través de la hierba, parecía que se hundiera en ella. En segundos había desaparecido, tragado por la hierba. Halt estaba a punto de espolear a *Abelard* en su persecución pero se detuvo. La flecha que al instante había seleccionado y colocado en la cuerda del arco permaneció engarzada. Gilan estaba asimismo preparado para tirar, sus reacciones tan veloces como las de Halt. También él contuvo el tiro, mirando con curiosidad a su superior.

Halt se encogió de hombros.

—Puede no significar nada —dijo—. O puede que se haya ido a contárselo a los kalkara. Pero no podemos matarlo por una sospecha.

Gilan soltó una breve risotada, más para liberar la tensión que sentía como consecuencia de la inesperada aparición del hombre.

—Supongo que no hay diferencia —dijo— si encontramos nosotros a los kalkara o si ellos nos encuentran a nosotros —los ojos de Halt se fijaron en él por un instante, sin el menor signo de corresponder a su humor.

—Créeme, Gilan —dijo—, hay una gran diferencia.

Habían abandonado el paso de marcha forzada y ahora cabalgaban lentamente a través de la hierba. Tras ellos, el sonido de las Flautas de Piedra comenzó a debilitarse un poco, para gran alivio de Will. Ahora, pensó, el viento lo estaba alejando de ellos.

Pasó algún tiempo sin más señal de vida después de la repentina aparición del habitante de la llanura. A Will le había estado acuciando una pregunta durante toda la tarde.

—¿Halt? —dijo a modo de prueba, sin estar seguro de que Halt no le fuera a ordenar silencio. El montaraz le miró, con las cejas levantadas en señal de que estaba listo para responder preguntas, así que Will prosiguió—. ¿Por qué piensas que Morgarath ha reclutado a los kalkara? ¿Qué puede conseguir?

Halt se percató de que Gilan también estaba aguardando su respuesta. Puso en orden sus pensamientos antes de contestar. Era un poco reacio a contarlos, ya que gran parte de su respuesta dependía de la intuición y las conjeturas.

—¿Quién sabe por qué hace Morgarath las cosas? —contestó despacio—. No puedo darte una respuesta certera. Todo cuanto puedo decirte es lo que yo supongo, y también lo que Crowley piensa.

Miró rápidamente a sus dos compañeros. Era obvio por sus expresiones de expectación que estaban preparados para aceptar sus suposiciones como hechos consumados. A veces, pensó con ironía, la reputación de tener siempre la razón puede ser una carga muy pesada.

—Se avecina una guerra —continuó—. Eso es bastante obvio. Los wargals se están desplazando y hemos oído que Morgarath ha estado en contacto con Ragnak —vio la expresión confusa que cruzó el rostro de Will. Gilan, sabía él, conocía quién era Ragnak—. Es el oberjarl, o señor supremo, si lo prefieres, de los skandians, los lobos del mar —vio el fugaz destello de comprensión y prosiguió—. Ésta va a ser, obviamente, una guerra mayor que las que hemos padecido antes y vamos a necesitar todos nuestros recursos y nuestros mejores comandantes para guiarnos. Creo que eso es lo que Morgarath está pensando. Busca debilitarnos haciendo que los kalkara asesinen a nuestros líderes. Northolt, el comandante supremo del ejército, y Lorriac, nuestro mejor comandante de caballería, ya nos han dejado. Con certeza habrá otros hombres que ocupen esos puestos, pero será inevitable que haya cierta confusión en el período de relevo, alguna pérdida de cohesión. Creo que eso es lo que hay detrás del plan de Morgarath.

Gilan dijo pensativo:

—También hay otro aspecto. Aquellos dos hombres fueron fundamentales en su derrota la última vez. Está destruyendo nuestra estructura de mando y vengándose al mismo tiempo.

Halt asintió.

—Eso es cierto, por supuesto. Y para una mente retorcida como la de Morgarath la venganza es un motivo poderoso.

—Entonces, ¿piensas que habrá más asesinatos? —preguntó Will, y Halt le miró a los ojos con firmeza.

—Creo que habrá más intentos. Morgarath los ha enviado dos veces con objetivos y han tenido éxito. No veo la razón por la cual no fueran a ir a por otros. Morgarath tiene motivos para odiar a mucha gente en el reino. El propio rey, quizás. O puede ser el barón Arald, él le infligió a Morgarath mucho daño en la última guerra.

«Igual que tú», pensó Will, con un súbito destello de temor por su profesor.

Estaba a punto de dar voz al pensamiento de que Halt podía ser un objetivo cuando advirtió que probablemente el mismo Halt se encontraba de por sí al tanto. Gilan le estaba haciendo otra pregunta al montaraz mayor.

—Hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué siguen regresando los kalkara a su escondite? ¿Por qué no van después de una víctima a por la siguiente?

—Supongo que ésa es una de las pocas ventajas que tenemos —les contó Halt—. Son salvajes e inmisericordes y más inteligentes que los wargals. Pero no son humanos. Tienen una mente absolutamente simple. Muéstrales una víctima y la perseguirán y la matarán o morirán ellos en el intento. Sin embargo, sólo son capaces de seguirle la pista a una víctima cada vez. Entre los asesinatos, vuelven a su guarida. Luego Morgarath, o uno de sus subordinados, les revelará su siguiente víctima y ellos partirán de nuevo. Nuestra mayor esperanza consiste en interceptarlos en su marcha si es que les han dado un nuevo objetivo, o, si no, matarlos en su guarida.

Will miró por milésima vez a la monótona llanura de hierba que se extendía ante ellos. En algún sitio ahí fuera, las dos criaturas aterradoras esperaban, quizás con alguna víctima nueva en mente. La voz de Halt interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—El sol se está poniendo —dijo—. También podemos acampar aquí.

Desmontaron con rigidez de las sillas y aflojaron las cinchas para que sus caballos estuvieran más cómodos.

—Eso es algo que tiene este maldito sitio —dijo Gilan mirando a su alrededor—. Cualquier sitio es tan bueno como otro. O tan malo.

Will se despertó de una cabezada sin sueños al toque de la mano de Halt en su hombro. Se sacudió la capa, miró a la luna entrecubierta por las nubes que el viento empujaba encima de su cabeza y torció el gesto. No había sido capaz de dormir durante más de una hora. Comenzó a decírselo a Halt pero éste le detuvo indicándole con un dedo en los labios que guardara silencio. Will miró en derredor y se percató de que Gilan ya estaba despierto, en pie, con la cabeza vuelta hacia el noreste, hacia el camino de donde venían, escuchando.

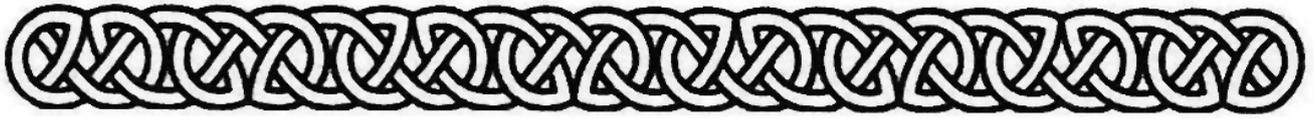
Will se puso de pie, moviéndose con cuidado para evitar hacer cualquier ruido indebido. Sus manos se habían dirigido automáticamente hacia sus armas pero se relajó en cuanto se dio cuenta de que no había una amenaza inmediata. Los otros dos escuchaban atentamente. Acto seguido, Halt levantó una mano y señaló hacia el norte.

—Ahí está otra vez —dijo en voz baja.

Entonces Will lo oyó, por encima del quejido de las Flautas de Piedra y el murmullo del viento entre la hierba, y se le heló la sangre en las venas. Era un brutal aullido agudo que ululaba y elevaba su tono. Un sonido inhumano que el viento les traía desde la garganta de un monstruo.

Segundos más tarde, otro aullido respondió al primero. De tono ligeramente más grave, parecía venir de una situación un poco a la izquierda del primero. Sin necesidad de que se lo contaran, Will supo lo que significaban aquellos sonidos.

—Son los kalkara —dijo Halt con seriedad—. Tienen un nuevo objetivo y van de caza.



Veintisiete

Los tres compañeros pasaron una noche insomne mientras los gritos de caza de los kalkara disminuían hacia el norte. Cuando oyeron los sonidos por vez primera, Gilan fue a ensillar a *Blaze*. La yegua zaina resoplaba nerviosa ante el aullido aterrador de las dos bestias. Halt, sin embargo, le hizo un gesto para que se detuviese.

—No voy a ir detrás de esas cosas en la oscuridad —dijo lacónicamente—. Esperaremos hasta las primeras luces, entonces buscaremos sus huellas.

Encontrar las huellas era bastante fácil, ya que resultaba obvio que los kalkara no intentaban ocultar su paso. Los dos cuerpos pesados habían aplastado la hierba alta, dejando un claro sendero que apuntaba al este-noreste. Halt halló el sendero que había dejado el primero de los dos monstruos, y unos minutos después, Gilan encontró el segundo, alrededor de un cuarto de kilómetro a la izquierda y discurriendo paralelo, lo suficientemente cerca para proporcionar apoyo en caso de un ataque, pero a la distancia necesaria para evitar cualquier trampa preparada para su hermano.

Halt valoró la situación por unos momentos, luego tomó una decisión.

—Tú te quedas con el segundo —le dijo a Gilan—. Will y yo seguiremos a éste. Quiero asegurarme de que ambos van en la misma dirección. No quiero que uno de ellos dé media vuelta y nos venga por detrás.

—¿Crees que saben que estamos aquí? —preguntó Will, haciendo un gran esfuerzo para que su voz sonara firme y desinteresada.

—Podrían. Ha habido tiempo para que ese llanero que vimos los avisara. O quizás es sólo una coincidencia y están saliendo en su siguiente misión —observó el sendero de hierba aplastada, que se movía de forma irrevocable en una dirección constante—. Desde luego, parece que tienen una motivación —se volvió de nuevo a Gilan—. En cualquier caso, mantén los ojos abiertos y presta mucha atención a *Blaze*. Los caballos sentirán a esas bestias antes que nosotros. No queremos meternos en una emboscada.

Gilan asintió y desvió a *Blaze* de regreso al segundo sendero. A una señal de Halt,

los tres montaraces iniciaron el avance siguiendo la dirección que habían tomado los kalkara.

—Yo miraré el sendero —le dijo Halt a Will—, tú échale un ojo a Gilan por si acaso.

Will centró su atención en el montaraz alto, a unos doscientos metros de distancia, que mantenía su paso. A *Blaze* sólo se la veía de hombros para arriba, su mitad inferior quedaba oculta por la hierba alta. De vez en cuando las ondulaciones del terreno entre ellos ocultaban tanto a la yegua como al jinete del alcance de su vista, y la primera vez que esto sucedió, Will reaccionó con un grito de alarma al tiempo que Gilan, simplemente, parecía desaparecer en el interior del suelo. Halt se giró veloz, una flecha ya a medio tensar, pero en ese mismo momento Gilan y *Blaze* reaparecieron, en apariencia inconscientes del momento de pánico que habían provocado.

—Lo siento —masculló Will, molesto por haber dejado que le vencieran los nervios.

Halt le contempló con astucia.

—Está bien —dijo con voz firme—. Prefiero que me lo hagas saber cada vez que siquiera pienses que hay algún problema —Halt sabía muy bien que, tras haber dado una falsa alarma, a Will podía costarle reaccionar en la siguiente ocasión, y eso podía resultar fatal para todos ellos—. Cada vez que pierdas de vista a Gilan, cuéntamelo. Y me lo dices también cuando reaparezca —dijo.

Will asintió, comprendiendo el razonamiento de su maestro.

Y así continuaron a caballo, el lamento de las Flautas de Piedra aumentando de volumen en sus oídos según se aproximaban al círculo de piedras. Esta vez pasarían mucho más cerca, se percató Will, ya que los kalkara parecían ir directos a aquel sitio. Mientras cabalgaban, su travesía estaba marcada por avisos intermitentes de Will.

—Se ha ido... Sigue sin estar... Vale. Le veo otra vez.

Las hondonadas y las elevaciones del terreno eran prácticamente invisibles bajo la cubierta ondulante de hierba alta.

De hecho, Will nunca estaba seguro de si era Gilan el que pasaba por una zona hundida o eran Halt y él. A menudo era una combinación de ambas cosas.

Hubo un mal momento cuando Gilan y *Blaze* se hundieron fuera de su vista y no reaparecieron en los pocos segundos de costumbre.

—No puedo verle... —avisó Will—. Sigue sin estar... Sigue sin estar... Sin rastro de él... —comenzó a elevar el tono de su voz según la tensión crecía en su interior—. Sin rastro de ellos... Aún sin rastro...

Halt detuvo a *Abelard*, su arco preparado de nuevo, sus ojos escrutando el terreno a su izquierda mientras aguardaban la reaparición de Gilan. Soltó un silbido agudo, tres notas ascendentes. Se produjo una pausa, después un silbido de respuesta, las mismas tres notas, esta vez en orden descendente, les llegó con claridad. Will liberó

un suspiro de alivio y justo en ese momento reapareció Gilan, en carne y hueso. Los miró e hizo un gesto amplio con ambos brazos levantados en una pregunta obvia: «¿Qué pasa?».

Halt hizo un gesto negativo y se pusieron en marcha.

Según se aproximaban a las Flautas de Piedra, Halt se volvió más y más vigilante. El kalkara que Will y él rastreaban se encaminaba directo al círculo. Detuvo a *Abelard* y se protegió los ojos del sol para estudiar las lúgubres rocas grises con atención, en busca de algún movimiento o cualquier signo de que los kalkara pudieran estar allí a la espera para tenderles una emboscada.

—Es el único refugio decente en kilómetros a la redonda —dijo—. No demos oportunidad a que esas malditas cosas nos sorprendan si están al acecho. Iremos con un poco de cuidado.

Hizo una seña a Gilan para que se uniera a ellos y le explicó la situación. Se separaron entonces para formar un perímetro ancho alrededor de las Flautas de Piedra, al tiempo que se aproximaban despacio a caballo desde tres direcciones distintas, pendientes de sus monturas ante cualquier signo de reacción. Pero el lugar estaba vacío, si bien, al acercarse, el enervante quejido del viento a través de los agujeros de las piedras estaba muy próximo a ser insoportable. Halt se mordisqueó el labio mientras reflexionaba, a la vez que contemplaba los dos senderos rectos que los kalkara habían dejado a través del mar de hierba.

—Esto nos está llevando demasiado tiempo —dijo por fin—. Mientras podamos ver su rastro en un par de cientos de metros en adelante, nos moveremos más rápido. Iremos más despacio cuando llegues a una elevación o siempre que la pista no sea visible por más de cincuenta metros.

Gilan hizo un gesto de haber entendido y volvió a su posición separada. Espolearon entonces a sus caballos a un medio galope, el fácil trote del caballo de un montaraz que se comía los kilómetros que tenían por delante. Will mantenía su vigilancia sobre Gilan y, siempre que disminuía la pista visible, bien Halt o bien Gilan silbaban y frenaban a un trote de paseo hasta que el terreno se abría de nuevo ante ellos.

Acamparon otra vez cuando cayó la noche. Halt aún se negaba a perseguir a los dos asesinos en la oscuridad, aunque con la luna los senderos eran claramente visibles.

—Demasiado fácil para ellos girarse en la oscuridad —dijo—. Quiero todas las precauciones cuando se nos echen encima.

—¿Crees que lo harán? —preguntó Will, al percibir que Halt había dicho *cuando* y no *si*.

El montaraz miró a su joven alumno.

—Supón siempre que un enemigo sabe que estás ahí y que te atacará —dijo—. De esa manera te evitarás sorpresas desagradables —dejó caer una mano sobre el hombro de Will para tranquilizar al muchacho—. Puede que aún sean desagradables,

pero por lo menos no serán una sorpresa.

Por la mañana volvieron una vez más a la pista, desplazándose al mismo paso ligero, parando solo cuando no tenían una vista clara del suelo que iban a pisar. A primera hora de la tarde habían alcanzado el límite de la llanura y se adentraban en el terreno boscoso al norte de las Montañas de la Lluvia y la Noche.

Allí se encontraron con que los dos kalkara se habían unido en compañía, dejaron de mantener la amplia separación que habían guardado en el espacio abierto de la llanura. No obstante, el camino escogido continuaba siendo el mismo: noreste. Los tres montaraces siguieron su curso durante una hora antes de que Halt tirara de las riendas de *Abelard* hiciera una seña a los demás para que desmontaran. Se reunieron en torno a un mapa del reino que desenrolló sobre la hierba, utilizando flechas como pesos para evitar que volviera a enrollarse.

—A juzgar por sus huellas, hemos recuperado algún tiempo con respecto a ellos —dijo—. Pero están aún por lo menos a medio día por delante de nosotros. Ahora, ésta es la dirección que están siguiendo... —tomó otra flecha y la dispuso sobre el mapa orientándola de forma que apuntase en la dirección que los kalkara habían estado siguiendo durante los dos últimos días con sus noches—. Como podéis ver, si continúan en esta dirección, sólo hay dos sitios de alguna importancia hacia los que se podrían estar dirigiendo —señaló un sitio en el mapa—. Aquí, las ruinas de Gorlan. O más al norte, el mismo castillo de Araluen.

Gilan resopló de pronto.

—¿El castillo de Araluen? —dijo—. No estarás pensando que se atreverían a ir a por el rey Duncan, ¿no?

Halt le miró y negó con la cabeza.

—Lo cierto es que no lo sé —le respondió—. No sabemos, ni de lejos, lo suficiente sobre esas bestias, y la mitad de lo que pensamos que sabemos es probablemente mito y leyenda. Pero has de admitir que sería un golpe definitivo, un golpe maestro, y a Morgarath nunca le han disgustado ese tipo de cosas —dejó que los otros digirieran la idea durante unos momentos y después trazó una línea desde su posición actual hacia el noroeste—. Ahora bien, mirad, aquí está el castillo de Redmont. Quizás a un día de distancia a caballo, y después, otro más hasta aquí.

Desde Redmont, trazó una línea al noreste, a las ruinas de Gorlan indicadas en el mapa.

—Una persona, cabalgando duro y empleando dos caballos, podría ir a Redmont en menos de un día, y después llevar al barón y a *sir* Rodney aquí, a las ruinas. Si los kalkara siguen moviéndose al ritmo que lo están haciendo, podríamos ser capaces de interceptarlos aquí. Iríamos muy justos, pero sería posible. Y con dos guerreros como Arald y Rodney a mano, tendremos una oportunidad mucho mayor de detener a esas malditas cosas de una vez por todas.

—Un momento, Halt —interrumpió Gilan—. ¿Has dicho una persona montando dos caballos?

Halt levantó la mirada para encontrarse con la de Gilan. Pudo ver que el joven montaraz ya había adivinado lo que él tenía en mente.

—Así es, Gilan —dijo—, y el más ligero de nosotros viajará más rápido. Quiero que le entregues tu yegua a Will. Si alterna entre *Tirón* y *Blaze*, puede conseguirlo a tiempo.

Vio la reticencia en el rostro de Gilan y lo entendió a la perfección. A ningún montaraz le agradaría la idea de entregarle su caballo a nadie —incluso a otro montaraz—. Pero, al mismo tiempo, Gilan entendió la lógica que había tras la sugerencia. Halt esperó a que el hombre más joven rompiera el silencio, mientras Will los miraba a ambos, con los ojos muy abiertos por la alarma que le producía la idea de la responsabilidad con la que le iban a cargar.

Finalmente, reacio, Gilan rompió el silencio.

—Supongo que tiene sentido —dijo—. ¿Qué quieres que haga entonces?

—Seguir a pie detrás de mí —dijo Halt con dinamismo, enrollando el mapa y devolviéndolo a la alforja—. Si puedes conseguir un caballo en algún sitio, hazlo y alcánzame. Si no, nos encontraremos en Gorlan. Si perdemos a los kalkara allí, Will puede esperarte con *Blaze*. Yo continuaré siguiendo a los kalkara hasta que me deis alcance.

Gilan expresó su conformidad y, según lo hacía, Halt sintió una ola de cariño por él. Una vez que Gilan vio el sentido de su propuesta, no era de los que planteaban objeciones o problemas. Lo que dijo, con arrepentimiento, fue:

—Creí que habías dicho que mi espada podría ser útil, ¿no?

—Lo hice —respondió Halt—, pero esto me da la oportunidad de presentar un contingente de caballeros completamente armados, con hachas y lanzas. Y tú sabes que ésa es la mejor forma de luchar contra los kalkara.

—Cierto —dijo Gilan, y, tomando entonces las bridas de *Blaze*, anudó las riendas y las lanzó por encima del cuello de la yegua—. Puedes partir montando a *Tirón* —le dijo a Will—. Eso le dará a *Blaze* la oportunidad de descansar. Te seguirá detrás sin una guía en las riendas y *Tirón* hará lo mismo cuando montes a *Blaze*. Ata las riendas así sobre el cuello de *Tirón* para que no vayan oscilando y se enganchen en cualquier cosa —comenzó a volverse hacia Halt, entonces recordó algo—. Ah sí, antes de que lo montes la primera vez acuérdate de decir «ojos marrones».

—Ojos marrones —repitió Will, y Gilan no pudo evitar sonreír.

—A mí no. A la yegua.

Era una vieja broma de montaraces y todos rieron. Luego Halt los trajo de vuelta al tema que tenían entre manos.

—Will, ¿confías en que podrás encontrar el camino de Redmont?

Will asintió. Tocó el bolsillo donde guardaba su propia copia del mapa y miró hacia el sol para orientarse.

—Noroeste —dijo conciso, indicando la dirección que había elegido. Halt asintió satisfecho.

—Llegarás al río Salmón antes del anochecer, eso te dará un buen punto de referencia. Y la calzada principal está solo un poco al oeste del río. Mantén un galope moderado continuo durante todo el camino. No intentes hacer correr a los caballos, así sólo conseguirás potarlos y a la larga irás más lento. Viaja seguro ahora.

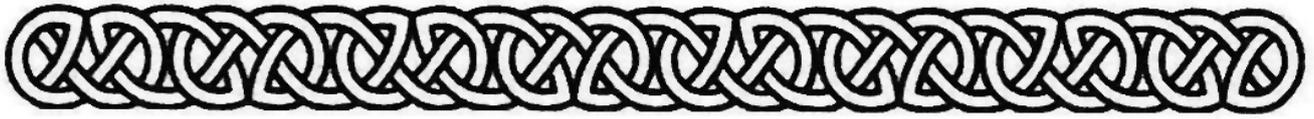
Halt montó en la silla de *Abelard* y Will montó a *Tirón*. Gilan señaló a Will y habló al oído de *Blaze*.

—Síguelo, *Blaze*, síguelo —la yegua zaina, inteligente como lo eran todos los caballos de los montaraces, sacudió la cabeza como si reconociese la orden.

Antes de que partieran, Will tenía una pregunta más que le había estado preocupando.

—Halt —dijo—, las ruinas de Gorlan... ¿qué son exactamente?

—Es irónico, ¿no crees? —respondió Halt—. Son las ruinas del castillo de Gorlan, el antiguo feudo de Morgarath.



Veintiocho

La cabalgada hacia el castillo de Redmont pronto se convirtió en una amalgama de fatiga. Los dos caballos mantenían el paso continuo que les habían enseñado. La tentación, por supuesto, era espolear a *Tirón* al galope rápido, con *Blaze* siguiendo detrás. Pero Will sabía que tal ritmo sería autodestructivo. Se desplazaba a la mejor velocidad para los animales. Como el Viejo Bob, el preparador de caballos, le había contado, las monturas de los montaraces podían mantener un galope medio durante todo el día sin cansarse.

El jinete era otra historia. Al esfuerzo físico de moverse constantemente al ritmo de cualquiera que fuera el caballo que estaba montando —y los dos tenían zancadas bien distintas, debido a la diferencia de sus tamaños— se sumaba el cansancio mental, igualmente debilitador.

¿Y si Halt se equivocaba? ¿Y si los kalkara habían virado de pronto al oeste y ahora estuvieran en una dirección que interceptase la suya? ¿Y si cometía algún error terrible y no conseguía encontrar Redmont a tiempo?

Este último temor, el temor de la duda en sí mismo, era al que más difícil le resultaba enfrentarse. A pesar del duro entrenamiento al que se había sometido durante los meses anteriores, todavía era poco más que un muchacho. Es más, siempre había podido confiar en el juicio y la experiencia de Halt en el pasado. Ahora se encontraba solo y era consciente de cuánto dependía de su capacidad de llevar a cabo la tarea que se le había asignado.

Los pensamientos, las dudas y los miedos abarrotaron su mente fatigada, rodando unos sobre otros, empujándose por un sitio. El río Salmón vino y se fue entre el continuo ritmo de los cascos de sus caballos. Se detuvo fugazmente a abrevarlos al llegar al puente y después, una vez en la calzada real, consiguió un promedio de velocidad óptimo, con sólo paradas cortas a intervalos regulares para cambiar de montura.

Las sombras del día se alargaron y los árboles que se descolgaban sobre el camino se tornaron oscuros y amenazadores. Cada ruido de los árboles oscurecidos, cada vago movimiento que percibía en las sombras, le mandaba el corazón a la boca

con una sacudida.

Aquí, un búho ululó y se encorvó para apretar sus garras alrededor de un ratón desprevenido. Allí, un tejón merodeaba a la caza de su presa como una sombra gris en la maleza del bosque. Con cada movimiento y ruido, la imaginación de Will trabajaba a toda máquina. Empezó a ver grandes figuras negras —muy parecidas a como había imaginado que serían los kalkara— en cada porción de sombra, en cada grupo oscuro de arbustos que se agitaba con la ligera brisa. La razón le decía que no había casi posibilidad alguna de que los kalkara le estuvieran buscando. La imaginación y el temor le replicaban que andaban por algún sitio, y ¿quién le iba a decir que no estaban cerca?

La imaginación y el miedo vencieron.

Y así la noche larga, repleta de miedos, fue pasando, hasta que la luz tenue del amanecer se encontró con una figura agotada, encorvada en la silla de un robusto y fornido caballo que avanzaba a ritmo constante hacia el noroeste.

Dormitando en la silla, se despertó de golpe con un respingo al sentir el primer calor de los rayos del sol sobre él. Detuvo a *Tirón* con suavidad y el pequeño caballo permaneció quieto, la cabeza baja, los costados palpitantes. Will se dio cuenta de que había estado cabalgando mucho más de lo que debía pues su miedo le había llevado a mantener a *Tirón* trotando en la oscuridad, cuando debía haberle dejado descansar mucho antes. Desmontó agarrotado, con todas las articulaciones doloridas, e hizo una pausa para acariciar afectuoso el suave hocico del caballo.

—Lo siento, chico —dijo.

Tirón, reaccionando al tacto y la voz que ahora tan bien conocía, agitó la cabeza y meneó su melena lanuda. Si Will se lo hubiera pedido, habría continuado, sin una queja, hasta reventar. Will miró a su alrededor. La luz alegre de las primeras horas de la mañana había dispersado todos los oscuros temores de la noche previa. Ahora, se sentía un poco ridículo al recordar esos momentos de pánico asfixiante. Tieso como había desmontado, aflojó las cinchas de la silla. Le dio a su caballo diez minutos de respiro, hasta que la respiración de *Tirón* pareció calmarse y sus costados cesaron de palpar. Entonces, maravillado por la capacidad de recuperación y la resistencia de la raza de los caballos de los montaraces, apretó las cinchas de la silla de *Blaze* y se montó a horcajadas en la yegua, liberando un suave gemido al hacerlo. Puede que los caballos de los montaraces se recuperen rápidamente. Los aprendices de montaraz tardan un poco más.

Se acercaba el final de la mañana cuando el castillo de Redmont apareció por fin a la vista.

Will montaba de nuevo a *Tirón*, el pequeño caballo no parecía notar los efectos de la dura noche de esfuerzo después de culminar la última hilera de colinas. El valle verde de la baronía de Arald se extendía ahora ante ellos.

Exhausto, Will se detuvo unos pocos segundos, tendiéndose cansado sobre la perilla de la montura. Habían llegado muy lejos muy rápido. Echó una mirada de

alivio a la familiar vista del castillo y el bonito pueblo que se asentaba satisfecho a su cobijo. El humo se elevaba desde las chimeneas. La gente del campo volvía despacio a casa de los cultivos para la comida del mediodía. El castillo se erguía sólido y tranquilizador en su mole sobre la cima de la colina.

—Todo parece tan... normal —dijo Will a su caballo.

En cierto modo, se dio cuenta, había esperado encontrar las cosas cambiadas. El reino estaba a punto de ir a la guerra por primera vez en quince años, pero allí la vida continuaba con normalidad.

Luego, percatándose de que estaba perdiendo el tiempo, espoleó a *Tirón* para que avanzara hasta alcanzar el galope, deseosos, tanto el muchacho como el caballo, de terminar la última parte de su viaje.

La gente miraba sorprendida ante la pasada veloz de la pequeña figura vestida de verde y gris, agachada sobre el cuello de su caballo polvoriento, con una yegua zaina de mayor tamaño siguiéndole a continuación. Uno o dos de los aldeanos reconocieron a Will y le saludaron a voces. Pero sus palabras se perdieron en el ruido de cascos.

El ruido se convirtió en un tamborileo con eco al cruzar el puente levadizo hacia el patio de entrada al castillo. Después, el tamborileo se transformó en un repiqueteo apremiante contra los adoquines del patio. Will tiró con suavidad de las riendas y *Tirón* se deslizó hasta detenerse junto a la entrada de la torre del barón Arald.

Los dos hombres de armas que estaban allí de servicio, sorprendidos por su repentina aparición a ritmo suicida, dieron un paso al frente y le cerraron el camino con sus picas cruzadas.

—¡Un momento! —dijo uno de ellos, un cabo—. ¿Adónde crees que vas con tanto ruido y tanta prisa?

Will abrió la boca para responder pero, antes de que pudiera articular palabra, una voz enojada tronó a su espalda.

—¿Qué demonios crees que haces, idiota? ¿Es que no reconoces a un montaraz del rey cuando lo ves?

Era *sir* Rodney, que atravesaba el patio a grandes zancadas para ver al barón. Los dos centinelas se cuadraron mientras Will se giraba, agradecido, al maestro de combate.

—*Sir* Rodney —dijo—, tengo un mensaje urgente para lord Arald y para usted.

Como Halt había señalado tras la caza del jabalí, el maestro de combate era un hombre inteligente. Se fijó en las alborotadas ropas de Will, los dos caballos polvorientos, quietos, con la cabeza gacha de cansancio. Advirtió que aquél no era momento para un montón de preguntas estúpidas. Señaló en dirección a la puerta.

—Entonces, será mejor que entres y nos lo cuentes —se volvió a los centinelas—. Reencárguense de que atiendan a estos caballos. Que les den pienso y agua.

—No demasiada cantidad de ninguno de los dos, por favor, *sir* Rodney —dijo Will rápidamente—. Sólo un poco de grano y agua, y quizás pudiera pedir que los cepillasen. Los volveré a necesitar pronto.

Las cejas de Rodney se levantaron ante aquello. Will y los caballos parecían necesitar un largo descanso.

—Sí que debe de haber una urgencia —dijo, añadiendo al cabo—: Vaya entonces a atender a los caballos. Y que traigan comida al estudio del barón Arald y una jarra de leche fría.

Los dos caballeros silbaron de asombro cuando Will les contó las novedades. Ya les había llegado la noticia de que Morgarath estaba reuniendo su ejército y el barón había enviado a sus mensajeros para formar sus propias tropas, tanto caballeros como hombres de armas. Sin embargo, la información sobre los kalkara era algo totalmente distinto. Ningún indicio de aquello había llegado al castillo de Redmont.

—¿Dices que Halt piensa que pueden ir tras el rey? —preguntó el barón Arald conforme Will terminó de hablar.

Will asintió, después vaciló antes de añadir:

—Sí, mi señor. Pero creo que hay otra posibilidad —se resistía a continuar, pero el barón le hizo un gesto para que prosiguiese y finalmente expresó la sospecha que se había ido levantando en su interior durante el largo período de la noche y el día—. Señor... creo que existe la posibilidad de que vayan tras el propio Halt.

Una vez que hubo expresado la sospecha y que había sacado el miedo al exterior para que fuera valorado y analizado, se sintió mucho mejor. Para sorpresa de Will, el barón Arald no descartó la idea. Se acarició la barba pensativo mientras digería las palabras.

—Continúa —dijo, esperando escuchar el razonamiento de Will.

—Es sólo que Halt tuvo la sensación de que Morgarath podría estar buscando venganza, buscando castigar a aquellos que le combatieron la última vez. Y pensé que Halt, probablemente, le causó el mayor daño de todos, ¿no?

—Eso es bastante cierto —dijo Rodney.

—Y pensé que quizás los kalkara sabían que los estábamos siguiendo, el hombre de la llanura tuvo todo el tiempo del mundo para encontrarlos y contárselo. Y que podía ser que estuvieran conduciendo a Halt hasta que dieran con un lugar para una emboscada. Así que, aunque él piensa que les está dando caza, es él quien está siendo cazado.

—Y las ruinas de Gorlan son un sitio ideal para ello —reconoció Arald—. En aquel montón de rocas podrían caer sobre él antes de que tuviese una oportunidad de usar ese arco largo suyo. Bien, Rodney, no hay tiempo que perder. Tú y yo nos iremos de inmediato. Media armadura, creo yo. Iremos más rápido así. Lanzas, hachas y espadones. Y llevaremos dos caballos cada uno, en eso seguiremos el ejemplo de Will. Nos marcharemos en una hora. Que Karel reúna a otros diez caballeros y que nos siga tan pronto como pueda.

—Sí, mi señor —respondió el maestro de combate.

El barón Arald se volvió de nuevo hacia Will.

—Has hecho un buen trabajo, Will. Nosotros nos ocuparemos ahora de esto. En cuanto a ti, mira a ver si puedes coger ocho horas seguidas de buen sueño.

Agotado, con cada músculo y cada articulación dolorida, Will se levantó.

—Me gustaría ir con ustedes, mi señor —dijo. Tuvo la sensación de que el barón estaba a punto de mostrar su desacuerdo y se apresuró a añadir—: Señor, ninguno de nosotros sabe lo que va a pasar y Gilan anda por ahí fuera a pie. Además... —vaciló.

—Continúa, Will —dijo el barón en tono tranquilo, y, cuando el muchacho levantó la vista, Arald vio el temple en sus ojos.

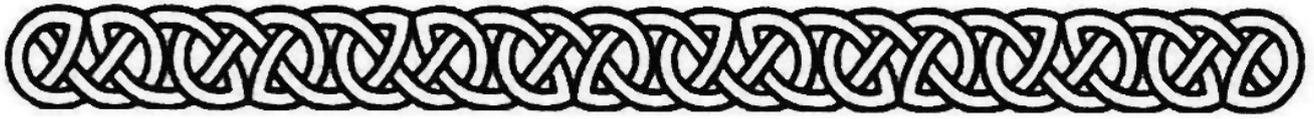
—Halt es mi maestro, señor, y está en peligro. Mi sitio está junto a él —dijo Will.

El barón le evaluó con inteligencia y acto seguido tomó una decisión.

—Muy bien. Por lo menos puedes descansar durante una hora. Hay un catre en aquel anejo de allí —indicó una sección del estudio separada con una cortina—. ¿Por qué no lo usas?

—Sí, señor —dijo agradecido.

Sentía los ojos como si le hubieran restregado puñados de arena en ellos. Nunca en su vida había estado tan contento de obedecer una orden.



Veintinueve

Durante aquella larga tarde, Will sintió como si se hubiera pasado la vida entera en la silla, siendo su único descanso los cambios de un caballo a otro cada hora. Una breve pausa para desmontar, aflojar las cinchas del caballo que había estado montando, apretar las del caballo que iba detrás y montarse de nuevo para continuar. Una y otra vez se maravillaba ante la sorprendente resistencia mostrada por *Tirón* y *Blaze* mientras mantenían su galope moderado. Tuvo incluso que frenarlos un poco para mantener el paso de los caballos de combate que montaban los dos caballeros. Tan grandes, poderosos y entrenados para la guerra como estarían, no podrían igualar el ritmo constante de los caballos de los montaraces, a pesar del hecho de estar frescos cuando la pequeña partida abandonó el castillo de Redmont.

Cabalgaron sin hablar. No había tiempo para la charla ociosa, e incluso si lo hubieran tenido, les habría resultado difícil oírse los unos a los otros por encima del sonido atronador de los cuatro pesados caballos de combate al cabalgar, el soniquete más ligero de los cascos de *Tirón* y *Blaze* y el traqueteo constante del equipamiento y las armas que llevaban.

Ambos hombres portaban lanzas largas de guerra —duras pértigas de fresno de más de tres metros de longitud, rematadas con una punta pesada de hierro—. Además, cada uno llevaba un montante atado a la silla —espadaones enormes que se manejaban con las dos manos y que hacían que las espadas de uso normal, cotidiano, pareciesen miniaturas— y Rodney tenía un hacha pesada de combate colgada del faldón trasero derecho de su silla. Era en las lanzas, sin embargo, donde ellos tenían depositada su mayor confianza. Mantendrían a los kalkara a cierta distancia y así reducirían las posibilidades de que los caballeros se pudieran quedar paralizados por la mirada aterradora de las dos bestias. Al parecer, la mirada hipnótica sólo era efectiva en las distancias cortas. Si un hombre no podía verles los ojos con claridad, había muy pocas probabilidades de que su visión le inmovilizara.

El sol descendía deprisa a sus espaldas, lanzando sus sombras por delante de ellos, largas y distorsionadas por el ángulo bajo de la luz. Arald miró la posición del

sol por encima de su hombro y llamó a Will.

—¿Cuánto tiempo falta para el anochecer, Will?

Will se giró en su silla y frunció el ceño ante la bola de luz en descenso antes de responder.

—Menos de una hora, mi señor.

El barón movió la cabeza dubitativo.

—Vamos entonces muy justos para llegar allí antes de que oscurezca por completo —dijo.

Espoleó a su caballo para aumentar la velocidad un poco. *Tirón* y *Blaze* igualaron la aceleración sin esfuerzo. Ninguno de ellos quería ir a la caza de los kalkara en la oscuridad.

La hora de descanso en el castillo había hecho maravillas con Will. Pero ahora parecía que había pasado hacía siglos. Pensó en las instrucciones someras que Arald les había dado cuando montaron para abandonar Redmont. Si encontraban a los kalkara en las ruinas de Gorlan, Will se quedaría atrás mientras que el barón y *sir* Rodney cargaban contra los dos monstruos. No había en aquello ninguna táctica compleja, sólo una carga frontal que podría coger a los dos asesinos por sorpresa.

—Si Halt está allí, estoy seguro de que también echará una mano. Pero a ti te quiero detrás, bien lejos del peligro, Will. Ese arco tuyo no le haría ni un rasguño a un kalkara.

—Sí, señor —había dicho Will.

No tenía intención de acercarse a los kalkara. Estaba más que contento de dejarles el asunto a los dos caballeros, protegidos por sus escudos, yelmos y media armadura de camión y perneras de cota de malla. Sin embargo, las siguientes palabras de Arald disiparon rápidamente cualquier exceso de confianza que hubiera podido tener en su capacidad para enfrentarse a las bestias.

—Si esas malditas cosas nos vencen, quiero que cabalgues a buscar más ayuda. Karel y los demás estarán en alguna parte por detrás de nosotros. Encuéntralos y ve tras los kalkara con ellos. Localizadlos y matadlos.

Will no había dicho nada ante aquello. El hecho de que Arald siquiera contemplase el fracaso, cuando Rodney y él eran los dos caballeros más importantes en un radio de doscientos kilómetros, decía mucho de su preocupación respecto de los kalkara. Por primera vez, Will se dio cuenta de que en aquella contienda las apuestas estaban claramente en su contra.

El sol temblaba sobre el borde de la tierra, las sombras en su máxima longitud, y a ellos aún les restaban varios kilómetros para llegar. El barón Arald levantó una mano y detuvo la partida. Miró a Rodney y señaló hacia el fardo de antorchas empapadas con brea que cada hombre llevaba detrás de la silla.

—Antorchas, Rodney —dijo brevemente.

El maestro de combate objetó por un momento.

—¿Está seguro, mi señor? Revelarán nuestra posición si los kalkara están

vigilando.

Arald se encogió de hombros.

—De todas formas nos oirán llegar. Y entre los árboles nos moveremos demasiado despacio sin la luz. Nos la jugaremos.

Se disponía ya a entrechocar la piedra de sílex contra el acero para prender una chispa que hizo humear su montoncito de yesca y encendió el fuego después. Sostuvo la antorcha en la llama y la gruesa y pegajosa resina de pino con la que había sido impregnada se prendió de pronto y se sumergió en una llama de color amarillo. Rodney se inclinó hacia él con otra antorcha y la encendió con la llama del barón. Después, sosteniendo altas las antorchas y llevando sus lanzas sujetas por correas de cuero a sus muñecas, retomaron el galope, tronando en la oscuridad bajo los árboles según dejaban por fin el ancho camino que habían estado siguiendo desde el mediodía.

Pasaron diez minutos antes de que oyesen el alarido.

Se trataba de un sonido sobrenatural que encogía el estómago y helaba la sangre. De forma involuntaria, el barón y *sir* Rodney tiraron de sus riendas en cuanto lo oyeron. Sus caballos corcovearon con furia. Provenía justo de delante de ellos, y se elevó y cayó, hasta que el aire de la noche tembló con su horror.

—¡Por todos los santos! —exclamó el barón—. ¿Qué es eso? —Su rostro se quedó lívido cuando el sonido infernal se alzó a través de la noche hacia ellos, para ser respondido de inmediato por otro aullido idéntico.

Pero Will ya había oído el terrible ruido antes. Sintió la sangre abandonar su rostro mientras se daba cuenta de que sus temores se estaban mostrando ciertos.

—Son los kalkara —dijo—. Van de caza.

Y sabía que sólo podía haber ahí fuera una persona a quien anduviesen acechando. Se habían vuelto y cazaban a Halt.

—¡Mire, mi señor! —dijo Rodney al tiempo que señalaba al cielo nocturno que oscurecía rápidamente.

Lo vieron a través de un claro en la bóveda arbórea, un súbito destello de luz que se reflejaba en el cielo, prueba de un fuego a una distancia cercana.

—¡Es Halt! —dijo el barón—. Seguro que es él. ¡Y necesita ayuda!

Clavó sus espuelas en las rendidas ijadas del caballo de combate, espoleando a la bestia para avanzar en un pesado galope, en su mano la antorcha lanzaba chispas y llamas tras él mientras *sir* Rodney y Will galopaban sobre sus huellas.

Fue una sensación inquietante seguir esas antorchas que crepitaban con llamaradas a través de la arboleda, sus lenguas de fuego, alargadas a la espalda de los dos jinetes, proyectaban sombras extrañas y aterradoras entre los árboles mientras que, delante de ellos, el brillo del gran fuego, encendido presumiblemente por Halt, se hacía cada vez mayor y más cercano a cada tranco.

Había un corto espacio abierto de hierba, después el terreno situado más allá era un lecho de piedras y cantos revueltos. Trozos gigantes de mampostería, unidos aún

por el mortero, yacían dispersos sobre sus lados y bordes, semihundidos a veces en la tierra blanda cubierta de hierba. Los ruinosos muros del castillo de Gorlan rodeaban las escena en tres de sus lados, sin elevarse nunca a más de cinco metros de altura, destruido y demolido por un reino vengativo después de que Morgarath fuera obligado a huir hacia el sur hasta las Montañas de la Lluvia y la Noche. El caos resultante de rocas y porciones de muro derrumbado era como el patio de juegos de un niño gigante, dispersas en todas direcciones, apiladas con descuido unas sobre otras, sin apenas dejar suelo llano libre.

Toda la escena se encontraba iluminada por las llamas de una hoguera que se retorcían y saltaban a unos cuarenta metros frente a ellos. Y a su lado, una horrible figura permanecía agachada, mientras daba alaridos de odio y furia y se tocaba inútilmente la herida mortal en su pecho que finalmente le había abatido.

Más de dos metros y medio de alto, con un pelo greñado, enmarañado y apelmazado, de aspecto escamoso, que le cubría todo el cuerpo, el kalkara tenía unos brazos largos y revestidos de púas que le llegaban por debajo de las rodillas. Unas poderosas extremidades inferiores, relativamente cortas, le daban la capacidad de cubrir el terreno a una velocidad engañosa en una serie de saltos y brincos. Todo esto se encontraron los tres jinetes según emergieron de los árboles. Pero en lo que más se fijaron fue en el rostro salvaje y simiesco, con enormes y amarillentos colmillos y unos brillantes ojos enrojecidos repletos de odio y el deseo ciego de matar. Entonces el rostro se giró hacia ellos y la bestia lanzó un alarido desafiante, intentó levantarse y se trastabilló, quedándose de nuevo medio encogido.

—¿Qué le pasa? —preguntó Rodney al tiempo que detenía su caballo.

Will señaló el grupo de flechas que sobresalía de su pecho. Debía de haber ocho de ellas, situadas a unos centímetros unas de las otras.

—¡Mire! —gritó—. ¡Mire las flechas!

Halt, con su asombrosa capacidad para apuntar y tirar en un abrir y cerrar de ojos, debió de soltar una lluvia de flechas, una detrás de otra, para romper el pelaje apelmazado que hace de armadura, cada una abriendo un hueco en las defensas del monstruo hasta que la última flecha penetró profundo en su cuerpo. La sangre negra le corría a borbotones por el torso y de nuevo les aulló con todo su odio.

—¡Rodney! —gritó el barón Arald—. ¡Conmigo! ¡Ahora!

Tras soltar las riendas de su caballo de refresco, lanzó a un lado la antorcha, bajó la lanza hasta su posición de ataque y cargó. Rodney iba medio segundo detrás de él, los dos caballos de combate tronando a través del espacio abierto. El kalkara, un charco de su sangre en el suelo a sus pies, se irguió para encontrarse con ellos, a tiempo de recibir las dos puntas de lanza, una detrás de la otra, en el pecho.

Estaba casi muerto. Aun así, el peso y la fortaleza del monstruo contuvo el veloz avance de los caballos. Se encabritaron sobre sus cuartos traseros cuando ambos caballeros se echaron hacia delante sobre los estribos para dirigir las puntas de lanza a su objetivo. El hierro afilado penetró a través del pelaje enmarañado. Entonces, la

fuerza de la carga hizo perder pie al kalkara y lo lanzó hacia atrás, a las llamas del fuego a su espalda.

Por un instante no pasó nada. Después se produjo un fogonazo cegador y una columna de fuego rojo que alcanzó los diez metros de altura en el cielo nocturno. Y así, el kalkara desapareció.

Los dos caballos de combate se encabritaron de terror y Rodney y el barón apenas se las arreglaron para mantenerse en sus sillas. Se retiraron del fuego. Había un horrible hedor a pelo y carne calcinados que inundaba el aire. Will recordó con vaguedad a Halt hablando de la forma de enfrentarse a un kalkara. Según dijo, se rumoreaba que eran particularmente sensibles al fuego. Vaya rumor, pensó, mientras avanzaba, al trote a lomos de *Tirón* para unirse a los dos caballeros.

Rodney se frotaba los ojos, todavía deslumbrado por el tremendo destello.

—¿Qué demonios ha causado eso? —preguntó.

El barón retiró su lanza del fuego con cautela. La madera estaba chamuscada y la punta, ennegrecida.

—Debe de ser la sustancia cerosa que apelmaza su pelaje y forma ese caparazón duro —respondió con un tono de asombro en la voz—. Debe de ser muy inflamable.

—Bueno, lo que quiera que fuese, lo conseguimos —replicó Rodney con cierto deje de satisfacción.

El barón negó con la cabeza.

—Halt lo ha conseguido —corrigió a su maestro de combate—. Nosotros sólo lo terminamos.

Rodney asintió, aceptando la corrección. El barón observó el fuego, que aún lanzaba un torrente de chispas pero ya regresaba a la normalidad tras la tremenda explosión de la llama roja.

—Ha debido de encender este fuego al sentir que se volvían en círculo sobre él. Iluminó el área, así que tuvo luz para disparar.

—Ya lo creo que lo hizo —terció *sir* Rodney—. Esas flechas debieron de clavarse todas en unos centímetros cuadrados.

Miraron a su alrededor en busca de alguna señal del montaraz. Entonces, al pie de los muros en ruinas del castillo, Will avistó un objeto que le resultaba familiar. Desmontó y corrió a recogerlo, y el corazón se le encogió al levantar el poderoso arco largo, aplastado y partido en dos trozos.

—Debe de haber tirado desde allí —dijo indicando el punto bajo el muro en ruinas donde había encontrado el arco.

Miraron para imaginarse la escena, intentando recrearla. El barón tomó el arma destrozada de manos de Will mientras éste volvía a montar a *Tirón*.

—Y el segundo kalkara le alcanzó según mataba a su hermano —dijo—. La cuestión es: ¿dónde está Halt? Y ¿dónde está el otro kalkara?

Fue entonces cuando oyeron el aullido otra vez.



Treinta

Dentro del patio en ruinas, repleto de maleza, Halt se agazapó entre los fragmentos de mampostería derrumbados que un día fueron el bastión de Morgarath. Su pierna, entumecida en la zona en que el kalkara le había dado un zarpazo, le estaba empezando a palpar del dolor y podía sentir cómo la sangre se filtraba a través del grueso vendaje que había puesto a su alrededor.

Sabía que el segundo kalkara le buscaba por alguna zona cercana. De vez en cuando oía el arrastre de sus pies al moverse y en una ocasión incluso el ruido áspero de su respiración al aproximarse a su escondite entre las dos secciones caídas del muro. Era sólo cuestión de tiempo que le encontrara, lo sabía. Y cuando eso ocurriese, estaría acabado.

Se hallaba herido y desarmado. Había perdido su arco, machacado en esa terrible primera carga, cuando lanzó flecha tras flecha al primero de los dos monstruos. Conocía la fuerza de su arco y las cualidades de penetración de las pesadas y afiladas puntas de sus flechas. No podía creer que el monstruo continuase absorbiendo aquella lluvia de flechas y se mantuviese aparentemente impertérrito. En el momento en que se tambaleó, ya era demasiado tarde para que Halt pudiera centrar su atención en su compañero. El segundo kalkara, que estaba casi sobre él, le arrancó el arco de las manos con la enorme pata cubierta de pinchos y apenas si tuvo tiempo de hacer un esfuerzo para conseguir protegerse en el muro derrumbado.

Según aquello se abría camino hacia él, desenvainó su cuchillo saxe y le atacó a la cabeza. Pero la bestia era demasiado rápida para él y el cuchillo rebotó en uno de sus antebrazos acorazados. Al mismo tiempo, se encontró frente a sus ojos rojos hinchados de odio, y tuvo la sensación de que su mente le abandonaba y se le congelaban los músculos del terror según se veía arrastrado hacia la bestia horrible que tenía delante. Le supuso un inmenso esfuerzo apartar los ojos de la mirada de la criatura, se tambaleó, retrocedió y perdió el cuchillo saxe cuando las garras osunas le golpearon y le rasgaron el muslo.

Corrió entonces, desarmado y sangrando, con la confianza puesta en el intrincado laberinto que formaban las ruinas para escapar del monstruo.

Había percibido el cambio en los movimientos de los kalkara hacia el final de la tarde. Su camino constante y anteriormente recto hacia el noreste cambió de pronto cuando las dos bestias se separaron de forma brusca, giraron noventa grados cada uno y se desplazaron en diferentes direcciones hacia el interior del bosque que los rodeaba. Su rastro, tan fácil de seguir hasta aquel momento, mostró también signos de estar ocultándose, de forma que sólo un rastreador tan diestro como un montaraz pudo haber sido capaz de seguirlos. Por primera vez en años, Halt sintió un escalofrío de temor en la barriga al percatarse de que los kalkara iban a su caza.

Las ruinas se hallaban cerca y prefirió hacerles frente allí mejor que en el bosque. Dejó a *Abelard* a salvo, fuera de peligro, y siguió a pie hacia las ruinas. Sabía que los kalkara vendrían tras él una vez que cayera la noche, así que se preparó lo mejor que pudo: reunió algunas ramas secas para hacer la hoguera. Encontró, incluso, medio tarro de aceite en las ruinas de la cocina. Estaba rancio y despedía un olor fétido, pero aún ardería. Lo vertió sobre la pila de leña y se desplazó a un lugar en el que tendría el muro a su espalda. Se había hecho con unas antorchas que mantuvo ardiendo mientras caía la oscuridad y esperó a que los implacables asesinos vinieran a por él.

Los percibió antes de verlos. Luego distinguió las dos formas desgachadas, manchas más negras contra la oscuridad de los árboles. Le vieron inmediatamente, por supuesto. La antorcha que parpadeaba encajada en el muro a su espalda se aseguraba de ello. Pero no se fijaron en la pila de leña empapada en aceite, y aquello era con lo que él había contado. Cuando lanzaron sus alaridos de caza, él bajó la antorcha ardiendo hasta la pila y las llamas se elevaron al instante, brillando amarillas en la oscuridad.

Por un momento, las bestias vacilaron. El fuego era su némesis. Pero vieron que el montaraz no estaba cerca de las llamas y continuaron, directos a la lluvia de flechas con la que Halt los recibió.

Si hubieran tenido que cubrir otros cien metros, se las habría podido arreglar para detener a los dos. Aún contaba con una docena de flechas en su carcaj. Sin embargo, el tiempo y la distancia estaban en su contra y apenas si escapó vivo. Se encogió entonces entre dos fragmentos de mampostería que formaban un refugio en forma de «A», escondido en una hendidura poco profunda del suelo, y se ocultó con la capa, como lo había estado haciendo durante años. Su única esperanza ahora era que Will llegase con Arald y Rodney. Si podía esquivar a la criatura hasta que llegase la ayuda, tendría una oportunidad.

Intentó no pensar en la otra posibilidad: que Gilan llegara antes que ellos, solo y armado únicamente con su arco y su espada. Ahora que había visto a los kalkara de cerca, sabía que un hombre sólo tenía pocas posibilidades de hacer frente a uno de ellos. Si Gilan llegaba antes que los caballeros, él y Halt morirían allí.

La criatura estaba destrozando el viejo patio como un perro de presa en busca de caza, adoptaba un patrón metódico de búsqueda, hacia delante y hacia atrás,

examinaba cada espacio, cada ranura, cada posible escondite. Él sabía que esta vez le encontraría. Su mano rozó la empuñadura del cuchillo pequeño que solía lanzar, la única arma que le quedaba. Era una defensa penosa, casi inútil, pero era todo lo que tenía.

Entonces lo oyó: el inconfundible ruido fuerte de los cascos de los caballos de combate. Miró hacia arriba, vigilando al kalkara a través de un pequeño hueco entre las rocas que le ocultaban. La bestia también los había oído. Estaba erguida, con la cabeza girada hacia el sonido en el exterior de los muros derrumbados.

Los caballos se detuvieron y escuchó el estridente aullido del kalkara herido de muerte en el exterior que amenazaba a aquellos nuevos enemigos. El sonido de los cascos se elevó de nuevo, ganando velocidad e ímpetu. Se produjo entonces un aullido y un gigantesco destello rojo que se elevó al cielo en un instante. Vagamente, Halt razonó que el primer kalkara debía de haber caído al fuego. Comenzó a arrastrarse despacio hacia atrás para salir de su escondite. Tal vez pudiera flanquear al otro kalkara, desplazándose hacia un lado y escalando el muro antes de que se diese cuenta. Las posibilidades parecían buenas. Su atención se centraba ahora en lo que fuera que estuviera pasando en el exterior. Pero tan pronto como se le ocurrió la idea, advirtió que no tenía alternativa. Ya que, en apariencia, el kalkara se había olvidado de él por un momento y se movía con sigilo hacia la mampostería derrumbada que formaba una escalera irregular hasta lo alto del muro.

En unos pocos minutos más, estaría en disposición de abalanzarse sobre sus amigos al otro lado, cogiéndolos por sorpresa. Debía detenerlo.

Halt había salido de su escondite, el cuchillo pequeño se deslizó fuera de la funda casi como por voluntad propia, mientras corría a través del patio, agachándose y ondulando por entre los escombros dispersos. El kalkara le oyó antes de que hubiera dado media docena de pasos y se volvió hacia él, aterrador en su silencio mientras corría como un simio para cortarle el paso antes de que pudiera advertir a sus amigos.

Halt se detuvo en seco, inmóvil, con los ojos fijos en la desgajada figura que venía hacia él.

En otros pocos metros, su mirada hipnótica se haría con el control de su mente. Sintió crecer más fuerte el impulso irresistible de mirar a aquellos ojos rojos. Cerró entonces los suyos, arrugó las cejas en fiera concentración y levantó el cuchillo de atrás hacia delante en un lanzamiento fluido, instintivo, de memoria, con la visión en su mente del blanco en movimiento, alineando el avance y el giro del cuchillo hasta el punto en el espacio en el cual se encontrarían el puñal y el blanco simultáneamente.

Sólo un montaraz pudo haber realizado ese lanzamiento, y sólo uno de entre un puñado de ellos. Alcanzó al kalkara en el ojo derecho y la bestia aulló de dolor y de furia a la vez que se detenía para echarse las manos a la súbita y agónica lanzada que penetró en el ojo y se abrió camino hasta los receptores del dolor en su cerebro. Halt pasó entonces a su lado corriendo hacia el muro, trepando por las rocas.

Will le vio como una silueta oscura cuando subió a lo más alto del muro en ruinas. Oscuro o no, había algo inconfundible en él.

—¡Halt! —gritó al tiempo que señalaba para que también los dos caballeros le vieran.

Los tres observaron cómo el montaraz se detenía, se giraba y vacilaba. Entonces una enorme forma comenzó a aparecer unos pocos metros a su espalda, mientras el kalkara, cuya herida era dolorosa pero estaba lejos de ser mortal, iba tras él.

El barón Arald fue a montar de nuevo. Después, al percatarse de que ningún caballo podría pasar entre los montones de rocas y mampostería junto al muro, extrajo su enorme montante de la vaina de la montura y corrió hacia las ruinas.

—¡Atrás, Will! —gritó mientras avanzaba, y Will, nervioso, guió a *Tirón* de vuelta al borde de la arboleda.

Sobre el muro, Halt escuchó el grito y vio a Arald avanzar en carrera. *Sir Rodney* le seguía de cerca, con un hacha de combate enorme que hacía zumbir en círculos sobre la cabeza.

—¡Salta, Halt! ¡Salta! —gritó el barón, y Halt no necesitó que se lo dijeran dos veces.

Saltó los tres metros desde el muro y rodó para detener la caída al aterrizar. Acto seguido se puso en pie y corrió con torpeza hacia los dos caballeros mientras la herida en la pierna se le abría de nuevo.

Will observó, con el corazón en la boca, cómo Halt corría sin mirar atrás. El kalkara vaciló un momento y después, en un espeluznante aullido amenazador, saltó tras él. Pero, mientras que Halt había rodado para volver a ponerse en pie, el kalkara, sin más, transformó la caída de tres metros en un salto tremendo con sus patas traseras increíblemente poderosas, hacia arriba y hacia delante, recorriendo el espacio entre él y Halt en ese único movimiento. Balanceando su enorme brazo, alcanzó de refilón a Halt y le tiró rodando, inconsciente. Pero la bestia no tuvo tiempo de acabar con él, ya que el barón Arald avanzó a su encuentro, con el espadón resonando en un arco mortífero hacia el cuello.

El kalkara era siniestramente rápido y esquivó el golpe asesino, luego golpeó con las garras en la espalda al descubierto del barón antes de que hubiera recuperado su posición tras el ataque. Rajó la cota de malla como si fuera de lana y Arald gruñó de dolor y de sorpresa cuando la fuerza del golpe le postró de rodillas y se le cayó el montante de las manos, la sangre manando de media docena de profundos cortes en su espalda.

Habría muerto allí y en aquel momento si no hubiera sido por *sir Rodney*. El maestro de combate hizo girar la pesada hacha de guerra como si fuera de juguete y la estrelló contra el costado del kalkara.

La armadura de pelaje apelmazado por la cera protegió a la bestia, pero la pura fuerza del golpe le hizo dar un traspiés que le obligó a retroceder con un aullido de

furia y frustración. *Sir Rodney* avanzó, se situó a modo de protección entre el kalkara y las figuras de Halt y el barón, tendidas boca abajo, y afianzando los pies, llevó el hacha hacia atrás para asestar otro golpe aplastante.

Y entonces, de forma extraña, dejó caer el arma de sus manos y se quedó ante el monstruo, totalmente a su merced cuando el poder de la mirada del kalkara, canalizada ahora a través de su ojo sano, le privó de su voluntad y su capacidad de pensar.

El kalkara aulló su victoria al cielo nocturno. La sangre negra corría por su rostro. Nunca en su vida había sentido tanto dolor como le habían infligido aquellos tres hombres insignificantes. Y ahora debían morir por atreverse a hacerle frente. Pero la inteligencia primitiva que le guiaba quería su momento triunfal y aulló una y otra vez sobre los tres hombres indefensos.

Will observaba horrorizado. Un pensamiento iba tomando forma, una idea estaba dando vueltas en algún lugar recóndito de su mente. Miró a un lado, vio la parpadeante antorcha que el barón había dejado. Fuego. La única arma capaz de derrotar al kalkara. Pero estaba a cuarenta metros de distancia...

Sacó a toda prisa una flecha de su carcaj, se deslizó de la silla y corrió ligero hacia la antorcha. Una buena cantidad de resina pegajosa, derretida, corría por el mango de la antorcha, y Will pasó rápidamente la punta de la flecha por la sustancia blanda y viscosa, haciéndola girar para formar una buena bola en la flecha. Después la puso en el fuego hasta que prendió.

A cuarenta metros de distancia, la enorme criatura malvada estaba dando satisfacción a su sed de triunfo, lanzando y retumbando sus aullidos en la noche mientras permanecía sobre los dos cuerpos: Halt, inconsciente; el barón, aturdido por el dolor. *Sir Rodney* estaba aún en pie, congelado en el sitio, con las manos indefensas que pendían a ambos costados, aguardando su muerte. Entonces el kalkara levantó una de sus patas pinchudas para golpearle y todo lo que el caballero pudo sentir fue el terror paralizante de su mirada.

Will llevó la flecha hacia atrás, hasta el límite, e hizo un gesto de dolor cuando las llamas le quemaron la mano que sujetaba el arco. Apuntó un poco más alto para compensar el peso añadido de la resina y soltó.

La flecha se elevó dibujando un arco de chispas. El viento en su travesía redujo las llamas a un mero rescoldo. El kalkara vio venir el destello de luz y se giró para mirar, sellando su propio destino según la flecha se le incrustó en medio del enorme pecho.

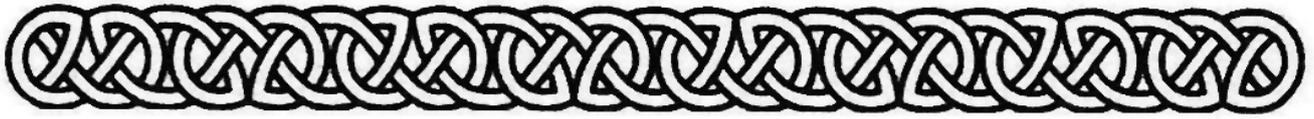
La flecha apenas había penetrado en el duro pelaje pseudoescamoso. Pero en cuanto ésta se detuvo, la pequeña llama ardió de nuevo, la sustancia del pelaje de alrededor se prendió y la llama comenzó a propagarse con una velocidad increíble.

Los aullidos del kalkara ahora se llenaron de terror al sentir el fuego, la única cosa que temía en la vida.

El monstruo golpeó las llamas en su pecho con las zarpas, pero aquello sólo sirvió

para extender el fuego a los brazos. Se produjo entonces una ráfaga súbita de fuego rojo y el kalkara quedó envuelto en segundos, ardiendo de la cabeza a los pies, mientras corría cegado en círculos en un vano intento de escapar. Los aullidos eran constantes, desgarradores, y a la vez subían más y más alto, en una espiral de agonía que la mente apenas podía comprender, según la fiereza de las llamas crecía a cada segundo.

Y entonces el aullido cesó y la criatura estaba muerta.



Treinta y uno

La posada de la villa de Wensley se llenaba de música y risas y ruido. Will se sentó en una mesa con Horace, Alyss y Jenny, mientras que el posadero les servía una succulenta cena de ganso asado y verduras frescas, seguida de un pastel de arándano cuyo hojaldre se ganó la aprobación incluso de Jenny.

Había sido idea de Horace celebrar la vuelta de Will al castillo de Redmont con un banquete. Las dos muchachas aceptaron de inmediato, deseosas de un descanso en sus vidas cotidianas, que ahora parecían más bien aburridas en comparación con los sucesos en que Will había tomado parte.

Naturalmente, la noticia de la batalla con el kalkara había dado la vuelta a la villa como un fuego arrasador —«un símil apropiado», pensó Will sobre la marcha—. Cuando entró en la posada esa tarde con sus amigos, se hizo un silencio de expectación en la sala y todas las miradas se volvieron hacia él. Agradeció mucho la profunda capucha de su capa, que ocultó cómo sus facciones enrojecían a toda velocidad. Sus tres compañeros notaron su vergüenza. Jenny, como siempre, fue la más rápida en reaccionar y en romper el silencio que llenaba la posada.

—¡Vamos, vosotros, tíos serios! —gritó a los músicos junto a la chimenea—. ¡Un poco de música ahora mismo! ¡Y pueden charlar, si les parece! —añadió la segunda sugerencia con una significativa mirada hacia el resto de los ocupantes de la sala.

Los músicos le siguieron el aire. Era difícil negarse a una persona como Jenny. Rápidamente empezaron a tocar una popular tonada local y el sonido llenó la habitación. Los demás aldeanos se fueron dando cuenta de que su atención hacía que Will se sintiera incómodo. Recobraron sus modales y comenzaron a hablar de nuevo entre ellos, sólo con alguna mirada ocasional hacia él, maravillados porque alguien tan joven en apariencia pudiera haber tomado parte en sucesos tan trascendentales.

Los cuatro antiguos compañeros ocuparon sus asientos a la mesa en el fondo de la estancia, donde podrían hablar sin interrupciones.

—George envía sus disculpas —dijo Alyss mientras se sentaban—. Está enterrado en papeleos, toda la Escuela de Escribanos trabaja día y noche.

Will asintió comprensivo. La inminente guerra con Morgarath y la necesidad de

movilizar las tropas y recurrir a las viejas alianzas debía de haber generado una montaña de papeles.

Habían pasado muchas cosas en los diez días siguientes a la batalla con los kalkara.

Rodney y Will acamparon junto a las ruinas, atendieron las heridas de Halt y el barón y dejaron a los dos hombres en un apacible sueño. Poco después del amanecer, *Abelard* entró al trote en el campamento buscando inquieto a su amo. Will acababa justo de conseguir calmar al caballo cuando llegó un Gilan con las piernas cargadas de cansancio, montado en un caballo de tiro, bajo de lomo. El alto montaraz agradeció mucho el recuperar a *Blaze*. Acto seguido, después de quedarse tranquilo al saber que su antiguo maestro no estaba en peligro, partió casi de inmediato hacia su feudo tras recibir la promesa de Will de devolver el caballo de tiro a su dueño.

Más tarde aquel día, Will, Halt, Rodney y Arald volvieron al castillo de Redmont, donde todo el mundo se encontraba sumergido en la incesante actividad de la preparación de los guerreros para la guerra. Había mil y un detalles de que ocuparse, mensajes que enviar y llamamientos que realizar. Con Halt aún recuperándose de su herida, gran parte de su trabajo había recaído sobre Will.

En épocas como aquéllas, se percató, un montaraz tenía pocas oportunidades para relajarse, lo cual hizo de aquella noche un entretenimiento tan bien recibido. El posadero se acercó afanosamente a la mesa con aire de importancia y les puso cuatro jarras de cristal y un jarro de cerveza sin alcohol que había preparado con raíces de jengibre.

—Barra libre toda la noche para esta mesa —dijo—. Es un privilegio tenerle en nuestro establecimiento, montaraz —se alejó y llamó a uno de los muchachos del servicio para que viniera y atendiera la mesa del montaraz—. ¡Y date prisa con eso! —Alyss levantó una ceja con asombro.

—Qué bien estar con una celebridad —dijo—. El viejo Skinner se agarra tan fuerte a una moneda que se asfixia la cara del rey.

Will hizo un gesto de desdén.

—La gente exagera las cosas —dijo.

Pero Horace se inclinó hacia delante con los codos sobre la mesa.

—Bueno, cuéntenos la pelea —dijo, deseando los detalles.

Jenny miraba a Will con los ojos muy abiertos.

—¡Es increíble lo valiente que fuiste! —dijo admirada—. Yo habría estado aterrorizada.

—En realidad, yo estaba petrificado —les dijo Will con una sonrisa compungida—. Los valientes fueron el barón y *sir* Rodney. Cargaron y se enfrentaron a esas criaturas de cerca. Yo estuve todo el rato a cuarenta o cincuenta metros de distancia.

Relató lo que pasó en el combate, sin entrar en muchos detalles en su descripción de los kalkara. Ahora estaban muertos y habían desaparecido y era mejor olvidarlos lo antes posible. Había algunas cosas en las que no era necesario pensar. Los otros

tres escuchaban, Jenny con los ojos muy abiertos y emocionada, Horace deseoso de conocer los detalles de la lucha y Alyss, calmada y digna como siempre, pero absorta por completo en su historia. Mientras describía su solitaria cabalgada en busca de ayuda, Horace movió la cabeza con admiración.

—Esos caballos de los montaraces deben de ser una raza especial —dijo.

Will le sonrió, incapaz de aguantarse la broma.

—El truco es mantenerse sobre ellos —dijo, y le agradó ver una sonrisa pareja extenderse por el rostro de Horace al recordar ambos la escena en la feria del Día de la Cosecha.

Notó, con un pequeño brillo de placer, que su relación con Horace había evolucionado hasta convertirse en una amistad firme en la que cada uno veía en el otro un igual. Impaciente por dejar de ser el centro de atención, le preguntó a Horace por la evolución de las cosas en la Escuela de Combate. La sonrisa en el rostro del grandullón se hizo aún más amplia.

—Mucho mejor ahora, gracias a Halt —dijo, y según Will hábilmente le hacía una pregunta tras otra, le describió la vida que llevaban en la Escuela de Combate, con bromas sobre sus errores y deficiencias, entre risas mientras contaba los detalles de los muchos castigos que se había ganado.

Will vio que Horace, una vez jactancioso y arrogante, era ahora mucho más modesto. Tuvo la sospecha de que a Horace le estaba yendo mejor como aprendiz de guerrero de lo que él había reconocido.

Fue una noche agradable, con más razón aún tras el terror y la tensión de la caza de los kalkara. Cuando los sirvientes recogieron sus platos, Jenny sonrió expectante a los dos muchachos.

—¡Bien! ¿Quién va a bailar conmigo? —dijo con alegría. Will fue demasiado lento en responder y Horace tomó su mano y la llevó a la zona de baile.

Mientras ellos se unían a los demás bailarines, Will miró dubitativo a Alyss. Nunca sabía con seguridad en qué estaba pensando la esbelta chica. Pero consideró que sería de buenos modales preguntarle también si quería bailar. Se aclaró nervioso la garganta.

—Mmm... ¿te gustaría bailar a ti también, Alyss? —dijo torpemente.

Ella le dedicó el escaso rastro de una sonrisa.

—Quizás no, Will. Bailando no soy gran cosa. Parezco todo piernas.

En realidad, era una excelente bailarina, pero, diplomática hasta la médula, tuvo la sensación de que Will se lo había pedido sólo por educación. Él asintió varias veces y se quedaron en silencio, aunque un silencio agradable.

Después de unos minutos, ella se volvió hacia él, apoyando la barbilla en la mano para contemplarle de cerca.

—Mañana es un gran día para ti —dijo, y él se ruborizó.

Había sido convocado para comparecer ante el tribunal del barón al completo al día siguiente.

—No sé de qué va todo eso —masculló.

Alyss le sonrió.

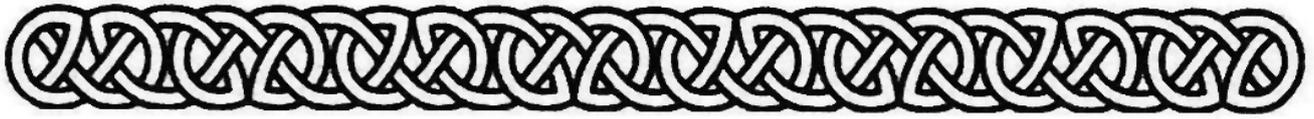
—Es posible que quiera darte las gracias en público —dijo—. Me han dicho que los barones suelen hacer eso con la gente que les ha salvado la vida.

Él comenzó a decir algo pero ella posó una mano suave y fría sobre la suya y se detuvo. Miró aquellos tranquilos y sonrientes ojos grises. Alyss nunca le había parecido guapa. Pero entonces se percató de que su elegancia y gracia y aquellos ojos grises, enmarcados por su fino pelo rubio, creaban una belleza natural que superaba con creces la simple beldad. De forma sorprendente, se inclinó más cerca de él y le susurró:

—Todos estamos orgullosos de ti, Will. Y creo que yo soy la que más orgullosa está de todos.

Y le besó. Los labios de ella sobre los suyos eran de una suavidad increíble, indescriptible.

Horas más tarde, antes de que por fin se durmiera, él aún podía sentirlos.



Treinta y dos

Will se había detenido, paralizado por el miedo escénico, tras franquear las inmensas puertas de entrada al salón de audiencias del barón.

El edificio en sí era enorme. Aquélla era la estancia principal del castillo, la estancia en la que el barón presidía todos los asuntos oficiales con los miembros de su tribunal. El techo parecía alargarse hacia arriba, interminable. Haces de luz caían en el interior de la estancia a través de las ventanas en lo alto de los tremendos muros. En la parte más lejana de la habitación, a lo que aparentaba ser una distancia enorme, estaba sentado el barón, vestido con sus mejores galas, en un sillón elevado, como un trono.

Entre él y Will se encontraba la mayor multitud que el muchacho había visto jamás. Halt propulsó con suavidad a su aprendiz hacia delante con un empujón en la espalda.

—Empieza de una vez —masculló.

Había cientos de personas en el Gran Salón y todas las miradas se volvieron hacia Will. Todos los maestros del barón se encontraban allí con sus vestiduras oficiales. Todos sus caballeros y todas las damas de la Corte, cada uno con sus mejores y más finas galas. Más allá se encontraban los hombres de armas del ejército del barón, los demás aprendices y los maestros artesanos de la villa. Vio un revoloteo de color cuando Jenny, desinhibida como siempre, le ondeó una bufanda. Alyss, de pie junto a ella, fue un poco más prudente. Besó discretamente las yemas de los dedos en su dirección.

Él seguía allí, incómodo, cambiando el peso de su cuerpo de un pie al otro. Pensó que ojalá Halt le hubiera permitido llevar puesta su capa de montaraz, así podría haberse mezclado con el fondo y haber desaparecido.

Halt le empujó de nuevo.

—¡Muévete! —siseó.

Will se giró hacia él.

—¿Es que tú no vienes conmigo? —preguntó.

Halt negó con la cabeza.

—No me han invitado. ¡Andando!

Empujó a Will otra vez más, luego fue cojeando, para no forzar su pierna herida, hasta un asiento. Por fin, al darse cuenta de que no tenía otro camino, comenzó a recorrer el largo pasillo. Oía los cuchicheos a su paso, su nombre susurrado de boca en boca.

Y entonces empezó el aplauso.

Lo inició la dama de un caballero y se extendió veloz por todo el salón según se unió todo el mundo. El aplauso fue el resonar de un rugido ensordecedor, atronador, que continuó hasta que Will alcanzó los pies de la gran silla del barón.

Tal y como Halt le había instruido, se postró sobre una rodilla e inclinó la cabeza hacia delante.

El barón se incorporó y levantó la mano pidiendo silencio y los aplausos se apagaron en su eco.

—Levántate, Will —dijo en voz baja, y le ofreció una mano para ayudarle a ponerse en pie.

Aturdido, Will obedeció. El barón le puso una mano en el hombro y le hizo volverse para quedar frente a la gran multitud ante ellos. Su voz profunda llegaba sin esfuerzo hasta el rincón más alejado de la estancia cuando habló.

—Éste es Will. Aprendiz de Halt, el montaraz de este feudo. Vedle y conocedle, todos vosotros. Ha demostrado su coraje, iniciativa y fidelidad a este feudo y al reino de Araluen.

Se produjo un murmullo de reconocimiento entre los espectadores. Entonces el aplauso comenzó de nuevo, esta vez acompañado de un vitoreo. Will se fijó en que el vitoreo había comenzado en la sección de la muchedumbre en que se encontraban los guerreros aprendices de la Escuela de Combate. Pudo distinguir el sonriente rostro de Horace dirigiendo el coro.

El barón levantó una mano reclamando silencio e hizo una mueca cuando el movimiento le causó dolor en las costillas rotas y en los profundos cortes suturados y cuidadosamente vendados. El aplauso y el vitoreo se acallaron despacio.

—Will... —dijo con una voz que retumbó hasta las esquinas más apartadas de la gigantesca habitación—, te debo mi vida. No puede haber agradecimiento adecuado para tal cosa. Sin embargo, está en mi mano concederte un deseo qué una vez me formulaste...

Will levantó la mirada hacia él, arqueando las cejas.

—¿Un deseo, señor? —dijo, algo más que confuso por las palabras del barón.

El barón asintió.

—Cometí un error, Will. Me preguntaste si podrías recibir el entrenamiento de un guerrero. Era tu deseo convertirte en uno de mis caballeros y yo te rechacé. Ahora, puedo rectificar ese error. Sería para mí un honor tener a alguien tan valiente e ingenioso como uno de mis caballeros. Una palabra tuya y tendrás mi permiso para trasladarte a la Escuela de Combate como uno de los aprendices de *sir* Rodney.

El corazón de Will latía con fuerza en sus costillas. Pensó en cuánto había deseado, toda su vida, ser un caballero. Recordó lo profunda y amargamente decepcionado que se quedó el día de la Elección, cuando *sir* Rodney y el barón rechazaron su solicitud.

Sir Rodney dio un paso adelante y el barón le hizo un gesto para que hablase.

—Mi señor —dijo el maestro de combate—, fui yo quien rechazó a este muchacho como aprendiz, como sabe. Ahora quiero que todo el mundo aquí sepa que me equivoqué al hacerlo. ¡Mis caballeros, mis aprendices y yo coincidimos todos en que no podría haber un miembro más digno que Will en la Escuela de Combate!

Se produjo un gran rugido de aprobación entre los caballeros reunidos y los guerreros aprendices. Desenvainaron las espadas y las juntaron chocando sobre sus cabezas, gritando el nombre de Will. De nuevo, Horace fue uno de los primeros en hacerlo, y el último en parar.

El tumulto se apagó gradualmente y los caballeros envainaron sus espadas. A una señal del barón Arald, dos pajes avanzaron, portando con ellos una espada y un escudo bellamente esmaltado y que depositaron a los pies de Will. El escudo estaba pintado con la representación de la cabeza de un fiero jabalí.

—Éste será tu escudo de armas cuando te gradúes, Will —dijo el barón con amabilidad—, para recordar al mundo la primera vez que conocimos tu coraje y tu lealtad con un camarada.

El muchacho se apoyó en una rodilla y tocó la suave superficie esmaltada del escudo. Extrajo despacio la espada de su vaina, respetuoso. Era una bella arma, una obra maestra del arte del forjado de espadas.

La hoja estaba afilada y tenía un ligero color azulado. La empuñadura y la guarda estaban engastadas en oro y el símbolo de la cabeza del jabalí se repetía en el pomo. La espada misma aparentaba tener vida propia. Con un equilibrio perfecto, al sostenerla parecía ligera como una pluma. Miró la bella espada, pieza de joyero, y luego el sencillo mango de cuero de su cuchillo de montaraz.

—Son las armas de un caballero, Will —le instó el barón—. Pero tú has demostrado con creces que eres digno de ellas. Dilo y serán tuyas.

Will devolvió la espada a su vaina y se incorporó lentamente. Allí estaba todo cuanto siempre había deseado. Y aun así...

Pensó en los largos días en el bosque con Halt. La feroz satisfacción que sintió cuando una de sus flechas alcanzó el blanco, justo donde él había apuntado, justo como él lo había visualizado en su mente antes de soltarla. Pensó en las horas empleadas aprendiendo a seguir el rastro de animales y hombres. Aprendiendo el arte de ocultarse. Pensó en *Tirón*, en el coraje y la devoción del poni.

Y pensó en el puro placer que sintió cuando escuchó el simple «bien hecho» de Halt al completar una tarea a su satisfacción. Y de pronto, lo supo. Levantó los ojos hacia el barón y dijo con voz firme:

—Soy un montaraz, señor.

Se produjo un murmullo de sorpresa entre la muchedumbre.

El barón se acercó y le dijo en voz baja:

—¿Estás seguro, Will? No rechaces esto sólo porque creas que Halt se pudiera ofender o estar decepcionado. Él insistió en que es algo que debes decidir tú. Está de acuerdo ya en acatar tu decisión.

Will negó con la cabeza. Estaba más seguro que nunca.

—Le agradezco el honor, mi señor —miró al maestro de combate y vio, para su sorpresa, que *sir* Rodney estaba sonriendo y haciendo gestos de aprobación con la cabeza—. Y le agradezco al maestro de combate y a sus caballeros su generosa oferta. Pero soy un montaraz —vaciló—. No se ofenda por esto, mi señor.

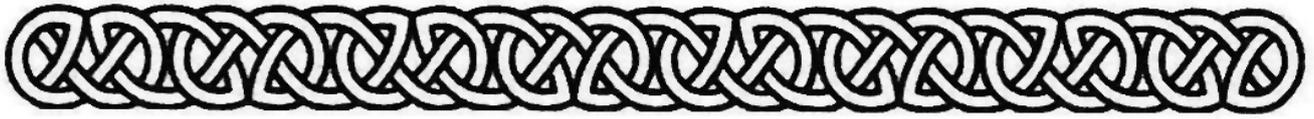
Una sonrisa enorme arrugó las facciones del barón y estrechó la mano de Will en un tremendo apretón.

—No lo hago, Will. ¡De ninguna manera! ¡Tu lealtad a tu oficio y a tu maestro te honran a ti y a todos los que te conocemos! —Dio a la mano de Will una última y firme sacudida y la liberó.

Will hizo una reverencia y se dio la vuelta para alejarse por el largo pasillo otra vez. De nuevo comenzó la aclamación y esta vez mantuvo la cabeza alta mientras los vítores le rodeaban y resonaban hasta las vigas del techo del Gran Salón. Entonces, cuando se acercó otra vez a las enormes puertas, vio algo que le detuvo en el sitio, aturdido por la sorpresa.

Pues, en pie y un poco aparte de la multitud, envuelto en su capa jaspeada de gris y verde y con los ojos ocultos por la capucha, estaba Halt.

Y estaba sonriendo.



Epílogo

Más adelante aquella tarde, después de que todo el ruido y las celebraciones se hubieran apagado, Will se sentó a solas en la minúscula veranda de la pequeña cabaña de Halt. En la mano sostenía un pequeño amuleto de bronce, con la forma de una hoja de roble y una cadena de acero enganchada con un anillo en la parte superior.

—Es nuestro símbolo —le había explicado su maestro cuando se lo dio tras los eventos del castillo—. El equivalente a un escudo de armas de un montaraz.

Luego se había puesto a rebuscar entre su propia ropa y había sacado una hoja de roble con idéntica forma, en una cadena alrededor de su cuello. La forma era idéntica pero el color era diferente. La hoja de roble que Halt llevaba era de plata.

—El bronce es el color de los aprendices —le había contado Halt—. Cuando termines tu entrenamiento, recibirás una hoja de roble de plata como ésta. Todos la llevamos en el Cuerpo de Montaraces, ya sea de plata o de bronce —había desviado su mirada del muchacho por unos minutos, luego había añadido, su voz un poco ronca—: En rigor, no deberías recibirla hasta haber pasado tu primera evaluación. Pero dudo que nadie vaya a discutirlo, tal y como han resultado las cosas.

La pieza de metal de curiosas formas tenía ahora un brillo pálido en la mano de Will mientras pensaba en la decisión que había tomado. Le parecía muy extraño haber abandonado de manera voluntaria algo en cuya esperanza había centrado la mayor parte de su vida: la oportunidad de pasar por la Escuela de Combate y ocupar su lugar como caballero en el ejército del castillo de Redmont.

Jugueteó con la hoja de roble de bronce y la cadena girando alrededor de su dedo índice, dejaba que subiera dando vueltas por el dedo y aflojaba después el movimiento en espiral. Suspiró profundamente. La vida podía ser muy complicada. Muy dentro de sí, sentía que había tomado la decisión correcta. Y un poco más profundo incluso, quedaba un minúsculo hilo de duda.

Se dio cuenta con un sobresalto de que había alguien de pie a su lado. Era Halt, vio en cuanto se giró con rapidez. El montaraz se agachó y se sentó junto al muchacho sobre la tarima de pino de la estrecha veranda. Ante ellos, el sol bajo del

atardecer se filtraba a través de las luminosas hojas del bosque y la luz parecía danzar y girar según la brisa ligera sacudía el follaje.

—Un gran día —dijo en voz baja, y Will asintió—. Y una gran decisión la que has tomado —dijo el montaraz después de un silencio de varios minutos entre ellos.

Esta vez Will se giró y le miró.

—Halt, ¿tomé la decisión correcta? —preguntó por fin con una clara angustia en la voz.

Halt apoyó los codos en las rodillas y se inclinó un poco hacia delante, entrecerrando los ojos hacia el destello veteado a través de los árboles.

—En lo que a mí respecta, sí. Yo te elegí como aprendiz y puedo ver todo el potencial que tienes para ser un montaraz. Incluso casi ha llegado a gustarme tenerte por aquí dándome la lata —añadió con el mínimo signo de una sonrisa—. Pero mis sentimientos, mis deseos, no son importantes en esto. La decisión correcta para ti es la que tú desees más.

—Siempre quise convertirme en un caballero —dijo Will, y entonces se fijó, con una sensación de sorpresa, en que había construido la frase en pasado. Aunque sabía que una parte de él aún lo quería.

—Es posible, por supuesto —dijo Halt con calma—, querer hacer dos cosas diferentes al mismo tiempo. La elección se convierte entonces sólo en saber cuál de las dos desees más.

No era la primera vez que le daba la sensación de que Halt tenía algún modo de leer su mente.

—Si eres capaz de resumirlo en una idea, ¿cuál es la razón principal por la que te sientes un poco desilusionado por haber rechazado la oferta del barón? —continuó Halt.

Will valoró la pregunta.

—Imagino... —dijo despacio—. Siento que al rechazar la Escuela de Combate en cierto modo estoy defraudando a mi padre.

Las cejas de Halt se elevaron de golpe por la sorpresa.

—¿Tu padre? —repitió, y Will asintió.

—Fue un guerrero poderoso —le dijo al montaraz—. Un caballero. Murió en el monte Hackham combatiendo a los wargals, un héroe.

—Estás seguro de todo eso, ¿verdad? —le preguntó Halt, y Will asintió.

Éste era el sueño que le había sustentado durante los largos y solitarios años en los que no sabía quién era o quién iba a ser. El sueño se había hecho realidad ahora para él.

—Fue un hombre del que cualquier hijo estaría orgulloso —dijo finalmente, y Halt asintió.

—Eso seguro que es cierto.

Había algo en su voz que hizo vacilar a Will. Halt no estaba simplemente reconociéndolo por educación. Will se volvió rápidamente hacia él, percatándose de

todas las implicaciones de las palabras del montaraz.

—¿Le conociste, Halt? ¿Conociste a mi padre?

Había un rayo de esperanza en los ojos del muchacho, que pedían la verdad a gritos, y el montaraz asintió con sobriedad.

—Sí, lo hice. No le conocí por mucho tiempo, pero creo que podría decir que le conocí bien. Y tienes razón, puedes estar totalmente orgulloso de él.

—Fue un guerrero poderoso, ¿verdad? —dijo Will.

—Fue un soldado —reconoció Halt—. Un luchador fuerte.

—¡Lo sabía! —dijo Will, feliz—. ¡Fue un gran caballero!

—Un sargento —dijo Halt en voz baja, no falto de amabilidad.

Will se quedó con la boca abierta, las siguientes palabras que iba a pronunciar se congelaron en su garganta. Finalmente, desconcertado, consiguió decir:

—¿Un sargento?

Halt asintió. Podía ver la decepción en los ojos del muchacho y le pasó un brazo por encima de los hombros.

—No juzgues la valía de un hombre por su posición en la vida, Will. Tu padre, Daniel, fue un soldado leal y valiente. No tuvo la oportunidad de ir a la Escuela de Combate porque su comienzo en la vida fue como un granjero. Pero, si lo hubiera hecho, habría sido uno de los caballeros más grandes.

—Pero él... —empezó triste el chico.

El montaraz le detuvo y prosiguió en el mismo tono de voz suave, amable, convincente.

—Porque sin tomar ninguno de los votos o el entrenamiento especial de los caballeros, vivió según los más altos ideales de la caballería, la nobleza y el valor. En realidad fue unos días después de la batalla del monte Hackham, mientras Morgarath, sus wargals se defendían en su retirada hacia el Paso de los Tres Escalones. Un contraataque repentino nos cogió por sorpresa y tu padre vio a un compañero rodeado por una tropa de wargals. El hombre estaba en el suelo y a punto de ser descuartizado cuando tu padre le echó una mano.

La luz comenzó de nuevo a brillar en los ojos del muchacho.

—¿Lo hizo? —preguntó Will con los labios formando apenas las palabras, y Halt asintió.

—Lo hizo. Y abandonó la seguridad de la formación de combate y saltó al frente, armado tan sólo con una lanza. Se mantuvo sobre su compañero herido y le protegió de los wargals. Mató a uno con la lanza, después otro le partió la cabeza de la pica y dejó a Daniel solo con el asta. Así que la usó como un bastón y tumbó a otros dos, ¡izquierda, derecha! ¡Así!

Sacudió la mano de izquierda a derecha para demostrárselo. La mirada de Will se concentraba en él, viendo la batalla según el montaraz se la describía.

—Le hirieron entonces, cuando le rompieron el asta de la lanza en otro ataque. Habría sido suficiente para matar a la mayoría de los hombres. Pero él, sencillamente,

tomó la espada de uno de los wargals que había matado y acabó con tres más, sangrando todo el tiempo de la herida enorme en su costado.

—¿A tres? —preguntó Will.

—Tres. Tenía la velocidad de un leopardo. Y recuerda, como lancero nunca había entrenado en serio con la espada.

Hizo una pausa recordando aquel lejano día.

—Sabes, por supuesto, que no hay prácticamente nada a lo que teman los wargals, ¿no? Los llaman los Descerebrados, y una vez que comienzan una batalla, casi siempre la terminan. Casi siempre. Aquélla fue una de las pocas veces que he visto a los wargals atemorizados. Mientras que tu padre golpeaba de uno a otro lado, comenzaron a retroceder. Despacio al principio. Después corrieron. Simplemente se dieron la vuelta y corrieron. Nunca he visto a ningún otro hombre, ningún caballero, ningún poderoso guerrero, que pudiera hacer huir corriendo de miedo a los wargals. Tu padre lo hizo. Pudo haber sido un sargento, Will, pero fue el guerrero más poderoso que yo jamás he tenido el privilegio de ver. Entonces, cuando los wargals se retiraban, cayó sobre una rodilla junto al hombre al que había estado protegiendo, aún intentaba protegerle, aunque sabía que él mismo se estaba muriendo. Había recibido una media docena de heridas, pero probablemente fue la primera la que le mató.

—¿Y su amigo se salvó? —preguntó Will con un hilo de voz.

Halt le miró un poco confuso.

—¿Su amigo? —preguntó.

—El hombre al que protegió —le explicó Will—. ¿Sobrevivió?

En cierto modo, pensó que habría sido una tragedia si el valeroso intento de su padre no hubiera tenido éxito.

—No eran amigos —dijo Halt—. Hasta aquel momento, él nunca había visto al otro hombre —hizo una pausa, después añadió—: Ni yo a él.

La importancia de aquellas cuatro últimas palabras se hundió bien profundo en la conciencia de Will.

—¿Tú? —susurró—. ¿Eras tú el hombre al que salvó?

Halt asintió.

—Como te dije, sólo le conocí durante unos minutos. Pero él hizo más por mí que cualquier otro hombre, antes o después de aquello. Cuando se estaba muriendo, me habló de su mujer, y de cómo estaba ella sola en su granja, esperando un bebé para uno de aquellos días. Me suplicó que me encargase de que alguien la cuidara.

Will miró al rostro barbudo, adusto, que tan bien había llegado a conocer. Había una profunda tristeza en los ojos de Halt al recordar aquel día.

—Llegué demasiado tarde para salvar a tu madre. Fue un parto difícil y murió poco después de que tú nacieses. Yo te traje aquí y el barón Arald estuvo de acuerdo en que debías ser educado en la Sala, hasta que tuvieras la edad suficiente para convertirte en mi aprendiz.

—Pero todos estos años, tú nunca... —Will se detuvo, sin saber qué decir.

Halt le sonrió con algo de tristeza.

—¿Nunca revelé que te había dejado en la Sala? No. Piénsalo, Will. La gente es... rara con los montaraces. ¿Cómo habrían reaccionado contigo cuando fueras creciendo? ¿Haciéndose preguntas sobre qué tipo de criatura extraña serías? Decidimos que sería mejor que nadie conociese mi interés por ti.

Will asintió. Halt tenía razón, por supuesto. La vida como pupilo había sido bastante difícil. Lo habría sido mucho más si la gente hubiera sabido que existía algún tipo de conexión entre él y Halt.

—Entonces, ¿me tomaste como aprendiz por mi padre? —dijo Will, pero esta vez Halt negó con la cabeza.

—No. Me aseguré de que cuidaran de ti por tu padre. Te escogí porque demostraste tener las capacidades y habilidades que son necesarias. Y también parece haber heredado algo del coraje de tu padre.

Se produjo un largo silencio entre ellos mientras Will asimilaba el relato del increíble combate de su padre. De alguna forma, la verdad era más conmovedora, más inspiradora que cualquier fantasía que se hubiera podido inventar a lo largo de los años para sustentarse. Al cabo del tiempo, Halt se levantó para irse y él sonrió agradecido a la figura entrecana, ahora silueteada contra el cielo mientras se apagaba la última luz del día.

—Creo que a mi padre le hubiera gustado que escogiera como lo he hecho —dijo deslizándose la cadena con la hoja de roble de bronce por encima de su cabeza.

Halt simplemente asintió una vez, después se volvió y se metió en la cabaña, dejando a su aprendiz con sus propios pensamientos.

Will permaneció sentado en silencio durante algunos minutos. Casi sin querer, su mano se dirigió a tocar el símbolo de la hoja de roble de bronce que colgaba de su cuello. La brisa del anochecer le traía los leves sonidos del patio de instrucción de la Escuela de Combate y el incesante martilleo y el golpeteo de las armaduras que llevaban oyendo, noche y día, durante la última semana. Eran los sonidos del castillo de Redmont, preparándose para la guerra que se avecinaba.

Y extrañamente, por primera vez en su vida, se sintió en paz.



JOHN FLANAGAN nació en 1944 en Sídney, Australia. Comenzó su vida laboral en la publicidad antes de cambiar para dedicarse por cuenta propia a escribir y editar guiones. Ha escrito eslóganes publicitarios, folletos, vídeos corporativos y series para la televisión, y es uno de los guionistas australianos más prolíficos de este medio.

John escribió el primer libro de la serie *Montaraces* para animar a su hijo de doce años a disfrutar de la lectura. Michael era un muchacho bajo y todos sus amigos eran más altos y más fuertes que él. John quería mostrarle que leer es divertido y que los héroes no eran necesariamente altos y musculosos. Ahora, a sus veintitantos años, Michael mide un metro ochenta, es ancho de hombros y muy fuerte, pero aún le encanta leer los libros de *Montaraces*.

John vive en Manly, zona residencial costera a las afueras de Sydney, y actualmente está escribiendo tres títulos más de la serie *Montaraces*.